MONIKA Y LA REVOLUCIÓN

Una mirada singular sobre la historia reciente de Cuba

Monika Krause-Fuchs

Copia muy especial para Cecilia y Catalina, santiagueras de Chiloé, en recuerdo de un encuentro tan corto como emocional.

Dani

Con el permiso explícito de mi madre para mandarles esta copia, y además sus saludos

Esta segunda edición impresa y versión e-book son reproducciones con cambios mínimos de tipografía del original impreso y publicado por el Centro de la Cultura Popular Canaria en Junio 2002 (ISBN: 84-7926-402-0). La autora le ha añadido un epílogo.

Portada: Flora, René Portocarrero, 1970

Monika Krause-Fuchs

MONIKA Y LA REVOLUCIÓN

Una mirada singular sobre la historia reciente de Cuba

Prólogo de Jesús Díaz

Una historia de amor

La historia sucede ante nuestros ojos pero no la vemos; la turbulencia de los acontecimientos nos lo impide. Sólo el transcurrir del tiempo decanta, pone las cosas en su sitio, permite a cada generación de historiadores hacer su trabajo, leer a su manera el pasado.

Entonces algunos acontecimientos, algunos libros, quedan para siempre, reciben inevitablemente la atención de todas las generaciones de historiadores por venir, devienen clásicos. Ese es el caso, por ejem plo, del *Ensayo político sobre la Isla de Cuba* de Alejandro Humboldt, la primera mirada de un alemán sobre nuestro país, escrita a principios del siglo XIX y presente desde entonces en cualquier análisis serio sobre el devenir cubano.

El trabajo de Humboldt se inscribe en la tradición de los libros-mirada de europeos sobre América, iniciada por el Almirante Cristóbal Colón en su imprescindible Diario, y continuada por una pléyade de viajeros -militares, comerciantes o científicos-, sin cuya obra sería sencillamente imposible entender el mundo en que vivimos.

Los autores a quienes me refiero fueron casi siempre hombres; no obstante, hubo también algunas mujeres que, venciendo desventajas y prejuicios, se inscribieron por derecho propio en esta tradición sin cuyo legado seríamos sin duda espiritualmente mucho más pobres. En el caso cubano brillan dos, la sueca Federica Bremer, y la franco-criolla Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlín.

Con este libro, el nombre de la germano-cubana Monika Krause pasa a integrar la selecta nómina de europeas sin cuya obra no será ya posible comprender a Cuba.

La joven Monika vivía en la antigua República Democrática Alemana, se mudó a la isla por amor y se quedó allí por amor a la isla, durante largos años. Tuvo dos hijos cubanos, y alcanzó a desarrollar una mirada óptima para el científico social, la de quien está inmersa en los acontecimientos y, sin embargo, tiene a la vez una perspectiva lo suficientemente distante como para analizarlos con ojo crítico.

Durante sus años cubanos -toda una vida, en realidad-, Mónika Krause dedicó su inteligencia y sensibilidad al estudio de un tema central: la sexualidad. Un tema particularmente espinoso y desatendido en medio del caos social inducido por la revolución.

En efecto, Cuba no había logrado cuajar como nación -no lo ha logrado todavía-, y la familia, única estructura que garantizaba un cierto orden, una cierta coherencia, saltó por los aires a partir del terremoto que se inició en 1959 y que dura todavía hoy.

En términos de educación sexual -y en muchos otros que no podemos tratar aquí-, la sociedad quedó literalmente enceguecida, moviéndose a tientas entre la ignorancia y el prejuicio.

Monika Krause tuvo el valor científico de adentrarse en aquel laberinto de sombras, pero no se limitó al gabinete, tuvo también el coraje civil de convertirse en la abanderada pública de una política coherente en el terreno de la sexualidad.

Intervino sistemáticamente en radio, televisión, prensa escrita y en organizaciones sociales, hasta convertirse en uno de los personajes más queridos del país, y más que eso, en un símbolo, y todavía más que eso, en una consejera para miles y miles de muchachos y sobre todo de muchachas que no sabían cómo enfrentar la pubertad y la adolescencia.

Como otros tantos cubanos que alguna vez creímos en que la revolución nos llevaría a la utopía, como yo mismo, por ejemplo, Monika Krause terminó por comprender que aquellos proclamados ideales enmascaraban apenas la dictadura de un caudillo, y decidió entonces regresar a sus orígenes, a Alemania.

Pero ya nunca dejaría de ser cubana, ni de estar inscrita en las mejores tradiciones humanistas de nuestro país, como lo prueba este libro magnífico, que nunca le agradeceremos bastante.

Jesús Díaz, diciembre 2001

Jesús Díaz Rodríguez (La Habana, 14 de octubre de 1941 - Madrid, 2 de mayo de 2002) fue un importante novelista, ensayista, guionista y director de cine cubano.

Capítulo I

El retorno

SON LAS CUATRO DE LA TARDE DEL 10 DE NOVIEMBRE DE 1990. Una última mirada al patio, a los cuartos, a los cientos de libros; a nuestros queridos cuadros -una colección de obras de pintores cubanos contemporáneos, casi todos regalos personales-. Rumba, nuestra perrita fox-terrier, me sigue a todas partes, se ha percatado de que algo raro hay en el ambiente. Al parecer le pegamos la tristeza y el temor que sentimos en vísperas de nuestra próxima aventura.

Afortunadamente ya no queda tiempo para pensar. Tras una revisión final de todos nuestros documentos arrancamos para el aeropuerto. Tantas veces he hecho este viaje que conozco cada bache.

Tenemos que estar en el aeropuerto tres horas antes de la salida planificada del avión; tres horas que me parecen tres años. Mi auto Lada descacharrado y resoplando como un rinoceronte centenario, estado que adquirió a raíz de un choque terrible con una guagua, se comporta como un héroe. No falla ni una vez en el largo camino al aeropuerto.

A los acompañantes no se les permite entrar en el edificio de la terminal aérea. Jesús, mi ex-amor, mi ex-esposo y ahora amigo de por vida, se despide de mí y de Dani, nuestro hijo chico. Estoy poniendo punto final a casi treinta años de vida en Cuba.

Para los amigos, compañeros de trabajo y familiares, nos vamos, Dani y yo, a pasar un mes de vacaciones en casa de mi madre. Yo tengo que participar en un congreso antes de poder seguir viaje a la casa de mi infancia. Dani y yo sabemos que no regresaremos. Los demás no lo saben; no lo deben saber para que no se les pueda reprochar no haber impedido nuestra salida. Me siento como si tuviera un letrero luminoso en la frente que dijera: "No regresaremos". Tengo miedo: si me revisan minuciosamente van a encontrar todos mis documentos, diplomas, certificados, incluso libros que no tienen por qué estar en la maleta para un viaje a un congreso, menos para ir de vacaciones; van a encontrar mi pasaporte alemán. ¿Por qué -podrán preguntar- tienes dos pasaportes?, y yo no estoy segura de si mi posible respuesta les ha de convencer.

Las formalidades de rigor abarcan tres pasos fundamentales: despacho del equipaje, control del pasaporte y aduanero. En cada uno de ellos puede suceder una catástrofe. Estamos chequeando el equipaje. El funcionario cubano mira la pesa. "Su maleta tiene diez kilogramos más de lo permitido; tiene que sacar las cosas que no le resulten imprescindibles, porque ¡así no se puede...!". Desesperada le pregunto: "¿El avión va lleno?".

El funcionario no responde, sólo está mirando mis papeles. Noto que se le ilumina la cara y, en vez de responder a mi pregunta, me dice: "Mónica, ¡al fin la tengo delante de mí! Quiero que sepa que su último programa en la radio levantó polvo como loco, esto de que ella tiene necesidades iguales que el hombre... Me parece que Vd. exageró, aunque, por cierto, hay hombres torpes y bastante brutos...".

No tengo ánimos para escuchar su análisis de mi último programa de radio sobre las supuestas y reales diferencias entre el hombre y la mujer en lo referente a la esfera sexual. Quiero, simplemente, saber si mi maleta completa, con todo lo que lleva dentro, puede hacer el viaje conmigo o no.

Al fin el funcionario se percata de que estamos en el aeropuerto, de que le corresponde despachar las maletas para mi vuelo y que tiene que tomar una decisión respecto a mi sobreequipaje.

“Mónica, esto se resuelve enseguida, ¡no se preocupe! He tenido mucho gusto en conocerla. ¿Cuál va a ser el próximo tema del programa radial? ¿Estará de regreso a tiempo?".

"Por supuesto", le contesto y ya bastante intranquila lo guío otra vez hacia el asunto de la maleta: "y ¿qué podemos hacer con mi equipaje? No puedo sacar nada y necesito las cosas que están dentro". "Mónica, ¡por Vd., hago cualquier cosa! Su maleta sólo pesa veinte kilogramos. Los diez restantes los despacharé con el pasajero que va detrás de Vd., total, él lleva sólo un maletín y el avión volará con menos de la mitad de su capacidad de carga. No hay ningún problema. Le deseo un buen viaje y que regrese pronto. Yo no me pierdo ninguno de sus programas, ¿por qué no amplía un poco el tema de la semana pasada? O, a lo mejor le escribo para que me conteste directamente a mí.¿Verdad que me va a contestar exclusivamente a mí?".

"¡Claro que sí, siempre estoy contestando exclusivamente a las preguntas del público!", replico, sintiendo mucho tener que mentirle a este funcionario amable que acaba de sacarme de un gran aprieto.

Seguidamente nos dirigimos a la casilla de inmigración, la valla más difícil de saltar.

Una teniente le pide el pasaporte a Dani. "Ojalá el muchacho no confunda los bolsillos, porque si saca el documento alemán, aquí mismo se acaba nuestro proyecto", pienso, aparentando indiferencia.

Me parece que los relojes están detenidos, que el tiempo que se toma la teniente para la revisión de los papeles de mi hijo no termina nunca. Al fin lo deja pasar a la próxima prueba, la de la aduana. Y ahora me toca a mí ser analizada por la teniente.

En el bolsillo derecho tengo el pasaporte cubano, el que corresponde enseñar ahora; en el izquierdo el alemán que debo dejar escondido. La teniente hojea minuciosamente el

documento, como si estuviese atendiendo a la única pasajera del vuelo a Berlín. De vez en cuando levanta la vista para examinar detenidamente mi cara. Miles de ideas me pasan por la mente. La teniente se levanta y se va, llevando consigo. mi pasaporte. La tensión nerviosa resulta insoportable. "Es por la maldita foto que me sacaron en la Casa de los Monstruos" (así llama la gente a la única institución en aquellos momentos existente en La Habana para hacer fotos de pasaporte), pienso, pues ciertamente hay que recurrir a mucha fantasía para poder encontrar la similitud requerida entre la fotografía y el original.

Por suerte, también esta espera tortuosa termina. La teniente regresa y me devuelve mi pasaporte cubano. Ella no sabe que nunca más en mi vida lo voy a utilizar. Me dice: "¡Que tenga buen viaje!" y aprieta un botón desde su jaula, que acciona la puerta más importante en este instante. Teóricamente ya no existe ningún obstáculo para poder tomar el avión a Alemania. Siento tremendo alivio, pero guardo en algún rincón de mi fuero interno una dosis de desconfianza y de miedo y pienso y vuelvo a pensar: "No puedes sentirte segura antes de que el avión haya atravesado por lo menos Las Bahamas" (he hecho más de un viaje de trabajo, en que el avión de turno regresó a La Habana por algún defecto técnico, después de haber volado más de media hora).

Han pasado dos horas desde que Jesús nos dejó en la terminal. La revisión aduanera debe ocupar muy poco tiempo. La maleta grande se despachó al comienzo de nuestra peregrinación, ya debe estar en el contenedor al lado del avión. Sólo queda por revisar el equipaje de mano y soportar el cacheo que se practica con ahínco y meticulosidad cuando los aduaneros encuentran a una persona sospechosa de esconder algo prohibido.

El puesto de control aduanero esta tarde se encuentra en manos de un grupo de funcionarios muy jóvenes. Se parecen más a alumnos de la escuela secundaria que a empleados públicos de la aduana. Se ríen, hacen chistes e intercambian cuentos de los acontecimientos más recientes de su vida privada. A Dani lo despachan en un santiamén. Ahora me toca a mí. Veo cómo dos de los jóvenes se dan codazos. Uno comunica al otro mi presencia, mi nombre y oigo cómo le dice en voz baja: "Pregúntale a ella, Manolo ¡aprovecha la oportunidad!'.

Como un niño chiquito sorprendido haciendo alguna travesura, me mira de soslayo y solicita a su colega que me haga ella la pregunta que él no se atreve a pronunciar. Acompañando su planteamiento de una risa nerviosa, mirando al piso, buscando las palabras como si fuera necesario envolver en un vocabulario rebuscado el tema a tratar, ella trata de ayudar a su compañero. Estoy acostumbrada a tener que adivinar cuando del tema sexual se trata. Y tal como tengo la costumbre de proceder en mi programa de radio, repito, con palabras muy simples, toda la historia-pregunta que me acaban de hacer. El grupo de jóvenes me mira con caras de satisfacción y de alivio. Para asegurar haber captado correctamente su preocupación expresada de forma tan complicada como si estuviésemos jugando a las escondidas, pregunto: "¿Es esto lo que quieren saber?".

Un coro disonante de “SÍ", de nuevo acompañado de risas, es la respuesta. El hielo está roto. Debatimos largo rato. Siempre me ha gustado el intercambio con los jóvenes. Por un momento se me olvida por completo que no estoy en el aeropuerto para ofrecer una charla sobre problemas de convivencia y conflictos generacionales. Cuando me están haciendo la quinta o sexta pregunta, me doy cuenta de que hay una cola larga detrás de mí, pasajeros que esperan poder pasar el control de la aduana para tomar sus aviones respectivos. Los muchachos se despiden de mí muy efusivamente, me dan las gracias, me desean un buen viaje y me piden que regrese pronto. "¡Claro que voy a regresar pronto!", miento y continúo cargando mi conciencia con sentimientos de culpa.

Queda casi una hora de espera. Subimos a la cafetería. El aire acondicionado no funciona; hay un calor pegajoso y huele a sudor, a diferentes tipos de bronceadores, a café con chícharos, a pan quemado y fritura mantecosa. Turistas tostados por el sol de Varadero, algunos con quemaduras que les harán recordar -todavía semanas después de su regreso al frío inhóspito de sus países nórdicos- la calidad del sol tropical, conversan, toman cerveza Hatuey o sorben un último ‘mojito’ antes de retornar a la vida cotidiana. Escucho palabras en holandés, alemán, francés e inglés. Trato de seguir el hilo de alguna conversación. No puedo concentrarme. Por mi mente pasan tantas vivencias y tantas ideas que estoy atolondrada. Y constantemente se impone el temor, el miedo de que alguien pueda acercarse a nosotros para decirnos que no se nos permite viajar, que regresemos a nuestra casa, que allí se nos dirán las razones…

No aguanto más esta atmósfera maloliente y ruidosa. "Acompáñame a pasear por las tiendas de abajo", le sugiero a Dani.

Las tiendas están vacías de clientes, llenas de dependientas que conversan en grupos. Apenas me permiten mirar la magra muestra de mercancías expuesta cuando se abalanzan sobre mí, bombardeándome con preguntas. Se dirigen a mí como si fuera su confidente. Me tutean. Parece que mi último programa en la radio, en el que traté un tema escabroso por excelencia para los cubanos, encontró la aprobación de la mayoría del público femenino. Recuerdo que suscitó un debate muy acalorado y llamadas cargadas de agresividad por parte de algunos oyentes como también de aplauso y felicitación por parte de otros. Se trataba de las necesidades sexuales del hombre y de la mujer y de los derechos de ambos a satisfacerlas. Algunos hombres me llamaron durante el programa para manifestar su indignación, insultándome. Otros -al parecer por primera vez en su vida- habían cavilado sobre la aceptabilidad de mi planteamiento de que la mujer tiene iguales necesidades sexuales que el hombre, que la manifestación varía individualmente y que la satisfacción depende enormemente de las circunstancias y características ambientales. Me acuerdo que hice mucho hincapié en aspectos tales como el amor verdadero en lugar de la competencia mecánica, el intercambio de caricias, de ternuras, la necesidad del respeto mutuo y de la consideración, de la prohibición de exigencias inaceptables, de la imposición y de la coacción en la relación de pareja. Había tocado un punto álgido de los machistas que siguen un programa

sexual riguroso, sin contemplación, sin perdón a sí mismos y a su pareja, de acuerdo con el cual el hombre tiene que ejercer la función sexual diariamente, aunque no sienta ganas o esté indispuesto. Y la mujer tiene que servirle como objeto. Para una gran parte de la población masculina, la sexualidad es una función mecánica y una demostración de la medida de su hombría. Si surge un embarazo involuntario (para ella), el hombre se siente confirmado como semental potente y manda a la mujer al hospital a que le practiquen un aborto. Total, es una operación de rutina que no cuesta nada y que los médicos saben hacer bien. Lo de los riesgos, los peligros para la salud y, a veces, para la vida de la mujer, es puro cuento. Y la consideración ética y moral en torno al aborto no cabe en la mente de hombres con actitud y conducta machista, para quienes "hacer el amor" significa practicar un deporte sexual, cumplir un programa cuantitativo sobre el colchón, en la playa, en la hierba, acostados o de pie o flotando en el agua y para quienes el mejor "amante" es el que tiene en su lista el mayor número de actos realizados y de nombres de mujeres conquistadas. Una réplica más o menos con este contenido le había lanzado a la cabeza a un hombre que me había llamado por teléfono durante este último programa radial, vanagloriándose de su condición de hombre, de sus cualidades inigualables en el campo amatorio, quejándose al mismo tiempo de los deseos infantiles, "absurdos" e inmaduros de muchas mujeres que preferían "cosquillas" a la función magistral del "señor pene".

Las dependientas comentaban vivamente mis argumentos y los de las partes contrarias. Hubo divergencias, pero no agresividad. Cuando me despedí, dos mujeres de la tienda me hicieron señas, indicándome que las esperara.

La interesada y necesitada de consejo y orientación obviamente había delegado en la otra la función de representarla. Con mucho disimulo me susurró al oído el problema de su colega: había abortado hacía poco y quedado embarazada nuevamente antes de haber transcurrido el tiempo necesario para restablecerse de la intervención quirúrgica. Por supuesto, este embarazo tampoco lo quería llevar a término, fue involuntario. Su esposo no había podido esperar el tiempo requerido para que las heridas causadas por la maniobra abortiva se curaran y ella, sumisa y sin fuerza de voluntad, se había entregado a sus exigencias.

Y allí me tenían otra vez, sólo a pocos minutos de terminar mi estancia en Cuba, enfrentándome al problema más frecuente, más contradictorio y más difícil de abordar y solucionar de los múltiples problemas objeto de mi labor cotidiana de los últimos diez años: el aborto. Sentí pena por esta mujer y al mismo tiempo indignación y frustración.¡Cómo jugaban con su salud tantas y tantas mujeres cubanas, sabiendo perfectamente que se arriesgaban a graves daños, incluso a perder la vida! Y siempre recurrían a un pensamiento mágico, digno de un niño pequeño: no me va a pasar nada.

Le anoté en un papelito nombre, dirección y teléfono de uno de mis ex-colegas, un ginecólogo no sólo muy competente, sino también con experiencia en ayudar a superar

conflictos de esta envergadura. Yo, con un pie en el avión, no podía ya hacer otra cosa que delegar en él la compleja tarea de tratar de disminuir los daños ya causados a esta pobre mujer. Le deseé mucha suerte. En efecto, la iba a necesitar. Con lágrimas en los ojos me dio las gracias y se despidió de mí.

Faltaba media hora para ser llamados a presentarnos en la puerta de salida. La vendedora de tabacos, cigarrillos y libros, que había observado desde su quiosco mi conversación con sus colegas del puesto de venta de al lado, solicitó, a su vez, mi presencia. Tras un panegírico bastante cursi, presentado con palabras rebuscadas y gestos un tanto exagerados (parece que empleó estos recursos oratorios para "entrar en confianza"), María Antonia me relató sus cuitas matrimoniales con todo lujo de detalles. Una vez más me quedé asombrada ante la franqueza y desinhibición con las que personas a las que nunca había visto, totalmente desconocidas para mí, me contaban sus vivencias, venturas, aventuras y desavenencias más íntimas.

"Mi marido tiene trastornos nerviosos, y para tranquilizarse se toma todos los días varias cápsulas de Diazepam. Esto le ayuda muchísimo, pero cuando queremos hacer el amor, la naturaleza le falla, él no puede".

"Si pudiera, sería un milagro", le repliqué. "¿El médico le recetó esta cantidad de tranquilizantes?".

"No, qué va, tú sabes que como escasean, sólo le está dando un tratamiento a base de 'bla-bla-bla', le orienta que haga esto, lo otro y aquello, pero sin medicamento él no puede resolver su situación. Un amigo farmacéutico le consigue las cápsulas, ¡por suerte!".

"Yo diría por desgracia, pues tomando este medicamento sin control médico, lejos de resolver sus problemas los está profundizando, y con el tiempo le resultará muy difícil salir de este círculo vicioso que ya se ha creado. Porque el Diazepam es un inhibidor por excelencia de la erección, es decir, aun por mucho que él quiera, la naturaleza -como Vd. la denomina- le va a seguir fallando".

María Antonia quedó perpleja. No quiso creerme. Le expliqué el mecanismo de acción de los tranquilizantes. Ella terminó balbuceando palabras de agradecimiento y dándome un abrazo efusivo. "¡Qué barbaridad, entonces estamos haciendo todo lo contrario de lo que deberíamos!", comentó aún con un dejo de incredulidad en la voz. Le señalé con el dedo índice el libro El hombre y la mujer en la intimidad (del cual había realizado la revisión técnica) que estaba expuesto en su quiosco y que ella debía vender por dólares a turistas extranjeros. Le sugerí que se leyera el capítulo que trataba justamente el asunto de su interés. "Enséñeselo también a su marido, para que sepa que él no es el único con este problema y para que los dos juntos traten de superar la situación difícil que no requiere ningún tipo de medicamentos, pero sí una buena dosis de conocimientos, voluntad, sensibilidad y ayuda profesional. Aquí le anoto el nombre y el

número de teléfono de un buen colega mío que los puede apoyar. Es una persona muy competente y discreta y si le dice que yo le di sus señas, estoy segura de que los atenderá muy pronto. Y ahora tengo que despedirme de Vd. porque están llamando a los pasajeros a que aborden el avión. ¡Le deseo mucha suerte!".

"¡Espera un segundo, Mónica, no te vayas todavía! Quiero pedirte un último favor: ¡fírmame este libro!". Sacó uno de los ejemplares del estante y me alcanzó un bolígrafo.

"Pero, María Antonia, este libro no es suyo, es mercancía que debe vender".

"Ahora que sé que trata también sobre el problema nuestro, este libro es mío. Tú no sabes lo feliz que me siento de haberte visto y hablado. Mira, muchacha, esta suerte la tengo que coronar con tu firma en mi libro".

A María Antonia le hice el favor que ella me solicitara con tanta insistencia. Con esta última firma de un libro publicado en Cuba con la sensacional tirada de trescientos mil ejemplares, que vio la luz a lo largo y ancho del país gracias a mi persistencia y tenaz lucha contra bastiones de mojigatos, hipócritas y burócratas que veían en él una amenaza capital a la moral, un detonador de la sexualidad (como si en Cuba la sexualidad no explotara todos los días) era de repente consciente de que había terminado una etapa importante de mi existencia, de que nunca más iba a tener tantas satisfacciones en mi vida profesional, ni tampoco a sufrir tantas decepciones, temores y disgustos como los experimentados desde que el trabajo de educación, orientación y terapia sexuales se había convertido en mi campo de batalla cotidiano.

Ya nadie me llamaría "la temible", "la corruptora de menores", "la obsesa sexual", "la defensora de las mujeres" o "la reina del condón" o, simplemente, "Mónica, de educación sexual", título honorífico que sustituyó durante años mis apellidos oficiales.

Ya no habría de contestar cientos de cartas, ni responder a llamadas telefónicas que desde los lugares más remotos del país me hacían personas pertenecientes a las capas sociales más diversas, representando una gama de ideologías sexuales extraordinariamente versátil, contradictoria por excelencia y, a menudo, verdaderamente folclórica.

Ya no recibiría cartas anónimas con los insultos y acusaciones más horrendos que van más allá de lo imaginable. Ya nadie se vería en la necesidad de recurrir al anonimato más absoluto para comunicarme su fantasía morbosa, sacando de revistas y periódicos la cantidad requerida de letras para componer verdaderas obras de collage.

Tampoco seguiría recibiendo solicitudes de ayuda, ni visitas anunciadas ni inesperadas. Ya nadie me haría preguntas durante el breve tiempo de espera ante un semáforo o en el camino al comedor o en la cola de la bodega. Nunca más volvería a entrar en un estudio de la televisión o de la radio para dialogar "en vivo y en directo" con cientos de

participantes. Mónica con C dejó de existir para convertirse otra vez en Monika con K: una pequeña diferencia involucrando cambios como los del día a la noche.

La metamorfosis de rabo de leona a cabeza de ratona acababa de producirse. Una terrible ambivalencia de sentimientos se apoderó de mí, y al pasar de la guagua al avión ya empecé a sentir una nostalgia por la isla que hoy, diez años después de mi salida, aún no me ha dejado. Creo que nunca me abandonará. Sigo soñando en español y en alemán. Cuando converso con mis hijos mezclamos ambos idiomas, saltando de uno a otro sin darnos cuenta. Amigos que de vez en cuando presencian estos encuentros, se quedan atónitos, no pueden entender el cambio tan radical, tan mágico que se observa en nosotros cuando cambiamos de alemanes a cubanos, cuando del lenguaje pausado, bien articulado, que no permite ni muecas ni la participación de brazos ni piernas para establecer una comunicación entendible, caemos en nuestro "cubaneo", aumentando el volumen de voz y la velocidad como si fuéramos ametralladoras parlantes, acompañando nuestras verborreas con movimientos de todo el cuerpo.

La más insignificante noticia de Cuba provoca sueños nocturnos intensos. Despierto agotada, sudando, a veces llorando, a veces riendo y con alivio digo: sólo son sueños. Me levanto y bajo la ducha termina el cambio de ciento diez voltios a doscientos veinte. Y salgo al trabajo hecha una alemana de pies a cabeza como si Cuba nunca hubiese existido en mi vida. Pero la isla es un fenómeno omnipresente. En el momento menos pensado se apodera de mí, me tortura, me persigue, me da alegría y tristeza a la vez, ejerce sobre mí un encanto que me permite entender ahora la actitud vacilante de los españoles-cubanos: si me muero en La Habana, que me entierren en Madrid y si me muero en Madrid, que me entierren en La Habana.

A Berlín

Al fin, después de tanto derroche de tiempo, con los nervios a millón, abordamos el avión. Estamos haciendo uno de los últimos vuelos de la línea aérea INTERFLUG de la ex-RDA. Esta compañía formaría parte, semanas más tarde, de la LUFTHANSA, quedando cientos de empleados cesantes, sufriendo, pasada la euforia con motivo de la reunificación alemana, el choque frontal con los lados negros del para ellos todavía desconocido sistema capitalista.

Unas aeromozas muy amables (¿habrán recibido un curso intensivo en "cómo atender al público"?), nos dan la bienvenida y reparten folletos y periódicos alemanes del día. ¡Mi primera lectura de diarios de la Alemania unificada! Todo es nuevo, todo es diferente. Preparando las maniobras de despegue, la tripulación se presenta a los pasajeros. ¡Con nombres y apellidos y la especificación de las responsabilidades correspondientes! ¿Quién ha visto esto en vuelos anteriores? Se nos informa detalladamente de las características del viaje.

"En estos momentos estamos sobrevolando Varadero, la playa más hermosa del mundo". Esto me dice que en aproximadamente media hora estaremos llegando a las Bahamas. Mientras no hayamos alcanzado esas latitudes, no podemos sentirnos seguros de haber logrado nuestra escapada, pues ¿quién no nos dice que por un defecto técnico el avión tiene que retornar a Cuba? Cuando volemos sobre las Bahamas, vamos a hacer un brindis, pues entonces ya no hay regreso; incluso si se produce un fallo, o una situación que requiere un aterrizaje de emergencia, éste se efectuaría en territorio norteamericano que ya no es área vedada para vuelos de la INTERFLUG, procedentes de Cuba.

Yo sigo tensa. Dani trata de distraerme. No le presto atención. Podría estar hablando con la pared, el efecto sería el mismo. Todavía no puedo creer que nuestro proyecto se esté realizando sin contratiempo, que a mí, que llevaba el apodo de "saco de sal" por un sinnúmero de accidentes -algunos casi fatales- sufridos a lo largo de mis casi tres décadas en Cuba, debido a los cuales mis compañeros de trabajo advertían a todo el mundo que intentaba salir conmigo a algún lugar: "¡Con Mónica ni hasta la próxima esquina!", que a mí, repito, me saliera bien una empresa de esta envergadura. Y para colmo, esta vez se trata de una acción totalmente individual, de autodeterminación, de violación de las normas establecidas, de traición, de engaño. Había abusado de la ayuda de personas importantes, quienes nos consiguieron el permiso de salida a mi hijo y a mí con fines de pasar nuestras vacaciones en casa de mi madre, no para quedarnos en el extranjero. Y éste era el agradecimiento. ¡Qué descaro!, ¡qué vergüenza!, ¡qué vileza!

Ya estaba tan adaptada al estado de cubana con personalidad compartida, de ser que tiene que pensar y actuar en plural (se empleaba el NOSOTROS institucionalizado, la primera persona del singular ya no se usaba en la gramática del español cubano); estaba hecha una persona con opinión colectiva, que acata los lineamientos del Partido, que hasta tenía sentimientos de culpa, de malagradecida, de monstruo, de desleal por haberme decidido YO MISMA, sin pedir el permiso de nadie, por este camino.

Confieso que este complejo me duró mucho tiempo, hasta que al fin, con la ayuda de mis familiares y amigos, tras discusiones verdaderamente psicoterapéuticas con ellos, yo empezara a restablecer mi ego y a actuar en asuntos personales sin autorización de "los organismos superiores". Llegué a comprender que recurrir a tretas, al engaño, a la trasgresión de "disposiciones" establecidas constituyen recursos legítimos, si uno se encuentra en una situación en que los derechos individuales y de autodeterminación están congelados. Mandé la pena al diablo y dejé de descalificarme y de autocensurarme. Ya no me importaba el qué dirán mis ex-jefes cubanos. ¡Una vez arruinada la fama, ya uno puede vivir con soltura!

"Las luces que ustedes podrán observar desde ambos lados de nuestro avión, pertenecen a las Bahamas", anuncia el capitán de nuestro "airbus" y a continuación nos informa minuciosamente sobre los próximos tramos de este vuelo.

"¡Dani, funcionó! ¿Te das cuenta que ganamos la partida?".

Abro todas las válvulas de escape. Un agotamiento descomunal, físico y mental, se presenta después de meses de tensión, temor, incertidumbre y ambivalencias. Me siento terriblemente cansada y, por primera vez en años, muy tranquila y relajada.

El vuelo sigue transcurriendo sin contratiempos. Aterrizamos en Berlín, puntualmente, el día después de nuestra salida.

Estamos en noviembre, el mes más triste, más oscuro y más húmedo del año en Alemania. Los árboles pelados estiran sus ramas negras y desnudas hacia el cielo. Llueve y llueve. Es una llovizna que parece no terminar nunca; agujitas microscópicas de agua helada se clavan en la cara, obligan a uno a apurar el paso y a buscar algún techo donde guarecerse.

Tantos años de sol, de calor, de sudor permanente, día y noche, cargaron las baterías de mi organismo con reservas de combustible a largo plazo. Me siento como nueva, con energías como para tomar el mundo por asalto.

Me hará falta esta fuerza, pues comienza con mi llegada a Alemania, casi treinta años después de haberme mudado a Cuba, una etapa incierta, difícil, insegura y llena de sorpresas, sorpresas que seguramente me depararán de vez en cuando alguna alegría y satisfacción (soy por naturaleza optimista y creo en lo bueno del ser humano y en la felicidad), pero también muchos problemas y dificultades. Sin embargo, he tomado esta decisión y ¡a lo hecho pecho!

Los primeros días en Berlín transcurren con la búsqueda de soluciones para nosotros tres: para mi hijo mayor, para Dani y para mí.

Dictys, el mayor, se encuentra en casa de mi hermano desde hace ya tres semanas. Sus vacaciones autorizadas por su ex-centro de trabajo, la agencia de noticias "PRENSA LATINA", han terminado y se está esperando su regreso en La Habana. (Como no regresó, se le hizo -en ausencia- en La Habana, con la participación obligatoria de todos los colegas de PRELA, un "acto de repudio" por traición, por vendepatria y por entregarse al capitalismo enemigo y recibió el título de "honor" de ESCORIA reservado a todos aquéllos que osan tomar una decisión propia de esta índole, no dictada por los organismos superiores. Una colega que pocas semanas después se exilió en Canadá y que participó en dicho acto de repudio, se lo contó con todo lujo de detalles). Dictys había estado trabajando durante un año por encargo de la agencia en Nicaragua, en plena situación de guerra civil y de preparación de las primeras elecciones autorizadas por el gobierno de Ortega. Como poseía un pasaporte de servicio con visas de entrada a Nicaragua y permisos permanentes de salida de Cuba, le resultó fácil abandonar la isla. En vez de reincorporarse a sus actividades laborales de PRELA, se quedó en Berlín, donde, después de semanas de limpiar picaportes y de tocar las puertas de agencias, instituciones, empresas y negocios de la más diversa índole ofertando sus servicios,

tiene que aceptar una realidad frustrante: la existencia de un ejército de periodistas de altos quilates, desempleados. Y llega a la conclusión de que tendrá que encaminar su vida laboral en otra esfera que no sea la del periodismo, corroborando su criterio expresado ya desde el comienzo de sus estudios en la inhóspita ciudad de Moscú de que "¡Mi carrera es una reverenda mierda! Pero es la que me tocó por la libreta. O la aceptaba o no estudiaba. No me permitieron escoger mi camino". Aun así le resultó doloroso renunciar a su profesión y empezar de nuevo.

Dani tiene hechos sus planes: regresar a "su" universidad, en la cual estudió matemáticas, para solicitar la continuación de los estudios de post-grado. Este niño nació con el pie derecho. A los pocos días de haberse presentado ante el Consejo Científico, le otorgan la beca y tiene asegurado el porvenir inmediato.

Los problemas profesionales míos adquieren un cariz muy feo, y más rápido de lo que jamás pensara tengo que interiorizar como algo irreversible el que de persona conocida hasta en los rincones más remotos de Cuba haya vuelto al anonimato total y completo. Mis instrumentos de trabajo -biblioteca y videoteca especializadas, protocolos de investigaciones, programas de formación médica, de pre y post-grado, en fin, todo lo que necesito para el desarrollo normal del trabajo- se quedaron en La Habana. Con mi decisión de volver a mis raíces acepté tener que poner el punto y final a mi vida profesional para dedicarme a ganar mi sustento con alguna actividad, aprovechando simplemente mis conocimientos en idiomas extranjeros y olvidando lo demás. En situaciones y momentos como éstos hay que demostrar mucha flexibilidad y tener una buena dosis de voluntad y valor para aceptar realizar labores que llevan implícito la insatisfacción, la frustración, el sometimiento a jefes, cuya característica destacada es la arrogancia, quienes equipados de pocas células grises, pero poseyendo mucho capital se adjudican el derecho a humillar y a ultrajar a sus subordinados.

"¡Tienes que ofertar tus conocimientos, destrezas, aptitudes y servicios (aunque sea más mentira que realidad) como en bandeja de oro!" me aconsejan los entendidos en esta materia y me enseñan una serie de mecanismos que deben ser remedios seguros para encontrar trabajo.

Casi treinta años en Cuba han hecho de mí un ser inservible en lo que a conocimientos reales del sistema capitalista se refiere. No sé absolutamente nada de impuestos, de seguros, de leyes laborales, de derechos y posibilidades. Como soy ignorante, pierdo un montón de oportunidades que sólo están a disposición del que las conoce y reclama.

Me hago especialista en redactar solicitudes de empleo. Docenas de cartas con sus correspondientes documentos que dan fe de mis calificaciones, actividades profesionales anteriores y experiencias acumuladas aterrizan en los departamentos de personal de empresas, centros de investigación, de asistencia y otros que tengan que ver de alguna forma con actividades laborales que yo sabía realizar.

Tengo que experimentar la triste realidad de que con tantos títulos universitarios en mi haber no voy a lograr nada. Un documental interesante sobre académicos alemanes desempleados -un físico haciendo frituras de papas y vendiéndolas en un quiosco; una bióloga laborando en una compañía de recogida de basura en áreas públicas y un licenciado en ciencias jurídicas trabajando media jornada de secretario, teniendo este personaje en su haber dos títulos de doctor, sabiendo siete idiomas que no le sirven para nada, pues sólo gana lo imprescindible para poder pagar el alquiler de un cuartucho similar a una jaula de conejos- me limpia las entendederas y me da la medida del tamaño de mi problema. A todo esto hay que sumarle el hecho de que estaba a punto de cumplir los cincuenta años. ¿A quién se le ocurre solicitar un empleo, siendo tan vieja? Las mujeres alemanas de mi edad que han pasado un desarrollo laboral normal se jubilan a los 60 años.

Sólo una persona ignorante, caída -como yo- de la luna, tiene la ilusión de que lo importante es el saber, no la edad. ¿Acaso no tenemos un Jefe de Estado diez años más viejo que yo, que está seguro que sáldrá electo otra vez para el próximo período legislativo?

Las universidades me rechazan por no tener antecedentes docentes en ninguna del país. Mi querida Universidad de Rostock, donde inicié mi carrera y donde hice la defensa del doctorado con broche de oro, está inmersa en un proceso doloroso de reestructuración, quedando institutos de renombre internacional disueltos y académicos que le han dado fama, despedidos. Allí no hay espacio para mí.

Y Cuba queda tan lejos, despierta en la gente únicamente asociaciones con playas, sol, ron, tabaco, música y mulatas hermosas. Al conocerse que en la isla existe un programa nacional de gran envergadura, serio, sistemático de educación, orientación y terapia sexuales, la gente no quiere creerme y al final, la respuesta a mis indagaciones sobre la posibilidad de empleo, se resume en que: "Aquí, en Alemania, el enfoque, las leyes, la filosofía, en fin, todo es distinto".

Para el trabajo asistencial de planificación familiar y el de educación, orientación y terapia sexuales no hay plazas vacantes; pertenece al sector improductivo. No existen recursos suficientes para poder dar abasto a las necesidades de consulta y asistencia de la población sin recursos financieros, y los ricos tienen sus terapeutas privados; no les hace falta una alemana-cubana que no conoce el nuevo mundo, al cual se acaba de trasladar.

Se me recomienda que busque una fuente de financiamiento para independizarme, para abrir mi consulta propia. Soy lo suficientemente realista como para saber que este consejo no podrá convertirse en realidad, pues la requerida fuente de financiamiento no existe. Y esperar por un premio de la lotería me parece demasiado inseguro, pues nunca en mi vida he ganado en rifas organizadas en la escuela, en el barrio o en actividades de beneficencia. En Cuba, jugar a la lotería estaba prohibido. A mi cuñada la metieron un

día en el calabozo porque la sorprendieron jugando al "Monopolio" con una vecina. En vez de dinero usaban frijoles negros y éstos tenían más valor que los pesos cubanos en circulación en aquel momento. De manera que en Cuba se me olvidó cómo se juega a la lotería y aquí en Alemania me faltó el dinero para hacerlo regularmente. Las pocas veces que participo, me discriminan sistemáticamente, nunca, pero nunca he ganado salvo una vez que el monto del premio cubrió exactamente el costo de la boleta.

"¿No tienes ninguna herencia en perspectiva?", me preguntan amigos deseosos por verme ubicada en una posición digna.

En el horizonte no se vislumbra ninguna fortuna y analizando con espíritu realista la situación de mi familia alemana, llego a entender que no tiene sentido esperar milagros.

La oficina de trabajo de Hamburgo me recomienda una plaza de profesora de idioma alemán para asilados, ciudadanos desgraciados del mundo entero y para repatriados ruso-alemanes y polacos que antes de recibir el permiso para trabajar en Alemania tienen que aprender el idioma alemán. Acepto gustosamente, aun sabiendo que el salario -una cuarta parte del que por la tarifa oficial me corresponde- no alcanza ni para empezar.

Mis alumnos se dividen en dos grupos: uno compuesto por personas que hablan el idioma ya bastante bien y que tienen que perfeccionar sus conocimientos para poder dedicarse a la tarea de buscar un empleo, de ser posible en un sector que corresponda al oficio aprendido. El otro grupo consta de hombres y mujeres analfabetos o desconocedores del alfabeto latino, todos ellos de un nivel cultural bajo, todos y cada uno nacidos y criados bajo regímenes inhumanos, autoritarios, despóticos, aniquiladores de la individualidad, por consiguiente son personas cuya psiquis está severamente dañada, que no conocen la tolerancia de lo diferente y que sufren torturas inmensurbles al verse inmersas en un mundo abierto, multicultural, que ofrece libertades que no comprenden y a las cuales no están acostumbradas.

El primer grupo no plantea ninguna dificultad y simplemente cumplo con mis alumnos el programa de rigor establecido concretamente por la dirección del plantel.

El trabajo con el segundo, el de los analfabetos, sin embargo, se convierte en un reto de enorme envergadura. A Cuba había llegado tarde para poder participar en la campaña de alfabetización. Nunca hubiese tenido en cuenta siquiera la posibilidad de dar mi aporte como maestra-alfabetizadora en uno de los países más desarrollados del mundo. Parece que el destino me tiene asignadas misiones estrafalarias por excelencia.

La escuela no está preparada para darle atención especial a mi grupo y con tal de librarse de este compromiso incómodo de darles a esas personas marginadas clases de idioma alemán, me otorga poderes casi totales en lo referente al contenido de mis clases, siempre y cuando yo alcance el objetivo: que los alumnos aprendan al menos a escribir su nombre, a leer textos muy rudimentarios -como, por ejemplo, los nombres de

las calles, la identificación de los medios de transporte público, los precios de los productos en el mercado- y a articularse de tal manera que puedan resolver sin ayuda de un intérprete la comunicación más elemental.

Nos divertimos bastante en mi grupo de "analfis". Tengo que improvisar e inventar métodos atractivos constantemente. Mis alumnos hablan curdo, polaco, ruso, afgano, búlgaro, persa, turco, árabe y chino. Ninguno conoce las costumbres, tradiciones y el idioma del otro y cada uno idealiza su Patria lejana que tanto sufrimiento le ha deparado.

El más joven tiene 45 años, el mayor 70. Todos y cada uno han pasado las vicisitudes más inimaginables: torturas, persecución, destierro, fuga, terror y exilio. Todos están enfermos, con los nervios destruidos; los pocos que les quedan sanos, se estropean irremediablemente en la lucha cotidiana contra la insuperable, la inalcanzable, la mundialmente conocida, implacable burocracia alemana. Yo, que nací en este país, que aprendí desde mi tierna infancia las reglas de juego, las normas de convivencia, el idioma, la cultura, me siento como en otro planeta, porque casi tres décadas en el ambiente cubano me "echaron a perder"; cómo se sentirán entonces estos pobres desgraciados de mis alumnos analfabetos que no hablan el idioma ni comprenden absolutamente nada, pero a quienes se les exige el cabal cumplimiento de todas las normas y leyes establecidas en su país anfitrión.

Todos los días traen algún papel de la oficina del trabajo, del seguro social, de la dirección de inmigración, de la policía, del departamento de extranjería.

Nunca me interesé por estudiar leyes, pero ahora me veo en la obligación de enterarme de un montón de disposiciones legales, pues las conozca o no, sin aceptar disculpas ni pretextos se exige en Alemania el acatamiento de los códigos, leyes y regulaciones existentes. En Cuba, al igual que todos los que se encontraban a mi lado, estaba acostumbrada a "resolver los problemas", recurriendo a alguna treta, trampa o buscando una puerta trasera con la ayuda de algún socio, amigo o conocido ("quien tiene un amigo, tiene un central", es una verdad en Cuba), para barrer del camino las avalanchas, los obstáculos legales existentes en el papel y muchas veces en la mente de funcionarios que se dan importancia. Pero en Alemania esto no funciona. Las multas pueden arruinar al más rico si se atreve a transgredir la Ley. Todavía hoy no me explico cómo es posible que este sistema alemán funcione, pero funciona (dicen las malas lenguas que los franceses empollan una ley, los italianos se mueren de risa cuando la conocen y los alemanes la cumplen). Y mis alumnos están viviendo pesadillas tal vez más horribles que las vividas bajo un régimen dictatorial y sanguinario. La tortura, la miseria física se sustituyen por papeles que llevan implícitos amenazas y castigos. Con manos temblorosas me entregan la carta cuyo remitente es alguna de las instituciones arriba mencionadas. Y la carta contiene -sin excepción- alguna acusación, alguna multa u otra condena por no haber el destinatario acatado esta norma, aquélla o la otra. Me convierto

en la abogada de mis alumnos, me peleo con funcionarios, cuya tarea consiste en tener la razón y tener que garantizar el orden entre esta gente que para los burócratas constituyen el caos perfeccionado.

Traslado a mis clases técnicas psicoterapéuticas para incorporarlas en mi programa docente. De esta forma no se me atrofian mis células grises y logro que los alumnos se sientan protegidos sin la persecución de los funcionarios. Al menos durante las clases de alemán pueden dejar de lado los problemas legales. En el aula se sienten como en un oasis, despreocupados, seguros y -tal vez lo más importante- comprendidos y respetados por su profesora, a quien adoran. Nos entendemos sin que nadie hable el idioma del otro. Cuando la atmósfera está cargada de agresividad -porque un bando se burle, por ejemplo, de los que "apestan" a ajo y el otro de aquéllos que comen carne de puerco y tienen olor a grajo-, tengo que hacer todo lo posible para que la discusión, la gritería no termine en ataques físicos.

De lunes a viernes tienen que aguantar seis horas de clases diariamente. Están acostumbrados a trabajos físicos violentos, pero aguantar un lápiz entre tres dedos y escribir algunas palabras les hace sudar y, a veces, les dan verdaderos ataques de depresión. Cuando a Yuri se le agarrota la mano, emite un grito que me llega hasta la médula, tira con desprecio el lápiz al otro extremo del aula y en ruso mezclado con algunas palabras alemanas balbucea:

"No resisto más esta tortura. Toda mi vida he trabajado en el campo. Hice de caballo y de arado a la vez. Con cuarenta grados bajo cero tuve que estar fuera y para no morir de frío tuve que trabajar, moverme, cargar los bultos más pesados. Y aquí me tienen ahora garabateando letras idiotas que no me hacen falta".

No me resulta fácil consolar a Yuri. Le tomo la mano rígida, le hago un masaje y le hablo en voz baja y con mis tres palabras rusas que todavía recuerdo de mis tiempos de escolar, logro hacerle reír. Cambiamos de actividad, hacemos todos unos ejercicios de relajamiento, acompañados de una canción infantil que les gusta muchísimo y que aprenden con ahínco, como niños en un círculo infantil.

Cada noche cuando preparo la clase del otro día, empollo juegos de adivinanza para hacer más divertido, más aguantable el aprendizaje. Jugamos a la "lotería de imágenes". Reparto elogios y aplaco a iracundos que a veces se desesperan cuando su memoria los traiciona o cuando la mano torpe no quiere escribir letras legibles.

Yuri ya sabe escribir su apellido, puede firmar documentos con su puño y letra. Y descubro que este viejo campesino, descendiente de alemanes reclutados por la zarina Catalina para cultivar las tierras vírgenes a orillas del Volga, más tarde expulsados de su nueva Patria por los secuaces de Stalin, torturados y enviados a campos de exterminio o a Siberia durante la Segunda Guerra Mundial, de vuelta en Alemania aprende más rápido de lo que uno pueda pensar que la comodidad no sólo se inventó para los ricos:

cuando le doy la tarea de escribir cinco veces su apellido (que se compone de ocho letras), veo cómo me pone sobre el papel cinco veces sus iniciales. Cuando le pregunto: Yuri, ¿por qué no me escribes el apellido completo?, me contesta: "Es muy largo y así es suficiente. La coletilla sobra".

Mientras tanto, ya he encontrado una vivienda cómoda y barata.

La dueña de una casa en uno de los barrios más exclusivos de Hamburgo me cede la planta baja completa. Su condición: que no le cambie nada, que deje todos los muebles y tarecos en su lugar. La señora ya tiene noventa años, ha vivido los terrores de dos guerras mundiales, las crisis económicas mundiales que acabaron con el país; ha conocido el resurgimiento de una nación fuerte, pero le han quedado la desconfianza y el miedo. Tiene guardadas en el sótano tongas de latas de conservas producidas poco después de la guerra o sea, hace medio siglo, para "por si acaso". No le permite ni siquiera al hijo que se encarga de las reparaciones de rutina y de la recogida de materiales de desecho, que toque su almacén de reservas. Y yo estoy otra vez pasando por una etapa de tener que soportar el despotismo y la subordinación. Es cierto que el pago de alquiler por la mansión en que vivo es casi simbólico, pero tengo que admitir que los muebles baratos gastados, con olor a viejo y sucio constituyen un insulto a cualquiera. De manera muy diplomática trato de persuadir a la señora a que me permita introducir algunos cambios. Ella se mantiene firme. Nuevamente en mi vida tengo que recurrir a tretas, trucos y a otros recursos no convencionales para convertir mi morada en un lugar agradable. Aprovecho su ausencia para cepillar el piso de madera. Mi hijo y un primo, un teutón de dos metros de estatura, barbarroja, ojos azules y con la fuerza de un toro, participan en la conspiración. Alquilamos una máquina que pesa más que yo, produce una bulla capaz de despertar a un muerto y se come -si no se la maneja correctamente- el piso completo. Yo trato de guiarla, pero me levanta como si fuera una pluma. Tengo que pedir a "mis hombres" que manejen la máquina hambrienta de madera de pino, y en cuestión de tres horas tengo láminas brillosas, nuevas con olor a bosque.

Si pudiera botar a la basura los trastos que cumplen función de muebles, la vivienda quedaría perfecta, pero no puedo arriesgar una guerra con la dueña. Tengo que esforzar mi fantasía, hacer cálculos y termino comprando telas, sillas y muchas plantas para camuflar lo feo.

Naturalmente me veo también en la necesidad de botar al sótano algunos de los vejestorios más espantosos, segura de que la señora no los sacaría de allí jamás, esperando que -si tengo suerte- ella no se percate de mis trasgresiones.

Días después de haber terminado mi obra maestra, la dueña de la casa regresa de sus vacaciones. Parece que algún vecino soplón le contó de la bulla y de los movimientos de personas, instrumentos de trabajo y tarecos que se habían manipulado durante su ausencia.

Me saluda muy fríamente y quiere ver la vivienda. Los ojos se le agrandan y dice: ¿Pero esto qué es?, todo está cambiado, el piso, ¿qué ha hecho con el piso?

Como una chiquilla agarrada con las manos en la masa prohibida, le replico: "Señora, ¿ha visto qué bien quedó el piso?".

"Sí, pero no le di la autorización y usted no me avisó de nada y abusó de mi ausencia para hacer todo esto a mis espaldas!".

Sólo después de asegurarle que los costos correrían por entero de mi cuenta, comenta con la cabeza erguida de arrogancia: "¡Quien quiere azul celeste, que le cueste!", a lo que no se me ocurrió decirle otra cosa que: "¡Así es!".

"Mi vivienda" va llenándose poco a poco. Amigos me regalan vajilla, cacharros de cocina y, sobre todo, libros. Un radio-tocadiscos estereofónico es el primer gran regalo de mis hijos para Navidad. Empiezo a crear -¿por cuánta vez?-, una biblioteca y una colección de discos. Si no fuera por el salario miserable de la escuela de idiomas, que no me permite respirar profundo, podría estar contenta.

En la escuela corren rumores de que se piensa cerrar el plantel por no prorrogarse el contrato con la oficina de trabajo. Indagaciones al respecto me inducen a buscar otro empleo, pues no tengo recursos para poder sobrevivir si me dejan en la calle de hoy a mañana. Además, tengo que acumular años para poder cobrar, a los 61 años de vida, la pensión mínima, pues mis tres décadas de trabajo en Cuba no cuentan para la jubilación.

En el diario hamburgués encuentro una oferta de empleo de una empresa de suministros de productos varios para buques. Necesitan una traductora-intérprete y secretaria para la dirección general y para la dirección técnica. En el anuncio especifican que la candidata no necesita tener conocimientos técnicos, que los idiomas español, inglés, alemán y francés son obligatorios y que todo lo demás se le enseñaría poco a poco. Pienso que este puesto se ha reservado expresamente para mí. Escribo mi solicitud de rutina y envío a la dirección de la empresa todos los documentos de rigor requeridos.

Apenas el cartero deja mi carta en el lugar destinado, la gerencia de la empresa me llama por teléfono y me invita a presentarme para una entrevista.

El jefe de personal habla conmigo brevemente y noto que hay un movimiento raro detrás de mí (estoy sentada de espaldas a la puerta abierta del salón de conferencias). Claro, no puedo virarme para ver qué está pasando. Más tarde me relatan que mi solicitud para ocupar la plaza de traductora, intérprete y secretaria levantó una nube de curiosidad y de asombro entre los directores de la empresa. El director técnico, el más interesado en que yo me convierta en su "tracatrana", me habla como si ya fuera colaboradora suya. De repente entra una señora, se presenta, pero no capto su apellido y por consiguiente no me doy cuenta que es la gerente y dueña de la empresa. Ella me mira y habla como si yo fuera un bicho raro. Varias veces repite su pregunta: "¿es cierto

que usted vivió casi tres décadas en Cuba? Dios mío, cómo pudo estar tanto tiempo en ese país".

También se presenta el cuarto integrante de la gerencia, un especialista de finanzas, en cuya cabeza sólo existen números pintados en billetes de moneda fuerte, que igualmente se está muriendo de curiosidad por ver este fenómeno que solicitó trabajo en su compañía.

Al poco rato ya estamos hablando del contenido concreto de mi nueva misión. Mis futuros jefes se mueren de la risa cuando les explico que nunca he trabajado con una computadora, que no tengo idea de lo que es un fax y que nunca en mi vida he marcado el disco de un teléfono para una llamada internacional, puesto que para estos menesteres en Cuba estaba la operadora. Me aseguran entre carcajadas y comentarios burlones que todo esto se me enseñaría, que no me preocupara.

El primer día de trabajo es una pesadilla de tal envergadura que nunca -incluso si llego a ser vieja como Matusalén- se me olvidará. A cada rato pasa por mi oficina algún colega -con cualquier pretexto para ver el bicho raro, cuchichean, se ríen, me miran. Yo me siento como un mono enjaulado en el zoológico, al menos me imagino que así podrá sentirse un animal en tales circunstancias.

El director técnico, el financiero, la dueña y tal vez el peor de todos, un perito comercial de personalidad torcida, un hombre celoso y temeroso de que yo pueda aprender demasiado y destronarlo, inventan problemas y me apabullan con tareas muchas veces absurdas y contradictorias, que quedan totalmente fuera de mi radio de competencia y me sacan de quicio. Y antes de que termine la primera jornada ya tengo ganas de irme y de no volver jamás. Se esfuman las promesas de enseñarme mi nuevo oficio; en su lugar me dan órdenes, la mayoría de las veces imposibles de cumplir.

No había conocido nunca antes un ambiente en un centro de trabajo, donde existieran tantas ganas de fastidiar, de humillar y de hacerle la vida imposible a otra persona. Hoy día ya sé que existen incluso instituciones, asociaciones, centros terapéuticos cuya tarea consiste en reparar los daños psíquicos causados a personas por las actitudes y conductas agresivas y destructoras de sus jefes o compañeros de trabajo. Y una vez más en mi vida tengo que vencer a mi demonio interior que me llama a tirar la toalla y obligarme a resistir, pues tengo un contrato firme y un salario que me permitirá vivir dignamente, sin pasar necesidades. Los que conocen mejor que yo el ambiente de la economía libre, me aseguran: "te acostumbrarás, y pronto estarás por encima de las cosas y podrás reírte de los que ahora te torturan". No quise creerles, no pude imaginarme que iba a ser capaz de aguantar esta tensión por mucho tiempo, pero el ser humano tiene reservas insospechadas y recursos para protegerse. En el camino al trabajo ya empiezo a prepararme psíquicamente para la lucha en la empresa: les dedico a cada uno de mis torturadores un minuto de odio, me los imagino en situaciones ridículas y me siento con fuerzas. Y sucede lo que auguraron mis amigos: estoy por encima de las

cosas. Tengo un pellejo de elefante, acepto las órdenes, pero ahora soy yo la que decide si se cumplen o no -de acuerdo con mi criterio al respecto- y delego en otros colegas asuntos que no me competen y establecemos un nivel de convivencia aguantable. Para no embrutecer aprovecho cada minuto disponible para escribir mi historia, me quedo hasta por la noche en la oficina para hacer catarsis, martillando el teclado. Me parece que ésta es la mejor respuesta a mis tormentos en el trabajo. El proverbio "No hay mal que por bien no venga" pega como puño al ojo.

Capítulo II

El inicio

Comenzaba el nuevo año académico el primero de septiembre de 1961. Dos semanas antes, el 13 de agosto, acababa de construirse el Muro de Berlín.

Yo cursaba el tercer año de la carrera latinoamericana, una especialidad recién creada por el Gobierno de la RDA, con miras a preparar especialistas que llevaran a la práctica la expansión de las relaciones políticas, económicas y socio-culturales de la Alemania socialista en América Latina.

Nuestro grupo, compuesto por seis estudiantes, a nivel nacional, cinco mujeres y un hombre, constituíamos verdaderos conejillos de indias, pues fuimos los primeros privilegiados, la "creme de la creme", seleccionados para estudiar esta carrera totalmente nueva: cinco años de estudios intensivos, en los que los experimentos más descabellados realizados por profesores ambiciosos, bajo la supervisión y vigilancia permanentes del Comité Central del Partido, convertían nuestros sueños en pesadillas interminables. Que yo sepa no había, hasta ese momento, antecedentes de una carrera tan cargada de asignaturas: lengua y literatura hispánicas, portuguesas y francesas; historia de España y Portugal, historia de América Latina, economía política, marxismo-leninismo, corrientes filosóficas de España y de América Latina, sociología, traducción e interpretación, redacción y composición, para mencionar las más importantes.

Todo el mundo nos tenía envidia, pues se asociaba con nuestros estudios el sueño de poder conocer países lejanos, el de viajar y salir del estrecho círculo de la comunidad socialista.

Cuando inicié mis estudios, Fidel Castro llevaba ya medio año en el poder. En aquel momento no podía imaginarme ni remotamente que la Revolución Cubana, por casi tres décadas, iba a determinar mi rumbo, mi vida.

Durante los primeros dos años de estudios básicos apenas se escuchaba la palabra Cuba. Asociaba la isla de Cuba con una canción aprendida, cuando niña, de amiguitos de la calle, que decía:

"En Cuba los negros se están rebelando / disparos rompen el silencio de la tarde / Golpes de tambores la muerte van anunciando / Los gritos de los moribundos se oyen por todas partes / Cuerpos masacrados ensangrentados por los caminos van quedando".

Recuerdo que, cuando mis amiguitos cantaban esta canción, con gestos y voces de espanto, con el afán morboso de aterrorizarme, se me erizaban todos los pelos y de noche gritaba de miedo.

Cuando el Ejército Rebelde y las Milicias Populares, dirigidas por Fidel Castro, triunfaron en la Bahía de Cochinos, la Universidad de Rostock organizó un encuentro con estudiantes latinoamericanos. Vimos el famoso documental de esta batalla, filmado por el ICAIC (Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos) y conocí, por primera vez en mi vida, el temperamento, el fuego, el entusiasmo de los latinos. En los cines alemanes nunca se aplaudía ni se daban gritos. Viendo el documental, el público gritaba a voz en cuello; los aplausos y el alboroto -fenómenos totalmente normales para los latinos- nos tenían a los espectadores alemanes confundidos y atolondrados. Me sentí como entre gente de otro planeta. Creo que este encuentro inolvidable sentó la pauta de mi interés intensivo por Cuba.

Cada estudiante de nuestro grupo microcósmico estaba en la obligación de analizar y estudiar individualmente aspectos particulares de dos países de América Latina. Podíamos escoger cada uno de nosotros nuestros países, así como determinar el orden de prioridad. Escogí a Cuba como primer país de importancia en mi programa de estudios.

Durante la realización de un trabajo de semestre en Berlín, que duró varias semanas, pasé muchos días en la Biblioteca Estatal, buscando información sobre la isla. Revisé cientos de revistas, periódicos y libros de los más diversos países -en aquel momento todavía se nos permitía revisar publicaciones provenientes de países occidentales, por supuesto bajo la supervisión y el control estricto de los empleados de la biblioteca-. Llené de notas por lo menos una docena de libretas y escribí mi primera pequeña monografía sobre Cuba.

Cuando conocí al capitán más joven del mundo, fundador de la marina mercante de la Cuba revolucionaria, en aquel mes de septiembre de 1961, pocos días después de haber comenzado el nuevo año escolar, ya era una "especialista", conocedora del proceso revolucionario cubano.

El capitán se encontraba en los astilleros de Rostock, mi ciudad, para supervisar la terminación de la construcción del buque insignia de la marina mercante cubana. Él y un pequeño grupo de sus oficiales frecuentaban la biblioteca de nuestro instituto, que estaba dotada de las obras más importantes y destacadas de la literatura, filosofía e historia de España, Portugal, Francia y América Latina. En los astilleros no encontraban nada igualable para satisfacer la sed de lectura en su lengua materna.

Uno de nuestros profesores, en su tiempo extra-laboral, desempeñaba el papel de intérprete de la gerencia de los astilleros. Fue él quien ideó un plan de ejercicios prácticos de español con los oficiales de la marina cubana. Dicho sea de paso que nuestros profesores de español todos eran alemanes; hablaban un español anacrónico y estaban tan necesitados de practicar el idioma con personas provenientes de países de habla hispana como nosotros los estudiantes.

A nosotros nos encantaba la idea de realizar este tipo de ejercicios.

Nunca antes logramos organizar un encuentro en un tiempo de preparación tan corto como éste. Invitamos al capitán y a su grupito de oficiales a vernos en nuestro instituto, para conversar y después, por la noche, salir juntos un rato a bailar. No hacía falta ningún presupuesto; los locales de la universidad estaban a nuestra disposición gratuitamente y los restaurantes en aquel entonces no ofrecían ningún manjar, sólo unos platos sumamente baratos, tan económicos como parcos y aburridos. Los dos o tres restaurantes de "caché" existentes en Rostock estaban dotados de combos que a partir de las cinco de la tarde tocaban una música bailable típicamente provinciana, pero no teníamos criterios de selección, de manera que nos parecía estupenda.

La primera parte de nuestro encuentro improvisado comenzó en una atmósfera un tanto rígida. Ambos bandos estábamos curiosos, nerviosos y nos sentíamos inseguros. Sentados en círculo, nos presentamos y nos esforzamos por mantener una conversación entendible en español. Durante esta actividad empecé a dudar por primera vez de que lo que hablaban nuestros invitados fuera español. Estas dudas las seguí teniendo -más tarde, en Cuba- durante meses. No podía encontrar similitud entre el español que nuestros invitados hablaban y el que habíamos aprendido en cinco semestres de estudio intensivo. Resultó muy difícil seguir el hilo de la conversación. No obstante, muy pronto nos sentimos como entre amigos. Los chistes que contaban no se entendían, pero como un bando se reía, el otro le hacía coro, como niños que aplauden las gracias de los mayores cuando éstos se empeñan en provocar la risa de los chiquillos.

A mi derecha estaba sentado el capitán, a mi izquierda el intérprete oficial de los astilleros, encargado este día de atender a nuestros invitados.

Este intérprete es el culpable de que por casi treinta años haya vivido en Cuba. Era un flaco feo, con orejas de pantalla y dentadura de conejo, que -además de estos defectos físicos no imputables a su voluntad- se caracterizaba por ser espantosamente pegajoso. Me había escogido para sus maniobras de conquista, esforzándose con los métodos más inefectivos que puedan imaginarse, a enamorarme. Me caía como plomo y su perseverancia tosca, de mal gusto y primitivismo inigualables me sacaban de quicio. No estaba dispuesta a seguir aguantando a ese individuo, por lo que comencé a conversar con el capitán, ignorando al intérprete. ¡No me pregunten cómo me las agencié para comprender y hacerme entender! El caso es que nos entendíamos maravillosamente, en "alemañol". Naturalmente sacamos a relucir nuestros mejores lados, nos dimos mañas para gustarnos mutuamente, nos divertimos muchísimo.

Llegó el momento de partir para bailar. Esperamos el tranvía. Cuando llegó, el intérprete y dos compañeros del grupo subieron. Logramos hacerle una trampa al orejudo intérprete, el cual se quedó atrapado en el tranvía, mientras los dos del grupo se bajaron antes de que el tren arrancara. El pobre intérprete gritó: "¡suban, rápido!", y cuando nos percatamos que el tren se puso en movimiento y él no logró salir, le

gritamos: "¡nos vemos en la estación del zoológico!" (la penúltima) y nos fuimos caminando al restaurante que quedaba a dos cuadras del instituto.

El capitán y yo nos sentamos en un rincón, lejos de la pista de bailar. Los oficiales y el resto de nuestro grupo bailaron toda la tarde y parte de la noche.

Para mí, este primer encuentro con el capitán fue la clase de español más intensiva de todas las hasta ese momento experimentadas y me esmeré como nunca por quedar bien.

Nos enamoramos muy rápidamente. Comencé a vivir una etapa totalmente desconocida. Por primera vez en mi vida se me olvidaba que estaba estudiando, que tenía obligaciones. Nos encontrábamos todos los días después de las clases. Caminábamos kilómetros por los alrededores de la villa universitaria, por los bosques y parques cercanos. No nos molestaban ni la lluvia ni el frío ni la oscuridad. No creo que haya existido alguien que cambiara el mundo tan radical y tan rápidamente, que convirtiera a Cuba en un verdadero paraíso, como lo hacíamos nosotros, fantaseando, hablando, debatiendo, sintiéndonos partícipes de un proceso auténticamente revolucionario, humanista por excelencia.

Así pasaron el final del verano y el otoño y comenzó el invierno. El viaje de prueba del nuevo buque estaba programado para la semana de Navidad y a continuación estaba previsto navegar a Cuba.

El capitán se despidió. Estábamos comprometidos. Acordamos casarnos durante su próxima estadía en Rostock, en abril de 1962.

Romeo y Julieta de los tiempos modernos podría haberse llamado nuestro romance, que afortunadamente no se truncó como el de los jóvenes de Shakespeare. Yo andaba como zombi, en una nube de ilusiones y de felicidad. Participaba en clases, asistía a seminarios, pero sólo estaba presente físicamente, mientras que la fantasía echaba a volar. Tuve mucha suerte de que durante este trance no me tocara ningún examen de importancia, pues no hubiese podido pasarlo dignamente. Cerca de nuestra aula de filosofía se encontraba una iglesia muy vieja que poseía un tesoro, una joya de los artesanos nórdicos: un órgano del siglo XVIII. Los estudiantes de teología realizaban allí sus prácticas de música eclesiástica, sacándole a este instrumento celestial sonidos majestuosos, conmovedores. ¡Cómo gozaba de estos conciertos gratuitos que me ayudaban a trasladarme a mi mundo de fantasía, echando bálsamo a mi alma enamorada!

Los discursos de mis profesores me resbalaban, no llegaban a tocar mi cerebro. Durante semanas no me enteraba del contenido de las clases. Mientras ellos hablaban, ebrios de su erudición, yo estaba ebria de amor, llenaba docenas de hojas de papel, escribiendo cartas a mi capitán, soñando en pleno día con la boda y mi nueva vida en Cuba.

El 24 de diciembre de 1961, en casa de mis padres, estaba ayudando a mi madre a preparar la cena de nochebuena y de los días festivos continuos, cuando el timbre de la puerta sonó larga y detenidamente. A esta hora y en este día no se espera a nadie que no estuviese ya presente, por lo que mi madre me echó una mirada furtiva, interrogante como si quisiera preguntarme si sabía quién podría ser el que interrumpía nuestra labor. Miré por la ventana y vi cómo un taxi se estaba alejando por un montón de nieve, abriéndose camino dando marcha atrás. Abrí la puerta y el capitán estaba parado frente a mí.

Acababa de realizar el viaje de prueba con su buque nuevo. La nave tenía que regresar al astillero por unos días para que le hicieran algunas correcciones. Esta estadía imprevista, mi amor la aprovechó para conocer el lugar y la casa en que nací y para presentarse ante mis padres.

Mis progenitores no se habían percatado de nuestras andanzas, de nuestro enamoramiento, de nuestro romance de hacía ya algunos meses. Dos años atrás, mi padre había cometido una indiscreción imperdonable, comentando con unos amigos suyos un asunto muy íntimo que yo le había confiado, y desde entonces nunca más le había hablado sobre mis historias amorosas. Mi hermano, el único de la familia al tanto de mis planes, había cumplido lo acordado conmigo y mantenido la boca cerrada.

El capitán pidió hablar a solas conmigo. Me dijo que quería pedia mis padres que nos permitieran casarnos. De nada sirvió que le replicara que en Alemania una mujer mayor de edad (como yo) no necesitaba pedir permiso a sus padres para casarse, que esta decisión la teníamos que tomar él y yo y nadie más. El insistió; "no se puede negar que es español", pensé.

No tenía la más remota idea de cómo el capitán iba a presentar a mis padres la solicitud de casarse conmigo. Dimos un paseo largo -el último por varios años- por el bosque, por mi querido bosque de la infancia, que se había convertido en un paisaje encantado, blanco, precioso; los árboles estaban vestidos de gruesos abrigos de nieve y nos hundíamos hasta las rodillas en la alfombra de millones y millones de copos brillantes. Y durante este paseo, a quince grados bajo cero, debatimos detalladamente sobre el cómo y cuándo de la petición.

De regreso en casa todo estaba preparado para la celebración de la nochebuena. Y antes de que mi padre pudiera dar la señal de comenzar nuestra tradicional ceremonia mi capitán pidió hablar con los dos. Para colmo tuve que actuar de intérprete. No sabía adónde mirar, hubiese deseado que la tierra me tragara, pero nada de esto sucedió. El capitán me advirtió: "!Que no se te ocurra inventar algo que yo no esté diciendo. Tienes que traducir literalmente y sobre todo, íntegramente!".

Después de la revelación cundió un silencio aplastante. Mis padres me miraban como si no me conocieran. Lo que acababan de escuchar los dejó atónitos y pasmados.

"Para decirles la verdad, les salió bien esta sorpresa. Claro, no puedo prohibirle a mi hija que se case con usted, pero ¿cómo piensan proceder? Ella está en tercer año de la carrera, le faltan dos para terminar los estudios. Yo no pienso aceptar que todos los esfuerzos realizados por ella y nosotros se echen ahora a la basura sólo porque ella pueda separarse de nosotros, casándose con usted. Yo impongo esta condición: mi hija tiene que terminar la carrera universitaria, no importa dónde -si en Alemania o al otro lado del Atlántico-. Ahora está ciega, quién sabe cuándo recobrará el sano juicio. Nadie, ni usted, puede garantizarme que el matrimonio va a funcionar. Ella tiene que poder mantenerse sola y para ello tiene que terminar su carrera. Y usted me da su palabra de que esta condición es ley para usted".

Mi capitán aceptó y cumplió.

Así pasó la nochebuena más extraordinaria de mi vida. Mis padres estaban enterados de que pensábamos seriamente en casarnos y de que con esta decisión un día no lejano yo me iría de Alemania para comenzar una nueva vida a diez mil kilómetros de distancia de ellos, con el gran charco de por medio que no puede brincarse fácilmente.

Yo estaba entusiasmada, loca de amor, un ser anencefálico, privado de todo tipo de raciocinio.

El primer día laborable después de las fiestas navideñas fui al registro civil para arreglar los trámites requeridos para el casamiento y la salida del país.

"Quiero casarme en abril próximo. ¿Qué tengo que hacer para poder resolver todo para un día preciso? Mi novio es capitán y sólo estará de regreso dos días antes de la fecha determinada!".

"No hay ningún problema. Ustedes son mayores de edad. Sólo necesita presentar los certificados de nacimiento y los carnés de identidad y se puede organizar todo a corto plazo. Para marineros hacemos excepciones. Los trámites demoran muy poco. Todo se resuelve mucho más pronto que para gente en tierra que dispone de más tiempo", fue la respuesta del funcionario de la oficina del registro civil.

¡Qué felicidad! No me lo había imaginado tan fácil. Y para estar completamente segura de haber entendido todo correctamente, enumeré con mis propias palabras todos los detalles que el funcionario acababa de explicarme y de paso mencioné que el capitán no podía presentar su carnet de identidad, ya que solamente poseía un pasaporte. "¿Pero esto no significa ningún trastorno, verdad?".

"¡Qué quiere decir con que él no tiene carnet de identidad?", indagó el funcionario.

"Bueno, en realidad tiene uno, pero no lo trae consigo, pues cuando está navegando tiene que tener consigo su pasaporte, el carnet lo tendrá en su casa".

"Está bien, usted podrá recoger el carnet y presentármelo más tarde pero ahora le voy adelantando el asunto. Aquí tiene unas planillas que necesito que me llene con los datos suyos y los de su novio, así nos ahorramos mucho tiempo pues los trámites se resuelven mientras él esté en alta mar. Cuando regrese sólo hace falta que firme los documentos y un día después pueden casarse. Claro, para la ceremonia, el acto formal del matrimonio, él tiene que estar presente...".

Me senté y empecé a llenar las planillas. Los datos del capitán me los conocía de memoria. No me costó ningún trabajo llenar los documentos correctamente. Terminada mi labor, entregué los papeles al funcionario. Éste los comenzó a leer. De repente frunció el ceño, la cabeza se le puso como una amapola gigantesca. No pudo contenerse y me gritó: "¡Usted se está burlando de mí. Soy funcionario público, no un payaso de circo! ¿Se da cuenta de dónde está?".

Yo estaba terriblemente asustada y balbuceé como la tonta del vecindario: "Pero señor, ¿qué he hecho, qué ha pasado?".

"¡No se haga la idiota! Usted no me dijo que con quien pretende casarse es extranjero! Escupió esta última palabra como si le causara daño físico pronunciarla.

"¡Sí, es español, pero tiene la ciudadanía cubana y sus documentos están totalmente en orden!"

"¡Qué me importan sus documentos ni ocho cuartos!, me interrumpió el funcionario; y después de llenar sus pulmones de aire, de mucho aire, empezó a pronunciar un discurso durante el cual gesticulaba y alzaba la voz para dar rienda suelta a su indignación.

"Y esto me lo hace una estudiante universitaria. ¡Se hace la boba, como si no supiera que el matrimonio con extranjeros está prohibido. Desde hace medio año existe la Valla Antimperialista de Berlín. Todo tipo de viaje al extranjero capitalista está prohibido!

Me atreví a interrumpirlo: "¡Pero Cuba es un país socialista!".

¡No me diga! ¿Y sabe que allí el muro todavía está abierto?..., que diariamente se van a los EE.UU. cientos de cubanos. Usted bien puede ser una de éstas que so pretexto de casarse con un cubano busque la forma de escapar a Miami. Si usted insiste en querer casarse con este hombre, queda truncada su carrera universitaria y podrá dedicarse a limpiar baños públicos. ¡Usted NUNCA saldrá de laRDA. Usted NUNCA se casará con este hombre, usted NUNCA, NUNCA, NUNCA...!". El hasta hace poco amable funcionario se había convertido en un ogro vociferando. Parecía un disco rayado. Estaba tan furioso que no lograba parar de chillar.

Nunca antes se me había insultado de tal manera, nunca antes había visto en peligro mi carrera universitaria. Se estaba desmoronando mi mundo sano, sólido, mi futuro luminoso. No pude creer lo que escuchaban mis oídos. El mismísimo hombre amable,

atento, que había explicado con tanta paciencia y casi diría cordialidad el proceder para poder casarme con mi capitán, ahora anunciaba mi ruina, la pérdida de mis derechos ciudadanos, el fin de mis estudios y la imposibilidad de alcanzar mi meta, y todo por el simple hecho de querer casarme con un extranjero.

En mi desesperación comencé a replicar, a presentar argumentos aprendidos en las clases de filosofía, de Marxismo-Leninismo. Indignada le pregunté si no había escuchado nunca de los principios de la ayuda solidaria entre países amigos, de la amistad entre los pueblos y otras cosas por el estilo. ¡Y tonta de mí!, ¡para qué fue aquello! El hombre hizo ademanes como alguien que acaba de recibir una bofetada.

Apretando las quijadas me gritó su frase final: "¡Descarada, lo que hacemos en asuntos de solidaridad internacional y de amistad con los pueblos lo determina el PARTIDO y no usted! ¡Y ahora váyase! ¡Váyase!".

Por primera vez en mi vida fui echada de una oficina del Gobierno. Yo estaba en una situación muy delicada. Tenía miedo. Y mi capitán estaba tan lejos con su barco nuevecito, sin sospechar siquiera que nuestros proyectos se estaban desmoronando, reventando como pompas de jabón

Le envié un telegrama kilométrico, explicando con todo lujo de detalles la situación que me tenía al borde de la locura. Y muy pronto llegó la respuesta, también por cable: "¡No te preocupes, todo está resuelto. Me prometieron que nos otorgarán el permiso de casarnos!".

Ciertamente, durante el medio año de estancia en los astilleros no había pasado un día sin que la prensa escrita o radial no diera a conocer alguna noticia sobre los adelantos de la construcción del buque, sobre el capitán más joven del mundo y sus oficiales. Estaba en auge la información sobre Cuba, aunque todavía no existían relaciones diplomáticas plenas, pero ya había una oficina comercial y un consulado cubanos en Berlín. Al capitán no pudieron darle un tratamiento tan grosero como el que me habían deparado a mí. Además, él sabía a qué niveles recurrir para recibir la ayuda requerida. Nuestro matrimonio se había convertido en un asunto diplomático de altura. La parte alemana optó por demostrar su generosidad, prometiendo a la parte cubana que se me permitiría casarme con el capitán.

Cuando recibí la confirmación de que todo iba a salir bien, de que se nos otorgaría el permiso de matrimonio, las instancias alemanas responsabilizadas con los trámites oficiales se quedaron con la información y me dejaron en el aire. A mis indagaciones se me respondía una y otra vez con un "no tenemos noticias". "No hay nada nuevo".

El día planificado para la boda se estaba acercando y yo seguía sin tener noticia oficial alguna. Mi capitán me enviaba cables, desde el barco, asegurándome una y otra vez que todo se resolvería satisfactoriamente. ¡Qué mundo tan esquizofrénico! Estaba preparando lo más imprescindible. En mi escaparate del hogar universitario colgaba un

traje blanco de novia, cosa harto difícil de conseguir, pues por una parte me encontraba en una situación permanente de falta de recursos -el dinero a mi disposición no alcanzaba ni para comenzar-, y por otra parte escaseaban productos de esta índole; la gente se mandaba a confeccionar esta ropa especial con un sastre profesional, con turno pedido con meses de antelación. Yo no disponía ni de tiempo ni de recursos. De pura casualidad había encontrado un vestido blanco de novia muy sencillo y bonito. Tuve la suerte de conseguir también un par de finísimos zapatos blancos de muy buena calidad, de importación de Austria (recuerdo nítidamente este detalle, porque fue extraordinario este hallazgo). Mi suerte componiendo el atuendo nupcial podía compararse con un premio ganado en la lotería. Sólo me faltaba lo más importante: la seguridad de poder utilizar estas prendas. Yo seguía desesperada y estaba dispuesta a guardar el traje de novia durante todo lo que me quedaba de vida, pues mi decisión era casarme con mi capitán o quedarme solterona. ¡Con éste o con nadie! ¡Contigo pan y cebolla! ¡No había alternativa!

Durante las largas semanas de incertidumbre había enviado a Cuba docenas de cartas de extensiones nunca antes conocidas. Más tarde supe que mi capitán nunca las había recibido, pues su madre las guardaba y luego se le olvidó entregárselas. Tiempo después, un día de limpieza general de la casa, mi cuñada las encontró en un rincón del armario, cubiertas de polvo y enmohecidas.

Por suerte, en la oficina del correo de mi ciudad nadie sabía español por lo que ni el cartero responsabilizado con la entrega personal de los telegramas en continuación de la labor extraordinaria, paciente y perseverante del radiotelegrafista del barco, encargado con la transmisión en Morse de las misivas de su jefe, ni los demás empleados, sabían exactamente el motivo de tanta correspondencia costosa. La curiosidad debe haberlos matado, alcanzando el chismorreo niveles inusitados, interrumpiendo drásticamente la monotonía y el aburrimiento cotidianos de los empleados del correo y de la administración del hogar universitario, pues por lo menos una vez al día les "tocó la suerte" de localizar y hacerle llegar un telegrama extraño a una simple e insignificante estudiante. En aquellos tiempos, el cartero estaba en la obligación de llevar misivas cablegráficas de inmediato a su destinatario, a pie o, en el mejor de los casos, en bicicleta, sin excusa ni pretexto. La incertidumbre me tenía al borde del desquicio. Quedaba menos de una semana para la fecha planificada para la celebración de la boda. ¿Cómo el capitán podía asegurarme una y otra vez que todo estaba resuelto si las autoridades no me lo confirmaban, al contrario, se hacían los tontos, los que no sabían absolutamente nada?

Tres días antes de la fecha señalada, me acuerdo perfectamente que fue después de haber regresado al hogar universitario, me avisaron desde la administración que me presentara sin demora en la oficina del director. Salí para allá disparada como una flecha. El director me llamó a su despacho y me dijo: "Acaban de avisar de la

dependencia provincial del Ministerio del Interior que usted debe presentarse allí imprescindiblemente esta tarde antes de las seis". ,

"Antes de las seis, ¡si son las seis menos veinte!”.

"Bueno, entonces vaya corriendo. Si tiene suerte, llegará a tiempo”.

Siempre fui buena deportista, aunque la carrera de maratón nunca formó parte de mis disciplinas predilectas; mi fuerte eran las carreras de campo corto, pero esta vez tuve que correr tiempo récord sin ayuda de nadie -no había taxi y el tranvía demoraba demasiado-. A confiar, pues, en mis pies y pulmones. Llegué a la oficina indicada tres minutos antes de que la cerraran. Un oficial con cara de tranca me dio la orden de esperar en la antesala. A mi pregunta por el motivo de haberme avisado que me presentara, me contestó: "¿Usted no solicitó la salida del país?".

"Sí, pero...".

"Sí, ¿pero qué? ¡Aquí la tiene!", y me tiró un pasaporte azul en la mesa. Incrédula lo tomé, lo hojeé y encontré en la última página un cuño que decía: "Permiso de salida por tiempo indefinido" y en otra página: "fecha de salida: 23 de abril. Vigente hasta el 26 de abril de 1962". Faltaban tres días para que caducara.

¡Vaya lo antes posible al Consulado de Cuba para que le den una visa de entrada, pues sin ésta, el pasaporte no es válido!", me advirtió el funcionario, antes de tirarme la puerta en las narices y dejarme en la calle oscura.

Sentimientos indescriptibles se apoderaron de mí: alegría mezclada con asombro y miedo y la seguridad de que dentro de tres días ya no me encontraría en mi país. Tanto había anhelado este momento y ahora la ambivalencia acababa con mis nervios. El buque con mi capitán al timón estaba acercándose, pero le faltaban cerca de veinte horas para arribar al puerto de Rostock. No hubo posibilidad de establecer una comunicación telefónica. Tuve que valerme otra vez de los servicios del radiotelegrafista para darle la buena nueva a mi novio. Pero lo más importante: debía conseguir lo antes posible la visa cubana. ¿Cómo iba a resolver tantos asuntos en tan poco tiempo?

Por suerte, el Cónsul me había dado su teléfono particular, de manera que pude localizarlo fuera del horario de trabajo. "Ven a verme en Berlín mañana, por la noche, en el club de periodistas. Te pondré los cuños y mi firma en tu pasaporte allí mismo, porque la oficina mañana está cerrada. Durante el día no estaré en Berlín".

Por la mañana del día siguiente tuve que presentarme otra vez ante el funcionario furibundo que me había echado de su oficina cuando solicité el permiso para casarme. Ahora me estaba recibiendo con cara risueña, aceptando sin chistar todas las copias de los documentos de mi novio, traducidas por mí, equipadas simplemente con cuños de mi instituto de la Universidad, en lugar de los cuños oficiales de un abogado y de una

institución de legalización de traducciones. El mundo está loco, pensé, aceptando sin comentario las felicitaciones de este hombre hipócrita y baboso. "¡Esperamos que usted sea una digna representante de la RDA en Cuba!". ¡Qué persona más despreciable! Me daban ganas de gritarle cosas terribles, pero no dije nada más que "¡Gracias!".

"Hoy por la tarde debe presentarse en el Comité Provincial del Partido, el secretario general quiere hablar con usted", me dijo antes de despedirme.

El secretario del Partido de la provincia había delegado en un conocedor cabal de Cuba, un funcionario que acababa de regresar de la isla, donde había pasado varios meses trabajando, la tarea de disuadirme a última hora de mi propósito de irme a ese país. ¡Qué ocurrencia más descabellada! Mientras más horroroso resultaba el cuadro que me pintaba de la realidad cubana, más terca y más decidida estaba a irme. Sobra decir que más tarde pude comprobar que el delegado del secretario general del Partido había dicho la verdad, que no había inventado nada, que tal vez las dificultades y los problemas que afrontaba la población cubana, ya a comienzos de los sesenta, resultaban mucho más graves aún de lo que podía apreciar un funcionario extranjero residente en ese país, que no tiene que pasar necesidades ni escaseces porque tiene asegurado el suministro regular de alimentos y productos que ya no se encontraban en Cuba.

"A más tardar dentro de tres meses la tendremos otra vez aquí, y nos va a pedir de rodillas que le dejemos continuar los estudios", aseguró el hombre.

Y yo pensé para mis adentros: "Sigue hablando, a mí no hay quien me quite de la cabeza mi proyecto de continuar mi vida en Cuba. Y si me comen los tiburones y si el sol me destroza el pellejo y si el hambre me desespera y si los mosquitos y las cucarachas y los demás bichos, que me describes con todo detalle, me enferman yo no regreso a la RDA, por lo menos no lo haré voluntariamente".

"¡Ya veo que usted perdió el raciocinio. Con usted no se puede hablar. Pero yo he cumplido con mi deber e informaré a nuestro Secretario General. Hasta la vista!".

Para mí, esta entrevista obligatoria resultó una pérdida terrible de tiempo. Salí corriendo de la sede del Partido para tomar el tren a Berlín, donde tuve que ubicar al Cónsul cubano para que acuñara y firmara mi pasaporte y lo convirtiera definitivamente en un documento válido. Como estaba acordado, lo encontré en el club de periodistas, rodeado de docenas de personas estrafalarias, envuelto en una densa nube de humo de tabaco. Ante los ojos atónitos de esta muchedumbre sacó una cajita de madera de cedro, de la marca de tabacos "Romeo y Julieta", pero en vez de tabacos guardaba dentro una serie de cuños y una almohadilla, instrumentario imprescindible para ejercer su función de Cónsul. Adornó mi pasaporte con los sellos requeridos y me deseó todo tipo de suerte en mi nueva etapa de vida.

Corriendo retorné a la estación para tomar el último tren de regreso a Rostock. Llevaba tres días seguidos dando carreras maratonianas, devoradoras de energías que ponían a

prueba mi capacidad de aguante y de paciencia, un buen anticipo de lo que más tarde me esperaría en Cuba.

El día de la boda había llegado. Mi capitán me recogió en el hogar universitario. La ceremonia tendría lugar en el club de los astilleros. Mis padres, amigos, los compañeros de mi novio, todos vestidos de gala, mi profesor, actuando ese día de intérprete, ya se encontraban en el vestíbulo. Un cuarteto (hasta hoy no sé de dónde lo sacaron) tocaba la marcha nupcial cuando, escoltados por los oficiales del buque insignia de la marina mercante cubana, entramos en el salón de actos. Todo lo demás sucedió tan rápidamente que apenas tuve tiempo para reflexionar. En la casa en que nací festejamos luego el acontecimiento y en vez de realizar el viaje de novios, pasamos la luna de miel a bordo del buque histórico, atravesando el Atlántico rumbo a Cuba, mi marido trabajando y yo de pasajera, adaptándome a mi nuevo status de mujer casada con el jefe de la tripulación, rodeada de hombres, de equipos técnicos, autobuses y maquinaria para la agricultura y con el Atlántico a la vista, impresionante, aterrador, ora manso y bello como un espejo de dimensiones infinitas, ora salvaje como el demonio, convirtiendo nuestro buque en una cáscara de nuez, dándonos a entender a los seres vivos que nos encontrábamos a bordo, la dimensión de las fuerzas brutales y devoradoras del agua que nos circundaba.

Capítulo III

En barco a La Habana

Mis padres, hermanos, compañeros de la universidad y amigos se despidieron de mí a bordo de la nave, algunas horas antes de zarpar.

Cerca de las doce de la noche levamos ancla. El buque se abrió camino por el Mar Báltico, el primer tramo ayudado por remolcadores hasta llegar a mar abierta. Mi primera noche a bordo de un barco grande pasó sin que apenas me diera cuenta de que estaba en un entorno totalmente diferente. El cansancio acumulado en las últimas semanas, el nerviosismo, la tensión, la alegría por haber alcanzado mi meta, unida al dolor de separarme de mi familia, amigos y compañeros, tuvieron el efecto de un somnífero. Me rendí y dormí como una piedra, mientras mi capitán cumplió su turno de trabajo en el puente.

Por la mañana, mirando desde la cubierta, vi algo totalmente inusitado y en el primer instante pensé que estaba soñando. ¿Una "fata morgana" primaveral como saludo de despedida del continente europeo? Ciertamente estaba a bordo de un buque, pero nos estábamos moviendo por unos prados verdes, adornados de millones de flores amarillas, rojas y blancas, y vacas blanquinegras "Holstein" se llenaban las panzas en medio de este mar de flores y hierba. Mi capitán, viéndome boquiabierta y con ojos de asombro, me explicó: "Estamos pasando el Canal de Kiel que une el Mar Báltico con el del Norte". De niña siempre me había imaginado el paraíso así.

Por la noche llegamos a Hamburgo, donde me aguardó otra sorpresa. Mi padre le había enviado un telegrama a mi prima de Hamburgo, anunciándole mi paso por esa ciudad dos días después de la boda. Ella interpretó el cable a su manera. Para ella quedaba claro que yo había logrado escapar de la RDA para quedarme en Hamburgo. Avisó a la policía del puerto, solicitando la ayuda de las autoridades para escoltarme a terreno seguro.

Los funcionarios de la policía me felicitaron y expresaron su admiración por haber yo logrado tamaña hazaña, la de escapar del régimen comunista de Walter Ulbricht. Les expliqué, a los señores policías que no tenía la más mínima intención de quedarme en Hamburgo. No querían ni podían creerme. "Mire el uniforme nuestro, señora ¿no ve la diferencia? Éste es el uniforme de la policía de la República Federal de Alemania. Ha llegado a la libertad. Si no se atreve a decir francamente lo que quiere decirnos, la escoltamos a tierra. Puede estar totalmente segura de que ya no pueden retenerla los esbirros del otro lado".

Los pobres, se quedaron muy decepcionados al conocer que yo me iba de veras a Cuba, que no me estaba obligando nadie a hacerlo y que no me quedaba en Alemania ni con las promesas más atractivas y sofisticadas.

Mi prima, mis tíos y otros familiares de Hamburgo ratificaron la posición de los policías y me declararon loca de remate al conocer que yo rechazaba todas las propuestas. Ya habían coordinado con la universidad la continuación de mis estudios, habían preparado las condiciones requeridas para mi permanencia en Hamburgo, y yo me negaba a aceptar su generosa ayuda y solidaridad. Simplemente ellos no podían entender que yo estaba tan enamorada de mi capitán, que no me interesaba nada más que llegar a Cuba y hacerme partícipe de la obra revolucionaria en la isla. Para mí, en Hamburgo todo estaba hecho, yo no les hacía falta y en Cuba quedaba mucho, quedaba todo por hacer. Allí sí se necesitaba gente entusiasmada y dispuesta a participar en la construcción de una nueva sociedad.

Mis tíos y primas estaban convencidos de que mi testarudez y ceguera habían opacado totalmente mi raciocinio, de manera que no estaba en condiciones de analizar objetivamente el alcance de mi decisión que me llevaría, de esto no cabía la más mínima duda, a la catástrofe segura. Y yo pensé: "¿Habrán recibido un mensaje del representante del Secretario General del Partido? Porque todo esto me lo ha dicho el bando contrario ya unos días antes".

Con el ánimo como para sentirme dueña del mundo entero continué mi viaje a Cuba. El paso por el Golfo de la Biscaya me dio la primera muestra de lo que significa tener la osadía de desafiar el Atlántico, montada en un cascarón y tratar de llegar con él a tierra segura. Nuestra nave sólo "majestuosa" y "gigante" cuando se encontraba en aguas mansas; microscópica, frágil e insignificante cuando navegaba en alta mar, saltaba, se estremecía, suspiraba y se columpiaba como un barquito de papel. Las guaguas, la maquinaria agrícola y otros equipos pesados amarrados en cubierta con gruesos cabos de acero, crujían y me parecía que en cada momento iban a volar al mar, soltando las amarras como si éstas fueran de hilo de coser. Casi todos los tripulantes estaban mareados, incluso los oficiales, cuyo atuendo pulcro y marcial contrastaba con sus caras color verde claro, típico de los enfermos del mal del mar. Durante los días de tormenta, cada vez menos comensales se presentaban en el comedor. A la semana de no salir del meneo permanente día y noche, estaba con ganas de bajarme del barco, con tal de sentir otra vez suelo firme bajo los pies, pero todavía faltaban dos semanas para llegar a La Habana. En las dos maletas que almacenaban todos mis tesoros -libros y algunas prendas personales- ya no quedaba nada interesante. Husmeé en la "biblioteca" del buque, donde encontré sólo manuales de economía política, marxismo-leninismo y los materiales "clásicos" como La historia me absolverá de Fidel Castro y revistas del Partido Socialista Popular. Estos materiales habían formado parte de mi lectura obligatoria en la Universidad -por ende los había leído-masticado, recurriendo a todas las reservas de voluntad y disciplina existentes para no tirarlos al rincón del olvido, y

ahora, mareada y necesitada de algún recurso potente capaz de distraerme, no me apetecía volver a leerlos; tal cosa hubiese significado un acto de masoquismo. Me senté en cubierta, recostada contra el palo mayor, donde menos se sentía el vaivén del barco, para soñar en pleno día, con los ojos abiertos, interpretando las formaciones de las nubes, trasladándome a mi mundo de fantasía, convirtiéndome en aventurera solitaria. Por mi memoria pasaban las historias leídas, devoradas en mi infancia, historias de piratas, de aventureros osados, de náufragos, de islas solitarias y de paisajes encantados.

A las dos semanas de estar a bordo me había adaptado al desequilibrio, a la falta de ruidos terrestres y a la bulla producida por el mar. El calor de los trópicos cercanos se sentía ya de día y de noche. El buque no tenía aire acondicionado, de forma que pude entrenarme durante la travesía del Atlántico para soportar el clima que posteriormente, durante casi tres décadas, me tocaría aguantar en la isla.

Faltaba un día para llegar a costas cubanas. Como para darnos la bienvenida, aparecían delfines y peces voladores. Nunca antes había visto ese espectáculo tan bello. No recuerdo cuántas millas nos separaban de tierra cubana, cuando aparecieron los primeros pajaritos. Parecían gorriones. Pero ¿gorriones en América? De nuevo, sensaciones indescriptibles se apoderaron de mí. Ver tierra después de tanto tiempo, ver mi Cuba querida, desconocida aún, pero ya entrañable, mi segunda patria, fue algo que nunca podré olvidar.

Nos acercamos a La Habana aproximadamente a las doce de la noche. Desde babor podía verse el malecón de La Habana. Las luces de cientos de automóviles, desde la distancia parecían un mar gigantesco de miles y miles de luciérnagas que pasaban como relámpagos, por la avenida. Un cielo estrellado competía con la iluminación eléctrica de la ciudad. Se nos presentó un cuadro extraordinariamente hermoso. Nunca había visto una metrópoli desde el mar y menos una metrópoli tan impresionantemente enorme, extensa, bañada en un mar de luces.

¡Mi primera visión de La Habana! Nunca más la vi tan hermosa, tan gigantesca y al mismo tiempo tan acogedora. ¡Qué contraste con La Habana de finales de 1990: sucia, oscura, derrumbada y triste como después de un bombardeo!

Tuvimos que echar el ancla y esperar hasta la mañana del día siguiente para poder entrar en la Bahía de La Habana.

Me levanté temprano. Mis dos maletas estaban recogidas desde el día anterior. A las ocho de la mañana el sol ya estaba picando tan fuerte como a las doce del día en un verano europeo excepcionalmente caluroso. Una hora más tarde el calor resultó ser insoportable. Y nuestro buque seguía anclado. Al fin, cerca de las diez de la mañana, nos dieron permiso para entrar en el puerto y pudimos atracar en el muelle.

Todavía no lo sabía, pero éste era el comienzo de mi entrenamiento de casi tres décadas de duración para capacitarme a asimilar la condición cubana. Desde esa mañana hasta el

día de mi salida definitiva de Cuba, a finales del noventa, no dejé de escuchar casi a diario: "¡Mónica, no estás en Alemania, esto es así en Cuba, tienes que tener paciencia!".

Mi capitán me explicó el proceder de las autoridades que tenían que realizar el control de la carga y de los tripulantes, incluyendo el chequeo sanitario. El médico del puerto revisó mi certificado internacional de vacunación.

"Así que es recién casada, ¿no es cierto?".

"Sí; es cierto".

"Felicidades".

"Gracias".

"No podemos permitirle bajar a tierra, porque su certificado de vacunas no está completo".

"Cómo que no está completo. Los alemanes me vacunaron contra no sé cuántas enfermedades y me aseguraron que todo estaba en orden".

"Pues falta la vacuna contra la viruela".

"Ésta me la pusieron ya varias veces y me dijeron que no se necesita más".

"Pues la informaron mal, aquí es necesaria. ¿No estará embarazada, verdad?".

"No, todavía no".

"Entonces la vacunamos ahora mismo y podrá salir a tierra".

"Si no puede dejar de hacer lo que dice ser su obligación, adelante".

Así resultó que inicié mi vida en Cuba con la vacuna contra la viruela.

Ya no existía ningún obstáculo para bajarnos del buque e irnos a "nuestra" casa.

Mi capitán había avisado, por cable, a Ramón, su mejor amigo, de nuestra llegada, y acordado con él que nos recogería con nuestro carro, que había quedado a disposición de Ramón, para su uso personal, durante la ausencia del capitán.

Pasó más de una hora y de Ramón ni rastro. Mi capitán se fue a la calle a tratar de localizarlo por teléfono. Otra hora pasó antes de que regresara de su gestión. Ramón estaba en una reunión maratónica ya desde la mañana y no pudo salir a recogernos. El hermano de mi capitán estaba en su centro de trabajo, con su carro en malas condiciones, por lo que tuvo que pasar primero por un taller y luego iría a buscarnos. Ya eran las dos de la tarde.

Mis primeras experiencias en tierra cubana

"Mi hermano Antonio se demorará por lo menos dos horas más. ¿Qué te parece si nos vamos a almorzar a un restaurante del puerto? Dejamos las maletas en el buque. En el restaurante del pontón seguro que habrá todavía algún plato aceptable".

Gustosamente acepté la invitación. Bajamos la escala. ¡Qué sensación más extraña! Caminé como borracha. Ahora el suelo firme me pareció lo anormal, ya echaba de menos el meneo del barco. Caminamos bajo el sol implacable hacia el pontón. ¡Que me perdonen los cubanos orgullosos de su querida Patria, pero la verdad es que el hedor del puerto me resultó inaguantablemente nauseabundo! Por donde quiera apestaban latones de basura sin tapas, cocinándose su contenido al sol tropical. El agua de la bahía estaba espesa, negra, con animales muertos flotando dentro, desperdicios de todos los continentes y de la más diversa procedencia, despidiendo igualmente olores muy desagradables. Hedor, calor, humedad ¡qué entorno tan espantoso! "Así son los puertos en los países cálidos", fue el comentario breve de mi capitán.

Después de un cuarto de hora de caminata llegamos al restaurante del pontón. Mi esposo fresco como un mango acabado de madurar en la mata y yo como un zombi, en estos momentos con ganas de meterme en un refrigerador y cerrar bien la puerta y gozar del frío.

Nos sentamos en una mesa. Quedaban pocos comensales y abundante cantidad de camareros, todos uniformados, con chaquetas y pantalones negros, camisas blancas y lazo negro. ¿Cómo aguantan este calor con mangas largas, pantalones gruesos, negros por demás?, pensé. Parece que lo que protege contra el frío también protege contra el calor.

Un camarero nos dio agua, otro nos dio la carta, un tercero tomaba nota del pedido. "Sólo queda el plato marcado con una cruz", nos advirtió. ¡A almorzar entonces lo que me tocaría comer en los próximos meses todos los días: arroz blanco con frijoles negros y como extra distinguido: un huevo frito!

Mientras esperábamos la llegada de nuestro plato, me puse a observar mi entorno. El mal olor nos seguía rodeando. Los manteles estaban manchados con restos de comida de los comensales anteriores, y las paredes parecían gritar: "¡queremos que nos pinten!". Mi estudio meticuloso del estado antihigiénico del restaurante quedó de repente interrumpido, cuando un perro que estaba sentado tranquilamente d bajo de la mesa de sus dueños se lanzó como una flecha hacia nuestra mesa. Vi cómo agarró algo negro en el piso. Lo soltó y ahora pude ver la asquerosidad por excelencia que de allí en adelante me perseguiría a diario en Cuba: una cucaracha superdimensionalmente grande, con unas antenas largas que se movían arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda, con patas

que parecían anzuelos y un cuerpo que me repugnó de tal manera que sentí escalofríos. La cucaracha perseguida por el perro estaba corriendo en dirección a mis piernas. Salté sobre la silla y empecé a chillar de terror. Los huéspedes del restaurante y los camareros deben haber pensado que yo estaba presa de un ataque de locura. Asqueada, estirando el dedo índice como queriendo apuntar a la cucaracha, logré preguntar a mi marido: "¿Qué animal es éste?". Indignado me mandó bajarme de la silla. "¡No seas ridícula! ¡Formar un show por una miserable cucaracha! Estos animales forman parte del folclore tropical. Existen en todos los países cálidos. No respetan ni clase social ni categorías. Son omnipresentes y, si los miras con criterio objetivo, son inofensivos".

Antonio, el hermano mayor de mi esposo, nos recogió finalmente. Llegó en un auto prehistórico, grande como un tanque Sherman, impresionantemente ruidoso y tosco. Su juguete preferido. Saludó efusivamente a su hermano, dándole unos golpes espectaculares en la espalda, acompañando este ritual de un discurso de bienvenida. También me saludó. Parece que no sabía bien cómo hacerlo y sobre todo qué decirme, de manera que después de un breve "¡Bienvenida a Cuba y ojalá te vaya bien!" dicho por decir algo y con una mirada que parecía expresar sus dudas serias de que esta alemana se quedase en Cuba por más que un abrir y cerrar de ojos, nos sentamos en la máquina gigantesca y Antonio nos llevó a la casa de mi suegra, donde viviríamos durante varios meses hasta recibir un apartamento propio. En el transcurso de mi primera semana en La Habana conocí la causa del escepticismo de mi cuñado en lo que a mi capacidad de aguante en mi nueva tierra se refiere. Su esposa, madrileña de pura cepa, no acababa de adaptarse ni al clima ni a las condiciones de vida ni a la gente ni a su entorno cubano y le puso a Antonio el cañón en el pecho con la amenaza de o divorciarse o regresar con él a España. No digo yo que con estos antecedentes y esta experiencia tuviera que suponer que una alemana, después del "contigo, pan y cebolla" clamaría a gritos querer regresar al Norte y si fuera necesario cruzando el Atlántico a nado.

El encuentro con mi primer familiar en Cuba me resultó francamente desagradable.

Media hora aproximadamente nos demoramos para recorrer el camino del muelle a mi futura morada provisional. Pasamos por barrios espantosamente feos, sucios, con casas hechas a mano, utilizándose en su construcción cajas de cartón y de madera y tablas de hojalata. En cada cuadra veía latones de petróleo en función de latones de basura atiborrados de desechos malolientes que se movían como pequeños volcanes. Desde mi asiento trasero pude observar detenidamente este espectáculo y descubrí que la basura se estaba moviendo porque dentro de los latones había ratas en unos, perros y gatos en otros, los cuales, en su búsqueda de alimentos revolcaban el contenido, tirando al aire lo que no les resultaba útil. Por primera vez en mi vida vi estos animalitos que parecen pertenecer a la raza de perros más frecuente en Cuba, al menos en aquellos tiempos: los perros chinos. Me costó trabajo poder identificarlos como de la familia de los caninos, me parecían más bien una mezcla de puerquito con no sé qué otro animal: la barriguita

de color rosado, blanco, gris claro con manchas negras y grises, sin pelo, desnuda, las patitas flacas de color indefinido más por el churre que por lo que aportó o dejó de aportar la naturaleza, y lo que más asombro me causó: sus cabezas rapadas, con pequeñas orejas puntiagudas también de color blanco-rosado y manchas negras y en medio de la cabeza una brocha de pelito corto como una barba de chivo colocada allí erróneamente. El punto culminante de esta caricatura de animal lo constituía para mí este mechón de pelo que parecía estar cortado meticulosamente por un barbero especialista del corte "a la malanga".

"Óyeme, ¿qué animal es éste?", le pregunté a mi capitán cuando vi al primero de estos bichos extraños.

"Es un perro chino", fue la respuesta. Él siguió la conversación con su hermano y parece que no se percató de mi incredulidad.

"Oye, me refiero a estos animales que están en los latones de basura, éstos que parecen puerquitos recién nacidos", le llamé la atención.

Una risotada y luego la afirmación: "Pues sí, son perros, perros chinos que tienen sólo una mota de pelo en la cabeza", recalcó mi marido. "Deben tener sarna u otra enfermedad de la piel, pobrecitos, la picazón los debe de tener locos", comenté.

Otra risotada y "no están enfermos, es así su raza. Te enseñaré un libro con ilustraciones de las diferentes razas de perros, y vas a encontrar allí al perro chino. Los que viste en los latones de basura y corriendo por la calle se parecen a los retratados en el libro como si fueran hermanos gemelos, con la única diferencia de que los cubanos no se bañan si andan sueltos en la calle, sin dueño y los retratados están perfumados, aseados con champú y tienen collares con piedras preciosas".

Finalmente quedaban atrás las casuchas destartaladas y las calles sucias y entramos en una zona residencial. Antonio aparcó la máquina en un car-port de un lindo edificio de apartamentos de cinco pisos de altura. Frente al edificio quedaba el nuevo, aún no totalmente terminado Ministerio de Transporte. El edificio nuestro hacía esquina con la impresionantemente ancha Avenida de Boyeros. Palmas reales, arbustos de adelfa y de hibisco -para mi asombro-, también rosas y claveles y otras plantas exóticas adornaban la avenida y los jardines de las casas vecinas. "Si voy a vivir en este edificio hermoso, no debe haber problema", pensé. Bajamos y entramos en el edificio. Hacía un calor insoportable y el verano aún no había empezado. Subiendo la escalera hacia el segundo piso tuve que detenerme varias veces. Me costaba trabajo respirar, sentí un agotamiento descomunal. A paso de tortuga drogada me movía por la escalera. Cortésmente, mi capitán me esperaba. Antonio, desempeñando el papel de mensajero, había anunciado nuestro arribo cuando nosotros todavía nos encontrábamos entre el primero y el segundo piso. Se desencadenó una gritería descomunal. Los vecinos se estaban enterando de la llegada tan esperada de su ídolo. Los habitantes del edificio que se

encontraban en ese momento en la casa, viejos, jóvenes, niños y ancianos llegaban corriendo para participar en el recibimiento del capitán. Cuando llegamos a nuestro piso había una muchedumbre reunida. Todos hablaban al mismo tiempo. De la sala llegaba una música estridente producida por un tocadiscos, mezclándose esta bulla con la voz del locutor de una estación de radio, y el televisor le hacía competencia con un programa no menos ruidoso. Después de haber pasado tres semanas de travesía del Atlántico con un silencio a veces aplastante, los ruidos provenientes de todos los rincones me aturdieron de tal manera que mi cabeza zumbaba.

Mi suegra abrazó a su hijo, mi esposo, como si se tratara de una aparición milagrosa. Y hablaba, hablaba, hablaba, alternando el discurso con gritos eufóricos. Mi sobrino, entonces un chico de seis años de edad, estaba prendido de la pierna de su tío; las vecinas, con ojos brillosos y unas sonrisas grandes en los labios, lo abrazaban efusivamente y con el mismo entusiasmo. Los vecinos le daban los mismos golpes en la espalda que Antonio le había dado.

Naturalmente, también me saludaban a mí, pero de una manera muy distinta. Desde el primer instante todos los presentes deben haberse percatado de que yo no entendía mucho de sus discursos. Y debe haberles resultado un tanto difícil dirigirse a mí, a una desconocida, extranjera por demás, de piel blancucha como un pomo de leche, que se parecía más a una chiquilla de colegio que a la esposa de su querido y estimado capitán. Debo haberles decepcionado terriblemente a todos. No cumplía ninguno de los requisitos de esposa de un personaje de la altura de mi capitán: en vez de la obligatoria melena llevaba un pelado cortito que sólo años más tarde empezó a triunfar en Cuba. En lugar de zapatos de tacón calzaba unas sandalias planas. No estaba maquillada, no tenía las uñas pintadas, no vestía saya estrecha, sino un sayón anchísimo y una blusita blanca parecida a la del uniforme de la escuela primaria. Ni cadenas de oro, ni sortijas, ni brazaletes, ni aretes, ni anillos. Mi suegra debe haber pensado: "mi hijo estaría ciego y borracho cuando se decidió por ella". Por lo menos así interpreté sus reacciones de rechazo y de desprecio que no iban a faltar ni un solo día durante nuestra estadía en su apartamento.

Nuestro sobrinito, cansado de no recibir la atención deseada de su tío, se dirigió a mí. Pobrecito, yo no entendía lo que me contaba, decía seguramente que sí cuando había que decir que no. No me reía cuando debía haberme reído de sus gracias, porque no fui capaz de comprenderlas. Desencantado se fue a un rincón a jugar con el perro llamado "Blaqui" un verdadero monstruo que soltaba pelos largos como para hacer alfombras con ellos y ladraba de manera tan estridente y molesta que provocaba en mí ganas asesinas cada vez que lo veía.

Poco a poco, la gente regresó a sus apartamentos y quedamos en el gran balcón, la pieza más fresca de toda la vivienda, mi cuñada Mary, mi suegra, mi esposo, el sobrino, el perro y yo. Mi suegra seguía hablando con mi capitán. Mary le daba "tratamiento" al

sobrino que estaba bravo por haber quedado relegado durante todo el show. Ella me lanzaba a cada rato miradas compasivas. Creo que fue la única que se había dado cuenta de que yo estaba sintiéndome incómoda.

Este primer día en Cuba tan cargado de impresiones de la más diversa índole, me había dejado atolondrada, confusa, agotada y también -lo digo francamente- decepcionada.

Cansada como estaba no lograba conciliar el sueño. El calor, en vez de disminuir, me daba la impresión de que fue aumentando. Las paredes recalentadas durante el día actuaban como estufas. La sábana se me pegaba al cuerpo después de haberme quitado el camisón de dormir, el cual me hacía sudar como si fuera un abrigo de piel de oso. Al igual que hacen los perros en busca de fresco, me bajé del colchón y me acosté en el piso, cambiando de losa a cada rato. Dormía a plazos, soñando pesadillas monstruosas.

Mi capitán se levantó temprano para ir al trabajo. Acordamos arreglar nuestro cuarto en el apartamento de su madre, a nuestro gusto. Me propuso que fuera con Gonzalo, su cuñado, a comprar muebles y todos los demás materiales necesarios para nuestro "hogar".

Gonzalo, esposo de la hermana de mi capitán, ambos madrileños- barceloneses, llevaba ya dos años en Cuba. De profesión ebanista, era la persona idónea para ayudarme a escoger los muebles más apropiados para nuestra vivienda.

Gonzalo se convirtió en mi maestro, en mi ángel de la guarda. Hablaba un español mucho más entendible que todos los demás familiares y amigos que hasta entonces había conocido. Es posible que él y su esposa Pilar, la que más tarde se convirtiera en la segunda madre de mis hijos, hayan pasado por dificultades de adaptación similares a las que tuve que vencer yo.

Gonzalo me acompañó en mi peregrinaje por todas las tiendas de muebles de La Habana. Ya en esa etapa -a comienzos del 62- quedaba poco por escoger, y lo poco resultó caro. Haciendo un cálculo y comparándolo con los recursos que estaban a mi disposición, el dinero no al canzaba ni para comenzar. Gonzalo me propuso hacer algunos de los muebles él mismo y procedimos a comprar los materiales correspondientes. Los días siguientes pasaron volando, Gonzalo trabajando de carpintero y yo o de ayudante o pintando paredes y forrando colchones, convirtiéndolos en sendos sofás, los cuales, de noche, se juntaban y se convertían en camas. Estos muebles quedaron tan bien hechos y resistentes que duraron hasta mi salida de Cuba, casi treinta años después. Resistieron dos ciclones con masas incalculables de agua que les cayeron encima, y tres mudadas. Los dejé en La Habana cuando regresé a Alemania y siguen desempeñando su papel de muebles siempre modernos y aceptables. El librero sufrió una pequeña mutilación, cuando un ladrón rompió su única puerta con cerradura, empleando una pata de cabra. Gonzalo le puso un parche de madera y sustituyó la cerradura rota por otra que "conseguí" en el comercio de trueque.

Las relaciones con mi suegra nunca llegaron a ser armónicas y al comienzo estuve varias veces al borde de hacerle un atentado. Ella me espiaba y vigilaba. Yo no lograba hacer nada que encontrara su aprobación. Cuando lavaba las camisas blancas del uniforme de mi marido, se paraba a mi lado para criticar. Cuando planchaba, llamaba a las vecinas para que participaran del teatro: "¡Miren a mi nuera! Dice que está planchando. ¿Acaso esto puede llamarse planchar? Ni siquiera les echó almidón a las camisas y las está dejando como si la plancha no hubiese pasado por ellas. ¡Qué barbaridad! ¡Esta mujer no sabe hacer nada útil!". Tenía ganas de tirarle la plancha caliente a la cabeza y tuve que hacer acopio de paciencia incluso donde ésta no existía.

Mi capitán se encontraba de viaje. Mi suegra aprovechaba todas las ocasiones que se le brindaban para desacreditarme y reprocharme el no servir como esposa de su hijo predilecto. Llegó incluso a decirme que no me aceptaba de nuera, pues no sabía hacer nada y además no le había pedido su opinión, que su hijo se merecía una mujer de verdad.

Afortunadamente se produjo un breve cambio en mi existencia: mi capitán me invitó a que lo acompañara a un viaje en su buque a Oriente. ¡Qué alegría! A la velocidad del relámpago preparé mi maletita y me fui con él, dejando atrás a mi suegra, a mi cuñada, al sobrino y al perro, huyendo del ambiente que por el momento había convertido mi vida en un infierno.

La tripulación estaba realizando las maniobras necesarias para salir de la Bahía de La Habana cuando empezó a soplar un viento tan fuerte que amenazó con empujar el buque contra el muelle. Mi capitán ordenó echar el ancla para evitar un accidente grave. En vez de estrellarse el buque contra el muelle, sucedió una catástrofe posiblemente de igual gravedad: el winche del ancla no funcionó cuando se dio la orden de subirla. El ancla se enganchó nada menos que en el cable interalámbrico de la Western Union, el único que mantenía las comunicaciones de Cuba con el mundo exterior. Hoy no tendría las repercusiones de aquel momento, pues los satélites han sustituido a los cables, pero en 1962 aquello equivalía a un desastre.

Realizando esfuerzos tremendos, los marineros lograron finalmente desenganchar el cable y lo dejaron bajar al fondo. Todo parecía indicar que el cable seguía intacto. No se le veía ningún desgarre. Mi capitán dio órdenes de continuar rumbo a Nuevitas.

De nuevo estaba en mi ambiente de tranquilidad, el viento me soplaba aire fresco y salado a la cara, peces voladores nos acompañaban un tramo, delfines nos saludaban, echando una linda competencia con nuestro buque. En alta mar el calor no parecía tan agobiante, incluso en el pequeño camarote no se sentía tanto calor como en la ciudad.

Por desgracia, mi felicidad nuevamente conquistada después de los primeros días tormentosos y decepcionantes en La Habana estaba llegando abruptamente a un fin prematuro. Mi capitán recibió la orden de La Habana de informar minuciosamente y de

inmediato a las instancias superiores de los servicios de seguridad sobre el accidente con el cable. La orden fue tajante, el tenor amenazante. Lógicamente no podía permanecer a bordo. Decidimos mi regreso a La Habana.

Nuevamente me esperaba una aventura descomunal, para los cubanos una situación totalmente normal y cotidiana: el viaje por un paisaje que me hacía recordar películas de la sabana africana. Por ambos lados de la carretera sólo se veía hierba seca amarillenta, de medio metro de altura, quemada por el sol. El carro destartalado en que iba a la estación de Nuevitas amenazaba con dejarnos a mitad del camino. Varias veces el motor sufrió un colapso. Tuvimos que empujarlo. Por suerte volvía a arrancar después de cada empujón. Sus suspiros y brincos me llenaban de terror. Me imaginaba que me recogían días después, achicharrada por el sol, después de haber sufrido una muerte espantosamente lenta y tortuosa. Mientras más resoplaba el auto y más brincos daba, más sed sentía, más muertes terribles estaba muriendo. Finalmente llegamos a la estación de trenes de Nuevitas. El tren debía llegar en media hora, tiempo suficiente para tomar algún refresco y volver a la vida. Pero no había tal cosa. Nada refrigerado porque el refrigerador estaba roto, además no había corriente. "¿Quiere un refresco caliente? ¿Un vaso de guarapo? Desgraciadamente no podemos servírselo frío, no tenemos". No quería. Mejor pasar sed antes de tomar una guachipupa que seguramente sabía a "pipí" acabado de salir del cuerpo. Pasó la media hora y del tren ni humo. Pedí un refresco. Estaba caliente y excesivamente dulce. Un vomitivo. El viaje no había empezado cuando yo ya estaba agotada, al borde del derrumbe. Mosquitos, calor, polvo, ropa pegada al cuerpo, mal olor por dondequiera, cientos de personas que querían viajar en el tren que no acababa de llegar. Un espectáculo insoportable. Constantemente tuve que acordarme de las advertencias del funcionario del Partido de "mi" ciudad, y su epílogo "dentro de unas semanas estarás de regreso" repicaba como campanazas en mis oídos. El tren llegó con dos horas de atraso. La gente, cargando bultos, maletas, niños, pollos y chivos vivos se abalanzó al tren, repartiendo codazos a diestra y siniestra. En medio del tumulto logré sentarme. ¡Qué suerte!

En sus tiempos buenos el tren debe haber sido un ejemplar de lujo, un verdadero tren "Pullman" con aire acondicionado, asientos cómodos, reclinables; baños con agua corriente y pasillos espaciosos. Le quedaba muy poco de su etapa de gloria. El aire acondicionado no funcionaba. El baño no tenía agua, sus paredes estaban tapizadas de caca, su piso encharcado en orines; los pasillos atiborrados de tarecos, de personas sentadas sobre sus cajones y maletas; chivos brincando, tirando de las sogas con las cuales los sujetaban sus dueños. Pollos amarrados por las patas aleteaban, tratando de zafarse, cacareando y soltando a cada rato un chorro de caca. El forro de los asientos estaba gastado, lleno de huecos, por donde le salían las tripas. Yo estaba sentada en el rincón de la última fila, pegada a la ventana y a la pared, medio narcotizada por el aire apestoso, asfixiante, nauseabundo. En mi delirio trataba de grabar en mis células grises este escenario surrealista. Nunca antes ni después había experimentado algo tan extraordinario.

El viaje duró 18 horas, tres veces más de lo previsto, el doble de lo que necesita hoy día un avión para atravesar el Atlántico.

Debo haberme quedado dormida varias veces, despertando con sobresaltos de las pesadillas atroces que me torturaban. Los gritos de los niños pequeños, los murmullos de sus madres que trataban de calmarlos, los ronquidos de los afortunados que lograban dormir profundamente formaban un alimento rico de mis sueños tortuosos. Cuando llegamos a la estación de trenes de La Habana estaba medio muerta, caminaba como un fantasma. Mi querida cuñada me estaba esperando y me llevó a la casa.

Corrí al baño, haciendo uso de las últimas energías que me que daban. Me metí en la ducha. Dejé que el agua fresca me devolviera la vida. ¡Qué sensaciones más agradables, de dicha, de felicidad, sintiendo el chorro de agua sobre mi cuerpo! Me acosté en la cama limpia y no me desperté hasta el otro día.

Mi capitán tuvo que regresar a La Habana un día después. Su viaje demoró un día completo. Por el camino, el tren tuvo que parar cinco horas. Una vaca individualista y confundida se había despistado, caminando por la línea de ferrocarril; el tren la hizo pedazos. Como el accidente ocurrió en plena campiña, la policía tardó tanto que cuando finalmente hizo acto de presencia para investigar el caso y registrar el acontecimiento debidamente en el acta, los pedacitos de pellejo y huesos que quedaban del animal desgraciado ya se encontraban en estado de putrefacción.

En La Habana, mi esposo conoció que el cable había quedado rasgado. Las telecomunicaciones con el mundo estuvieron interrumpidas durante casi una semana y el hasta entonces "capitán más joven del mundo" recibió el nombrete de "el capitán que se comió el cable". Tan rápido puede cambiar el status de ídolo a perdedor de su reputación. Durante días estuvo irritado, preocupado, también muy decepcionado porque aunque había quedado demostrado que no fue por su culpa, el cable roto lo comenzó a perseguir por dondequiera.

El verano estaba en pleno apogeo. La continuación de mis estudios estaba prevista para el comienzo del nuevo semestre, en septiembre de 1962. Para ocupar mi tiempo libre durante el receso, me vino como "a pedir de boca" la solicitud de la oficina comercial de la RDA para trabajar de intérprete durante las semanas que tardaría en llegar la traductora e intérprete nombrada oficialmente por el Ministerio de Comercio Exterior de Berlín.

Mi suegra estaba indignada. "Esta mujer se va a la calle, con pantalones largos, en chancletas. ¡Qué vergüenza! ¿Acaso pretende que yo voy a atender a su esposo? Él gana lo suficiente para poder alimentar a su familia. No tienes ninguna necesidad de ir a la calle".

"Él no es un niño ni un inválido. ¿Qué clase de atención necesita? ¿Y qué atención me está dando a mí?", repliqué. Escandalizada me contestaba una y otra vez que una esposa decente se queda en casa, atendiendo a su marido.

Afortunadamente, mi capitán apoyó mi posición. No tuve que recordarle la promesa dada a mi padre cuando le habíamos anunciado nuestro matrimonio. Al contrario, él estaba contento de que yo encontrara algo útil que hiciera más llevadera la situación tensa con mi suegra.

A esa fecha, la escasez de alimentos empezó a exigir de la población la búsqueda de relaciones con campesinos productores de carne y vegetales para completar la magra ración que se estaba recibiendo por la libreta de abastecimiento. La gente desarrolló habilidades y destrezas para establecer un sistema de mercado negro o de comercio de trueque que treinta años más tarde llegaría a la cúspide, cuando el tristemente famoso "período especial". Yo, que conocí a la perfección el sistema de racionamiento establecido en Alemania desde la Segunda Guerra Mundial, el cual no había terminado cuando salí para Cuba, tuve el "privilegio" de continuar por el camino del racionamiento hasta regresar a Alemania, a finales de 1990.

Cuando comencé a trabajar en la Oficina Comercial de la RDA, supe que los funcionarios alemanes estaban recibiendo regularmente suministros de víveres que llegaban en los buques de la marina mercante. Conservas de vegetales, de carne, salchichas, especias y miles de cosas maravillosas que no se veían en el mercado cubano. Yo no estaba en la lista de personal oficial, por lo tanto no tenía derecho a ser partícipe del "botín". Pero algunas veces sobraban productos porque los que los habían solicitado estaban de vacaciones. En esas ocasiones me ofertaban los sobrantes. En el primer instante me sentí indignada y humillada, porque me dieron a entender que sólo me daban algo cuando les sobraban productos. Pero poco después, cuando había llegado a la conclusión de que el orgullo no llena el estómago, comencé a aceptar lo que se me brindara; en definitiva, se lo pagaba con mi dinero duramente ganado.

Un buen día, cuando en casa no había visto durante semanas otro alimento que arroz y frijoles negros, cuando el carnicero había rechazado darme la ración que me tocaba, diciéndome: "Alemanita, ¿por qué no regresas a tu país? ¿No sabes que dentro de poco aquí ya no habrá nada?", me sentí en la gloria, porque los alemanes me permitieron comprar una latita de perros calientes.

Feliz llegué a la casa, con mi tesoro en el bolso. Ya en esos tiempos mi suegra había tomado la decisión de no permitirme el acceso a la comida de la familia. "No, esta mujer que se va a la calle y que no atiende debidamente a su esposo, a mi hijo querido, que se prepare su comida ella misma, que se busque los productos ella misma, que se ocupe de este asunto ella misma. Total, no deja de quejarse de que todos los días hay lo mismo: arroz y frijoles. Está bueno ya de malacrianza y de majadería".

Mary, mi querida cuñada, siempre dispuesta a ayudarme y a violar las regulaciones impuestas por su madre, me había conseguido dos papitas que yo estaba guardando para una ocasión digna. Ahora, con la lata de salchichas, esta ocasión había llegado: "Voy a preparar un ajiaco", pensé. Los ingredientes: el regalo de Mary, las salchichas, agua y sal. Mientras el sopón estaba cocinándose, la boca se me hacía agua. Tenía hambre vieja, comparable con el hambre que muchas veces había sentido durante y después de la guerra.

Quité la cazuela del fogón. Tuve que hacer acopio de paciencia para no quemarme la boca con el cocido hirviente. Soplando mi manjar, levantando la cabeza y volviendo a soplar para nuevamente levantar la cabeza, mis ojos incrédulos quedaron fijos en un ramito verde colocado en un florero en el altar de Santa Bárbara. "Esto parece, parece, parece, no, esto es perejil!" dije, y al decirlo ya lo tenía en la mano. Como un perro olisqueé el ramo. Le quité una hojita y la froté con el dedo índice y el pulgar y oliendo el producto de la molienda, casi me desmayo de sorpresa, de alegría, de felicidad. Desde mi llegada a La Habana -ya habían pasado algunos meses- no había encontrado ninguna especia o hierba de las que tanto me gustaban. Estaba convencida de que en Cuba no se conocía el perejil y de repente, como habiendo salido de la lámpara de Aladino, en mis manos estaba un ramo de perejil. Rápido, antes de que alguien me lo pudiera arrebatar, lo lavé, lo piqué y lo eché en el guiso de papas con salchichas. Pocas veces después de la guerra he comido algo con tantas ansias, con tanto gusto, con tanto apuro sin dejar rastros como este sopón con la gloria que se llama perejil.

Estaba fregando el cacharro, el plato y los cubiertos, cuando oí un grito: "¿Quién se llevó el perejil? Acabo de colocarlo en el altar, y ahora no lo veo. ¡Dios mío, qué desgracia! ¿Quién diablos se llevó el perejil?

¿Mónica, sabes tú dónde está el perejil?".

"¡Mary, por favor, no alborotes tanto, yo lo cogí!".

"¡Ay, Mónica, no me hagas eso, devuélvemelo, lo necesito. Lo necesito antes de que mi madre regrese!".

"Lo siento, Mary, no puedo devolvértelo. Me lo comí. Está dentro de mi estómago, para que lo sepas: me supo a Gloria, ¡estaba riquísimo!".

Mary dio un grito de espanto: "¡Mónica, no puedo creer que hayas hecho tal barbaridad, no puede ser! ¡Qué sacrilegio! ¡Mira que tú me vas a volver loca! ¡Tanto trabajo para encontrar un desgraciado chino que después de mucho rogar me vendiera su último ramito de perejil para que tú te lo comas! ¡No puedo creerlo, simplemente, no puedo creerlo!".

"¿Desde cuándo es sacrilegio comerse un ramo de perejil? No entiendo tu gritería ni tus acusaciones ni por qué me reprochas haber causado tu desgracia".

Mary, haciendo esfuerzos visibles por no desesperarse, explicó el alcance de mi pecado, de mi actuación totalmente inaceptable. "Hoy, no mañana ni ayer..., hoy le toca a Santa Bárbara este ramo de perejil. Y te pido un favor, Mónica, no discutas. No lo vas a entender. Confórmate con que te diga que es imprescindible que antes de que mi madre regrese, en el altar esté un ramo de perejil. Y como te lo comiste, no podré cumplir mi obligación. ¡Qué desgracia!".

Le pedí a Mary mil veces que me disculpara y le ofrecí salir con ella a buscar al chino para ver si éste conocía a otro que tal vez pudiera vendernos otro ramito de perejil. De paso conocí el barrio chino, pero no tuve ánimos para observar detenidamente este mundo dentro de mi mundo nuevo. Encontramos un chinito de por lo menos cien años de edad, una ciruela pasa, quien nos cedió sus últimas ramitas de perejil, después de un largo discurso en chino, salpicado a cada rato de la palabra "pilijil". Tuve ganas de darle un abrazo a este viejito. "¡Que la Santa Bárbara lo bendiga!", le dije al hombrecito arrugado. "Espelo que sí", cantó el chino.

Otra barbaridad

Después del lamentable incidente con el perejil, que, por suerte, no llegó a desencadenar una catástrofe con mi suegra, no volví a tocar nada que estuviese colocado en el altar de Santa Bárbara, nunca más. Nunca comprendí que en tiempos de extrema escasez se colocaran allí copas de vino, incluso uvas y manzanas cuando todo el mundo estaba loco por comerse estos manjares raros, llegados de España para la celebración de la Navidad y de Año Nuevo. Reprimiendo la acción de mis células grises acepté que por razones extrañas, esta Santa tenía derecho a compartir con todos lo poquito que se recibía. Creo, incluso, que ella recibía más que nosotros. Observé también que nuestro sobrinito, de siete años de edad, travieso y bastante malcriado, que no dejaba pasar una oportunidad para saquear el refrigerador y llenarse con comida que le pertenecía a toda la familia, respetaba el altar. No tocaba nada que estuviese dedicado a la Santa. Cuando mi suegra compraba flores, éstas indiscutiblemente se colocaban en el altar de Santa Bárbara, en floreros de cristal de Murano lindísimos.

A lo largo de los casi treinta años que viví en Cuba aprendí a respetar los ritos de santería, el sincretismo, el catolicismo casero con eufemismos marxistas-leninistas, pero di muchos cabezazos; en mi etapa de adaptación metí la pata frecuentemente.

Acababa de regresar de la oficina. Hacía un calor descomunal. Iba a tomar una ducha. Fui al cuarto de mi suegra, en cuyo armario enorme guardábamos nuestra ropa, para sacar ropa de cambio y toalla. Las cuatro ventanas del gran cuarto estaban cerradas. En la cómoda, a ambos lados del espejo, en el escaparate y en la mesa había velas encendidas. ¡Qué absurdo! En tiempos de apagones perpetuos, de escasez extrema, cuando no se podía comprar ni una sola vela por la libre, en el cuarto de mi suegra se

gastaban en pleno día, con un sol que rajaba las piedras, todas las reservas de velas que había en la casa. "No puede ser, creo que la vieja se volvió loca", pensé; apagué todas las velas, abrí las ventanas y la puerta para echar el olor a funeraria.

Me bañé tranquilamente, me sequé, me vestí, tendí la toalla húmeda y fui al cuarto de mi suegra para sacar otra toalla para tener el baño nuevamente preparado para mi capitán.

"¡Caracoles, otra vez la puerta está cerrada, si yo acabo de abrirla! ¿Acaso estamos en las catacumbas de Roma? ¿Por qué no dejan entrar aire fresco? ¡Madre mía, ¿qué es lo que está pasando?, las ventanas están cerradas nuevamente y las velas..., si hace sólo un rato las apagué todas..., otra vez están encendidas. ¡Ésta es una casa de desquiciados!" estaba maldiciendo a voz en cuello.

Mi suegra no se dio por aludida. Se fue al balcón a mecerse en el sillón. Mary, mi maestra, mi protectora, ya acostumbrada a mis "paquetes", me vino al encuentro: "Mira, Mónica, hoy es el día del Santo (se me olvidó el nombre). Mi mamá colocó las velas y -si te fijaste- hay también un montón de imágenes del Santo detrás de cada vela. Deja las velas encendidas. No te preocupes por ellas. Hoy, aunque haya sol y calor, tienen que estar encendidas en pleno día y las ventanas y la puerta tienen que mantenerse cerradas, para que las velas hagan efecto".

"Pero Mary, las velas que se están quemando, son las últimas de la reserva. No hay velas en ninguna tienda del país y al paso que vamos, nunca las habrá. No tenemos velas para alumbrar la casa cuando hay apagones. Es absurdo que se enciendan durante el día. Y ¿por qué no colocan los cuadros de los Santos al sol? Así reciben la luz natural. Dime, ¿por qué tienen que ser velas?".

"Mónica, de verdad que contigo se le acaba la paciencia a cualquiera. No puedo explicarte las razones, pero hazme el favor ¡no apagues más velas, no abras más las ventanas y la puerta, deja las cosas en el cuarto como están y no te pongas más a buscarles respuestas a tus preguntas, no las vas a encontrar! Si las velas se acaban, es verdad que no tenemos otras. No importa. Estaremos a oscuras durante los apagones. Pero mientras tengamos mochitos de velas, los Santos las tendrán, en pleno día y con sol. Cuando ya no haya velas, los Santos sabrán el por qué y se conformarán".

Con la ayuda de Mary y sus Santos, poco a poco fui haciendo progresos en el proceso de asimilación del folclore cubano.

Capítulo IV

Entrevista con el rector de la Universidad de La Habana.El asesino Ventura visita a Mary y Paco y yo visitamos a Victor Manuel

"Un recado para ti: mañana a las cuatro de la tarde tendrás una entrevista con el rector de la Universidad de La Habana. Asunto a tratar: la continuación de tus estudios", rezaba un papelito sobre mi mesita de noche.

Mi capitán había solicitado la entrevista. Me la concedieron muy rápido.

Conocía al profesor Marinello, rector de la Universidad de La Habana, de la prensa, de los cientos de amigos cubanos que lo conocían personalmente y también me había leído algunos de sus ensayos literarios.

Me recibió en su despacho. Fue muy amable y hablaba despacio y claro, de manera que lo entendía todo. Debatimos un buen rato sobre política internacional, sobre las relaciones de la RDA con Cuba en particular y también sobre mi proyecto de terminar la carrera en la Universidad de La Habana. Me dio la seguridad de que mi programa podría empezar a cumplimentarse en septiembre, con el comienzo del nuevo semestre. Tuvo la amabilidad de coordinar una entrevista con el decano de la facultad de Humanidades para precisar el programa.

Despidiéndose me regaló su última publicación, dedicándomela.

¡Qué viejito tan efusivo! ¡Qué caballero tan encantador!

El decano de la facultad causó mi primera gran decepción en lo referente a mi porvenir profesional. Le costó trabajo creer que el rector me hubiese asegurado la continuación de mis estudios en el próximo semestre. "Estamos comenzando la reforma universitaria. Su carrera o, mejor dicho, la que se le parece, está congelada y pasarán de dos a tres años antes de que podamos reanudarla. Dése cuenta que el enfoque ideológico ha cambiado completamente. Tenemos que preparar profesores y elaborar programas totalmente nuevos para encaminar los estudios acorde con nuestra nueva situación política".

"¿Y qué pinta el rector de la Universidad en todo esto? Parece que está encaramado en una gran nube, remando en la estratosfera. Debe haber perdido el sentido de la realidad, pues de reforma universitaria y todo lo demás no me dijo nada", pensé indignada. "Lo tienen en el cargo de rector, pero parece que es sólo una figura decorativa. Inconcebible, pero cierto".

El decano me entregó un montón de papeles con los programas actuales y proyectos futuros, recomendándome que o cambiara de carrera o esperara entre dos y tres años para terminar la que había interrumpido en tercer año en Alemania.

No pude familiarizarme con ninguna de las dos variantes. ¿Acaso había aguantado tres años de estudios intensivos, sacrificando mi juventud, estudiando día y noche, trabajando cuando otros se divertían de lo lindo para ahora comenzar de nuevo o esperar tres años? Imposible. Sin embargo, la directora del departamento ratificó todo lo dicho por el decano y me dio el consejo de pasar los tres años de espera necesarios estudiando en casa o buscando algún trabajo para darle un contenido útil a ese tiempo. ¡Qué fácil es dar consejos!

Esta situación para mí verdaderamente desastrosa coincidió con un cambio importante en nuestra familia: la esposa de Antonio, el hermano de mi capitán, estaba al borde de la locura. No pudo y no quiso seguir aguantando la escasez, los problemas, el calor agobiante, la humedad y las restricciones constantes que generaban el Gobierno Revolucionario. No le importaba ni le interesaba la Revolución. Quería ver a su familia en Madrid, descansar por lo menos durante medio año de las locuras cubanas. Los dos se fueron a Madrid y nos permitieron quedarnos en su casa durante su ausencia.

En un santiamén preparé la maleta y nos mudamos a casa de Antonio, en Miramar. Tuve que hacer la vista gorda para no percibir constantemente los cientos de tarecos cursis que estaban colocados por dondequiera. Odio estos adornos de vidrio y plástico de miles de colores y de malísimo gusto, pero la casa estaba saturada de ellos y como no los podía tirar, recogí los más ofensivos y los coloqué en el armario, para que Antonio y su esposa encontraran el "tesoro" intacto cuando regresaran de Madrid.

No más santos, no más altar con la tentación de quitarle a Santa Bárbara algo que no me pertenecía. No más comentarios humillantes de mi suegra, no más reunión de vecinas convocadas por mamá suegra para demostrar mi incapacidad de ama de casa; no más cuentos para el sobrinito pequeño; no más carnicero renuente a venderme mi cuota (aunque el de mi nuevo hogar tampoco tenía carne para mí). ¡Libertad! ¡Aire! ¡Espacio! Y lo más sensacional de todo: muy cerca vivía Paco, un amigo de mi capitán de los tiempos de la clandestinidad, que pasaba el día en su casa. Todavía le quedaba el cargo de alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, seguía cobrando su salario, pero le tenían vetada la entrada a su centro de trabajo. Estaba destronado.

El asesino Ventura visita a Mary

Paco era hijo de un aristócrata ricachón, dueño de varias casonas en el Prado de Cienfuegos, que no había llegado a "disfrutar" de la Revolución por despedirse del

mundo antes de enero de 1959; se fue sin sufrir que su familia regalaría un día toda la propiedad acumulada durante generaciones a los rebeldes.

Mary, la madre de Paco, era periodista y escritora, divorciada, heredera de las casas cienfuegueras. Ahora se dedicaba a acopiar víveres para tener algo que ofrecer a la multitud de amigos de Paco, desempleados con sueldo, ayer luchadores de la clandestinidad, hoy destronados como su amigo, que frecuentaban su casa, dedicándose a intercambiar las más recientes noticias nacionales e internacionales. Y yo en medio de esta tertulia, aprendiendo a conocer las más diversas facetas de la Revolución cubana, las que no aparecían en ningún libro, en ninguna revista, en ningún periódico.

Paco había estudiado tres carreras en la Universidad de La Habana: ciencias políticas, ciencias sociales y psicología. Como alumno brillante y predilecto de Raúl Roa, el primer ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario, Paco se mudó al Ministerio, para trabajar al lado de su ex-profesor. Éste se mantuvo en el cargo hasta su muerte, demostrando habilidades que le garantizaron su permanencia en tan alto puesto, contra viento y marea. Paco no corrió igual suerte (o desgracia, de acuerdo con los criterios de cada cual) y en vez de ocupar su oficina en aquel edificio frente al Malecón se quedó en casa, recibiendo a docenas de ex altos funcionarios y ex combatientes.

En casa de Paco y Mary tuve el privilegio de poder estudiar de manera amena, apenas sin darme cuenta, el español tan difícil de entender de los cubanos y el folclore, la vida misma, en mi nueva tierra.

Mary se convirtió en mi maestra por excelencia.

Los visitantes de Paco eran casi exclusivamente hombres. Y yo, la única mujer que no estaba todavía lo suficientemente aplatanada como para poder seguir y comprender los discursos de los visitantes. Me deqiqué, al comienzo, a ayudar a Mary y a sentarme con ella a recibir mi ducha diaria de su verborrea.

Mary repetía todos los días sus discursos del día anterior, sin darse cuenta. Yo tampoco me daba cuenta al principio, porque mi español se diferenciaba enormemente del español que se hablaba en Cuba. Mary era una de las personas que se caracterizaban por hablar muy rápido utilizando un vocabulario selecto y un lenguaje culto, a veces un poco anacrónico. Ella estaba tan ebria de sus relatos, tan presa de sus recuerdos, tan feliz de tener a alguien que la escuchara sin interrumpirla, que no se percataba de que yo apenas podía seguir el hilo de la conversación, de que mis respuestas no tenían nada que ver con el tema, pues muchas veces no sabía ni siquiera de qué tema hablaba ella, pero las repeticiones sistemáticas y constantes hicieron que poco a poco llegara a entender no sólo a Mary, sino a cualquier cubano. Nunca más en mi vida pasé por una escuela tan amena, tan eficaz, tan cordial y efusiva como la de la noble y generosa Mary.

Era el mes de la berenjena. El agromercado no ofrecía otra cosa que berenjena. Comíamos arroz con berenjena, berenjena con arroz, berenjena frita, berenjena asada,

berenjena en vinagre. Yo estaba de berenjena hasta la coronilla. Llegando a casa de Paco y Mary me la encuentro preparando berenjena al horno. "¡Solavaya! ¡Alabao, Mary, tengo ganas de vomitar, parece que en Cuba ya no hay otra cosa que berenjena!", no pude dejar de quejarme. Por suerte, Mary no tomó a mal mis improperios, creo que ella sentía las mismas ganas de maldecir y de refunfuñar, sólo que lo hacía de una forma muy elegante. Empezó a hablar de los manjares de "su tiempo", de antes, de cuando todavía había cosas en Cuba. Con todo lujo de detalles me especificó los platos exquisitos de la cocina cubana. Sin embargo, ni con el recurso de mi fantasía prodigiosa lograba liberarme de las náuseas que me producían las berenjenas asándose en el horno. Mi estómago y las tripas estaban formando un dúo de música disonante que me daba pena que los demás tuvieran que escucharla; pero la berenjena no pasaba de la boca al estómago, se quedó atrancada, no había remedio, ni con el hambre más grande del mundo.

No recuerdo cómo Mary logró cambiar, en cuestión de minutos, de un tema cotidiano, el de las más diversas facetas del arte culinario, a otro tema, el de la lucha clandestina y su participación en la misma. Sólo me acuerdo que ella me preguntó de repente: "¿Tu sabías que logré despistar a Ventura? Aquello fue tan extraordinario que a veces me pregunto si lo soñé o si verdaderamente sucedió".

Yo ya sabía que Ventura ocupó uno de los puestos más altos en la jerarquía de asesinos y que fue uno de los más temibles esbirros de la dictadura de Batista.

Paco, con la ayuda de su madre, se había mudado por décima vez a otro apartamento, esta vez a uno que tenía una azotea plana, un balcón a la calle y otro al patio, dos entradas y ventanas grandes, de forma que una fuga desde allí a las casas contiguas resultase relativamente fácil. Nunca antes había necesitado este tipo de vivienda, pues siempre había logrado esconderse en el momento preciso en lugares donde no lo encontraran los cazadores de rebeldes.

Este día, el de la "visita" de Ventura, Paco estaba en el apartamento. Tenía en el armario un bulto de fusiles, munición y otros materiales cuya sola pertenencia bastaba para que los esbirros mataran al que encontraran con ellos.

Un amigo logró dar la voz de alarma. Paco recogió el bulto y se esfumó por la puerta trasera, saltando a la azotea y de allí a una callejuela, mezclándose con los transeúntes.

Ventura personalmente abrió la puerta principal y como cucarachas voladoras penetraron en la vivienda unos tipos armados hasta los dientes. Mary los recibió como si fuera una princesa ansiosa de desempeñar a la perfección su papel de anfitriona. Ventura quedó -tal vez por primera vez en su vida- parado, atónito, apuntando a Mary con una ametralladora. Todo el mundo lo conocía, todo el mundo sabía que si se presentaba con sus secuaces armados en una casa, era para matar. Y Mary, sabiendo perfectamente quién estaba delante de ella, lo recibió con una gran sonrisa en los labios,

ofreciéndole café y preguntándole cortésmente cuál era el motivo de tan alta visita. Los secuaces no se atrevieron a levantar la mano contra Mary ni a romper armarios y otros muebles sin el visto bueno de su jefe. Y éste seguía atónito, con la vieja Mary invitándolo a platicar y a tomar café.

Este día a Mary le debe haber caído del cielo el don de hipnotizar a uno de los asesinos más temidos de Cuba. El hecho es que logró paralizar al monstruo con la misma verborrea con la que me enseñaba el español cubano. Estoy convencida que ella quedó tan impresionada de aquel espectáculo que todo lo que le dijo a Ventura se le quedó grabado en la mente como en un disco y este disco me lo repetía una y otra vez, hasta que al fin entendía cada detalle y, un buen día, me lo sabía también de memoria.

Paco me llevó a casa de amigos que lo habían escondido durante la etapa de la lucha revolucionaria. Entre ellos estaba la vieja Candelaria, una negra arrugada como una uva pasa, simpática, chistosa, muy ocurrente y espontánea. Vivía en un barrio pobre, churroso. Sin embargo, su apartamento estaba muy limpio, lleno de artefactos de santería. Bastaba que Paco dijera que yo era amiga de su familia para que Candelaria me tratara con una deferencia y cordialidad descomunales y accedió sin chistar a una solicitud de Paco, la de echarme los caracoles. Yo no creía ni creo en estas cosas, pero Candelaria hacía su trabajo con una seriedad, con una meticulosidad que no permitían dudas en lo que a la efectividad de su arte de adivina se refiere. No recuerdo detalles del resultado de la consulta a los caracoles. Sólo me acuerdo que me pronosticó cinco hijos. En realidad cumplí menos de la mitad de este programa, pero no se puede ser quisquillosa. Además, Candelaria no podía saber que yo estaba practicando, con resultados satisfactorios, la planificación familiar. Sobre ésta, los caracoles no tenían poder.

Paco y yo visitamos a Víctor Manuel

Una mañana, mi capitán estaba fuera de Cuba y yo -como ya era costumbre mía- charlando con Mary esperando la llegada de su hijo para participar de las tertulias paconianas, recibo una llamada de Paco: "Mónica, ¿quieres conocer otra faceta de nuestro folclore post-revolucionario? Estoy con unos amigos que me avisaron que en un garaje cerca de aquí tiraron unos cuadros que los nuevos habitantes de la casa calificaron de basura. No los he visto todavía, pero si quieres, acompáñame, para ver qué hay de cierto en todo esto".

Gustosamente acompañé a Paco. El garaje de la casa en cuestión estaba atiborrado de tarecos, de tablas viejas, de escombros y, efectivamente, recostado entre sacos de desechos, encontramos un cuadro de Mijares, de aproximadamente un metro y medio de largo y casi uno de ancho; un lienzo un poco sucio del maltrato, pero en perfectas condiciones.

"Llévenselo, total, esto lo puede pintar cualquiera, hasta un niño del círculo infantil. De arte no tiene un pelo. En nuestra casa, la que ahora es nuestra casa, no lo queremos. No sirve para nada; el marco ni siquiera se puede utilizar para convertirlo en marco de mosquitero".

Paco cargó con el Mijares a su casa, donde el cuadro se incorporó a su colección de pintura contemporánea que me pareció más interesante que la de Bellas Artes.

Durante los dos o tres meses que yo frecuenté la casa de Paco y Mary pude apreciar una y otra vez los valores incalculables de su biblioteca, discoteca y colección de objetos de arte. Sus vastos conocimientos del arte, de la literatura no sólo hispanoamericana sino universal, de filosofía y de música me impresionaron sobremanera. Sin exagerar puedo decir que cada día pasado en compañía de Paco y Mary se convirtió para mí en un día de aprendizaje. Creo que aproveché bien el tiempo que necesitó la Universidad para reorganizar sus programas de estudios, que para mí fue un tiempo de receso de las actividades oficiales en este centro de enseñanza.

Gracias a las relaciones con los pintores cubanos que seguían viviendo en el país, conocí, a través de Paco, a algunos de los corifeos de la pintura contemporánea.

Íbamos por el malecón en dirección a la Plaza de la Catedral, en un jeep Willys destartalado, ruidoso, que echaba por el tubo de escape una gran nube de humo negro. Paco había colocado en el asiento trasero una caja de cartón y manejaba el vehículo, hablando todo el camino.

"¿Puedes decirme adónde vamos?".

"Es una sorpresa y no te la voy a soltar antes de que hayamos llegado".

Arribamos a la Plaza de la Catedral. Paco buscó un lugarcito donde aparcar y nos bajamos. Agarró el cartón y caminó hacia uno de los edificios más hermosos que existen en La Habana. Cuando subimos la escalera me dijo por fin: "te voy a presentar a Víctor Manuel".

Víctor Manuel era mi pintor cubano preferido. Conocía algunos de sus cuadros expuestos en la galería de Bellas Artes. Me gustaban sobre todo sus retratos de mujeres de grandes ojos negros, rasgados, de mirada melancólica y dulce. Sus cuellos largos y sus caras delgadas me hacían pensar en los retratos de Modigliani, otro de los pintores que gozan de mi predilección.

No pude creer que me encontraba a pocos instantes de conocer personalmente a Víctor Manuel.

El edificio, que años más tarde formaría parte del programa de reconstrucción y conservación del "Casco histórico" de La Habana, estaba seriamente dañado. De los techos y paredes colgaban grandes pedazos de argamasa, obligando a los inquilinos a

estar permanentemente al acecho para no quedar lesionados, pues si una plasta de estas proporciones se le caía a uno en la cabeza, una conmoción cerebral sería el resultado más seguro y tal vez el menos grave.

Paco tocó el timbre. Como no hubo respuesta, repitió la maniobra, hasta que al fin se dio cuenta que el timbre no funcionaba porque el fluido eléctrico estaba cortado. Tocó la puerta con el puño. Se oían pasos de alguien que arrastraba los pies. Y un ratito después una voz fina y baja: "Ya voy, en seguida".

Víctor Manuel, un hombrecito delgado, pequeño, de mirada lánguida, saludó muy efusivamente a Paco, como amigos que no se veían desde hacía tiempo. Me di cuenta que esta persona estaba muy enferma. Respiraba produciendo mucho ruido, como un viejo acordeón desafinado. Supe más tarde que nunca había podido vencer una grave enfermedad crónica de los pulmones, que definitivamente lo llevó a la muerte.

Paco me presentó como una "artista alemana de gran calibre" y le contó de mí un montón de cosas inventadas, salpicadas de un sinfín de mentiras. Víctor Manuel me miró de arriba abajo. Caminando hacia atrás sin dejar de analizarme, murmuraba algo que no entendía. Paco estaba muriéndose de la risa, logrando que a Víctor Manuel se le pegara ese estado de euforia.

"No vaya a creerle a Paco ni una sola palabra. Yo no soy artista ni nada que se le parezca", le aclaré a Víctor Manuel.

"Víctor Manuel, ella es muy modesta, pero es tremenda pintora. He visto su último cuadro en su casa. Es una maravilla", le dijo Paco entre risas que casi lo ahogaban, aludiendo a un cuadro que realmente yo había pintado sobre un saco de azúcar, gastando los últimos vestigios de una cajita de acuarelas que quedaba de mis tesoros traídos de Alemania. El resultado de mis intentos de crear un artículo decorativo para la pared de la sala fue un pájaro multicolor. De pura casualidad me salió verdaderamente la figura de un pájaro tropical aunque inexistente en los catálogos que recogen las especies de pájaros en el mundo entero, pero satisfizo por el momento mi necesidad de tener en la pared de la sala algún adorno decorativo que no fuera una figurita de yeso de las horrorosas que abundaban en las tiendas, o flores artificiales de mal gusto. En aquellos tiempos no tenía recursos suficientes para poder comprarme un cuadro de verdad.

Víctor Manuel estaba encantado con mi autoanálisis y subsiguiente autodescalificación como pintora. No sé si me creyó a mí o a Paco. Debo haberle causado una gran impresión, porque después de invitarme a una sesión de trabajo para hacer un retrato mío (le fascinaba mi cuello extremadamente largo) me regaló dos de sus últimos grabados, dedicándomelos, no antes de haber hecho algunos arreglos, para convertirlos así en ejemplares únicos. Una amiga logró sacarlos de Cuba. Los tengo aquí, en mi apartamento en Alemania, como recuerdo imperecedero de Víctor Manuel.

El cuadro de "la alemana de cuello descomunalmente largo” nunca se pintó; la muerte se interpuso a este último proyecto de Víctor Manuel.

Capítulo V

Filmación con la DEFA. La crisis de octubre de 1962

Mi participación sistemática en encuentros con amigas y amigos, que constituían verdaderas lecciones de la cotidianidad cubana, se convirtió en visitas esporádicas, pues nuevamente vinieron los alemanes de la oficina comercial a solicitar mi ayuda temporal. Desde hacía días se encontraba en La Habana un grupo de cineastas de la DEFA, la compañía cinematográfica estatal de la República Democrática Alemana, encabezado por el director Kurt Maetzig. A artistas como Armin Müller-Stahl, Günther Simon y Gerry Wolf sólo los había visto en películas y ahora, de repente, me pedían trabajar con ellos durante varios meses en la filmación de una co-producción cubano-alemana. ¡Qué suerte! Conocí de esta forma una faceta interesantísima del arte, la cinematografía. Participé en la planificación de las tomas, en la elaboración del cronograma y viajé con el elenco a los lugares de filmación en La Habana y en el interior del país. También me tocó la responsabilidad de llevar al hospital a integrantes del equipo, que se lesionaron durante las filmaciones en campo abierto, que tuvieron que consultar a algún especialista por problemas metabólicos o -como era el caso de la esposa del director- me encargaron acompañarla al obstetra, pues quería echar al mundo a su primer hijo justamente en la ciudad de La Habana, capricho que le costó los últimos nervios a su esposo que le llevaba, por lo menos, un cuarto de siglo.

Una de las filmaciones más impresionantes se realizó en el puente de Bacunayagua y sus alrededores. Allí trabajamos durante varios días, saliendo muy temprano en una guagüita en dirección a Matanzas. Llegando al escenario, el sol ya picaba tan fuerte que nos sentíamos agotados casi antes de empezar. Los técnicos alemanes ofrecían un espectáculo descomunal a los cubanos, quitándose la ropa, quedándose en trusas o pantaloncitos tan cortos que casi andaban desnudos. Y -lo más sensacional- ¡caminaban en chancletas! El castigo merecido por tener una conducta tan "espantosamente impúdica" no dejó de producirse, cuando, con la cámara y los demás equipos de filmación al hombro, que les impedían poder usar las manos para abrirse camino entre la maleza debajo del puente, el guao (planta endémica cubana; el mero roce de sus hojas produce quemaduras a la piel) les quemó el pellejo tan horrorosamente que algunos tuvieron que trasladarse al hospital de Matanzas para atender las ampollas en espaldas, brazos, pechos, caras y piernas. Para mí ésta fue también la primera experiencia con la flora no siempre curativa de Cuba, pues mis antebrazos se llenaron de llagas que me duraron varias semanas y dejaron manchas oscuras durante meses. Me había salvado de quemaduras más extensas porque afortunadamente llevaba pantalones largos y zapatos cerrados y blusa, de forma que el guao no logró destrozar mayores áreas cutáneas. Esto fue suficiente para darme cuenta del sufrimiento de mis compañeros alemanes. ¡Hay que quemarse el pellejo con guao para saber cómo es!

La autopista en ambas direcciones hacia el puente de Bacunayagua estaba repleta de vehículos militares, ambulancias y carros diversos. Un grupo de paracaidistas "enemigos invasores" debía saltar sobre el puente para atacar a un grupo de rebeldes (o a la inversa, ya no recuerdo bien el contenido) que estaba escondido en las laderas cerca del puente. Los especialistas de pirotecnia habían realizado sus últimas pruebas. Varias ambulancias con equipo completo de salvamento estaban colocadas muy cerca del escenario, el puente, para poder entrar en acción en cualquier momento. El trabajo, aunque sólo se tratara de filmar una réplica de actividades bélicas, no dejaba de ser muy peligroso. Todo estaba listo para que los helicópteros levantaran el vuelo y dejaran caer a los paracaidistas. Varias cámaras estaban colocadas como ametralladoras en diversos puntos de la cafetería, en su terraza y en la azotea, en el puente y debajo del mismo. Un espectáculo impresionante.

Los helicópteros daban vueltas y más vueltas. Cada vez que el director daba la orden de saltar, una racha de viento o una nube o algún otro obstáculo lo impedía. El director estaba furioso, vociferaba como un demente, pero tuvo que aceptar las razones, pues la seguridad de los paracaidistas tenía prioridad.

Finalmente, los helicópteros soltaron su carga humana. El cielo sobre el puente estaba sembrado de paracaidistas, primero parecían puntos negros y poco a poco adquirieron su tamaño real. Sólo algunos lograron cumplir la meta: aterrizar sobre el puente. Varios quedaron atrapados en palmas y otras matas. A uno el paracaídas se le había enganchado en la barrera del puente. Lo tuvieron que rescatar sus compañeros, al igual que hubo que proceder con aquéllos que colgaban de palmas o árboles. El del puente debe haber pasado uno de los momentos más terribles de su vida, pues estar colgando de una soga, temiendo poder caer al abismo en cualquier momento, estoy segura que no resulta nada agradable.

Los camarógrafos estuvieron contentísimos con su filmación, aunque tuvieran que apurarse y no se les diera la oportunidad de repetir las tomas. El rescate inminente de los paracaidistas accidentados no permitió demoras.

Después de los saltos de los paracaidistas filmamos una escena de combate en las laderas y debajo del puente. De lejos parecía un tiroteo de verdad. Multitudes de curiosos trataron de acercarse al puente. Una unidad del ejército encargada de mantener el paso cerrado, tanto a los chóferes de vehículos como a los curiosos de pie, garantizó el buen cumplimiento de la labor. Casi terminada la faena en Bacunayagua, el jefe de sonido del equipo alemán sufrió un accidente. Andando en sandalias de sólo dos tiritas, que dejaban sus pies casi desnudos, pisó una botella de vidrio rota y se clavó el cuello en la planta del pie derecho. Tuve que acompañarlo al hospital de Matanzas. Ya en el cuerpo de guardia me conocían. El cirujano de turno se estaba preparando para suturar la herida de dos centímetros de profundidad y cinco de largo. El herido estaba pálido

como una hoja de papel y cuando vio que el médico agarró una aguja curva gordísima, con hilo tan grueso como para amarrar un camión, estuvo a punto de desmayarse.

"¡Usted no es un carnicero, no va a atreverse a suturar a este hombre sin anestesia!", le espeté con voz atónita e incrédula. El médico me echó una mirada como para decirme "esto es lo que me faltaba, una comemierda dándome órdenes", y agarró el pie lesionado con una mano para clavarle la aguja con la otra.

"¡Hombre, ¿usted está loco? ¿No tiene el frasco de C2 H5 CI a mano?" Yo estaba tan espantada que se me había olvidado el nombre corriente de este anestésico local que enfría el tejido y lo hace insensible al dolor y que formaba parte de los medicamentos imprescindibles de todos los hospitales o consultas médicas, al menos eso creía yo.

"Dígale a la enfermera que lo busque, lo deben tener, esto lo deben tener en un hospital, usted no pretenda coser a este pobre diablo sin anestesia. No vivimos en la Edad Media!", le grité, sintiendo casi el mismo dolor que sufría el herido, al pensar que lo iban a suturar sin anestesia. El médico escuchó mi perorata y me respondió tranquilamente: "Mire, hace ahora un año que recibí el último frasco del anestésico que usted reclama. No tengo nada para poder aliviar el sufrimiento a este paciente. La herida está sangrando mucho. Lo siento, pero tengo que suturarla sin anestesia".

Apenas me atreví a traducirle al paciente lo que acababa de decir el médico. Cuando oyó que no le iban a aplicar anestesia alguna, gritó:

"¡Que se vaya al infierno, suélteme el pie, me voy sin sutura, no me toque!”.

"Esta herida necesita sutura. Si se niega a aceptar mi trabajo, lo tendrá que hacer otro, pero puede estar seguro que no va a encontrar aquí en Matanzas a otro médico que lo haga con anestesia, porque no tenemos...".

Nos costó trabajo convencer al herido a someterse a la tortura segura. El raciocinio triunfó sobre el miedo y el espanto. El paciente sacó del bolsillo un gran pañuelo, lo convirtió en pelota y se lo clavó entre las quijadas. Con las dos manos se sujetó en la tabla de la silla y permitió al cirujano proceder a la labor tortuosa. Pocas veces en mi vida he visto a un hombre sudar de repente tan copiosamente como éste. La frente se le llenó de gotas gruesas de sudor. El agua le corrió por los brazos y piernas, dejando surcos negros de polvo humedecido de sudor. Medio desmayado lo llevamos al coche para regresar con él al lugar de la filmación.

"¡Ojalá nunca tenga yo que someterme a un trabajo similar aquí en Cuba!", le dije al médico.

Sólo cinco meses más tarde, cuando el nacimiento de mi primer hijo, me hicieron barbaridades mil veces mayores que ésta que acababa de presenciar.

Terminada la filmación en Bacunayagua, luego en Mariel y en el centro de La Habana, nos quedamos algunos días en el Hotel Habana Libre, donde estaba instalada la oficina del director Maetzig. La suite convertida en oficina parecía un hormiguero. Entraban y salían cineastas cubanos y alemanes y varias veces apareció el famoso poeta soviético Yevgeni Yevduchenco, en aquel momento la estrella de la poesía del campo socialista. Presencié discusiones muy amenas, me sentí extremadamente bien en este ambiente. Me hubiese gustado continuar trabajando en este giro, pero antes de pensar en cualquier ocupación seria me había impuesto la meta de terminar mi carrera universitaria. Además, faltaban sólo cinco meses para el arribo al mundo de mi hijo, por lo que -quisiera o no- otras tareas tuvieron que ocupar un lugar prioritario en mi vida. Dicho sea de paso que la famosa película filmada por cubanos y alemanes, en verano y otoño de 1962, parece que no pasó la prueba de los que tenían que autorizar su proyección. No supe nunca más de su destino.

La crisis de octubre de 1962

Fue una suerte para mí que nunca supiera el alcance real de los peligros a los que se encontraba expuesto el mundo entero aquellos días aciagos. Había cambiado mi trabajo con el equipo de filmación por un empleo en una escuela de idiomas. El día cúspide de la crisis, mi capitán llegó corriendo del trabajo para decirme que necesitaba empaquetar algunas cosas, que estaba movilizado para hacerse cargo de un buque, que le quedaba media hora conmigo y que no sabía cuándo regresaría.

"¿Puedes darme tu teléfono, para localizarte, por si acaso, si hay algún problema?".

"No tengo teléfono, ni hay forma de localizarme. Cuando tu padre estuvo en el frente durante la guerra ¿acaso pudieron localizarlo por teléfono?".

"Óyeme, esto es muy distinto, en la guerra claro que no hay comunicación con los familiares, pero aquí no estamos en guerra".

"¿Qué no estamos en guerra? Los yanquis están en guerra con nosotros hace rato y ahora la situación se ha agudizado de una manera que no sabemos cómo y cuándo va a terminar. Yo pedí a Carmen y a Mañi (esposas de amigos de mi esposo, igualmente movilizados) que te dieran una vuelta, para que no te sientas tan sola. ¡Cuídate a ti y a nuestro medio hijo en la barriga! ¡Y no te preocupes, todo se resolverá!".

No supe bien cómo no preocuparme, cómo creer que todo se resolvería, si acababa de decirme que estábamos en guerra. ¡En qué país de locuras me había metido!

El miedo inicial inmediatamente después de la salida de mi capitán, desapareció. Quedó un malestar, más por la soledad que por la situación política del momento. Creo que de tanto oír hablar del lobo dejé de creer en él. Llegué a pensar que había más alarde que

peligro serio y que hablar de situación de guerra era una exageración. Desde mi llegada a Cuba a comienzos de ese año, no me cansaba de ver a toda clase de personas -adolescentes, jóvenes, adultos y viejos-, con todo tipo de armas -pistolas, revólveres, subametralladoras y fusiles- en plena calle, como si estos hierros fueran partes de sus cuerpos. Lo único que me molestó enormemente fue la ausencia de mi esposo. Desde la boda había pasado semanas enteras sin él. A cada rato tenía que ausentarse por tiempo indefinido. Cuando decidimos casarnos, él me lo había advertido muy claramente. No tenía derecho a quejarme, y sin embargo, me resultaba terriblemente difícil aceptar esta realidad. Una cosa es la teoría y otra la práctica. Estar en un país para mí todavía lleno de misterios, sola, embarazada, sin tener a nadie cerca a quien poder recurrir en caso de necesidad, fue una prueba muy dura de paciencia y de resistencia. Algunas veces deambulaba por el malecón mirando las olas, pensando que si fuera posible caminar sobre ellas hasta el otro lado del Atlántico, lo haría al instante.

El día de la publicación en la prensa de la decisión unilateral de los soviéticos de retirar de tierra cubana los cohetes allí estacionados, los gritos de los vendedores de periódicos me despertaron: "Nikita, mariquita, lo que se da no se quita" y otras frases insultantes contra la Unión Soviética y muy particularmente contra Nikita Kruschov se oían a diestra y siniestra. Me vestí rápidamente y bajé a la calle. Se había formado un "mitin relámpago" espontáneo, sin orientación de los organismos superiores ni del Comité de Defensa ni de ninguna institución oficial. La gente gesticulaba, gritaba, comentaba, algunos se reían, otros vociferaban "traición" y "falta de respeto a Fidel" e incluso se descalificaba a los soviéticos, llamándolos "cobardes".

Me compré un periódico para poder enterarme de los detalles. Creo que fue el día después de que los soviéticos enviaron al Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, Gromyko, urgentemente a La Habana para aplacar la ira de Fidel. Días más tarde, Fidel visitó la URSS y si mal no recuerdo, durante su estancia en ese país quedó sellada la duradera "amistad inquebrantable entre Cuba y la URSS".

Capítulo VI

Nuestro hijo verá la luz de la realidad cubana

A los dos meses de estar en Cuba había quedado embarazada. No sabía de este estado antes de cumplir los cuatro meses de gestación.

En medio de mis esfuerzos por adaptarme a mi nuevo mundo tropical, proceso que se vio acompañado de sinsabores perennes ocasionados por mi suegra; cuando trataba de aprender a entender, con la ayuda de mi cuñada, los misterios del sincretismo; o durante el trabajo ocasional con los alemanes de la oficina comercial y del equipo de filmación y durante el estudio de la historia pasada y contemporánea de Cuba en casa de Mary y Paco, no me había percatado de los cambios esenciales que se estaban desarrollando en mi organismo. Las náuseas y el mareo, el cansancio y el sueño paralizante ocasionados por el feto minúsculo alojado en mi cuerpo, que me estaba privando de todo tipo de energías, dejándome como una sonámbula, no los interpreté como señales inconfundibles de embarazo, sino los atribuía a las condiciones climáticas diametralmente diferentes a las conocidas durante mis veintiún años de vida llevadas en el norte de Europa y a la situación de escasez de alimentos cada día más catastrófica en la Cuba de 1962.

Seguía "menstruando". Claro, no se trataba de la menstruación, sino de ligeros sangrados que en realidad significaban una grave amenaza a la posibilidad de llevar el embarazo a término. Pero yo ignoraba totalmente los peligros; ni siquiera se me ocurrió pensar que podía estar embarazada.

"La única ventaja del cambio ambiental y climático que observo es que la menstruación ahora aparece cada cuarenta días en vez de cada veinticinco y sólo dura de uno a dos días y es ligerita como nunca", comenté a una amiga, la única con la cual me atrevía a hablar en aquellos momentos de asuntos tan íntimos.

"Mónica, tú estás en estado", me dijo. "Tienes que ir al médico lo antes posible, no vaya a ser que tengas algún problema serio. Mira, si quieres, te acompaño. Así te inscribes en el hospital para que te atiendan durante todo el embarazo".

Todavía no estaba totalmente convencida de que mi estado anímico y físico tan extraño se debiera a un embarazo, pero con tal de salir de las dudas, acordé con mi amiga inscribirme en el hospital y consultar a un especialista.

"Estáte lista mañana a las cuatro de la madrugada. Hay que estar en el hospital temprano, porque la capacidad de inscripción es muy limitada. Hay que hacer cola".

Todavía existían consultas y clínicas privadas en las cuales se podía recibir atención esmerada. Había que ser socio de una institución de estas características. Dinero no nos faltaba para poder pagar una clínica privada. Se trataba de una cuestión de principios. "Tú vas a recibir atención médica en uno de los mejores hospitales creados por la Revolución", me dijo mi capitán. "¡Nada de privilegios. La medicina está al servicio de todo el pueblo!" Y para tener acceso a ésta, las colas estaban programadas.

A la hora acordada con mi amiga nos encontramos frente al hospital. Una cola descomunalmente larga ya estaba formada ante la puerta de "inscripciones". Con la seguridad de la conocedora, mi amiga gritó: "¿El último para 'inscripciones'?". "¡Aquí!", respondió una joven barrigona.

Nos incorporamos al lugar que nos correspondía en la cola y nos pusimos a esperar. A las doce del día estaba inscrita. Con ello tenía derecho a ser atendida en ese hospital.

El médico confirmó el embarazo y explicó el fenómeno de mi "menstruación tropical" como una amenaza de aborto que afortunadamente y sin aplicar medios terapéuticos ni reposo ni nada se había detenido. El pequeño parece que estaba agarrándose dentro de mí como un macao de su concha.

Asistí regularmente a las consultas del obstetra. Cada vez me tocaba otro especialista, de forma que no supe si el día del parto iba a encontrar a alguno de los conocidos. Cada día de consulta resultó ser un ejercicio agotador de paciencia. Pasaba horas y horas sentada en la sala de espera. Aprendí muchísimo sobre ginecología y obstetricia, sin saber que años más tarde iba a ocuparme de estas cuestiones profesionalmente. Mujeres pertenecientes a por lo menos tres generaciones, es decir, adolescentes, sus madres y las madres de éstas, estaban esperando descendencia y pasaban el tiempo de espera en el consultorio intercambiando experiencias sobre su estado de una manera tan franca y desinhibida como nunca antes lo había conocido en ningún lugar. En las conversaciones se evidenciaba que la falta de medios anticonceptivos, de médicos, de información, de posibilidades de resolver con un aborto inducido el problema de un embarazo no deseado tuvo como consecuencia el llamado "baby boom", la enorme cantidad de partos, pero también la altísima tasa de mortalidad infantil y materna ocurridos en la primera mitad de los sesenta.

Tuve la suerte de poder participar en el curso preparatorio para "el parto sin dolor". Aprendí que el parto no duele, sino que el útero se contrae hasta dejar dilatado y abierto el canal y el orificio por donde debe salir el niño. En el curso se nos dijo una y otra vez que la palabra "dolor" era incorrecta y debía sustituirse por la de "contracción". Yo estaba muy satisfecha y conforme con esta definición. Sólo en mi subconsciente escuchaba la voz de mi madre que las escasas veces que habló del parto siempre se refería a un proceso de muchas horas de dolores, hasta "reventar", y mi madre no era de las personas que se quejan fácilmente. También mis amigas cubanas que ya habían

pasado por esta experiencia del paritorio me estaban mirando con caras que expresaban sin decir palabra alguna: ¡Pobrecita, no sabe de qué está hablando!

Yo seguía observando muy confiada el crecimiento de mi barriga. Mi cuerpo se había convertido en una caricatura; mis piernas y brazos estaban flacos, mi barriga adornada en el centro con una pelota de fútbol americano, la cara chupada como si hubiese salido recientemente de un campo de concentración. Me pasaba el día soñando con comida inexistente en Cuba. Todo el mundo se esforzaba por brindarme algún manjar, como por ejemplo malta con leche condensada. Sólo logré tomarme un vaso de este brebaje, al minuto de haber llegado a mi estómago estaba fuera otra vez, para espanto de los anfitriones que habían sacrificado su ración de leche condensada y malta. ¡Qué desperdicio!

Un mes antes del parto nos dieron un apartamentito en El Vedado. Era un cuchitril colindante con un solar yermo, al cual se había mudado una buena parte de la inmigración oriental, la nueva fuerza de ocupación de la capital. Estos vecinos míos, ilegales, pero omnipresentes, con una enorme capacidad de reproducirse, se convirtieron en mis maestros involuntarios del lenguaje chusma cubano. Desde por la mañana temprano hasta tarde en la noche oía vocablos que, así aseguraban mis amigos, no pertenecían al léxico castellano, pero formaban parte incuestionable del folclore cubano. Poco a poco las palabrotas más vulgares fueron grabándose en mi cerebro. Cuando preguntaba a mis amigos el significado de aquellos verbos espantosos, se quedaban boquiabiertos y no querían contestarme.

"Mónica, estas palabras no se dicen. Son una indecencia", me advertían.

"Pero las están gritando el día entero. Escucha tú misma. -La madre del chiquito que está corriendo desnudo allí por el patio, le dice a su propio hijo: 'hijo de puta' y 'coño' y 'carajo' y 'cabrón' y no sé cuántos epítetos más como si fueran palabras cariñosas. A mí no me suenan mal y además, parece que tienen una fuerza de expresión tremenda, las usan con vehemencia y con una frecuencia asombrosa", les replicaba.

"Es verdad, pero debes saber que este vocabulario es asquerosamente vulgar. Una persona decente no lo usa".

Mis vecinos del solar yermo, sin embargo, seguían comunicándose entre ellos utilizando este lenguaje especial y poco a poco supe diferenciar entre los vocablos más ofensivos y los menos sucios y en qué ocasiones se empleaban, cuidándome mucho de no soltar en lugares inapropiados alguna de estas indecencias aprendidas involuntariamente.

Muy confiada y entusiasmada me preparé para el día del gran acontecimiento, el nacimiento de mi hijo, haciendo mis ejercicios de rigor, especialmente aquéllos de la respiración cortada. Parecía una perrita jadeante cuando practicaba respirar tal como me habían instruido que debía hacer más tarde, durante las contracciones.

Los últimos días antes del parto -estuve trabajando hasta el final de la gestación de profesora de alemán- andaba con un sueño tan insoportable que no me aguantaba a mí misma. Tenía ganas de soltar el bulto que ya resultaba ser una carga inmensa.

El trabajo de profesora de idiomas fue una de las tareas más pesadas de las muchas que me tocaron realizar en mi vida. Mis alumnos eran militantes de la juventud, casi todos sin nivel cultural, aprendices o empleados del servicio exterior, por lo que el conocimiento de un idioma extranjero constituía un requisito indispensable para ellos. La selección de mis alumnos resultó un verdadero desastre. Sólo uno reunía las condiciones requeridas para aprender un idioma tan difícil como es el alemán, los demás no sabían ni siquiera los elementos básicos del idioma español; su vocabulario se reducía a un mínimo de palabras y cuando escribían en español, había que ser adivina para poder encontrar el sentido en la ensalada de faltas de ortografía.

Estábamos aprendiendo la conjugación de los verbos alemanes. Como noté que no entendían ni jota de la terminología gramatical y no iba a lograr nada hablándoles de infinitivo, singular, plural, presente, indicativo y subjuntivo, tuve que recurrir a otros métodos didácticos más primitivos, pero hasta el momento muy efectivos. Para que me entendieran, escribí en el lado izquierdo del pizarrón la conjugación del verbo escogido en español y en el lado derecho la correspondiente en alemán. Cuando había llegado a "vosotros habláis", un coro de risas y de comentarios interrumpió mi labor: "¡Ay, no, profe, eto n'esite en epañol, eto loimbentó uté!". ¡Qué contentos estaban, convencidos de haberme agarrado "cometiendo faltas" en español!

Mi alumno ejemplar, muy apenado, trató de ayudarme.

"Miren, compañeros, la profesora tiene razón. Esto sí existe en español, el caso es que aquí en Cuba no utilizamos esta forma. Aquí decimos "ustedes hablan" en vez de "vosotros habláis".

"Chico, eto de 'vosotro' a lo mejol se disen alemán, pero no en epañol", fue la réplica contundente.

El día después me hicieron otra barbaridad que no estaba dispuesta a soportar. Tratando de explicar otro problema gramatical del idioma alemán, haciendo acopio de toda la paciencia habida y por haber, vi de repente que algunos de mis alumnos más débiles estaban leyendo el periódico. Estaban tan absortos en su lectura que no se percataron de que me había quedado callada, mirándolos atónita y con cara de disgusto.

"¡Ay, profe!, ¿qué le pasa? ¿Etá brava? Pol favol, no se ponga brava, si no entendemo na de lo que dise, por eso etamo leyendo el periódico y no la moletamos!".

Me negué a seguir dando clases de alemán a este grupo e impuse la condición de que el alumnado tuviera por lo menos conocimientos cabales de su idioma materno para aspirar a ser aceptado en mi curso. De esta manera logré que sacaran a los semi-

analfabetos de mi programa, pero esto no sucedió hasta después del nacimiento de mi hijo, para mí, el mejor regalo que pudieron hacerme.

La noche antes del parto, una intranquilidad descomunal me impedía dormir. A la una de la madrugada desperté a mi marido. "Oye, tengo que caminar, vamos, acompáñame, parece que nuestro hijo se aburre, quiere movimiento".

Nos vestimos y fuimos caminando por el malecón. En medio del mes de febrero hacía un calor como en pleno verano. Para poder sentir mejor la brisa del mar, trepé sobre el muro del malecón. Mi barriga no obstaculizó este acto de acrobatismo, digno de un número de circo.

Regresamos a casa y nos acostamos. A las tres de la mañana me desperté de un breve sueño tortuoso. En mi barriga se estaban produciendo calambres esporádicos muy fuertes. Estaba encharcada en un lago de agua rosada. Mi cama parecía haberse convertido en bañadera. Quité la sábana mojada, la lavé y durante este trabajo sentí que seguía botando agua, sin entender de dónde procedía.

"Me he convertido en pileta de agua. ¿Qué significará esto? ¿De dónde saldrá tanta agua? No he tomado tanto líquido como para producir un salidero tan enorme; ¿el niño me habrá dado una patada en la vejiga?", traté de adivinar la razón de este estado de cosas. Abrí mi libro de consulta, en el cual estaban descritas todas las fases del embarazo y parto. Al fin encontré la explicación. Leyendo el párrafo sobre el inicio del parto me enteré que estaba progresando en el proceso de echar al mundo un niño. "Al ánimo, al ánimo, la fuente se rompió", me vino a la cabeza esta canción infantil, que de repente adquirió para mí un significado muy preciso. Me di otra ducha, me sequé, coloqué un gran paquete de algodón ante el salidero y desperté otra vez a mi marido, el cual estaba durmiendo profundamente, descansando de los estropeos de la noche en el muro del malecón.

Cerca de las cuatro de la mañana llegamos al hospital.

"Tengo contracciones cada tres o cuatro minutos y la fuente se rompió a las tres de la mañana", informé al médico de guardia de obstetricia.

Comenzó el paso burocrático de llenar planillas, cuando de repente se produjo una bulla y un corre-corre endemoniado. El médico, después de haberme asegurado que en el transcurso del día iba a nacer mi hijo, pero que todavía quedaba bastante tiempo para lograr la dilatación requerida, me dejó sola con la enfermera. Se requería su presencia en la atención de una enferma muy grave. Ésta se encontraba en una camilla en el cubículo contiguo, rodeada de dos policías y varios familiares. Los policías vociferaban y repetían una y otra vez las mismas preguntas. Querían que la enferma les diera el nombre de la persona que la había ayudado a abortar. La enferma, ya medio muerta de dolor y sufrimiento, se negó a contestar. Los familiares le suplicaban que dijera quién la había ayudado. Nada. El médico intervino, mandando fuera a todo el mundo. Se

llevaron a la enferma al salón, donde -así supe después- tuvieron que extirparle el útero, para salvarle la vida. Se había instilado salfumante para liberarse de un embarazo indeseado. A los dieciocho años quedó mutilada, incapaz de ser madre. Ésta fue mi primera experiencia con la problemática del aborto. Muchos años más tarde el tema del aborto se convirtió en uno de los aspectos más importantes de mi trabajo.

No volví a ver al médico que me había recibido. Una enfermera se ocupó de mí, trasladándome a un cuartito donde me tocó realizar el trabajo de "empollar" durante ocho horas. "La especialista del 'parto sin dolor', me informaron con caras de maldad, 'no se encuentra hoy en el hospital'. Escogiste un día malo para parir. Hoy no toca el programa del 'parto sin dolor', por eso debes de tratar de resolver tú misma este asunto. Pero no habrá problema, seguro que te aprendiste bien todos los pasos!", fue el comentario cínico de la enfermera. Cerró la puerta y se fue. Volví a verla cada dos horas aproximadamente, horas que me parecían siglos de tortura y sufrimiento incomparables con todo lo hasta ese día experimentado.

Durante esas ocho horas de lucha por dar a luz y por sobrevivir perdí totalmente la fe en la amable terapeuta del "parto sin dolor". Me sentí traicionada, abandonada, maltratada, humillada y castigada por algo que no podía comprender. "¿Qué entenderá esa mujer por 'dolor'?", me preguntaba una y otra vez entre las contracciones violentas que me estaban reventando. "Si esto no es dolor, entonces o soy anormal o ella no sabe de qué estaba hablando en su curso. A lo mejor algo dentro de mí se rompió, a lo mejor me estoy muriendo y mi hijo conmigo y nadie aquí se da cuenta. No les preocupa lo que pasa conmigo. Me abandonaron. Y mi marido, en vez de buscar ayuda, está en su oficina, sin enterarse que nos estamos muriendo".

Juré no mirarle nunca más, castigarle por lo que me había hecho, por ser indiferente a mi sufrimiento, por ni siquiera saber en qué estado de desgracia y miseria nos encontrábamos su hijo y yo.

Media hora antes de que me trasladaran al salón de partos, la enfermera vino por última vez para controlar el desarrollo de mi labor. Me encontró retorciéndome, con los labios sangrando de las mordeduras que yo misma me había infligido para no gritar. Dar gritos me parecía indigno. No quería perder lo último de vergüenza que me quedaba.

No seas imbécil, no te muerdas más, así no resuelves nada" me decía con rabia. "¿No te dijeron que esto no dolía? Pues, ahora lo vas viendo. Esto no es nada más que un parto. Y así les pasa a todas las mujeres que van a tener un hijo. ¿Por qué no te quejas ante la terapeuta que te hizo los cuentos de mentira?".

Los últimos minutos de agonía antes de que el niño saliera de su claustro los pasé aplicando desesperadamente y ya sin energías la respiración superficial de perrita jadeante, aprendida en el curso de mentiras. Creo que un atleta de alto rendimiento no ha gastado en un año de entrenamiento las energías que yo gasté durante las ocho horas

de trabajo de parto. Cuando se presentaron las contracciones finales hizo entrada triunfal al salón el obstetra que había atendido a la esposa del director de cine alemán. Al verme a mí exclamó "¡Pero miren para eso! ¡Mi último día de trabajo en este dichoso hospital y me toca atender a la alemana ésa! ¡Mira alemanita, contigo estoy terminando mi trabajo en Cuba, porque me voy para el Norte, ¿sabes?, y tú eres la última que atiendo!"; dicho esto, mi hijo salió de mi barriga como un cohete enjabonado. El médico lo recogió, le dio los golpecitos de rigor en el fondillo y lo depositó en una canasta colocada al lado mío. Eran exactamente las doce del día, hora en que le tocaba el almuerzo al médico. Parece que no quiso perder su turno en el comedor; no se tomó el tiempo que necesitaba la placenta para salir sola. Se enrolló el cordón umbilical por la muñeca y tiró de él con tal fuerza que rompió la placenta. Una porción muy grande quedó dentro del útero. Este contratiempo no impidió que me abandonara para irse a almorzar. Me dejó con una enfermera auxiliar que de partos y cosas relacionadas con ello sabía tanto como yo de idioma chino, es decir: nada. Yo estaba demasiado agotada como para darme cuenta que algo muy grave había pasado. Otro médico muy joven, que no había visto los pasos anteriores y por lo tanto no supo que la placenta no había salido completa, tuvo que hacerse cargo de las tareas rutinarias de reparación de las áreas externas antes de liberarme para trasladarme a la sala. Por supuesto, también esta última fase del trabajo de parto sucedió sin anestesia. ¿Para qué aplicar anestesia, si ha resistido sin ayuda analgésica de ningún tipo dolores consecutivos y muy intensivos durante ocho horas? Terminada esta tarea, la enfermera auxiliar me llevó a la sala.

Cinco horas más tarde me estaba debatiendo entre la vida y la muerte. Shock séptico. Sin embargo, el diagnóstico sepsis por restos placentarios no se hizo sino tres semanas después. Me encontraron con los signos vitales apenas perceptibles. Parece que el médico de turno se había quedado dormido o se hallaba indispuesto, el caso es que no se encontraba a esa hora ningún médico en el cuerpo de guardia. Por teléfono -supe más tarde- solicitaron instrucciones al médico que había provocado la ruptura de la placenta. Éste le dio instrucciones a la enfermera de colocarme un suero con un antibiótico, por "tratarse seguramente de una infección renal".

Fue para mí la primera vez en mi vida que me aplicaron una dosis de antibiótico. Hizo el efecto requerido. Al menos sobreviví, aunque no se hiciera nada de lo que exigía la situación: quitar los restos placentarios. A los dos días de estancia en el hospital me dieron el alta. Nadie se percató de la infección que me estaba comiendo por dentro. Nadie se percató de que tenía fiebre alta. Nadie se percató de que sangraba copiosamente, que había quedado exangüe. Nadie se dio cuenta que las fuerzas no me alcanzaban para cargar a mi hijo.

Después de haber llegado a nuestro cuchitril, en el tercer piso de un edificio de apartamentos en El Vedado, supimos que la bomba de agua se había quemado durante mi estancia en el hospital y que desde hacía dos días no había agua. Para terminar con broche de oro este estado miserable, se había cerrado el acceso de mi apartamento a la

línea de gas porque la tubería entre la pared y la cocina estaba rota. No teníamos ni agua ni gas. Ésta fue la bienvenida que le brindamos a nuestro hijo.

Estaba sola con el chiquillo. El padre de la criatura no logró obtener unos días de vacaciones para ayudarme a solucionar los problemas serios en el apartamento. Él tampoco sabía que yo estaba muy enferma. Ni yo estaba consciente de mi situación de salud precaria. Para mí todo esto formaba parte del "paritorio". ¿No me habían dicho que el parto no duele? ¿No me habían dicho después que toda esta tortura era normal? ¿Cómo -entonces- iba a quejarme, si todo era normal? Consulté mi libro sabio sobre el embarazo y el parto. La consulta me dejó confundida, pues no sabía evaluar correctamente si mi estado se debía a fenómenos aún calificables como normales o si se trataba de un proceso patológico. Las nuevas obligaciones con el pequeño exigían todas las energías que me quedaban, durante el día y en la noche. El niño no pudo recibir lo que más falta le hacía: leche materna. La búsqueda de la leche en polvo recetada por el pediatra se convirtió en otra de las muchas pesadillas que aún esperaban en la lista de calamidades reservadas para mí.

La maternidad tan anhelada se inició de manera verdaderamente caótica y desesperante. Con cada día que pasaba me estaba acercando más a la tumba sin saberlo. El niño lloraba, chillaba, gritaba como para volverme loca, cada dos horas. Para poder preparar las tomas de leche, la comida, lavar y fregar tuve que bajar al sótano y sacar cubos de agua de la cisterna, pues la bomba eléctrica seguía quemada. Contaba con veinte pañales de gasa. Mi hijo mojó y ensució esta cantidad en menos de un día.

Mi capitán consiguió que una señora del vecindario se hiciera cargo del lavado de la ropa, especialmente de los pañales del niño. Apenas conoció que desde el tercer piso había que bajar varias veces al día al sótano para sacar cubos de agua de la cisterna, se le quitaron las ganas de ganarse unos pesos lavando pañales. Sin embargo, no se despidió de mí antes de haber "desaparecido" la mitad de los pañales colgados para secar en la azotea.

"¡Señora, el viento se llevó casi todos los pañales!", me informó cuando indagué sobre el paradero de estas prendas tan importantes.

"Pero la ropa de todas las demás vecinas sigue en la tendedera, el viento sólo se llevó los pañales míos ¿cómo se explica eso?".

"Pues parece que los palillos suyos para tender no resistieron el embate del viento", trató de justificar la señora la pérdida de los pañales. Me dijo un montón de barbaridades sobre las condiciones inaceptables de trabajo, que si la falta de agua y de gas le impedía poder trabajar como era debido, que tenía a una madre enferma que atender y que me buscara a otra lavandera que aceptara estas condiciones.

La "ayuda" me había durado muy poco y para colmo tuve que mendigar pañales, pues en las tiendas no se conseguían más de los que tocaban por la libreta y éstos ya no estaban, "el viento" se los había llevado.

El detergente que se distribuía a la población no lo pude emplear para lavar los pocos culeros y pañales que le quedaban al niño, pues si a mí me pelaba el pellejo, al bebito le iba a dejar el fondillo sin piel. Compré pastillas de jabón de bebé en la farmacia. A la semana de haber recibido mi ración, solicité otra pastilla. El farmacéutico me regañó ante todos los clientes, acusándome de despilfarrar para mi propio uso el jabón del bebito. "Ningún recién nacido necesita tanto jabón. Vaya con sus cuentos a otro lugar", me gritó, esperando el coro de voces aprobatorias de la clientela que me miraba con desprecio. Abochornada, humillada y sin jabón tuve que regresar a la casa. Me senté al lado de mi hijo a llorar como María Magdalena, y aunque no resolví nada con el llanto, al menos me sentí aliviada, con la cabeza despejada para pensar cómo resolver la tonga de problemas que no tenían solución.

Seguíamos sin agua de la tubería y no había gas para hervir agua, pañales o para cocinar. Todas las noches mi marido llenaba de agua de la cisterna baldes y cazuelas para que no tuviera que cargarlas yo sola y me consiguió un reverbero y un litro de alcohol, con el cual debía hacer milagros.

Mi estado de salud empeoraba continuamente. A las tres semanas de aguantar, de tratar de resolver y de cumplir mi papel de madre no pude más. Mi capitán llamó a un médico amigo de la familia para que éste me llevara a un especialista de confianza.

Sin preguntarme mi opinión al respecto me ingresaron. Cuando desperté de la anestesia -la primera recibida en mi vida- me contaron que habían tratado de sacar los restos de placenta pero que no lo habían logrado completamente, porque temían causar una ruptura del útero. "Niña, ¿qué te han hecho? Si en el parto te hubiese asistido una comadrona del campo, no estarías en este estado lamentable", me aseguró la enfermera. "¡Qué animal de médico el que rompió la placenta sin sacar los restos. Es un milagro que estés viva!". Los médicos que habían tratado de eliminar los daños causados, estaban escandalizados y pensaban acusar al autor. Pero esto no tenía sentido. Por un lado ya el daño estaba causado, por otro, aquel médico criminal ya se encontraba en el Norte.

Anémica, con una infección mantenida en jaque con la ayuda de antibióticos muy fuertes que me hicieron sentirme miserable por los numerosos efectos secundarios asociados a su uso, trataba de cumplir mi programa de madre primeriza. Las horas del día no me alcanzaban. Durante mi estadía en el hospital, mi hijo había pasado de unos brazos a otros. Todos habían tratado de hacer lo mejor, pero como cada "mamá sustituta" tenía sus propios métodos, creencias y remedios, el niño se encontraba en condiciones pésimas cuando nuevamente lo tuve conmigo. Para colmo, ya no quedaba leche en polvo de la que el médico le había recetado al pequeño. Para conseguirla

tuvimos que viajar hasta San Antonio de los Baños, porque en las farmacias de La Habana ya no existía ninguna reserva de "Pelargón". Y cuando la lata de San Antonio quedó vacía, mi hijo se tuvo que acostumbrar a tomar cualquier leche que encontráramos. Le quitamos muy rápido la costumbre de ser quisquilloso y selectivo. El niño manifestó su inconformidad con una serie de estados alérgicos que hasta el día de hoy no se le han quitado.

Aproximadamente al mes de haber nacido nuestro hijo, se produjo un milagro: logré que la oficina de control de abastecimiento, conociendo que había trabajado en la oficina comercial de los alemanes, me inscribiera en la lista de técnicos extranjeros, los cuales estaban recibiendo una cuota especial de alimentos. Fueron mis vecinas, en realidad, las que más provecho le sacaron a este status privilegiado. Para el niño, por ejemplo, me daban malanga. Esta raíz extraña, babosa y de color gris sucio, no me resultó digna de confianza para dársela a comer a un recién nacido. Yo seguía consultando mi libro sabio que prescribía alimentos o totalmente desconocidos en Cuba o inexistentes, por tratarse de productos de importación que ya no entraban al país. La malanga y también otros manjares cuyas cualidades fantásticas yo ignoraba, terminaban en las cazuelas de mis vecinas, las cuales no se tomaron el trabajo de explicarme cómo poder prepararlos y para qué servían. Dejarme en la ignorancia fue para ellas la garantía de recibir aquellos productos que yo no sabía apreciar debidamente. Ellas sabían exactamente el día, la hora en que me entregaban el cartucho lleno de artículos enrarecidos. No pasaban ni cinco minutos y ya tenía los primeros pedidos. "Mónica, por favor, necesito que me 'prestes' un poco de aceite, de arroz, de café, de sal, de manteca, de leche condensada, de malanga, de compota...". Me pedían de todo, como si fuera la bodeguera de la esquina. Y quedaba claro que "prestar" significaba "regalar". "Mónica, necesito que me des un poco de Fa". Esta sílaba sólo la conocía de la terminología musical. No pude imaginarme nada por el nombre de Fa. "Carmita, ¿qué me estás pidiendo?, ¿qué cosa es?", indagué. "Fa, para lavar la ropa", me contestó y lo sacó ella misma del estante de la cocina, en el cual lo tenía guardado. "¿Y por qué lo estás llamando 'Fa'?", pregunté. "Ah, así se llamaba antes". (Se refería al detergente FAB que años más tarde conocí en los EE.UU., a través de un programa de propaganda de la televisión, que mi hijo repetía cantando como un lorito: "Oh, FAB, I'm glad, they put new borax in yououou", y que fue una de las primeras frases en inglés que se había aprendido el chico).

De acuerdo con las costumbres, mis vecinas querían de todas maneras manifestar su alegría por el nacimiento de nuestro hijo. Me visitaron para traerme los regalos oportunos de la ocasión. Cada una de ellas me explicaba para qué servían las medallitas, pendientes e imágenes de santos que nos regalaban. Yo no entendía nada en absoluto. Caridad, madre de dos hijitas, me entregó un alfiler con una bolita de cristal negra en sustitución de un azabache y me dio instrucciones sobre dónde había que colocarlo. Su amiga, Carmita, me dio una chapita de hojalata que representaba un santo y me explicó en qué esquina de la cuna amarrarla. Sus explicaciones se interrumpieron con gritos de

"¡Ay qué niño más lindo, qué precioso!". "¡Dios lo bendiga!", gritó Esperanza extasiada. Yo entendí: "Yo lo vendía" y no podía comprender por qué debía vender a mi hijo.

Nuestro primogénito, en vez de agradecerles a las vecinas la cordial bienvenida y los regalos, augurios de buena suerte, les ofreció un concierto de chillidos y gritos insoportablemente estridentes, que les hizo despedirse apuradamente, no sin repetir las instrucciones sobre el uso de los prendedores y chapitas de santos, los cuales se quedaron en una cajita, donde guardaba gangarrias, ligas, cordelitos, clavos, tornillos y otros trastos para el "por si acaso". Ya había aprendido a no tirar absolutamente nada. En el momento menos pensado necesitaría alguno de estos tesoros. En las ferreterías no quedaba nada más que anaqueles pelados y escasos trastos totalmente inútiles, recién importados de la URSS.

Tres días antes de mi primer cumpleaños en Cuba, a comienzos del mes de abril de 1963, seis semanas después del parto, me ingresaron nuevamente. No estaba muerta todavía gracias a los antibióticos que constituían la porción más importante de mi menú diario. Esta vez, los médicos me extirparon una bola de tejido irreconocible. Para ellos quedaba claro que se trataba de un tumor maligno que acabaría conmigo muy pronto. Por suerte, estuvo de turno el día de la operación uno de los patólogos más diestros, el cual identificó el tumor como restos placentarios, en proceso avanzado de metamorfosis. Todo este asunto se convirtió en una cadena de problemas patológicos, los cuales requerirían, a lo largo de los años, varias intervenciones quirúrgicas sumamente delicadas, en el transcurso de las cuales me sacaron grandes cantidades de tejido degenerado y órganos enfermos, que quedaron depositados en la basura de hospitales de tres países en dos continentes. El día del nacimiento de mi primer hijo significó también el fin de mi excelente estado de salud. Nunca más en mi vida supe lo que es no sentir ningún malestar, ningún dolor, ninguna molestia; nunca más supe lo que es dormir a pierna suelta, sin interrupción, una noche entera.

Me dieron el alta en la tarde de mi cumpleaños. En casa me esperó tremenda sorpresa: la bomba de agua estaba arreglada y mi capitán había conseguido medio metro de tubería de cobre y de la compañía del gas un cilindro de cincuenta libras lleno de gas líquido, que se instaló directamente en la cocina. Claro, se trataba de una solución de emergencia; estaba prohibido colocar un tanque de gas en este lugar, pero ya sabía que las leyes y disposiciones concernientes a la seguridad individual se manejaban con criterios muy elásticos. El tanquecito se quedó allí para siempre. ¡Qué felicidad tener agua y poder cocinar! Estrené la cocina de gas, que ahora funcionaba, cocinando un potaje de papas con frijoles blancos, utilizando una olla a presión que mi capitán me trajo como regalo de uno de sus viajes a Canadá. La olla estaba empaquetada en una caja lindísima y venía acompañada de un libro de instrucciones, con montones de recetas.

"Antes de comenzar a usar la olla, hazme el favor y léete bien las instrucciones. Este tipo de olla es una maravilla, pero es un objeto muy peligroso si no lo utilizas adecuadamente", me advirtió mi marido.

Comencé a leer las instrucciones que estaban escritas en inglés y francés. Y antes de darme cuenta, estaba enfrascada en la lectura de las recetas. Mi fantasía echó a volar, mientras pelaba las tres papitas raquíticas y rellenaba la olla con los frijoles blancos y agua. La cerré, la coloqué en la hornilla y se me olvidó terminar el estudio de las instrucciones. De repente oí un silbido extraño. La pesita colocada en el centro de la olla bailaba frenéticamente, dejando escapar chorritos de vapor a ritmo de chachachá. Recordaba que el tiempo de cocción era breve. Apagué la llama y forcejeé la tapa. "Se me pegó la tapa. Maldita olla, ¿para qué me sirve, si no logro abrirla?", pensé, dándole otro apretón fuerte que hizo que se abriera violentamente. El contenido completo hecho puré salió disparado a todas las direcciones, cambiando totalmente la decoración de nuestro apartamento. Por donde quiera había pedacitos de papas con frijoles blancos: en la cocina, en el baño, en nuestra salita, sobre los muebles y en los techos. Aterrada, con las piernas blandas como de goma, las manos temblando y sujetando la tapa con la mano derecha, alcancé a protegerme la cara de quemaduras terribles. Llevaba puesto un batilongo de algodón ancho, el cual quedó salpicado de papas y frijoles. A partir de esta experiencia traumática con la olla de presión, no volví a usarla. Se la regalé a mi cuñada, la cual supo darle el uso apropiado y cada vez que la veía manipulando el tareco monstruoso, me alejaba del lugar de acción. El miedo se me había colado hasta los huesos y se mantiene presente hasta el día de hoy.

Los alemanes de la oficina comercial, al parecer tenían nuevamente necesidad de mis servicios. Su intérprete estaba de vacaciones y por avaricia no se habían preocupado por asegurar el relevo. El Consejero Comercial en persona me visitó para pedir mi ayuda.

El niño ya se estaba pasando el día en el círculo infantil. Durante tres horas diarias yo trataba de enseñarle alemán a un grupo de jóvenes y pude ayudar a los alemanes en la atención de un ingeniero, quien se encontraba en La Habana, dirigiendo una exposición de aparatos eléctricos. No fueron suficientes mis conocimientos de física adquiridos en el instituto pre-universitario como para poder servir de intérprete en esta empresa, de manera que pedí al ingeniero que me diera un cursito introductorio, explicándome el funcionamiento de los aparatos. ¡Qué derroche de paciencia! Pero gracias a esta paciencia y también a sus dones didácticos pude salir airosa de esta tarea, para la cual no había tenido la más mínima cualificación. Este trabajo -aunque suma mente complejo- llegó a ser tan satisfactorio -gracias a los esfuerzos y habilidades del ingeniero que, por supuesto, era el primer interesado en que el trabajo tuviera éxito- que se me quitó el miedo ante lo desconocido. Sin embargo, en las innumerables ocasiones en las que me tocó la tarea de traducir, encontré pocos especialistas, científicos o técnicos capaces de comprender las dificultades que lleva implícito el trabajo de traducción. Siempre me resultó asombroso conocer con qué autosuficiencia y

prepotencia se le exige generalmente a un intérprete que traduzca cualquier tema de las ciencias o del arte como si traducir fuera reemplazar mecánicamente las palabras de un idioma por las del otro.

Pocos días después de haber terminado el trabajo en el campo de la electrónica, se me presentó un desafío que puso a prueba mi capacidad de adaptarme a cambios inusitados. Me llamaron de nuevo los alemanes para comunicarme que el director de la Ópera del Estado de Berlín se encontraba en Cuba para impartir un curso de dirección coral, de un mes de duración, a directores de coros de diversas características, provenientes de toda la isla. La intérprete oficial prevista para hacerse cargo de la traducción simultánea de este curso, tuvo que cancelar su participación debido a un asunto impostergable. Cuando me explicaron el contenido del curso, dije que me veía totalmente fuera de base para atreverme a tomar la batuta de la intérprete indispuesta, pues de este tema no sabía absolutamente nada. Sabía leer una partitura, pero esto era todo. De allí a servir de intérprete para un curso de esta complejidad me faltaba la capacitación requerida. No quise hacer el papel de ridícula ni echar a perder un curso tan costoso. Tanto hablaron de que yo sería la salvación del curso, de que tenía que hacer este trabajo, de que no podía dejarlos en el aire, que les pedí que me explicaran el significado de la terminología especial del programa. Acordamos que me lo aprendería de memoria y que haríamos el intento, siempre bajo la condición de poder yo cancelar mi participación en el caso de que no resultase.

El problema se resolvió muy rápidamente y de manera cubanamente eficaz: el curso debía empezar un lunes por la mañana; el domingo por la tarde, la intérprete especialista, antes de partir, se reunió conmigo y con el director de la ópera y elaboramos un glosario ajustado al contenido del curso. Esta sesión de trabajo fue lo más fascinante que llegué a conocer en lo tocante a la traducción simultánea sobre aspectos de dirección coral o de orquesta. Aprendí que cada movimiento realizado por el director tiene su vocablo en el lenguaje de la música y que el director traduce la partitura en movimientos. Sobra decir que mi trabajo de intérprete de este curso de dirección coral se convirtió en una de las tareas más enriquecedoras y satisfactorias de mi vida. Conocí a destacados músicos cubanos y alemanes. El curso culminó con un concierto y despedimos al profesor alemán, ofreciéndole una recepción "con todos los hierros": lechón asado, mariquitas de plátano, plátano a puñetazo y chicharrones riquísimos. Comí tanto que todavía hoy me acuerdo de los retortijones de tripas resultado de la gula fuera de control y de la comida abundante enriquecida con masas de grasa no vistas ni devoradas desde mi llegada a Cuba.

Este curso dio inicio a una serie de "trabajo voluntario" interesante, estimulante y muy enriquecedor con el conservatorio de La Habana. En varias ocasiones, a lo largo de años, se me pidió ayuda para estudiar los textos de obras en idioma alemán. De nuevo me quedé asombrada del entusiasmo, la aplicación y el tesón con los cuales los miembros del Coro Nacional de Cuba, así como los estudiantes participantes de estas

pruebas, se dedicaban a la música. Me hacían recordar a mis alumnos de la escuela de idiomas, que me habían echado a perder las ganas de darles clases. Estos músicos, sin embargo, que no sabían ni jota de mi lengua materna, se aprendían los textos más complicados de memoria. Yo les traducía el contenido, a veces les escribía en el lenguaje fonético las innumerables estrofas de las canciones de Brahms, Schubert, Schumann y hasta de la fantasía coral de Beethoven. Nuestros esfuerzos conjuntos se vieron premiados en las funciones de estreno que tuvieron lugar en el "Amadeo Roldán", bello teatro en El Vedado, que años más tarde se quemó totalmente.

Nuestro hijo cumple tres meses. A partir de esta edad empieza a dormir seis horas seguidas durante las noches. ¡Qué logro! Al fin podía dormir también yo y recuperar las energías derrochadas en esta lucha loca que se llama maternidad.

Desde nuestra llegada a la casa, dos días después del nacimiento del niño, mi marido y yo habíamos acordado turnarnos para atender al bebé durante las noches, cuando el chiquillo se despertaba cada dos o tres horas, gritando tan desesperadamente que me sacaba de quicio. Este acuerdo no llegó a cumplirse cabalmente porque el papá de la criatura tenía un sueño tan pesado que no oía los gritos de su hijo. Y yo no tenía aguante ni paciencia para escuchar los chillidos enervantes. La noche en que estaba de turno el papá, me correspondía despertarlo, pues ni cañonazos, ni terremotos, ni la erupción de un volcán lo hubiesen despertado, qué decir entonces del llanto de un recién nacido que -así llegué a comprender- sólo encuentra la respuesta apropiada de la madre. Parece que desde el día del parto, en la mamá se instala un sistema de alarma y de aviso que la mantiene en vigilia, aunque esté muerta de cansancio. Yo no escuchaba el ruido de la calle ni de los vecinos del solar yermo, pero bastaba que mi hijo dejara oír un leve quejido, estaba al lado de él para revisarlo y tratar de calmarlo. Me costaba trabajo creer a mi marido cuando me aseguraba no haber escuchado nada -ni que el niño había llorado ni que yo había cumplido el turno suyo-. Me indignaba, le decía barbaridades, consideraba su aparente indiferencia una violación de nuestro acuerdo y una verdadera desconsideración. La primera crisis entre mi marido y yo se produjo cuando él, más dormido que despierto, en medio de una madrugada, tiró la última toma de leche que había en el refrigerador, tratando de calentarla. El niño gritaba tan desesperadamente que hasta su padre, ecuánime y casi inmune a estos ruidos, perdió la cabeza y no sabía qué hacer para silenciar la corneta. "Ahora hay que hervir agua, enfriarla y cuando esté tibia, echarle leche en polvo, sacudir el biberón para que no queden pelotitas y sólo después puedes dársela al niño", le di instrucciones a mi marido, con la voz casi cortada del llanto y de sollozos. "Bueno, acuéstate a dormir. Yo se la prepararé", me contestó. En esto veo cómo llena el biberón de agua del grifo, sin hervirla. Para mí ésta fue la gota que hizo desbordar la copa. A todas éstas, el niño nos estaba desbaratando los tímpanos. La desesperación me hizo perder el control y le dije tantas cosas feas a mi marido, lo insulté, lo regañé, lo descalifiqué, creo que hasta lo llamé mal padre, que indignado se acostó y me viró la espalda. Afortunadamente, estas noches dantescas también tuvieron su fin. Cuando esto sucedió, mi capacidad de soportar tribulaciones de

esta índe había llegado igualmente a su límite. Yo estaba en un estado francamente deplorable.

La atención médica del niño estaba en manos de un viejo pediatra de una clínica mutualista. Después del desastre ocurrido en el hospital en torno al parto, donde milagrosamente libré con vida pero pagando un precio demasiado alto, el de mi salud hasta esa fecha envidiablemente rozagante, mi marido tomó la decisión de inscribir a nuestro hijo en esta clínica, donde, pagando una mensualidad, tenía derecho a ser atendido.

Cuando el niño cumplió tres meses de vida, el pediatra me indicó que le incluyera huevos en su programa alimentario, comenzando con una pizca de huevo hervido. En mayo de 1963 todavía no existía el CAN (creo que las siglas significan Combinado Avícola Nacional). Era la institución por excelencia, responsable del suministro de huevos para toda la población cubana, a partir de los setenta. Milagrosamente, el CAN logró mantener, durante años, un abastecimiento regular y abundante, de manera que el huevo se convirtió en el alimento protéico más importante, junto con el chícharo importado de la URSS, que desplazó a los frijoles negros. En Miramar -si no me equivoco- en 5ta Avenida y 10 se le hizo un monumento al huevo.

El que no tuviera relaciones con campesinos o aprovechara un pedacito de su patio para criar pollos, en el 63 no conseguía huevos ni en sueños. Nosotros no teníamos patio ni conocíamos campesinos a quienes poder comprar estos artículos desaparecidos del mercado. Una amiga me regaló -como si fuera de oro- un huevito para poder dárselo a mi hijo. Lo guardé en el refrigerador unos días para preparárselo justo para el día indicado.

Llegó ese día. Herví el huevo, lo descascaré, lo corté en trocitos y le di la pizquita de la cual me había hablado el médico. A mi hijo no le gustó aquello. Lo escupió. "¿Cómo te atreves a escupir este manjar que tengo guardado para ti como si fuera lo más precioso y delicado del mundo?". "¡Déjate de malacrianza y cómete este pedacito de huevo! ¡Quién sabe cuándo vas a poder recibir el próximo!", le hablaba con voz amenazante a mi hijo, obligándole a comerse la yema. De repente vi que el niño se estaba hinchando. Parecía que alguien lo estaba inflando de aire. Los labios, la cara, las manos, los pies, las piernas, los brazos, el cuerpo entero se estaban hinchando como masa de pan. Primero pensé que me estaba fallando la vista, pero muy pronto comprendí que era cierto, que mi hijo se había convertido en una masa deforme. Desesperada, incrédula, casi loca de terror lo agarré. Salí corriendo para la calle, con el bulto en mis brazos, en busca de un taxi. No había taxi. Vino una guagua y me subí. Pedí al chófer que parara frente al hospital. Corrí como una demente al cuerpo de guardia, donde, por suerte, nos atendieron de inmediato.

"Señora, su hijo es alérgico al huevo. Le ha dado un shock anafiláctico. Ha llegado justo a tiempo; si usted demora un poquito, se le asfixia, pues tan hinchado como está por

fuera, así de hinchado está por dentro", me explicó el médico de guardia que diestramente le aplicó al niño los medicamentos necesarios para desinflarlo. Asombrosamente, la criatura volvió a su estado normal en menos de una hora. Tal como lo había visto inflarse, ahora lo veía normalizarse. ¡Qué pesadilla más atroz! Había estado a punto de matar a mi hijo, obligándolo a comer huevo. No recuerdo cuántas, pero sé que son muchas las ocasiones en que tuve que aceptar la vigencia de "El camino al infierno está empedrado de los mejores propósitos".

Capítulo VII

Un accidente casi fatal. Mis padres en La Habana. Nosotros partimos hacia el congelador europeo

La escuela de idiomas reclama mi presencia. Tengo derecho a tomar la licencia de maternidad, pero los alumnos no pueden esperar tanto. Al paso que vamos, tendremos que comenzar de nuevo, pues habrán olvidado todo.

La dirección de la escuela se encarga de buscarme una plaza en un círculo infantil. Por el momento doy dos horas de clases. Dictys, mi tesoro, acostado en un cochecito que me consiguieron unos amigos venezolanos -en Cuba no existe este objeto tan cómodo, las madres cargan a sus hijos en brazos- se queda en la secretaría, bajo la vigilancia de la persona que casualmente se encuentre en la oficina.

Un buen día me avisan que me otorgaron la plaza en el círculo infantil. Éste se inauguró hace muy poco, en una casona de El Vedado, a dos cuadras de la escuela, mi centro de trabajo. Afortunadamente, todavía no hay en él muchos niños y dispone de una cantidad más que suficiente de "educadoras", ventajas que muy pronto cambian, de manera que nuestro primer hijo tiene un círculo infantil que corresponde, en lo esencial, a los parámetros establecidos para este tipo de institución.

Dictys acepta desde el primer día su nuevo ambiente. Las muchachitas que trabajan de "educadoras" en este círculo son adolescentes. Todavía no han terminado de recibir el barniz pedagógico para poder actuar con "conocimiento de causa", pero intuitivamente hacen lo correcto. Se preocupan de los pequeños a su cargo, juegan mucho con ellos y son muy cariñosas con los niños. La directora no sabe nada de educación ni de técnicas para estimular el desarrollo o de nutrición, pero ha criado, en sus cuarenta años de vida, no sólo a sus propios hijos, sino también la prole de sus patrones, en cuya casa le tocó trabajar de empleada doméstica antes de la Revolución. Es una persona múy pragmática que sabe cómo atender a los chiquillos.

En casa, cuando Dictys y yo estamos solos -su papá está constantemente de viaje- mi hijo me hace la vida imposible. Llora, no quiere comer la papilla que le preparo con tanto esmero, siguiendo, en lo posible, las instrucciones de mi libro-guía alemán. Ya empiezo a tener complejo de mala madre, de mujer incapaz de criar a un hijo. Me veo obligada a consultar a las "educadoras" del círculo para ver si encuentro la causa de este comportamiento tan anormal. Las muchachitas me aseguran: "El niño está de lo más contento, se come toda la papilla que le ofrecemos, duerme bastante y no grita apenas".

"¿Y qué están haciendo para lograr esto?".

"Nada, simplemente se siente bien con nosotras. ¿Por qué no se queda algunas horas aquí en el círculo y lo observa? Pero él no debe verla, quédese detrás de la puerta y mire por la ventanilla", me aconsejan. Años más tarde todas las madres que tienen a un hijo en el círculo deben quedarse con él en la institución, hasta lograr la adaptación del pequeño a esta vida, pero en aquel momento, esta solución, la de observar al niño y a las muchachitas trabajando con todos, significó una excepción, un gran favor que me estaban haciendo.

Efectivamente, el niño está tranquilo. Cuando le toca la comida, abre la boca como un pichón y se traga toda aquella papilla gris que se parece a un mojón de cemento.

"¿Pero qué es esta pasta de aspecto tan feo? ¿Qué le están dando de comer?".

"Puré de malanga. ¿No ve que le gusta cantidad? Es lo mejor que tenemos para los niños".

Ya me doy cuenta que mi hijo detesta las papillas alemanas. He aquí la respuesta a su falta de apetito. Pobre crío. Conmigo pasa hambre, en el círculo le dan lo que le gusta. También me entero pronto por qué llora tanto en casa: extraña y reclama el sillón, en el cual lo mecen sus "tías" del círculo. Y en casa no hay sillón. No sabría siquiera dónde colocar uno si era que lo conseguía, pero aunque hubiera sido necesario botar algún mueble, el sillón resultó imprescindible. Un niño en Cuba sin sillón no puede ser feliz. Poco a poco estoy aprendiendo las lecciones de cómo criar a un niño.

Ya Dictys tiene un cuarto de año de vida. He recuperado un estado de salud aceptable y tengo ganas locas de ir a la playa, a nadar, a tirarme del trampolín, ahora que ya la pelota de fútbol americano convertida en bebé, que ocupaba tanto espacio en mi barriga, está acostado en el cochecito.

El capitán sigue de viaje. Durante meses enteros no lo veo. Tengo que batirme sola, con mi hijo a cuestas, en esta isla que es paraíso e infierno a la vez, en este país que tantos secretos, tanto misterio, tanta desesperación tiene reservados para mí.

Terminamos de dar nuestras clases de idioma al mediodía. Decidimos salir a la playa "La Concha", en Miramar. Dictys está en el círculo y yo puedo, por primera vez después del parto, disfrutar de lo mejor que tiene Cuba: el mar transparente, tibio, limpio, de un color azul que parece una foto cursi repintada. Cuando estoy en el agua se me olvidan los problemas, las penas, las frustraciones, las ganas de regresar al Norte frío de mis antepasados. Mi fantasía milagrosa echa a volar, me traslado a otro mundo, el de los acuáticos, y me siento feliz. No tengo que sudar, no sufro por el eterno agotamiento que me agobia en tierra. Todo, absolutamente todo a mi alrededor es agradable. Ahora estoy en el paraíso. Qué suerte que mis compañeros de trabajo apenas saben nadar. No les interesa salir al agua profunda. Se quedan en la orilla de esta sartén gigantesca, en la que se están asando cientos de personas al implacable sol tropical. No tengo que seguir escuchando sus comentarios sobre los logros de nuestra escuela, las

dificultades con los alumnos, los resultados de la emulación y todos los temas cotidianos, repetitivos, agobiantes y aburridos.

Después de nadar un buen rato, trepo por la botella -anuncio de la Coca-Cola- de "La Concha". Desde la plataforma observo a los atrevidos que desde allí se tiran al mar. Y me pongo a exhibir mis saltos que ya en tiempos pasados causaban la admiración de todos mis compañeros de colegio. Después del primer salto que me provoca el acostumbrado cosquilleo en la boca del estómago, cuando vuelo por el aire, hago mi salto preferido: una vuelta de campana elegante, para cuya ejecución se necesita un mínimo de profundidad de agua que desafortunadamente no había tan pegada a la botella. Me clavé en el fondo. Sólo sentí un dolor cuando se produjo el impacto. Fue como recibir una anestesia con un palo en la cabeza. De allí en adelante sólo vi colores lindos. Tragué mucha agua, sin darme cuenta. Al salir a la superficie, una muchedumbre gritaba: "Se clavó en el fondo. Sáquenla del agua", y un joven me estaba agarrando por el brazo para remolcarme a la orilla. Yo no entendía ni la bulla ni los intentos de sacarme, porque no era consciente de lo que había pasado.

"Suéltame, sé nadar sola, le grité a mi salvador" y seguí nadando mar adentro. Dejé atrás a la muchedumbre con caras de espanto, de susto, de sorpresa, que me estaban mirando atónitos al verme alejándome de la orilla.

Empecé a sentir cosas raras. La cabeza me daba vueltas, estaba mareada, con la nuca rígida. Mis piernas no respondían debidamente a mi voluntad. Flotando lentamente llegué al lugar en el cual había dejado a mis compañeros de trabajo. Ellos no se habían percatado del accidente. Me invitaron a dar una vuelta con un bote de remos. Me senté en el bote. Paulatinamente el dolor de cabeza y de la nuca se hicieron tan intensos que apenas lograba moverme. Náuseas como no las había sentido durante todo el embarazo y un mareo insoportable, más el dolor en aumento hicieron que pidiera a mis compañeros que me llevaran a casa.

"¿Qué te pasa? Estás pálida. ¿Te sientes mal?".

"Parece que el sol me está picando demasiado", fue mi respuesta convincente.

Me dejaron en el círculo infantil para recoger a mi niño. No me pregunten cómo logré llegar, con el pequeño en mis brazos, a la casa.

Pasé una noche atormentada, la cabeza me dolía, la nuca seguía rígida, haciendo imposible el movimiento libre. Tuve que ir al médico. En la clínica sólo había material para una radiografía. Detectaron una luxación de la segunda vértebra cervical y diagnosticaron adicionalmente una conmoción cerebral. Equipada con una cerca alrededor de mi cuello que servía para inmovilizarlo y de recetas para buscar los medicamentos correspondientes en la farmacia, salí de la consulta médica rumbo a casa. Todavía hoy apenas puedo creer que fui yo la persona que, con estas lesiones serias, caminó sola, tomó guaguas, atendió a un niño de tres meses y retornó al trabajo para

seguir dando clases tediosas. Continuaba estando sola con mi hijo, el padre se encontraba trabajando en el exterior.

Estaba más que harta de esta existencia de madre sin marido, con status de mujer casada. Entre dar más mal que bien mis clases; asistir regularmente a la fisioterapia que consistía en colgarme para estirar mi cuello ya de por sí larguísimo, tanto que podía competir perfectamente con el de cualquier retrato de mujer de Modigliani; atender al pequeño, el cual parece que se había percatado de mi malestar y lloraba con más intensidad de la acostumbrada, yo trataba de salir de este laberinto repleto de calamidades. Poco a poco se me fueron las ganas de seguir viviendo y luchando como Don Quijote en esta isla maldita, el jardín del Edén, la Perla de las Antillas, que hasta ahora me había deparado más sinsabores que felicidad.

Mi capitán regresó de un trabajo en el exterior para irse de nuevo, después de unos pocos días de estancia en La Habana. Yo tenía que atenerme a esa situación. No había remedio. ¿No me había casado con un capitán? "A lo hecho, pecho", dicen los cubanos. Este dicho también tenía vigencia para mí.

Mis padres en La Habana

Mis padres habían consegido permiso para utilizar un camarote en un buque de carga alemán para viajar a Cuba. Desde la memorable nochebuena en la cual mi capitán les pidió permiso para casarse conmigo no nos habían vuelto a ver, ni conocían aún a su primer nieto.

Mi madre no sabía nadar y le tenía pánico al mar. Para ella, pasarse tres semanas en un barco, sin la posibilidad de darse una escapada, significó una tortura. Pero, con tal de ver a su hija, yerno y nietecito, se sometió a esta prueba de resistencia. Para mi padre, el viaje fue la realización de un sueño. No solamente era un nadador experimentado -había salvado a varios niños, sacándolos de lagos y ríos- sino también le encantaban el meneo constante de un barco, las ventoladas y la inmensidad del mar. Nunca se mareaba, mientras mi madre, desde el momento de subir a bordo hasta el de abandonar el buque, se encontraba en un estado de salud desolado, que el médico solía aliviar con somníferos y pastillas antieméticas.

El viaje se inició a finales de noviembre de 1963. Alemania se encontraba bajo una capa gruesa de nieve y hielo. Cuba se mostraba hospitalaria, con sol y un calorcito muy agradable, bálsamo para las articulaciones castigadas por el reuma de mis padres.

El día que arribaron mis padres al puerto de La Habana, se produjo algún "desenchuche" en las oficinas portuarias. Nos informaron mal de la hora de llegada, de forma que mis padres tuvieron que buscarse solos el camino a nuestra morada. Mi capitán y yo estábamos en el cine -la primera vez desde el nacimiento de nuestro hijo-.

La vecina tenía la llave de nuestro apartamento para -en caso de necesidad darle una vuelta al niño. Y fue ella la que les abrió la puerta a los visitantes, quienes se encontraron al niño solo, durmiendo en un corral (que por falta de espacio servía al mismo tiempo de cuna).

Mi madre que no entendía ni jota del discurso de la vecina, la cual les estaba contando largamente dónde nos encontrábamos, nos vio en algún hospital, pensó en problemas serios y ya se estaba preparando mentalmente para una estancia catastrófica.

¡Qué sorpresa, al abrir la puerta! Mis padres estaban sentados en

la salita del cuchitril, con caras de angustia y de preocupación. Nosotros, tan sorprendidos como ellos, pues no los esperábamos todavía. El buque debía venir al otro día -así rezaba la información de la oficina del puerto.

Mi padre aprovechó las tres semanas en Cuba realizando excursiones largas, utilizando ampliamente el todavía existente sistema de transporte público. Por las mañanas, después de haber trazado el programa en el mapa, se encaminaba a la parada de la guagua en cuestión y desaparecía. Mi madre, con la simple idea de tener que montar en una guagua, sin saber a dónde la llevaba y sin entender a la gente, se espantaba y se negó a acompañar a mi padre. Ella me esperaba pacientemente todos los días, tejiendo horas y horas mantelitos, forros de almohadas y otros artículos útiles para la casa. Sólo paseaba con nosotros los fines de semana, cuando pudimos dedicar el tiempo a la familia. Tenía plena confianza en su yerno, el cual manejaba nuestro auto de museo con soltura y habilidad y nos llevaba a lugares tranquilos y hermosos, donde se encontraban las plantas exóticas más bellas del país. Éstas constituían el punto de interés común de mamá y papá, menos mal.

Acabábamos de recoger al niño del círculo infantil para regresar a la casa, cuando vimos una muchedumbre gesticulando con armas de fuego -pistolas, revólveres y subametralladoras checas- gritando y vociferando. Un hormiguero humano ante la entrada a nuestro edificio. Disparos aislados y corre-corre de gente de un lado a otro. La entrada estaba bloqueada.

"¿Qué está pasando? ¡Déjennos pasar! Vivimos en este edificio", mi marido trató de abrirse paso.

"¡Cuidado!, no se puede entrar ahora, están cazando a un oficial de las FAR. El tipo se encontró a su mujer con otro en la cama y les entró a tiros y después se dio a la fuga por la azotea. Están detrás de él. Están disparando para que se rinda". Los "reporteros" estaban eufóricos y todos los que habían visto algo, gustosamente hicieron su contribución para redondear la historia.

Yo tenía miedo, no fuera a ser que a algún aficionado a las armas de fuego se le escapara un tiro. El nerviosismo y la tensión imperantes invitaban a apretar el gatillo.

Mi marido, con el niño cargado en sus brazos, se abrió paso y cuando abrimos la puerta de nuestro apartamento, mi madre no estaba. Pero antes de comenzar a buscarla, nuestra vecina nos la trajo. Mamá estaba pálida como la muerte. No sabía qué estaba sucediendo y a la altura de las locuras vividas en la última hora, estaba convencida de que Cuba estaba en guerra. La vecina, al escuchar el griterío y los disparos, sabiendo además que mi mamá se encontraba sola, la había sacado de nuestro apartamento para llevársela al suyo. Con la intención de calmarla, le echó encima una verborrea interminable que tuvo el efecto contrario, pues mi madre, al no comprender ni una sola palabra, empolló su propia historia que no tenía nada que ver con la realidad, pero la curó de por vida de querer pasarse un tiempo con su hija en Cuba. A partir de este día -aún faltaban dos semanas para emprender el viaje de regreso- mi madre contaba las horas que tenía que aguantar todavía antes de poder abandonar el entorno infernal. Le bastaba la experiencia de dos guerras mundiales. No quería de ninguna manera ser partícipe de otro conflicto bélico. Todos los días me decía: "quiero irme de aquí. No soporto más este país. No entiendo cómo puedes aguantar esto. Me vuelvo loca".

Para colmo y como para darle la razón de que en Cuba no se podía vivir, días antes de la fecha de regreso se produjeron disparos de las baterías antiaéreas, estacionadas en las proximidades de la Embajada de los EE.UU., a tres cuadras de nosotros. Por las rendijas de la ventana, mi padre observaba el rumbo que tomaban los proyectiles y se quedó espantado y escandalizado, cuando vio que nuestros vecinos curiosos estaban apostados en las azoteas, cuan espectadores de una obra de teatro.

"¡Mira que están locos, locos de remate. Se ve que nunca conocieron una guerra de cerca. Cómo se les ocurre exponerse a recibir fragmentos de morterazos. Se van a morir encantados de la vida! ¡Hay que hacer algo! ¡No se puede permitir que permanezcan en las azoteas! ¿¡Pero aquí no funciona la defensa civil? ¿No hay nadie que pueda mandarlos a que regresen a sus casas?". Mi padre estaba fuera de sí. Este acontecimiento lo convenció también a él de que Cuba no era un país "normal", que más valía estar pronto de regreso en el Norte gélido, donde el raciocinio y la lógica aún tenían vigencia.

Todos nos sentimos aliviados cuando pudimos llevar a mis padres al puerto para despedirnos de ellos. A mi madre se le había quitado el miedo al viaje en barco. Prefirió el mareo y los malestares con tal de regresar a su hogar libre de las pesadillas vividas en Cuba. Fue un verdadero milagro que mis padres, diez años más tarde, emprendieran nuevamente la aventura de viajar a Cuba. Pero para aquel entonces la situación en Cuba era otra.

Nosotros partimos hacia el congelador europeo

A finales del año 1963, pocos días después de haber despedido a mis padres, se anunció un cambio sustancial: mi capitán fue nombrado representante de la marina mercante de Cuba, con sede en Holanda, atendiendo todos los asuntos de esta institución en Europa y África. Este status para él llevaba implícito el peregrinaje perpetuo -hoy en Francia, mañana en Bélgica, o en España o en cualquier país de África-, donde echara anclas algún buque de la marina mercante cubana. Nuestro hijo, su papá y yo estaríamos residiendo en Rotterdam, es decir, mamá y niño en Holanda, papá constantemente de viaje.

Tres meses antes de poder yo salir para Holanda, mi marido ya se encontraba en ese país. Los holandeses se demoraron tres meses para otorgarnos el permiso de residencia a mi hijo y a mí. Mi capitán no tuvo ningún problema para recibirlo, pero en lo tocante a sus apéndices parece que las autoridades holandesas tuvieron dudas; no querían dejar entrar a gente que pudiera causar el desorden en ese país tan limpio, organizado, de leyes nítidas, claras, que exigían un cumplimiento cabal y absoluto.

Al fin, en enero de 1964, mi capitán me avisó que la visa para nosotros dos, el niño y su mamá, estaba resuelta; sólo tendría que recogerla en París, en la Embajada de Holanda en Francia. No comprendí esta locura de tener que viajar con un chiquillo a cuestas, primero a Checoslovaquia, punto de concentración de todos los cubanos que tuvieran que trasladarse por razones de trabajo, a cualquier país de Europa, África y muchos de América Latina; después a Francia para recoger la visa; de allí a Holanda, con la visa estampada en mi pasaporte cubano.

Decidí intercalar entre Praga y París una breve estancia en casa de mis padres. Sería la primera ocasión de ver mi país después de haberme ido a Cuba hacía casi dos años.

Con frenesí, loca de contento y llena de expectativas, pensando nada más que en nuestro próximo viaje, acometí los preparativos. Total no había nada que recoger y empaquetar. El niño y yo teníamos cada uno una muda de ropa de invierno, que nos había conseguido el capitán, para poder resistir el frío inclemente del invierno europeo.

Al enterarse que nos íbamos al extranjero, las muchachitas del círculo infantil y las vecinas pidieron "prestados" mis utensilios que ya no se conseguían en el mercado interno. Contribuí así un poquito a la felicidad de todas aquellas personas que se llevaron de mi casa algún que otro tesoro -la plancha, el corral, el colchoncito, la bañadera plástica del bebé y otras cosas más.

Organizar mi recogida en casa para viajar al aeropuerto fue una de las hazañas más difíciles de llevar a la práctica. Confiar en conseguir un coche de alquiler a una hora fija resultaba demasiado arriesgado. Mi amiga Josefina y su esposo, médico urólogo, decidieron saltarse este día el turno de trabajo en su centro laboral para garantizar que no tuviéramos problemas para llegar a la terminal aérea a la hora señalada.

A las cuatro de la mañana tocaron a la puerta de mi apartamento. Dictys estaba fastidiando desde hacía largo rato. No quiso el desayuno, dejó el biberón a medio tomar. Recogí cuidadosamente todos los restos de alimentos para no dejar nada a las cucarachas y a los ratones. Contenta, casi feliz salí para el aeropuerto. Y digo casi feliz, porque desde que vivía en Cuba, siempre se instalaba dentro de mí algún vestigio de desconfianza. Demasiado frecuentemente había conocido de demoras, desplazamientos, suspensiones de proyectos.

La euforia por salir de viaje se me esfumó pronto. El avión estaba en la pista desde hacía horas, pero algún bombillito no funcionaba. Los técnicos trataron de arreglar el defecto, pero este intento no resultó fructuoso. A las cinco horas de estar esperando en el aeropuerto, el niño hecho una bola de churre, los pañales de reserva todos sucios, sin biberón preparado, pues los dos de reserva ya estaban gastados, nos informaron que debíamos regresar a nuestros hogares para presentarnos en el aeropuerto el otro día a la misma hora.

Llegada a la casa empecé a mendigar alguna comida para nosotros dos. Las vecinas que tanto habían aprovechado que yo las abasteciera con los más diversos productos, se portaron muy bien con nosotros. Una me dio un buchito de leche para el bebé, otra un plato de potaje para poder echarme algo al estómago y otra tercera me prestó unos culeritos. Así pude lavar rápidamente los que Dictys había ensuciado y tenerlos limpios y secos para el otro día.

El segundo arranque funcionó. Claro, también hubo que esperar un par de horas, pero el avión no presentó ningún defecto y despegamos rumbo a Canadá.

Gander, pequeña ciudad norcanadiense, nos dio la bienvenida con una tormenta de nieve. El "Britannia" en que volamos, alcanzó tierra meneándose como un columpio, pero en el momento preciso, el tren de aterrizaje se posó donde debía. Nos colocaron una escalerilla en la puerta de salida, y todos los pasajeros tuvieron que bajar a tierra para reabastecer al avión de combustible.

¡Qué panorama más fantástico! ¡Nieve! Por donde quiera que se mirara: ¡nieve! Dos años sin nieve y ahora esta abundancia. ¡La gloria!

Con el niño en mis brazos caminé hacia la puerta de salida. Un aire helado nos soplaba en la cara. Dictys se agarró de mí y dio un grito de espanto y de dolor como si lo hubiesen torturado. Su primer contacto con el frío le resultó francamente inaceptable. Se negó -cuando ya estábamos en tierra- a dejar que lo parara en el piso. Levantaba sus brazos como para pedir socorro y lloraba y lloraba. Aquello parecía no acabar nunca.

El niño se calmó en la sala de espera, pero cuando tuvimos que salir afuera para tomar el avión nuevamente, se repitió el espectáculo: una gritería de animalito maltratado.

De Gander, el avión tomó rumbo a Shannon, en Irlanda. Vientos de hielo y nieve obligaron al avión a librar una batalla descomunal. El aparato debía haberse sacado de circulación hacía tiempo, pero era uno de los muy pocos de la compañía Cubana de Aviación, que continuaba contra viento y marea, contra hielo y nieve y también contra todas las normas de seguridad establecidas en lo tocante al transporte aéreo internacional.

Ya había pasado más de un día desde el comienzo de nuestro viaje. De Shannon volamos a Praga. Aterrizamos en el aeropuerto internacional de Praga por la noche. Hoy día se vence la distancia de La Habana a Praga en diez horas aproximadamente. Nosotros necesitamos más de treinta.

Praga nos recibió con quince grados bajo cero, vientos helados y abundante nieve. El avión de conexión a Berlín había despegado algunas horas antes de nuestra llegada. En Praga no conocía a nadie ni llevaba en mi bolsillo dinero checo para poder pasar la noche en un hotelito. El hotel de tránsito de la compañía aérea checa no disponía de capacidad para alojarnos allí. El personal del aeropuerto me aconsejó tomar el tren expreso Praga-Dresde-Berlín, que saldría dentro de una hora. Acepté gustosamente esta proposición. Nos llevaron a la estación de trenes, nos cambiaron los tickets y pudimos hacer el viaje en un coche cama de primera clase.

¡Qué alivio, poder acostarse en una cama, después de casi dos días de estropeo, de angustia y de tensiones ininterrumpidas!

Llegamos a Berlín el otro día por la mañana.

Un frío igualmente espantoso nos aguardó en Alemania. Dictys no quiso saber nada de hielo ni de nieve. Comenzó una etapa de llantos casi permanentes durante la semana que hicimos escala en Alemania. El niño necesitó este tiempo para adaptarse al clima inhóspito, agresivo, gélido.

Estaba confundido y no lograba entender el mundo nuevo al cual lo habían trasladado. De esta etapa guardo unas fotos, en las cuales se ve a mi crío llorando a mares constantemente. Gastó litros de lágrimas. Parecía el ser más desdichado del mundo. Con mirada de súplica, de castigado injustamente lograba que yo también me sintiera culpable de algo que no podía evitar, cuya solución no existía.

Pasada una semana en el refrigerador alemán, continuamos nuestro peregrinaje rumbo a París. Inevitablemente tuvimos que pasar otra vez por Praga.

Nuestro avión aterrizó en la pista congelada de la capital checa.

También allí el período glacial estaba en plena efervescencia. La ola de frío había hecho estragos. En casi todos los hoteles los sistemas de calefacción no resistieron las temperaturas extremadamente bajas y se quebraron. Los huéspedes, disfrazados de

vikingos, cubriéndose con capas de ropa de invierno, durmiendo con guantes, bufandas y abrigos de lana, manifestaron su capacidad de resistencia, sufriendo y anhelando tiempos mejores.

Nos enteramos que nuestro avión a París, a la hora de aterrizar nosotros, ya se encontraba en camino a la capital francesa. Por falta de pasajeros le habían cambiado el horario, lo que significó para nosotros esperar toda una semana en Praga. El próximo vuelo a París estaba previsto para dentro de ocho días.

Yo había llegado al límite de mi paciencia y capacidad de resistir las adversidades en cadena. La simple idea de pasarme una semana con mi hijo a cuestas en el congelador gigantesco de Praga, sin dinero checo, sin conocer a nadie allí, me resultó francamente inaguantable.

Insulté a la empleada de la línea aérea que estaba revisando mis documentos y que me había dado la noticia de que mi avión había salido antes de la hora señalada. La pobre mujer, en "checoespañol" me dio la razón, pero no podía hacer nada. Me aseguraba una y otra vez: "No soy jefa aeropuerto, no tengo culpa avión camino París ahora y usted aquí".

Yo insistí que tenían que encontrar alguna solución, que no me quedaba por nada en el mundo una semana entera en Praga, sin dinero y con este frío tan bárbaro.

La muchacha se llevó mis documentos para consultar a su director. Al poco rato regresó con una sonrisa, de oreja a oreja, que parecía que su cara no alcanzaba para una sonrisa tan grande.

"Su problema OK. Avión a Amsterdam media hora. No muchos pasajeros. Director dice usted y niño capacidad".

De su jerigonza entendí que el jefe había dado la autorización de que nos fuéramos en el vuelo directo a Amsterdam que partía en media hora. Yo estaba más que contenta, estaba feliz. Alrededor de cinco minutos demoró mi ángel-funcionaria para cambiar el ticket y despacharnos a nosotros y las maletas para el vuelo de la KLM a Amsterdam.

Cuando subí la escalerilla con el pequeño en mis brazos -a cada lado estaba apostado un guardafrontera con sendas "Kalaschnikov" listas para ser usadas- me sentí como si estuviera comenzando un viaje extraterrestre.

Dentro del avión había tanto espacio que se podía jugar a la pelota. Había pasajeros en la primera fila, en el centro y al final. La mayoría de los asientos estaban vacíos.

Hicimos escala en Francfort del Meno. Dos oficiales de Inmigración entraron para contar a los pasajeros. Parece que el resultado no los satisfizo. Volvieron a contar y a confrontar el resultado con una lista. Ya había pasado el tiempo previsto para la escala.

Los oficiales discutieron. Yo entendí que uno le decía al otro: "hay dos de más. Tenemos que revisar los pasaportes para ver qué pasa".

Estos "dos de más", claro está, éramos nosotros, mi hijo y yo. Tal como solía hacer en la escuela cuando el maestro nos preguntaba, levanté el brazo para ahorrarles trabajo a los oficiales. Les dije que los pasajeros que no estaban en su lista, seguramente se trataba de nosotros. Después de revisar nuestro pasaporte y chequear con su lista, efectivamente comprobaron que los que no debían estar en este avión éramos nosotros.

Con lujo de detalles tuve que hacerles la historia de cómo había llegado a tomar este avión, sin tener visa, ni estar autorizada.

A los oficiales de inmigración de la República Federal de Alemania les importó un bledo mi desgracia con el frío y el avión a París perdido y la visa que estaba en París y todo el rollo que se había formado y que ellos no podían entender por no ser duchos de las tretas y de los problemas que se generan en Cuba, el país de la ciguaraya.

"Ustedes tienen que bajarse aquí mismo y regresar a Praga. Con este avión no pueden seguir a Amsterdam. No tienen visa".

"Yo no me bajo de aquí por nada. Este avión es territorio holandés, y sólo podrá sacarme de aquí la policía o los guardafronteras de Holanda".

"Usted no puede seguir en este avión, porque en Amsterdam no la dejarán entrar en el país".

"Éste es mi problema. Yo sigo a Amsterdam con este avión".

Los funcionarios alemanes se fueron y dieron permiso al capitán para continuar el vuelo.

Yo estaba sobre ascuas. Los checos me permitieron viajar con este avión, es más, me prepararon las condiciones para poder tomarlo. ¿Por qué entonces los alemanes estaban diciendo tantas cosas terribles?

En Amsterdam me coloqué en la cola larguísima que se había formado ante la casilla de inmigración. Era ésta una cola verdaderamente particular, de país desarrollado. En menos de un abrir y cerrar de ojos había llegado a la casilla. Le entregué nuestro pasaporte al oficial y, sin haber visto cómo sucedió, de repente estaba a mi lado un soldado, con un fusil y la bayoneta calada, que me miraba de manera tan agresiva que se me pusieron los pelos de punta.

"¡No se mueva de allí!", ladró el soldado.

El soldado y el oficial de inmigración entablaron una conversación que no entendí. Supe que se trataba de nosotros, pues las miradas de ambos pasaban del pasaporte a nosotros, de nosotros al pasaporte.

La cola detrás de mí estaba creciendo hasta alcanzar un largo mayor de las que se forman en La Habana para comprar alcohol o algodón en la farmacia. La gente comenzó a protestar, porque este tipo de cola que no marchaba, no lo querían aceptar. El soldado me dio la orden de acompañarlo. Con nuestro pasaporte en una mano y el fusil en la otra, nos escoltó hacia una caseta, parecida a una jaula de zoológico, sólo que en vez de la cerca de alambre que caracteriza a las jaulas para animales, esta jaula estaba hecha de paredes de vidrio transparentes.

El soldado se quedó parado al lado nuestro en posición de firme, con la bayoneta calada, con la mirada hostil como si temiera que el niño y yo lo atacásemos en cualquier momento. En toda mi vida no había conocido una situación tan ridícula y tensa a la vez. Este soldado que parecía de plomo, inmutable, rígido, con los ojos chispeantes y agresivos y la mirada amenazante, me hizo sentirme como el conejo ante la serpiente.

Solté al niño, porque ya mis brazos no podían seguir aguantándolo. El soldado, sin pestañear, seguía al lado mío. Me senté. Lo miré, me atreví a preguntarle qué significaba todo este show. No hubo respuesta. Seguía la mirada llena de desprecio dirigida hacia mí y el silencio absurdo. ¡Un soldado sordomudo que me odia sin yo saber la razón de su actitud!

Me vino a la mente el poema de Nicolás Guillén: "Soldado, ¿porqué me odias tú? -si somos la misma cosa-, tú -yo-...". Esta fuga breve a la isla desapareció cuando mi cerebro triunfó sobre la fantasía que por un instante había desconectado las células grises. En seguida pensé en lo absurdo de esta comparación. El soldado a mi lado -estoy segura- no conoció los trópicos ni nunca oyó de un poeta llamado Guillén.

Pasaron unos minutos tortuosos. De repente entró en la jaula un hombre vestido de civil. Su mirada gélida me hizo olvidar que estábamos en una caseta con calefacción. Esta persona me infundió un miedo y un frío descomunales. Con una voz metálica, hiriente, de cubo de hojalata -en mi fantasía renaciente era el fiscal en un juicio, en el cual se me acusaba de los peores crímenes-, pronunció un discurso lleno de reproches y de acusaciones. Me llamó descarada, fresca, mal educada, sinvergüenza, atrevida, violadora de las leyes y normas holandesas. A continuación comenzó un interrogatorio que se repitió por lo menos cinco veces. Siempre de nuevo las mismas preguntas: "¿Por qué tomó usted este avión? ¿Por qué entró sin visa?".

Le expliqué una y otra vez que el avión a París se había ido, que la visa estaba otorgada y que a él debía darle igual si recogía la visa en Francia o directamente en Holanda.

Al hombre le indignó mi respuesta de tal manera que le costó trabajo contenerse. Me gritó, repitiendo sus insultos. Al rato entró otro hombre, igualmente vestido de civil, el cual se llevó nuestro pasaporte.

"¿Qué harán con nosotros?", pensé. "¿Por qué estarán todos tan agresivos? Es, de veras, tan grave mi delito, el haber entrado a Holanda sin haber recogido previamente la visa. ¿No puede esta gente entender que era imposible esperar una semana en un país congelado con un niño pequeño, cansado, asustado, que no quería aceptar el frío, la nieve, los olores raros, la falta de sol y los sonidos hostiles?".

Regresó el que se había llevado mi pasaporte. El que me había interrogado se dirigió nuevamente a mí: "Métase en la cabeza de una vez por todas que usted piensa residir en un país que generosamente le ha dado el permiso de estadía. Esto significa que tiene que comportarse de acuerdo con las normas aquí existentes. Usted ha entrado sin permiso, ha violado de una forma flagrante nuestras leyes. Si se repite su conducta incorrecta, sentirá el rigor de las autoridades y será expulsada. Le permitimos entrar, pero sólo tendrá tiempo hasta mañana por la tarde para recoger su permiso de estadía en la oficina de inmigración, que está situada en... (me anotó la dirección y el horario de apertura de la oficina)". Terminado este sermón y con nuestro pasaporte en la mano, quedamos liberados.

Mientras, mi hijo había utilizado de juguete el gran cenicero colocado en el centro de la jaula, lleno de fósforos semiquemados, de colillas y de ceniza. Con el miedo y el nerviosismo a cuestas, obligándome a concentrarme en los discursos de los oficiales holandeses, no me había percatado de que el pequeño, fuera del alcance de los ojos vigilantes de su mamá, estaba realizando su programa particular. Gateando de un extremo de nuestra prisión momentánea a otro, había pulido el piso con su "mono" lanudo, cambiando su color de azul celeste a gris con toques negros, al juntarse y convertirse en una masa sucia la cera, las colillas y la ceniza. Mi hijo estaba hecho un paquete churreoso que apestaba a tabaco quemado y a taberna barata y sucia.

Cansadísima, agotada, con una gran dosis de indignación y de rabia en mi barriga, que tenía que mantener en jaque para no provocar nuevamente la ira de los funcionarios holandeses, recogí mis matules y al niño. Al fin logré comunicarme por teléfono con mi capitán.

"Necesito que me recojas lo antes posible. Estoy acabada, no resisto más. Ven rápido!".

"¿Pero cómo quieres que te recoja? ¿Dónde diablos estás?".

"El niño y yo estamos en el aeropuerto de Amsterdam!".

"¿Cómo es posible? ¿No fuiste a recoger la visa a Francia?".

"No, te repito, estoy en Amsterdam, al borde del desplome, exhausta y tu hijo sucio y lloriqueando porque tiene hambre, está cansado y me vuelve loca si esto no acaba pronto. Los detalles te los contaré luego. Ahora, por favor, recógenos!".

Así, considerada una cubana indisciplinada, maleducada y falta de respeto, una extranjera con el cuño de la oveja negra, comencé una estadía de un año y medio en el país donde abundan la miel, los quesos y la crema, donde hay millones de tulipanes y muchos molinos de viento, donde la gente vive en suelo arrebatado al mar, donde las calles están tan limpias que revolcándose en ellas uno no necesita bañarse, porque no hay suciedad que deba quitarse.

De esta etapa baste decir que, siendo yo una persona que aprende otro idioma con relativa rapidez, no aprendí del holandés más que las expresiones más elementales de la cortesía, porque no logré establecer contacto verbal con los habitantes de ese país. Desde mi arribo al aeropuerto de Amsterdam no me sentí acogida ni un solo instante.

Claro, la culpa la tiene mi status de alemana. En la década de los sesenta los holandeses seguían manteniendo una actitud muy hostil contra los alemanes. Aun sin haber tenido participación alguna en la guerra -había nacido cuando el desastre estaba en plena efervescencia- me tocó a mí servir de chivo expiatorio por las atrocidades cometidas por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Mi lengua materna se parece mucho al holandés, sobre todo el alemán bajo que se habla en la región en la que me he criado. Lógicamente les hablaba a los holandeses en alemán, sabiendo que lo entienden. Me hicieron barbaridades. Cuando pedí al chófer de la guagua que me explicara el camino a la oficina, me indicó el camino contrario, lo cual me hizo perder horas en mi búsqueda infructuosa de la dirección. Cuando quería comprar pan, se negaban a vendérmelo, pretendiendo no entenderme; cuando quería pagar el pasaje en la guagua, no tenían cambio, aunque sí lo tenían para la persona que estaba detrás de mí con un billete diez veces más grande que el mío.

En Holanda me tocó la suerte de poder trabajar fuera de casa. Me dieron el cargo de traductora, intérprete y secretaria de la oficina comercial, lo cual me permitió hacer algunos ahorros para poder comprar libros y adquirir los artículos más necesarios para nuestro hogar en Cuba.

También -esto no podía faltar- sufrí un accidente espectacular en tierra holandesa.

"Tengo entradas para el estreno en Rotterdam de 'My fair Lady'. Te recogeré en la estación central a las seis de la tarde en punto. Por favor, no te atrases, porque no dejan entrar a nadie si se llega tarde a la función", me avisó mi capitán.

"A las seis en punto, despreocúpate, seré puntual", le contesté.

Para poder estar a la hora acordada en Rotterdam, debía tomar la guagua a las cinco cerca de la oficina y el tren de La Haya a Rotterdam a las cinco y media. A las cinco

menos tres salí de la oficina, a tiempo para poder alcanzar mi guagua. Cuando llegué a la intersección, vi que el bus estaba ya en la parada, un minuto antes de tiempo. Con los ojos fijos en la guagua crucé la "cebra" para peatones, sin haber visto que un auto se estaba acercando a gran velocidad desde arriba, doblando justamente hacia la calle mía. El chófer, por ser novato al volante, no estaba en condiciones de manejar con soltura cuando los semáforos estaban fuera de servicio, cosa que había sucedido justamente aquella tarde. El guardafango derecho me golpeó de tal forma que me levantó y me hizo volar por el aire. El guardafango izquierdo me dio otro golpe que me propinó un impulso lo suficientemente violento como para tirarme al borde del separador de la avenida. Durante un instante de décimas de segundo, una película horrible pasó por mi mente: "mi hijo se quedó sin madre, porque seguramente otro carro me pasará por en cima y me va a convertir en papilla". Al mismo tiempo, el instinto me ayudó. Me levanté como una flecha y salté a terreno seguro, el separador. Mi cartera había volado a un lado, desparramando su contenido, yo al otro. "Te salvaste de un tilín", pensé mientras revisaba por arriba mi fachada aparentemente ilesa. Recogí rápidamente mis tarecos sembrados por el separador y vi que el chófer del carro que me había atropellado se estaba deteniendo a más de cincuenta metros de distancia del accidente. Ya mi guagua se había ido. El chófer del auto no se disponía a salir. Pensé: "si Mahoma no va a la montaña, la montaña va adonde Mahoma" y me encaminé hacia el chófer, el cual estaba recostado sobre el timón, temblando como una hoja en un vendaval. Con cara verde del susto balbuceaba cosas incoherentes, al menos así pensé, porque no le entendí nada. ¿Cómo iba a entenderlo si hablaba en holandés? Esto más el temblequeo de su voz me dio la impresión de que me estaba diciendo algo en chino y que se encontraba en un estado psíquico desastroso, al borde del colapso, por lo que lo calmé. Yo estaba en un estado franco de shock, no atinaba a hacer nada razonable. Le dije que no me había pasado nada, que siguiera la marcha. No me di cuenta que me respondió en un alemán muy correcto, que me dijo que le parecía que debía llevarme al hospital. Horrorizada le contesté: "De ninguna manera. No me ha pasado nada. Siga usted su camino". Así sucedió que nunca supe quién me había atropellado. Pude haberle cobrado una fortuna de su agencia de seguros, pero como a menudo me ha pasado, no supe nada de mis posibilidades de sacar provecho de un accidente. Gente ducha en cuestiones de "seguro de responsabilidad civil" me afirmó haber perdido la oportunidad de recibir el equivalente a un premio gordo en la lotería.

Llegué tarde a la cita con mi capitán. Perdimos el estreno. Mi marido estaba a millón cuando me vio llegar media hora después de lo acordado. Estaba tan indignado que descargó contra mí toda su cólera y cerró los oídos, de manera que no me dio oportunidad alguna para explicarle la razón de mi atraso. No nos hablamos en el camino a casa. Mientras, los desgarros musculares en ambas piernas y las rodillas y las palmas de mis manos despellejadas comenzaban a doler intensamente. No pude dormir apenas durante la noche. Pero terca como soy, me negué a ir al médico y, en definitiva, las lesiones se curaron solitas. Al mes de haber pasado el accidente, los morados

gigantescos habían desaparecido y rodillas y palmas estaban revestidas de piel rosadita, nueva.

Nuestro tiempo en Holanda pasó sin vivencias espectaculares, sin ton ni son, muy a la holandesa. Mi hijo y yo -muy frecuentemente solos- nos recuperamos de la dieta obligatoria cubana. El niño aceptó lento pero seguro el clima, sin mayores dificultades y disfrutó de la comida variada, rica en proteínas y vitaminas. Cuando el papá se encontraba en el país, paseamos mucho por Holanda, de un extremo a otro, y saciamos nuestra hambre de ver obras de arte en las numerosas visitas a algunos de los museos más espectaculares que tiene Holanda.

Una semana antes de tener que regresar a La Habana tuve que someterme a una intervención quirúrgica espantosa, la peor de las más de una docena que he soportado. Y, nuevamente, mi marido tuvo que dejarme sola, ingresada en un hospital de monjas, con ganas de morirme porque una peritonitis posquirúrgica me estaba quitando las ganas y la fuerza para seguir batallando. Salí también de este percance; tres semanas después de haber ingresado me dieron el alta, por lo menos con cinco kilogramos menos de peso, flaca, débil, hecha un espantapájaros, y pude seguir viaje a Bélgica, donde me esperaba mi hijo, en casa de unos conocidos. Cuando el pequeño me vio, se pegó a mí como un macao a la concha y no me soltó ni un instante. Se agarraba de mi falda y daba gritos de espanto si lo soltaba. No me dejó ir sola ni al baño. De allí en adelante lo tuve que llevar a cuestas permanentemente. Cuando lo acostaba a dormir, tenía que quedarme a su lado. Cogido de mi mano se dormía y se despertaba cuando osaba quitar mi mano de la suya. Como gemelos siameses. La separación forzada motivada por mi estadía en el hospital, parece que lo había traumatizado y trastornado tan horriblemente que no soportaba estar solo.

Regresamos a La Habana en medio del verano.

¡Adiós buena comida! ¡Adiós vivienda holgada, cómoda, fresca!

¡Adiós holandeses taciturnos, rígidos y germanofóbicos, de habla gutural y rugiente, rechinante como una máquina de moler piedras!

¡Adiós tulipanes, molinos de viento, vacas gordas con ubres reventando de leche! ¡Adiós Vincent van Gogh! ¡Adiós lluvia fría! ¡Adiós niebla más espesa de la que pueda haber en Londres! ¡Adiós perfección administrativa, vida organizada, aburrida como los prados planos cortados con exactitud milimétrica, que no permite ni el asomo de la espontaneidad e improvisación!

Capítulo VIII

De nuevo en La Habana. Dictys, la pelota de pin-pon. Se completará nuestra familia. Nos vamos a Nueva York. Dani resucita.Vacaciones con los abuelos alemanes. Exámenes de admisiónen la escuela de natacion. Dani nos saca de quicio.

¡Bienvenida dieta cubana compuesta de escasez perpetua, de pollos atléticos, de huesos y tendones, una vez al mes! ¡Bienvenido mercado negro, comercio de trueque y de trapicheo! ¡Bienvenida malanguita raquítica "comprada" a precio de oro! ¡Bienvenidos caos burocrático, desorden y testarudez de funcionarios! ¡Bienvenidos verborrea cubana, gritería, música estridente y bailes eróticos! ¡Que vivan el sol, la playa deliciosa, el calor, la humedad, los mosquitos, las cucarachas, los ciclones, la seca, el mango, la guanábana, el mamey, el aguacate, los limones, las naranjas, el café, el machismo-leninismo, el eterno, el omnipresente "tengo que resolver un problema"! "¡Patria o Muerte -Venceremos!".

Después de meses de no habernos visto, encontramos a mi capitán y papá del niño en La Habana. Claro, este estado de convivencia no se prolongó, pero, al menos duró el tiempo necesario para mudarnos del cuchitril en El Vedado a un apartamento en Miramar. Perdimos gustosamente a nuestros vecinos del solar yermo, maestros míos del cubaneo chabacano y vulgar, cambiándolos por un grupo de muchachitas orientales, becadas "Macarenco", quienes, albergadas en casonas lujosas logran en tiempo récord convertir los jardines y patios en un paisaje lunar. Las ramas de árboles de mamey, aguacate, mango y naranja son utilizadas como fuente de combustible para hervir la ropa en grandes latas de aceite, en medio del patio. Con tenazas de hierro (¿de dónde las habrán sacado, si estos instrumentos se usaban antes de conocerse la electricidad?) se estiran las "pasas", mientras observan el proceso de hervor de las toallas y sábanas. Donde hacía unos días se encontraba un arbusto hermoso de marpacífico, hoy hay un hueco con restos de leña, ceniza y troncos semi-quemados. Las lavadoras de las casas, los calentadores de agua, las cocinas eléctricas y modernamente equipadas; todos estos aparatos que no tienen absolutamente ninguna utilidad para las muchachitas, son sacados por gente inescrupulosa, quienes se los llevan, dejando desmanteladas las casas antaño ricas. A las pocas semanas se rompe el motor de agua que abastece del preciado líquido el edificio nuestro y el de las "becadas" vecinas. Como no hay agua de la pila, las muchachas determinan bañarse en la cisterna. Ahora, la cisterna sirve de piscina, fuente de agua y cloaca. De nada sirve hablar con las jóvenes vecinas. No entienden todavía que la cisterna no es un baño público ni el lugar apropiado para echar allí los desechos humanos. La "tía", designada por el MINED para vigilar a las jóvenes, pobrecita, es buena gente, pero tan inculta e ignorante como las muchachas. Con pesar y sin poder evitar este proceso de deterioro vemos cómo las casas bellísimas junto con sus jardines y patios se transforman en verdaderas favelas.

Como contrapunto al deterioro y a la destrucción del entorno, confeccioné unos cajones para nuestro balcón. Los llené de tierra fértil y sembré en ella unos bulbitos de tulipanes traídos de Holanda. Así no me resultaría tan difícil haber dejado atrás una temporada de comodidades y de abundancia de recursos.

Pero se me fueron al cubo todos mis conocimientos de agricultura, de siembra, de las características esenciales de las diferentes especies vegetales. ¿Cómo se me ocurrió pensar que iba a poder cultivar tulipanes en La Habana? ¿Acaso los había visto en algún jardín cubano? Los tulipanes necesitan imprescindiblemente una etapa de frío para dormir el sueño de invierno reconfortante y luego, en la primavera, renacer con fuerza y bríos, sacando a relucir sus colores bellos.

A los pocos días de haber sembrado mis lindos tulipanes, salieron de los cajones unos palos verdes flacos, raquíticos. De capullos ni rastro. Rápidamente siguieron creciendo los palos feos, enclenques, que pronto tomaron aspecto de caña brava. Cada mañana iba corriendo al balcón para ver si, al fin, aparecían capullos. Nada. Cuando los tallos empezaron a tener un color amarillo y se marchitaron por completo, quedé convencida de que mi siembra de tulipanes había resultado infructuosa. Les había pasado lo mismo que al pobre pingüino en el acuario: no soportaron el calor.

El niño y yo pasamos por un proceso similar, pero -a diferencia de los tulipanes- teníamos la playa a menos de cien metros de la casa. La playa fue nuestra salvación. Sustituyó las necesidades más diversas. La playa significó libertad en su máxima expresión. Cuando nadaba, la fantasía echaba a andar. Cuando necesitaba hablar cosas prohibidas y nadie debía escuchar lo que decíamos, salíamos nadando mar adentro y allí, sin testigos, cambiábamos el mundo, discutíamos hasta cansarnos, felices y contentos.

Había pasado el tiempo requerido para terminar la reforma universitaria. En una entrevista con la dirección de la facultad de humanidades supe que debía empezar mi carrera desde cero. Salvo el latín, no se me reconocían las asignaturas aprobadas en la universidad alemana ni encontraban concordancia con el programa actual.

Éramos cerca de veinte estudiantes, casi todos familiares de diplomáticos extranjeros en Cuba. Algunos entre ellos tenían verdaderamente el deseo de estudiar lengua y literatura, pero la mayoría quería aprovechar su estadía en La Habana para recibir un barniz y adquirir de paso un diploma universitario. Con el decursar del tiempo, el grupo iba achicándose; se quedaron sólo aquéllos que realmente querían estudiar con seriedad. Afortunadamente, este proceso iba acompañado de un incremento de la calidad, pues aumentaron las exigencias por parte de los profesores y también aumentó la disposición de los estudiantes restantes a trabajar más recibiendo notas menos brillantes.

Nuevamente, los alemanes de la oficina comercial se acordaron de mí. Otra vez necesitaron una intérprete en sustitución de la oficial que había terminado su estancia en Cuba. La sucesora aún no estaba nombrada.

Debido a nuestra estancia prolongada en Holanda, había perdido la plaza en el círculo infantil. Los alemanes tenían un círculo-escuela fantástico recién inaugurado. Impuse la condición de conseguir una plaza para el niño a cambio de brindarme a trabajar en la oficina comercial. El consejero me aseguró: "no va a haber problema, aún no hay muchos niños en el círculo recién abierto". Sin embargo, al día siguiente recibí una llamada de la directora de la institución, la cual me informó que no había cupo en el círculo. Indignada solicité al consejero que me explicara la situación. Yo sabía la respuesta, sabía que ellos no podían darle entrada a un niño cuyos padres estuviesen fuera del ámbito de empleados oficiales filtrados por los órganos de seguridad de la RDA, pero no se atrevían a decírmelo clara y directamente. Me despedí de los alemanes de manera definitiva. Los mandé al infierno con su círculo y trabajo ocasional y les di a entender que conmigo no podían contar nunca más. Así entré en el archivo de la Embajada de la RDA en Cuba como persona conflictiva, indigna de merecer su confianza.

No reanudé las relaciones con la Embajada alemana hasta mediados de los setenta, cuando por razones de trabajo con la primera dama de Cuba se impuso esta relación, -ahora actuando yo como funcionaria cubana de alto nivel-. Pero ésta es otra historia.

En Holanda, Dictys había cumplido dos años. No hablaba ni alemán que yo trataba de enseñarle, ni español que hablaba con él la niñera española, ni inglés que se hablaba constantemente cuando había visitantes, ni holandés que oía de los vecinos. Hablaba su propio idioma, creado exclusivamente por él. Me preocupaba, porque no había en su jerigonza una sola palabra proveniente de, o perteneciente a alguno de los idiomas mencionados. Hablaba articulando palabras fluidas y bien diferenciadas, parecía un pequeño Demóstenes, colocándose en pose de orador importante, acompañando su lengua particular de gestos y miradas tan expresivos que yo lograba entender de qué tema hablaba, sin comprender sus palabras.

De regreso en La Habana, continuaba hablando su idioma y no había forma de que pronunciara algo inteligible. Yo ya estaba convencida de que el muchacho tenía algún problema serio, de que nunca iba a poder hablar normalmente, de que siempre tendríamos que leer de sus gestos y miradas para poder entenderlo. En Cuba ya no existían tantas fuentes de confusión para el niño, pues todos le hablábamos en español para acostumbrar su oído a una sola lengua. Pasaron días y días y Dictys continuaba desarrollando y depurando su propio idioma. Para mí quedaba claro: el muchacho tiene un defecto, algún cable quemado, algún desenchuche que le impide hablar español.

No había tenido en cuenta que el pequeño, durante meses, no veía o no se comunicaba con otros niños. Casi siempre estaba entre adultos.

Un fin de semana, la señora que limpiaba la casa, madre de dos chiquillos, me pidió permiso para llevarse a mi hijo para que participara en una fiesta de cumpleaños y jugara con niños.

"Si se queda con usted y no le destroza los nervios con las tánganas que produce si no ve a su madre, lléveselo", fue mi reacción.

A la hora de haberse llevado a mi hijo yo ya estaba convencida de su rápido retorno. Pero no sucedió así. Por la noche me llamó la señora para avisarme que el niño se quedaría con ella y con sus hijos, durmiendo en su casa, que se estaba comportando divinamente, que se había divertido muchísimo, sin preguntar por su mamá. Por la mañana del otro día, ya estaba intranquila y preocupada, porque el niño seguía fuera de su casa. Llamé a la señora por teléfono. Me aseguró que mi hijo estaba perfectamente bien, que había desayunado y que ya estaba jugando en el patio con sus niños y los de los vecinos. ¡Qué domingo más largo, tortuoso y angustioso!

Finalmente, a las cuatro de la tarde apareció la mujer con sus hijos y el mío a cuestas. Dictys, al verme, echó a correr hacia mí y se me tiró al cuello, besándome y riéndose como para decirme: "Me divertí cantidad, pero ahora estoy contigo otra vez". La señora y sus hijos regresaron a su casa. Agarré al niño para cruzar la 5ta Avenida y bañarnos en el ‚Círculo Social "P. Lumumba" (el antiguo Miramar Yacht Club, más tarde la “Casa Central de las FAR”, Club de los oficiales del MINFR -Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias-) que quedaba a menos de una cuadra de nosotros. Estando sentados en la arena, de repente Dictys empezó a cantar: "María Caracoles baila Mozambi-i-que", meneándose al compás de su canto. No pude creer lo que escuchaba. Fueron las primeras palabras de mi hijo nítidamente pronunciadas en español. Todos los intentos por lograr que el niño hablara algo inteligible habían tenido como resultado un gran cero, y ahora, de repente, "Pello el Afrocán", cuya música estaba en boga y que me causaba oleadas de escalofríos, porque la detestaba, había inspirado a mi hijo de tal manera que de ahora en adelante se desencadenó un proceso ininterrumpido de aprendizaje del idioma español. Cada día hablaba más y mejor. En cuestión de semanas recuperó todo el terreno que no había alcanzado en dos años. He llegado a pensar que para el pequeño el entorno holandés le resultó tan hostil que paralizó su centro cerebral responsable del habla y que el ambiente tropical lo incitó a hacerle competencia a la cotorra más parlera del país. Entablaba conversaciones largas con las becadas vecinas nuestras. Las regañaba cuando le estropeaban la siesta y las exhortaba al diálogo cuando se aburría. Parado en una sillita colocada en el balcón, se dirigía a ellas para que le explicaran, con todo detalle, sus quehaceres cotidianos.

Dictys, la pelota de pin-pon

Medio año después de haber regresado de Holanda a Cuba, me encargaron un trabajo que requería mi presencia en horario incompatible con la atención al chico. Mis padres se brindaron para atendérmelo durante tres meses. Otro cambio violento para el crío, el cual demostró fehacientemente que su capacidad de aguante y de adaptación constituían su fuerte. En cuestión de días borró de su cabeza el español, dándole entrada al alemán, idioma que devino su favorito, aunque nunca pisara una escuela alemana.

Mis padres vivían en una casona grande, rodeada de jardines, patios, invernaderos con plantas tropicales que crecían abundantemente aun en el invierno más crudo. Mi hermana, adolescente en aquel tiempo, se desempeñaba como madre sustituta de mi hijo. Lo llevaba a casa de los vecinos, donde le aguardaba una muchedumbre de niños. Apenas había terminado el desayuno, Dictys se desaparecía a casa de sus nuevos amigos. A la fuerza retornaba a casa de sus abuelos para almorzar y dormir la siesta. Este proceder se repetía día tras día y se acompañaba de los peores insultos que pronunciaba el pequeño contra su tía, porque lo obligaba a regresar a casa cuando él quería seguir jugando. No es de extrañar que sus primeras palabras en alemán constituyeran una colección enorme de palabrotas vulgares, aprendidas de sus compañeros de juego, maestros de este lenguaje.

Cuando, pasados los tres meses, fui a recoger a mi hijo, éste me recibió con un rosario de improperios. En alemán me dio a entender que yo estaba mal de la cabeza porque le hablaba en español y él ya no lo entendía. Durante el viaje en tren a Berlín me hizo un acto de repudio. Lloraba, suplicaba, me agarraba la mano para irse de nuevo a casa de su querida abuela. En Berlín decidió entrar en huelga. Se sentó en la calle y se negó a seguir caminando. Como ninguna de las maniobras de resistencia tuvo el efecto esperado, se resignó. Su tristeza me hizo sentirme culpable, mala madre, abusadora y desalmada. Pero no podía dejarlo en Alemania, su hogar estaba en Cuba, aunque no quisiese aceptar esta realidad. El vuelo de regreso fue una pesadilla y cuando finalmente llegamos a casa, se recostó en el marco de la puerta, diciéndome con los ojos aguados: "Ésta no es mi casa, quiero ir a mi casa, quiero ir donde mi abuela". Cuando le servía la comida, me pedía cosas que sólo existían en casa de mis padres. En alemán perfecto me rezaba la lista de manjares que había recibido de los abuelos y se negaba a comer lo que yo había conseguido. Ni yuca, ni malanga, ni arroz, ni frijoles negros, nada le gustaba, todo le daba náuseas. Dictys se estaba poniendo flaco como un palillo de dientes. Su huelga de hambre prolongada empezó a causarle problemas de salud. A cada rato estaba acatarrado, con fiebre y malestares de la más diversa índole. Un niño enfermizo, flaco, enclenque y triste. Pasaron semanas hasta que -al fin- aceptó su destino; me daba la impresión de que sólo lo hacía porque no le quedó otro camino. En el círculo infantil, conseguido después de mucha lucha burocrática, se adaptó igualmente. Parece que los niños de su grupo -por el momento- lo curaron de su "alemanitis".

Dedicada con ahínco a mis estudios en la Universidad de La Habana, pasaron los meses velozmente. Fue la época, en que el ahora "Historiador" de La Habana hacía ingentes

esfuerzos por restaurar el Palacio de los Capitanes Generales. En excavaciones realizadas habían encontrado los restos de los muros de la iglesia y montones de huellas de los habitantes de esa área, algunos siglos atrás. Con un cajón lleno de pedacitos de cerámica de Puebla y de origen europeo se apareció en la Universidad el nuevo director del Museo de La Habana, para buscar apoyo, por parte de los estudiantes, para los trabajos de restauración que incluían la búsqueda de objetos valiosos de las distintas épocas del desarrollo de La Habana. Contagiados del espíritu detectivesco, cual sabuesos enloquecidos, participamos en la colecta y pesquisa, visitando a los nuevos moradores de casonas antiguas, casi siempre personal de servicio de los antiguos dueños, que se habían apropiado de las mansiones de sus patrones de antaño. De esta manera, el museo recibió más de una lámpara, sillón o armario que habían quedado depositados en algún garaje o pasillo, porque sus nuevos "dueños" los encontraban feos o porque ocupaban demasiado espacio.

Mi matrimonio se había convertido en una relación fortuita. En todo un año nos veíamos algunas semanas. No podía contar casi nunca con el apoyo de mi marido. En los momentos de mayor necesidad se encontraba fuera. Sus compañeros de trabajo se encargaron de ayudarme, pero no me gustaba tener que pedirles favores. No pude exigirles nada y la consabida informalidad cubana me sacaba de quicio más de una vez. Al igual debo haberlos llevado al límite de su paciencia con mis solicitudes. Tenía fama de quisquillosa, persistente y testaruda.

Un amigo nuestro se encargó de recoger a nuestro hijo del círculo infantil. Su hijita estaba en la misma institución, de forma que cotidianamente hicieron el viaje juntos. No era de extrañar que el pequeño llamara "papi" al que su amiguita llamaba así. Era el único "papi" que veía con regularidad durante la ausencia de su padre verdadero.

De vez en cuando a Dictys le daban arrebatos de rebeldía. Se evidenciaban claramente rasgos heredados de la madre. Un día muy caluroso de agosto, para mí el mes más insoportable por el calor y la humedad imperantes, al pequeño rebelde se le ocurrió ponerse una gorra y guantes de lana, prendas que había utilizado el pasado invierno gélido en Alemania. Parece que por un instante se le metió en la cabeza el recuerdo idealizado de los meses encantadores vividos en casa de los abuelos. "Voy así al círculo", me dijo muy resuelto. Una camisita y un short completaban esta combinación ridícula. No había argumento que lo convenciera de que éstos no eran tiempos de ponerse gorra y guantes. Salimos a la calle. Antes de llegar a la parada de la guagua, ya Dictys no aguantaba la picazón que le causaba la gorra en la cabeza sudada, ni los guantes pegados a los dedos. Con gestos de desprecio se quitó el atuendo extemporáneo y me permitió guardarlo para tiempos más apropiados.

Pocas semanas después el niño había llegado al límite de paciencia con su madre y el entorno en la casa. Simplemente no quiso seguir soportando el régimen imperante. Decididamente agarró una maletita, le echó dentro lo más importante: un trapito blanco,

su acompañante perpetuo e imprescindible (no era éste un trapo cualquiera. Lo usaba desde muy pequeño. Lo estrujaba y dándole vueltas rítmicamente con la mano izquierda, se chupaba el pulgar derecho. El paño que tenía que oler a jabón y estar planchado, cumplía función de somnífero y le calmaba los nervios) y unas prendas de ropa. Me pidió un medio para poder pagar la guagua y me anunció muy seriamente: "Me voy de la casa ahora mismo. No quiero quedarme en esta casa, me voy".

"Y ¿adónde vas?, le pregunté. Con la misma cara de hombre seriamente decidido me respondió: "Me voy de aquí, no quiero estar contigo en esta casa". Agarró su maletita, apretó fuertemente el puño con el medio entre los dedos y se marchó. Con disimulo, para que no me viera, le seguí. Llegó a la parada. Se puso a esperar. Vino la guagua. A mí se me apretaba el corazón, tenía ganas de gritarle: "Ven acá, no hay necesidad de que te vayas", pero me contuve. Las personas que estaban delante de él, montaron. Dejó pasar a los que estaban detrás de él. La guagua arrancó sin él. Se quedó parado en el mismo lugar. Pasaron cerca de cinco minutos (una eternidad para mí y seguramente también para él). Poco a poco, la parada se llenó de personas nuevamente, y él en el medio, serio, triste. Vi que alguien entabló o trató de entablar una conversación con él. Parece que no le interesó hablar con nadie, pues miró a las nubes. Llegó la segunda guagua. El niño dio un paso adelante, pero ante la puerta del vehículo detuvo la marcha y de repente se viró y regresó para la casa. Durante todo este tiempo lo había estado observando y ya me encontraba en casa cuando él regresó. Tocó el timbre. Le abrí la puerta y disimulando sorpresa le dije: "Pero ¿ya estás de vuelta? ¡Qué rápido!". Lo abracé y le pasé la mano por la cabeza. Refunfuñando me dijo que prefería estar en su casa, aunque no le gustara, y que no se había ido con la guagua porque la guagua no encontraba el lugar al cual él deseaba ir. Creo que nunca me sentí tan desdichada, madre frustrada, incapaz de darle cobijo a su hijo. Por suerte, Dictys nunca más me planteó su deseo de querer irse, por lo menos no lo hizo más durante su infancia. La cotidianidad cubana lo envolvió y parece que hizo suyo el "más vale malo conocido que bueno por conocer".

Se completará nuestra familia

Ya Dictys tenía tres años y se evidenciaba que necesitaba un hermano. Los traumas del primer parto, afortunadamente, se habían opacado y el deseo de tener otro niño estaba ganando terreno. Aprovechamos la estancia en Cuba de mi capitán, que se prolongó más de lo acostumbrado, para tratar de realizar nuestro anhelo.

Para que se produzca un embarazo el factor casualidad desempeña un papel importante. Pero que yo quedara embarazada fue mucho más que una casualidad, fue un milagro. Me habían dejado un mochito de ovario cuando la operación en Holanda. Los médicos, en aquel momento, no estaban seguros si podría tener más hijos. Tuvimos la suerte de ver realizado nuestro sueño. Esta vez me atendió durante el embarazo un médico que

pertenecía a la flor y nata de la obstetricia cubana. Desafortunadamente este especialista estaba tan sobrecargado de responsabilidades que el trabajo asistencial se quedó muy corto. Justamente, cuando yo estaba cumpliendo seis meses de gestación, lo mandaron a impartir un curso en algún país de Latinoamérica.

"Estaré fuera por tres meses", me anunció en la consulta de control.

"Usted me prometió estar presente cuando el niño vaya a nacer y ahora me entero que me dejará abandonada a mi suerte. Usted conoce bien cuál fue el descalabro cuando nació el primero y ahora piensa dejarme en manos de alguien que no conozco!", le reproché.

"Escúcheme, yo dije que tres meses, es decir, cuando nazca el chiquito, yo estaré con usted".

"No estará conmigo, porque en menos de tres meses va a nacer el crío".

"Pero usted no tiene todavía los seis meses de gestación cumplidos. Yo soy obstetra y sé lo que digo".

"Yo sé exactamente el tiempo que tengo. Son seis meses".

Cuando mi médico me examinó, tomando las medidas y escuchando los latidos del corazón del hombrecito en mi barriga, me dijo:

"Usted tiene razón. Tal parece que en su abdomen no hay otra cosa que el feto. Nunca he visto una barriga tan pequeña con un feto tan grande dentro. De todas formas, espero estar de vuelta en La Habana cuando le toque el parto y la asistiré. Si por casualidad no he regresado, la dejo con mi colega -aquí tiene su número de teléfono para que se haga cargo del asunto".

Pasé tres meses de zozobra, temiendo que el médico no estuviera de regreso para la fecha importante. A mis temores se juntó el de no poder contar con la presencia de mi marido. La fecha de nacimiento de nuestro segundo hijo, de acuerdo con los cálculos, apuntaba al 25 de diciembre, Navidad. Y justamente para esa fecha, el capitán debía estar fuera de Cuba. A finales de 1966, apenas había autos de alquiler. Ya el servicio de taxis formaba parte de la historia de Cuba, al pasado, y pretender encontrar un vehículo que funcionara y que, además, llegara el día y la hora en que se necesitaba no se le ocurriría a nadie con dos dedos de frente. No tenía a nadie que pudiera hacerse cargo del primogénito. Éste no tenía cumplidos los cuatro años todavía, no pude dejarlo solo en casa. Por suerte, el viaje del capitán se demoró unos días, por suerte también regresó mi médico. Acordamos fijar la fecha del nacimiento de Dani para el veinte de diciembre. Así no tendría problemas de transporte al hospital, el papá se quedaría en casa con su hijo y yo podría realizar mi trabajo de parto sin las preocupaciones mencionadas.

Mientras pasaban las últimas semanas de mi embarazo, el programa de la universidad estaba en pleno apogeo. Tuve que presentarme para varios exámenes finales. Con mi barriga gorda parecía un canguro. Estaba muerta de sueño, repantigándome en la silla de palo duro, sudando la gota gorda, exprimía mi cerebro para garabatear algo coherente sobre el papel; Dictys estaba a mi lado, porque no tenía con quién dejarlo. Él se divertía de lo lindo, tomando su puesto frente al pizarrón, "escribiendo" su "conferencia", parado en la silla del profesor e imitando los gestos de éste, el cual me habrá condenado mil veces, porque en vez de vigilar a sus estudiantes durante el examen, estaba desempeñando involuntariamente el papel de "baby-sitter".

El día del nacimiento de Dani todo funcionó de acuerdo con el programa. Mi capitán me dejó en la puerta de entrada del hospital. Mi médico, después de haber inducido el parto, dio instrucciones a la enfermera obstétrica para que estuviera al tanto de la evolución del trabajo mío y lo llamara cuando estuviese cercano el momento del nacimiento del niño. Apenas se había ido el médico, la enfermera comenzó a vociferar insultos terribles contra su jefe. Parece que fue un mal día para ella. Como no podía descargar toda la ira acumulada contra mi médico, me usó a mí de pararrayos: "Estos mediquitos que se creen que pueden mandarnos a echar el bofe trabajando, conmigo no va, que se busque a otra! ¡Qué se ha creído!". Y con las mandíbulas apretadas y los ojos chispeantes empezó a descargar su rabia incontenible contra mí, refunfuñando, soltando palabrotas, mientras me acribillaba las venas para conectarme una infusión con oxitocina, un medicamento para provocar contracciones uterinas. La enfermera debía regular cuidadosamente la cantidad de gotas a fluir por minuto, pero el pulso ne le obedecía, de manera que cantidades de oxitocina muy por encima de las requeridas entraron en mi cuerpo como un río caudaloso, provocando un terremoto peligroso. Para el niño que todavía se encontraba a mitad de camino para salir, estas cantidades excesivas de medicamento tuvieron efecto de electrochoque. El pequeño libró una batalla a vida o muerte por escapar de su habitáculo estrecho y carente de oxígeno. Mientras, yo estaba a punto de reventar como siquitraque y cuando al fin el bebé salió del claustro materno convertido en cráter de volcán, pareciendo un cohete enjabonado, dejó atrás un campo de tejido desgarrado y destroado. Su madre estaba hecha un guiñapo, totalmente exhausta, al borde del colapso.

Una ginecóloga y un neonatólogo se hicieron cargo de Dani. El cuerpecito, de ocho libras de peso, estaba fláccido, sin dar señal de vida. Su color cambió muy rápido de rosadito a morado oscuro. No gritaba, aunque recibiera la tunda de golpes en el fondillo, que es el saludo habitual de bienvenida para los recién nacidos. No se movía ni reaccionaba a las diferentes maniobras que los galenos probaron con él.

"Este muerto te lo anotas tú", oí decir a la ginecóloga, "porque yo le escuché los signos vitales cuando estaba aún dentro!”.

"Yo no tengo la culpa, este muerto no me corresponde", replicó el neonatólogo.

Yo estaba demasiado agotada como para darme cuenta cabalmente del espectáculo que se había formado en el salón. Sólo pensé: "todo fue en vano, nueve meses y este parto tan espantoso, esta tortura tan prolongada, y el resultado: un niño muerto". Nadie gastó un segundo en ver si yo estaba presente, si estaba consciente o no. Entre gritos de los médicos de: "trata de reanimarlo, hazle masajes, inyéctale tal o cual cosa..., está muerto, no hay remedio", yo estaba perdiendo el conocimiento, pero me desperté al poco rato, viendo cómo le colocaron una inyección en la vena del cordón umbilical, que tuvo el efecto esperado. El bulto morado se contrajo y de repente soltó unos gritos de espanto. De allí en adelante no paró de chillar hasta quedar colocado en el cunero.

Mi médico, ajeno a todo este desastre, estaba cumpliendo su guardia. Naturalmente, la enfermera roñosa no lo había llamado. Sólo apareció cuando ya los pediatras habían reanimado al niño que seguía dando su concierto, desgañitándose para alegría y contentura de los especialistas, por tener un muerto menos en su haber.

Mi médico vio reducida su promesa de asistirme, realizando el trabajo de costura de los desgarres enormes, para lo cual requirió de más de media hora. Durante este tiempo perdí varias veces el conocimiento. Los esfuerzos realizados habían sido demasiado violentos. Ya no tenía energías. Necesitaba descansar, ahora que sabía que mi hijo no estaba muerto.

A las veinticuatro horas después del parto, nos dieron el alta. Llamé a mi capitán, padre del recién nacido, y ¿qué pasó?, pues simplemente, no se encontraba en la oficina ni se sabía dónde localizarlo. Con mis matules a cuestas, el niño en mis brazos, traté de encontrar un vehículo que nos llevara a casa. Un cacharro del cincuenta, todo destartalado, quedó libre. El dueño se ofreció a transportarnos no sin antes alertarme de que no me sentara pegada a la puerta izquierda, pues se abría por tener la cerradura rota. Con una soga de henequén mantuvo cerrada la puerta derecha, zafando el nudo sólo para dejar salir a los pasajeros. Coloqué la maletita a la izquierda y me senté con el niño en el centro. Con un rugido de rinoceronte el carro arrancó y se puso en movimiento. De su trasero, al que le faltaban el tubo de escape y el silenciador, salió una nube negra. Mirando al piso, me di cuenta que había un hueco enorme. Un pedazo de cartón que servía para cubrirlo, se había corrido, dejando ver la calle. En cada semáforo, el cachivache se negaba a arrancar. Su dueño tuvo que darle empujones, dejando el cloche en segunda para poner el motor a trabajar cuando se encontraba en movimiento. El viaje a casa fue una odisea y resultó un verdadero milagro que llegáramos sanos y salvos.

Algunas horas después apareció el padre de la criatura. "¿Por qué no me esperaste? ¿Por qué te fuiste en un carro de alquiler?", me preguntó, reprochándome el haber tomado este medio de transporte inseguro.

Me indignó la pregunta, me hizo sentirme enojada, casi como si se burlara de mí. Él no podía imaginarse cuántas ganas había tenido de salir del taller de tortura, de este hospital horrible que odiaba. No se imaginaba lo decepcionante que resulta querer

llamar al marido, sin encontrarlo y recibir una respuesta indiferente por parte de los que reciben la llamada.

El nacimiento de mi segundo hijo resquebrajó sustancialmente mi confianza en los médicos. Estaba indignada, no quería saber nada más de ellos. El único que quedó exento de esa condena fue nuestro pediatra, amigo de la familia, que no pudo tener hijos propios. Desde hacía tiempo estaba atendiendo a nuestro primogénito. Y antes de nacer Dani, viéndome con la barriga grande, ya me estaba diciendo: "Señora, voy a apadrinar a este niño. No permitiré que se enferme tanto como Dictys. Y puede estar segura, los alimentos necesarios se los garantizaré. Mis pacientes en el campo -en paga por mis servicios- me traen malanga, huevos y demás productos. Despreocúpese, este niño va a poder alimentarse bien. Si de comida se trata, no le faltará nada".

Después del gran susto que nos hizo pasar cuando nació, Dani se desarrolló bien. Tuvo la gran suerte -a diferencia de su hermano mayor- de poder contar con el alimento más idóneo: leche materna, por lo que, supongo, nunca tuvo problemas de alergia como su hermano ni una serie de enfermedades que afectaron la salud del mayor.

A los tres meses de nacido comencé a darle jugo de naranja y comida sólida: malanga hervida con cebolla (si la había) y carne. Una máquina fabulosa de triturar todo lo que se le echara, una verdadera "Osterizer", regalo que trajo mi capitán, molía todo este cocido, convirtiéndolo en una papilla fea, pero sustanciosa. Nunca se me olvidará el día que Dani la probó por primera vez. El chiquito anunciaba su hambre con un concierto descomunal. Gritaba tan fuertemente que los vecinos se preocupaban, pensando que lo estaba torturando. La papilla, diluida con un poco de agua, estaba lista para la prueba. Rocé los labios de Dani con el chupete que tenía un hueco enorme para permitir que la papilla saliera fácilmente del biberón. Como un animal salvaje agarró el chupete con los maxilares y chupó un gran buche de papilla. De golpe soltó el chupete, escupió todo lo que había entrado en su boca, tomó una gran bocanada de aire para echar un grito de rabia, de desesperación, de hambre y de indignación que daba miedo. Repetí la maniobra varias veces. Siempre de nuevo agarraba el chupete para cada vez volver a soltarlo escupiendo a diestra y siniestra. Definitivamente, no quería la papilla. Pero como el hambre lo torturaba y yo no le ofrecía otra cosa, con lágrimas de cocodrilo que le corrían a raudales por las mejillas y suspirando profundamente después de cada bocado succionado, acabó por tomarse toda la ración. Exhausto por el esfuerzo realizado se quedó rendido y de allí en adelante se tomaba la comida criolla en sustitución de la leche materna.

El primer mes de existencia del hermano significó para Dictys un desafío de gran magnitud. No soportaba que yo tuviera que ocuparme tan frecuentemente del niño. Cuando justamente le estaba dando la leche, reclamaba comida. Se paraba delante de nosotros, me tiraba de la bata y haciendo gestos copiados a su hermano -moviendo los brazos igual que hacía el bebé cuando arrancaba para gritar e imitando los sonidos que

aquél emitía cuando estaba contento, un gagagaga, un grgrgrgrgr, haciendo burbujas con la saliva-, insistía que quería también un biberón. Un día lo sorprendí vestido con ropa de bebé. Había vaciado el armario y en un arrebato de celos se había quitado la ropa propia para cambiarla por la de su hermano. Lo llevé al baño para que se mirara en el espejo y se diera cuenta de lo ridículo que lucía con las camisetitas demasiado estrechas. No le importaba con tal de llevar puesta ropa nueva.

Por suerte, estos celos amainaron poco a poco. No fue fácil darles a los dos un trato equilibrado. Obviamente, el recién nacido requería más tiempo. Tuve que encontrar la forma de darle al mayor atención simultánea que lo hiciera sentirse importante. Ya mucho antes de que el lema de los cubanos: "NO ES FÁCIL" se convirtiera en frase cotidiana, expresando los montones de calamidades y de problemas que se repetían día a día, esta expresión formaba parte de mi filosofía cubana. No resuelve nada, pero alivia.

Nos vamos a Nueva York

Otro cambio brusco y bienvenido se produjo a mediados de 1967, porque mi capitán fue nombrado representante ante Naciones Unidas. La Comisión Económica sería, por espacio de año y medio, su lugar, en el que se desarrollaría su actividad laboral. Pude terminar el semestre en la universidad, con broche de oro, no sin antes tener un lío terrible con varias mujeres, a quienes pagaba un buen salario para que se quedaran con Dani durante las cuatro a cinco horas diarias de ausencia mía. Pero ya en 1967 no se podía hacer gran cosa con pesos cubanos. Resultaba casi imposible conseguir a una persona responsable, dispuesta a atender a un niño. Dani no daba guerra. Sólo montaba en cólera si no le daban su papilla y biberón a la hora que él determinaba. A las señoras les dejaba todo preparado -biberones con la leche medida y jugo de naranja, así como agua hervida en el refrigerador, malanga pelada, lista para hervir-. No había que ser sabia para prepararle al niño las cosas que necesitaba, pero me busqué el problema del siglo con cada una de estas "manejadoras", porque en vez de atender al niño, se acostaban a dormir (una tuvo el descaro de recibir en mi casa a su pretendiente, mientras el bebé se desgañitaba en la cuna) o a charlar por teléfono y ni los gritos más desgarradores del crío las despertaban o interrumpían. Me vi obligada a despedir una tras otra, pero de Guatemala iba a guatepeor. La última, recomendada por alguien que quiso hacernos una mala jugada -así al menos interpreté el estado de cosas creado cuando estaba "trabajando" conmigo-, le puso la tapa al pomo. Esta persona no sabía leer ni escribir. Ya esto debía haberme puesto en estado de alerta, pues ¿dónde estaba cuando la campaña de alfabetización? Pero ingenua, tonta por no decir idiota, las creía a todas cuando me aseguraban que querían atenderme al chico. Paula, la última, aunque iletrada, se sabía los números hasta diez y hacía uso casi ininterrumpido del teléfono para conversar durante horas con su novio. Mi querida vecina de la planta baja me

alertaba todos los días, cuando regresaba de la universidad, de que el niño gritaba durante horas y de que se oía la orgía telefónica de Paula en todo el edificio. Paula gritaba sus declaraciones de amor como si tuviese que vencer la distancia hasta el amado, aumentando el volumen de su voz como una actriz sin micrófono en un gran anfiteatro.

El cuarto día de tener empleada a Paula, la mandé al infierno; la despedí dándole cinco minutos para recoger sus matules y desaparecer de mi campo de vista hasta nunca más.

Había regresado de la universidad más temprano de lo previsto.

Ya en el pasillo de nuestro edificio sentí el olor a quemado y vi una nube negra saliendo de la ventana de la sala.

"Hay fuego en mi casa, el niño está dentro y Paula, ¿qué está haciendo Paula?".

Desesperada, con pánico, horrorizada, imaginándome ya lo peor, la llave me temblaba en la mano, logré abrir la puerta. La nube negra me dio una bofetada. Paula estaba hablando por teléfono. Parecía que estaba soldada al aparato. No podía zafarse. Corrí a la cocina a apagar la llama. La cazuela con lo que quedaba de la malanga destinada para el bebé estaba negra como un azabache, su contenido carbonizado. Todo alrededor estaba negro. El niño, encerrado en su cuarto (para no molestar a Paula durante sus conferencias amorosas interminables), estaba acostado boca abajo, tan agotado de gritar que sólo se le escapaban sollozos. Su ropita estaba empapada en sudor y lágrimas. El pañal, la sábana, el colchón empapados en orines. Segura ya de que el niño no estaba en peligro, aunque su estado desolado podía ablandar piedras, montada en cólera como una leona enloquecida, me abalancé a Paula. Ésta, estaba hecha todo un merengue, con el teléfono en la mano, sin importarle nada de lo que sucedía a su lado. Le arrebaté el teléfono. Estaba casi ciega de rabia, me costó trabajo contenerme para no entrarle a golpes. Le grité tantas cosas -de desalmada, sinvergüenza, bruta, a irresponsable, abusadora y asesina en potencia llegó mi lluvia de maldiciones descargada contra Paula-. Y Paula, con los brazos levantados -como si la estuviese apuntando con una pistola- con los ojos que parecían salirse de las órbitas, tartamudeaba: "Pero Señora, si sólo estaba hablando por teléfono. No pude colgarle a mi novio, y la malanga, no podía saber que la malanga se quema tan rápido".

No sé, no recuerdo qué hice para dominarme y no caerle encima. Ganas de botarla de la casa a puñetazos no me faltaron.

Mientras Paula hacía su maleta me dediqué a cambiar al bebé, a calmarlo con un biberón de jugo. La vecina me regaló una malanguita. Por suerte se la conseguían a veces sus familiares en el campo.

No tuve necesidad de conseguir una sustituta de Paula, porque poco tiempo después supimos que debíamos partir hacia Nueva York.

La perspectiva de cambio, de montar en un avión, de tener una aventura, tuvo para Dictys un efecto estimulante. Su hermano, por ser demasiado pequeño, aún no tenía opinión. Hacía un calor insoportable. A las siete de la mañana debíamos estar en el aeropuerto. Un amigo nuestro nos llevaría en su auto -un vehículo digno de quedar exhibido en un museo-. Habíamos llegado hasta la Avenida de Boyeros, cerca del Clínico Quirúrgico, cuando sentimos un ruido raro, como si arrastráramos algún objeto.

"¡Mierda, nos ponchamos y no tengo gato ni falta me hace, porque no tengo goma de repuesto!", fue la información lacónica que nos dio nuestro amigo.

Nos apeamos. Los hombres empujaron el carro para estacionarlo en un lugar fuera del alcance del tránsito y se fueron caminando para ver si encontraban algún teléfono. Encontraron varios, pero ninguno funcionaba. Era la etapa anticipada del comunismo real cuando se usaban los teléfonos públicos sin tener que pagar, que quedaban fuera de servicio, porque la gente hacía uso indiscriminado y abusivo de los equipos, que se descomponían en serie. Una hora después de habernos quedado tirados en la calle, desde el hospital lograron llamar por teléfono al trabajo de mi marido para solicitar ayuda. No había carro disponible, pero iban a hacer todo lo posible por sacarnos del hoyo.

Efectivamente nos sacaron de allí, pero cuando llegamos al aeropuerto, vimos nuestro avión despegando, levantando vuelo en dirección a México.

¡La misma sopa (el viaje a Holanda) con otros ingredientes! Dictys nos presentó un acto de repudio de gran altura. Se tiró en el piso, nos gritó: "¡Mentirosos, me dijeron que vamos a volar en avión! ¡Yo no regreso a casa, quiero volar!".

Durante el retorno lloraba, gritaba y refunfuñaba. Estaba indignado con todo el mundo.

Después de haber "liquidado" nuestras reservas de comestibles, tuve que pasar la vergüenza de pedir a las vecinas un poco de leche, de comida, de esto y lo otro. Ya no teníamos nuestra libreta de abastecimiento y sin ella no se podía comprar ni siquiera un cartucho de sal.

Una semana tuvimos que esperar para el próximo vuelo a Nueva York, vía México.

Dictys aprovechó este tiempo para quemarse con la plancha eléctrica. Fue un descuido mío. La había dejado al alcance del niño. Se buscó una mesita que le sirviera de tabla de planchar. La plancha, desde pequeño le llamaba la atención. El misterio de que un objeto se calienta cuando se conecta a algo invisible, le fascinaba y estimulaba a hacer experimentos. Colocó la plancha en un cubito plástico, la enchufó y cuando vio que el cubo se estaba convirtiendo en una masa deforme como una ameba, despidiendo un olor nauseabundo, espantoso, cundió el pánico. Se le cayó de la mesita la mezcla maloliente y lo quemó. No fue una herida de importancia, pero el susto que pasó lo curó de querer

conocer los milagros de la plancha. Y la plancha terminó en el latón de basura, pues no había forma de separarla del abrazo mortal con el cubo plástico derretido.

Durante toda la semana de espera para reanudar nuestro peregrinaje, llevaba a los niños al "círculo social", nuestra querida playa, cerquita de la casa. Allí no se necesitaba ningún juguete. Sólo saqué de la maleta una tonga de pañales y unos pantaloncitos. Para los niños no necesitamos nada más y yo llevaba una toalla de felpa convertida en vestido playero y la trusa debajo. Dani estaba acostumbrado a bañarse en el mar desde los dos meses de nacido. En la playa reinaba una paz reconfortante. Incluso Dictys olvidó sus berrinches y borró de su mente el desencanto sufrido el día del vuelo que no volamos. La pierna herida se estaba sanando, incluso el agua salada y luego el sol ayudaron a que una nueva capa de piel cubriera el área dañada.

La semana de espera pasó en un santiamén. Esta vez, viajando al aeropuerto, no nos quedamos tirados por el camino, llegamos a tiempo.

Arribamos a Ciudad de México cerca de las diez de la mañana. Desde esta hora hasta las doce no nos permitieron abandonar el avión, el cual estaba estacionado a medio kilómetro del edificio de la terminal aérea. Varias veces había entrado algún que otro funcionario, discutiendo con el capitán. Tal parecía que llevábamos la revolución continental a bordo, algo terriblemente contaminoso, peligrosísimo, pues retiraban la escalerilla y cerraban la puerta después de cada una de estas visitas de alguna autoridad mejicana. Ya Dictys estaba comenzando su canción protesta: "Mami, ¿por qué estamos sentados, si ya llegamos? No quiero estar aquí dentro, tengo hambre, quiero irme".

Dani se solidarizó con su hermano con un concierto que significó: "Si no me dan un biberón sustancioso, les voy a reventar los tímpanos".

El contenido humano del aparato de Cubana de Aviación estaba demostrando fehacientemente una característica adquirida por los cubanos en los hasta entonces ocho años de entrenamiento intensivo y cotidiano: su capacidad de aguante, de paciencia y de estoicismo no tenían límites. La gente simplemente estaba esperando como si estuvieran en una cola de la bodega. Nadie, excepto mis hijos, protestó. Sabían que no nos iban a dejar en la pista hasta el juicio final.

Los pasajeros adultos aprobaron con creces el examen de mansedumbre impuesto por las autoridades mejicanas. Éstas colocaron nuevamente la escalerilla a la puerta de salida y nos dieron permiso para bajarnos.

Los pasajeros de Cubana de Aviación fueron los únicos en todo el aeropuerto de México que tuvieron que ir caminando todo el tramo hasta el edificio de la terminal. Todos los demás se recogían en guaguas.

Los oficiales de la aduana continuaron el proceder indignante. A cada pasajero le hicieron un chequeo del equipaje y le registraron los bolsillos, cacheándolos de arriba

abajo, que parecía que estaban analizando la composición química y física de cada molécula.

"¡Tú verás, con nosotros va a cambiar!", me susurró al oído mi capitán.

Efectivamente, recibiendo una cajita de "Cohiba", el funcionario que nos tocó para hacer el registro, cerró la maleta sin haberle echado una mirada, de perro que ladraba se convirtió en gato zalamero ansioso por probar pronto el delicioso tabaco.

Había oído decir que la policía y los funcionarios de seguridad mejicanos son los más corruptos del hemisferio occidental, cosa que no me cabía en la cabeza, pero acababa de presenciar una pequeña prueba de esta realidad. Años más tarde, durante estadías más prolongadas en México, pude corroborar, más de una vez, la corrupción imperante en esas instituciones.

Tuvimos que alojarnos en un hotelucho de mala muerte. Estaba sucio, olía a moho y a comida rancia. En el aeropuerto le había dado a Dani el último biberón de reserva, el cual estaba tan vacío que no le salía una gota. Dani, la sirena estridente, estaba sonando tan desesperadamente que no permitía demora. Necesitaba urgentemente leche para el bebé y alguna comidita para su hermano. Nosotros dos también estábamos hambrientos, pues había pasado más de medio día desde la salida de La Habana.

Solicité al servicio de habitación los materiales requeridos. Pasó media hora y nada. Llamé otra vez. Tuve que gritar para que me entendieran, porque los chillidos de Dani imposibilitaban cualquier conversación.

"¡Señora, es que tengo que buscar un tarro para poder hervir la leche, enseguidita se la traigo!", me contestó la empleada con su cachaza india envidiable.

"¡No necesito tarros, necesito leche hervida!", le repliqué muy molesta (no conocía la acepción de la palabra "tarro" que le daba la empleada).

Media hora más tarde apareció la cocinera, moza de limpieza, recogedora de recados, telefonista y secretaria iletrada del hotelucho, con un cacharrito en la mano.

"¡Aquí tiene la leche, señora!". Y me la colocó sobre la cómoda.

El jarro estaba tan sucio, pero tan increíblemente asqueroso que apenas lo pude tocar. Las asas estaban embadurnadas con restos de diferentes productos alimenticios. La superficie de su interior la cubría una capa de churre de por lo menos un centímetro de grosor. Pero al menos la leche estaba hervida. Haciendo la vista gorda, tratando de convencerme a mí misma de que el churre no era churre, de que el alimento estaba en buenas condiciones, llené el biberón y se lo di a tomar a mi hijo. La sirena se calló momentáneamente, las chupadas desesperadas, de muerto de hambre, se oían a distancia.

Después de haberle llenado la barriga al chiquitín, fui a la cocina a devolver el cacharro y a pedir que me prepararan -en una cazuela limpia- las tomas para el resto del día y la noche. Pretendí acordar el programa de alimentación del bebé para los próximos días. Desistí en el mismo instante en que pisé la cocina. Aquello no tenía sentido ni remedio. La cocina era una porqueriza.

"¡Vamos a buscar un mercado, pero ahora mismo! Tengo que comprar un reverbero, un jarro y compotas de bebé listas para consumir. De la cocina del hotel no podemos utilizar nada".

Mi capitán aceptó sin chistar mis exigencias que significaban gastos totalmente inesperados, que iban a diezmar terriblemente nuestro presupuesto ridículamente minúsculo, recibido para poder pagar los gastos de nuestra semana de tránsito por México.

Solicitamos a la señora-multioficio que se encargara de colocarnos una cuna en el cuarto, pues Dani no tenía dónde dormir. El cuarto sólo contaba con una cama camera y un sofá.

Compramos los artículos mencionados, también pañales desechables, detergente, jabón, pasta dental, cepillos y champú. ¡Cuántas cosas tan ricas! ¡Qué lujo! Me sentí como un niño en su fiesta de cumpleaños, en los tiempos de la "nana", cuando todavía las tiendas cubanas eran tiendas y no paredes con anaqueles vacíos.

Cuando regresamos al hotelucho, en medio del cuarto se encontraba una cuna, de color indefinido, sucia y empolvada. Su color original quedaba visible sólo en los lugares donde se marcaron las huellas digitales de la empleada que la había depositado en el cuarto. No sé por qué en situaciones como ésta mi fantasía produce comparaciones absurdas. En el lugar de la cuna veía "El arpa" de Gustavo Adolfo Bécquer. Al igual que la cuna, el arpa estaba olvidada en un rincón, cubierta de polvo, esperando que alguien la sacara y le dijera como a Lázaro: levántate y anda. A la cuna, nadie le dijo "levántate y anda" ni "ponte limpia para que el niño te acepte y pueda dormir tranquilo". La pobre mujer-multioficio, única empleada de nuestro alojamiento obligatorio de mala muerte, había tenido que subirla, ella sola, desde el sótano hasta nuestro cuarto y habrá pensado mil veces: "malditos estos cubanos que me están jorobando la vida con sus exigencias excéntricas". Yo tuve la satisfacción no sólo de sentirme la reina del mundo con mis compras sino también de evocar imágenes preciosas que convertían tarecos sucios en objetos sublimes.

Después de la cepillada que le di a la cuna, ésta quedó como nueva, lista para ser usada. Estábamos todos tan cansados de este día tan largo y lleno de sorpresas, que nos acostamos a dormir a la hora que lo hacen las gallinas y nos rendimos.

Al otro día, desde temprano, mi marido tuvo que ocuparse de los asuntos de nuestro permiso de entrada a los Estados Unidos. Los norteamericanos habían prometido

otorgárnoslo para el fin de semana, ya que había caducado el día del viaje cuando perdimos el vuelo por la goma pinchada. La semana de espera en México fue el castigo que nos impusieron las autoridades del Norte por no haber cumplido en tiempo y forma el itinerario original. Podrían habernos dado las visas sin problema, pues qué más daba si arribábamos un lunes o un viernes, pero parecía que el "Comité de bienvenida", los oficiales de los servicios de seguridad estadounidenses, encargados de vigilar cada paso del nuevo funcionario cubano, acompañado de toda su tribu, necesitaban un descanso después de haber sufrido la gran decepción de no vernos arribar el día programado. Para mí, ésta fue la segunda vez que choqué con la terquedad y autosuficiencia de representantes de un país poderoso, de manera que ya desde el inicio de mi vida en Nueva York rechacé este entorno.

Un día antes de salir de México a Nueva York, los dos niños estaban enfermos. La herida en la pierna de Dictys estaba muy inflamada. Después de haberse cerrado en la playa de La Habana parece que la capa de piel nueva estaba muy finita lo que permitió la entrada de microbios patógenos. Dictys tenía fiebre, los ganglios de la ingle estaban hinchados y le dolía la pierna, iba cojeando y estaba de mal genio. Dani, a su vez, tenía la cara hinchada y colorada. Los cachetes estaban cubiertos de ampollitas minúsculas. Una dermatitis muy fea. Fiebre alta y malestar manifiesto. Presentó una huelga de hambre -la primera en su vida-. No había forma de que se tomara el biberón, y rechazaba rotundamente las compotas que nos habían costado un ojo de la cara. Lloriqueaba casi ininterrumpidamente.

No teníamos seguro médico, no conocíamos a ningún galeno que hubiese atendido a los niños sin cobrarnos una fortuna que no poseíamos. El padre de las criaturas pidió ayuda a la Embajada. Un médico cubano becario vino a ver a los chiquillos. Diagnosticó para ambos: dermatitis causada por el contacto con las sábanas que, al parecer, estaban sucias, contaminadas con microorganismos de acción virulenta. La consulta no nos costó nada, pero la medicina -un antibiótico potente - nos afectó considerablemente la reserva monetaria.

El hotelucho, pocilga inmunda en la que nos obligaron a alojarnos por ser muy barato, a la postre resultó carísimo. Aun estando fuera de Cuba, se nos había obligado a aplicar la absurda política generalizada en la economía cubana: ¡la práctica de comprar barato para pagar caro!

Llegamos a Nueva York un día de verano calurosísimo, asfixiante. Y lo primero que tuvimos que hacer fue consultar a un médico, porque los niños continuaban con fiebre alta y su estado de salud nos preocupaba más que el estado precario de nuestras finanzas. Afortunadamente, los remedios recetados tuvieron pronto el efecto deseado. En unos días, los dos pequeños estaban perfectamente bien de salud.

En Nueva York, nuestros compañeros de trabajo no se habían ocupado de buscarnos un apartamento. Pensaban que sería suficiente alojarnos en un estudio de diez metros

cuadrados, dejado vacante por nuestro antecesor. Éste se encontraba de regreso en La Habana, después de haber quedado herido al explotar en sus manos una bomba colocada en un paquete enviado a su nombre por una organización terrorista anticastrista. Él había vivido en este estudio solo, sin familia. Nosotros éramos cuatro.

No podíamos vivir en este cuchitril infestado de cucarachas "alemanas" y totalmente inadecuado para nuestra familia. La política férrea de ahorro -con todo mi respeto- no la iba a tolerar más. Ya en México habíamos pasado de lo sublime a lo ridículo. No estaba dispuesta a continuar este procedimiento. Durante los próximos días, mi tarea principal sería buscar un apartamento aceptable. No pretendía ningún lujo. Sólo quería una vivienda limpia, equipada -por lo menos- con una cama para cada integrante de la familia.

No voy a detallar nuestro peregrinaje por Nueva York. En otro libro relataré estas historias. ¡Que son muchas!

Baste con decir que los casi dos años en esa urbe me sirvieron para aprender no sólo el inglés sino también a ser una maga del manejo de los muy escasos recursos económicos a mi disposición; a conocer la mentalidad de los norteamericanos, a encontrar verdaderos amigos entre ellos; a vivir entre compañeros cubanos cuyas mezquindades, hipocresía y autosuficiencia infundada me sacaban de quicio. Otros cubanos se convirtieron en entrañables amigos, a los cuales todavía les debo gratitud.

Aprovechamos la riqueza cultural de Nueva York, gastando los últimos quilos para escuchar conciertos y visitar museos. Compré libros y más libros y discos, verdaderos tesoros que ayudaron a espantar el "gorrión" que en esta gran ciudad a menudo me atacaba, dejándome deprimida y desdichada. Nueva York, definitivamente, no me gustó. Fueron demasiados los sinsabores, los sustos, los problemas que soportamos allí. Desde una bomba colocada por terroristas ante nuestro apartamento, hasta accidentes que sufrimos Dani y yo y que no sólo afectaron nuestra integridad física, sino -y sobre todo- nuestro presupuesto tan estrecho, tan insuficiente que tenía que hacer milagros para llevar una vida aceptable.

Estando todavía en Nueva York, mi fe en la Revolución cubana recibió una grieta enorme cuando nos llegó la noticia de la muerte de un amigo nuestro. Paco nos informó los detalles del deceso de Braulio, miembro de nuestra "tertulia", que de defensor de la Revolución se había convertido en disidente. Parece que estaba metido en alguna actividad clandestina, porque lo apresaron. Por ser diabético, lo trasladaron del "Príncipe" al Hospital Militar. No permitieron a ningún familiar que lo visitaran y le consiguieran la insulina y los alimentos requeridos para mantener controlada su enfermedad. Y no le dieron absolutamente nada. Lo dejaron morir miserablemente, negándole la asistencia médica más elemental. ¡Y esto en mi querida Cuba socialista! También mi marido se quedó muy afectado por la muerte de este amigo, pero amortiguó sus dudas y vestigios de desconfianza en el sistema con la justificación que de allí en

adelante escucharíamos a menudo: la Revolución la hacen seres humanos. Los hombres cometen errores. No existe una justicia absoluta. Y yo me preguntaba: ¿pero dónde termina la tolerancia de los errores? ¿Hasta dónde se justifican? ¿Acaso estamos presos en un círculo vicioso? Tampoco yo era capaz, en aquellos momentos, de profundizar estos pensamientos. ¿Sería el miedo de ver desaparecer mi "fata morgana"?

La realidad nos mostraba un distanciamiento cada vez más abismal entre el discurso y los intentos de convertirlo en hechos. Sin embargo, al repetir una y otra vez las proclamas llegamos a considerarlas hechos consumados. Con el mismo espíritu mágico de los niños pequeños que se tapan la cara creyendo que así se hacen invisibles, nosotros actuamos como si el eterno y siempre repetido blá-blá-blá, por el simple hecho de repetirse, se convirtiera en una verdad inamovible.

Desde mi actual mirilla alemana, a más de treinta años de estos sucesos, me pregunto y vuelvo a preguntarme: ¿cómo fue posible que hubiéramos aceptado y apoyado este sistema? ¿No teníamos ojos y oídos para poder discernir? ¿Estaban congeladas nuestras células grises? Tantos años de escuela, universidad y experiencias que sólo da la vida nos habían servido para convertirnos en animales domesticados como las fieras del circo. Desde tiempos remotos se conoce que el peor ciego es el que no quiere ver y el peor sordo el que no quiere escuchar. Necesitamos dos decenios más para que el castillo de fantasías se desplomara, para ser conscientes de que habíamos gastado nuestras energías, nuestras inteligencias, nuestras fuerzas, que habíamos sacrificado nuestras vidas en la batalla inútil por la construcción de una sociedad basada en sueños, ideales y deseos infantiles exentos de base realista, objetiva y razonable.

Dani resucita

De regreso en La Habana, después de año y medio en Nueva York, comenzó nuevamente una etapa dura de readaptación. Sobre todo los niños sintieron los rigores de su entorno. La escasez, la falta de sistematicidad en el quehacer diario; el constante "no sé, mi hijito, si podemos", "vamos a ver si encontramos"; la bulla omnipresente, la vida desordenada, pero sobre todo ruidosa de nuestras vecinas, las becadas, que no se dormían ni dejaban dormir a nadie nunca antes de la media noche, constituían verdaderas torturas para los pequeños, cuyo ritmo de vida se vio bruscamente trastornado.

Nos concedieron una semana de descanso en Varadero. ¡Qué maravilla! Cuatro personas en un cuarto no es precisamente un lujo y la falta constante de agua, la abundancia de cucarachas y mosquitos nos recordaban en cada momento que estábamos de vuelta en Cuba, pero la deliciosa playa, casi desierta -el turismo internacional todavía no estaba en el tapete-, el agua cristalina, tibia, la inmensidad del mar nos hicieron

olvidar los otros pequeños inconvenientes. En el mes de marzo sentir el delicioso sol tropical y poder nadar sin sentir frío era el paraíso.

Los niños se sintieron en simbiosis con el agua. En Nueva York no habían conocido nada semejante. Pronto adquirieron un color de mulatitos y el hambre producida por el ejercicio ininterrumpido al aire libre les hizo olvidar que la comida monótona -arroz y frijoles, frijoles y arroz, arroz congri, arroz con huevo, arroz con plátano y a la inversa no les gustaba. Comían mecánicamente para regresar inmediatamente después a la playa.

Dani, por su aspecto nórdico -ojos verdes, pelo rubio- llamaba la atención de la gente. Era, además, muy sociable y con su jerigonza anglo-cubana divertía a los demás. Siempre tenía a alguien a su lado -casi siempre adultos- que conversaban y jugaban con él.

No le había prestado atención a aquel hombre que cargó a Dani y lo tiraba al aire como si el niño fuera una pelota. Cuando me percaté del espectáculo, ya era tarde para intervenir.

Obviamente, a Dani no le había gustado ese "juego" bruto. Y cuando puso cara de horror y de súplica para que lo dejaran libre, el extraño lo lanzó, de repente, hacia mi marido, el cual estaba totalmente ajeno a lo que estaba sucediendo. Sólo sintió que algo le vino encima e instintivamente estiró el brazo derecho, dándole a Dani un golpe seco con el reloj de la muñeca en la glotis. Con la otra mano agarró al niño en el aire. Dani no logró ni siquiera emitir un grito. Tiró la cabeza atrás y sólo se escuchó un suspiro ahogado. La cabeza volvió para adelante y de nuevo para atrás, hasta quedar definitivamente colgando, con los ojos muy abiertos, mirando a la nada. El padre de la criatura, incrédulo y totalmente confundido, mirando a su hijo colgando en sus brazos como un títere sin hilos, que cambiaba de blanco a morado, gritó espantado: "¿Qué le pasó? ¿Quién es el que me lo tiró?". Como si esta pregunta fuera importante. Pero en situaciones como ésta, a veces decimos cosas no siempre inteligentes y coherentes.

"Hay que reanimarlo, no respira, no tiene pulso", logré balbucear.

Le quité el niño y lo coloqué en el piso. Lo zarandeé, le di pellizcos, lo sacudí, le inflé aire. No recuerdo qué más le hice. A todas éstas se había formado un círculo de gente alrededor de nosotros. ¡Mirones! Espantados e incapaces de hacer algo útil estaban comentando el espectáculo. Y yo seguía tratando de inflarle vida a nuestro hijo. En esos instantes de espanto, pánico y desesperación me pasó una película por la mente: vi a Dani en una caja blanca, su última morada. Y nosotros, sus padres y su hermano estábamos caminando por un sendero del cementerio, rumbo a la tumba, para darle sepultura.

Con la película en mente seguía repitiendo mis maniobras de reanimación.

De repente vi como Dictys se colocó en pose, delante de los mirones, y les decía con voz lenta y serena como un locutor profesional: "¡Creo que mi hermanito acaba de morirse!".

Los mirones continuaban mirando. Alguien dijo: "Caballeros, ¿aquí no hay un médico?". Nadie respondió. De lejos, como si estuviese a kilómetros de distancia, escuchaba comentarios de: "¿Ustedes han visto qué pasó?". "¿Dónde está el hombre que lo tiró?". "¿Pero cómo puede estar muerto, si no se cayó, no se dio golpes?".

Deben haber pasado por lo menos tres minutos -para mí tres horas- cuando Dani empezó a mover la cabeza y a este movimiento le siguió un temblor por todo el cuerpo. Movió los ojos tan lentamente que me daba la impresión de estar viendo una película a cámara lenta. Trató de parpadear, pero los ojos se le volvieron a cerrar. Cada movimiento que lentamente hacía parecía causarle esfuerzos insoportables. Pero se estaba moviendo. De morado cambió a blanco. Traté de incorporarlo, pero sus piernas le negaron el servicio. Se desplomó como un saco roto, vacío. No estaba muerto, pero tampoco vivo. Poco a poco le entraron nuevas energías, tal como una batería que se está cargando. Logré incorporarlo. Las piernas le flaqueaban; -una cañita brava en un vendaval-. Abrió las piernas para poder mantener el equilibrio. Así pasó un rato. Y fijaba la vista en un horizonte, en el cual no pude distinguir nada importante. Con mirada penetrante, como si estuviese observando algo extremadamente interesante, "exploraba" su línea horizontal. Los ojos no se movían, sólo la cabeza trazaba esta línea fantasmagórica, girando como un ventilador a marcha reducida por falta de electricidad. No reaccionaba a mis palabras ni a su entorno.

Comencé a hacerle las preguntas de rigor que me había enseñado el médico para evaluar las funciones físicas del niño después de un accidente (hay que saber que ésta fue la cuarta vez que me vi en la necesidad de inflarle vida al chiquitín, y -a distancia- la más dramática):

"Dani, ¿dónde están tus pies?".

Despegó la mirada del horizonte para enfocarla en mi cara. Un breve fruncir del ceño y su dedo índice de la mano derecha enseñó a sus pies. De su boca no salió ni el más insignificante sonido. "El niño ha quedado mudo" fue mi conclusión lógica. No sería el primer ser humano al que le sucedió tal cosa.

"Dani, ¡enséñame, dónde está tu hermano!", fue mi próxima orden diagnóstica. Acto seguido volvió a levantar el brazo derecho, mostrándome con el dedo índice a su hermano, al tiempo que su cara expresaba extrañeza por la orden tan tonta que su madre le estaba dando.

Con estas maniobras ya estaba claro que el niño no había sufrido daños cerebrales considerables, aunque su aparente incapacidad de hablar me tenía muy asustada e

insegura. De todas maneras había que consultar a un neurólogo, pero este especialista no se encontraba a nuestro alcance.

Mientras, Dani estaba moviendo paulatinamente sus articulaciones, empezando con los brazos, los hombros, el torso y finalmente también dio los primeros pasos. Un verdadero muñeco de cuerdas. Se tambaleaba como un borracho, pero sólo un ratito, para, agarrado de mi mano, acelerar sus pasos, poco a poco. Cinco minutos más tarde soltó mi mano y echó a correr, haciendo nuevamente demostración de su carácter intranquilo, de niño travieso.

Estábamos muy cansados y agotados. Todavía el pánico, la desesperación y el horror de lo vivido se reflejaba en cada una de nuestras células.

Nos sentamos en la cafetería del "Hotel Internacional" para tomar un refresco y asimilar, con calma, lo pasado. Tuvimos que esperar largo rato para poder recibir los refrescos pedidos. Mi marido y yo no logramos quitar la vista de Dani, quien estaba sentado al lado de su hermano, en un banco rectangular. Dictys, ya con la cabeza despejada de lo sucedido, conversó con nosotros, y Dani comenzó a fastidiar a su hermano. Le quitó el cubierto, el vaso, le dio empujones y codazos. Dictys se quejó, por lo que Dani se sintió estimulado a incrementar sus maniobras de molestar. Yo no atiné a hacer otra cosa que a admirar la metamorfosis anormal de mi hijo. Súbitamente, Dani saltó sobre la mesa, tumbando vasos y otros tarecos, soltando una carcajada y gritos de euforia, a la par que pronunciaba un torrente de palabras, de manera que para mí quedaba claro: el niño ni está muerto ni está mudo, el niño, definitivamente, está loco. Y la desesperación volvió a apoderarse de mí. Mi consabida fantasía contribuyó sustancialmente a un estado de ánimo desastroso. No quiero repetir las pesadillas -día y noche- que, durante años me produjeron este accidente y la subsiguiente conducta de Dani, aunque el niño se normalizara muy rápidamente. Comprendí el alcance de lo que mi madre me había dicho un día -no recuerdo ni el porqué ni cuándo fue-: "Cuando seas adulta, quisiera que tuvieras un hijo que tenga tu carácter, que salga a ti, para que sepas lo que significa hacer sufrir a una madre".

Afortunadamente tuvimos que regresar a La Habana y pudimos dejar atrás Varadero que había dejado de gustarme, por lo menos por un buen tiempo. Cada vez que tuve la suerte de estar nuevamente en esta playa hermosa, tenía presente los momentos terriblemente angustiosos con Dani.

En La Habana nos esperaban tareas muy importantes.

Tuvimos que encontrar una plaza en un círculo infantil para Dani. Me tocó negociar con la dirección de mi facultad de la Universidad para terminar la carrera. Y Dictys debía continuar la escuela, después de las vacaciones de verano. En Nueva York había comenzado el primer grado en la Escuela de las Naciones Unidas y su vida de escolar debía consolidarse sin interrupción.

Vacaciones con los abuelos alemanes

Había solicitado al Banco Nacional de Cuba permiso para poder comprar en pesos cubanos los tickets para viajar a Alemania y pasar las vacaciones, junto con los niños, en casa de mis padres. Ellos aún no conocían a su nieto Dani.

Fue un proceso tedioso de llenar planillas y más planillas. Con la falta de papel que había en el país -para estos fines sí lo había en abundancia-. Llenar las planillas fue una cosa, soportar un interrogatorio exhaustivo fue otra. Que si llevaba tantos más cuantos años en el país y no había solicitado nunca antes el cambio de moneda nacional para comprar un boleto de avión, que si no tenía quién me pagara los tickets en el extranjero, que la situación nacional no estaba como para pagar viajes, aunque -por supuesto- teníamos derecho a visitar a nuestros familiares, pero había que hacer sacrificios para ahorrar, etc., etc., etc. Tuve que aportar certificados de buena conducta de la universidad y buscar el apoyo de algún funcionario importante que recomendara la aprobación de mi solicitud a la presidencia del Banco. El que tiene un amigo, tiene un central. Se cumplió la vigencia de este dicho cubanísimo, gracias al radio de amistades de mi marido. Tuvimos suerte. Nos otorgaron el derecho de comprar los boletos.

Acto seguido hubo que vencer otro obstáculo importante: el de conseguir en corto tiempo los pasaportes, que debían estar provistos, incluso, de fotos de los pequeños. Conseguimos las fotos -por supuesto- con la intervención de un amigo. Este tipo de ayuda ya en aquel entonces se llamaba "palanca". Sin ella no hubiese sido posible, pues la institución que se dedicaba a realizar trabajos de fotografía -yo la llamaba "casa de los monstruos"- no tenía ni película ni las sustancias químicas requeridas para la terminación de los trabajos fotográficos. Todavía no estaban entrando los productos "ORWO" de la RDA. El "Sociolismo", único sistema que funcionaba, había dado, una vez más, prueba de su efectividad y el día previsto nos vimos en el viejo avión Britannia que daba sus últimos resoplidos en el aire -poco tiempo después fue retirado de circulación, quedando sustituido por un aparato Ilyushin- para llevarnos rumbo a Praga y de allí a Berlín.

Cuando aterrizamos en Berlín, pasamos un susto descomunal. Los oficiales de inmigración no querían dejarnos entrar al país.

"Usted es alemana. ¿Cómo se atreve a viajar con pasaporte extranjero? Sinvergüenza, aquí no va a entrar. Tiene que regresar con el mismo avión con el que llegó. En dos horas estará en el aire nuevamente, rumbo a La Habana. Y no se le ocurra volver con documentos que no sean de la RDA. No podrá entrar. ¡Aprenda que aquí se respetan las leyes y el orden!".

Para suerte nuestra, el entonces Embajador de Cuba en la RDA, viejo compañero de lucha de mi marido, nos estaba esperando. Como diplomático tenía derecho a pasar al salón de recibo. Fue así que por segunda vez en mi vida, (la primera fue cuando me casé y salí para Cuba) la parte cubana intervino para liberarme de las medidas autocráticas de la RDA. El Embajador personalmente tuvo que pedir en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el día después, la autorización para mí y los niños a quedarnos en la RDA, por espacio de tres semanas, sin necesidad de cambiar nuestros documentos. Fue ésta tal vez la primera confrontación entre Cuba y la RDA sobre asuntos de ciudadanía de alemanes casados con cubanos. Para mí personalmente fue la demostración de que estaba en la lista de ovejas negras por el incidente con la oficina comercial de la RDA en La Habana, cuando, al rechazárseme el derecho a una plaza en el círculo infantil alemán para mi hijo, me había negado a trabajar nunca más con alguna institución de la RDA en Cuba.

En casa de mis padres olvidamos el incidente muy rápidamente. Tuvimos un verano espléndido, con sol y calorcito como en un invierno cubano. Paseamos los días a orillas del Mar Báltico y en los bosques frondosos que quedan a cinco minutos de caminata desde mi casa alemana, en la que nací.

Al ver el Mar Báltico por primera vez, Dictys dio un grito de horror y de decepción: "Mami, ¡qué asco, una cloaca gigantesca!".

Efectivamente, el mar estaba cubierto de una gruesa capa de algas en estado de putrefacción. Parece que el "calor" prolongado desde hacía semanas, había provocado un crecimiento desordenado de las algas, como un cáncer marítimo. Había gente bañándose en este caldo apestoso. Nos fuimos a otra playa menos protegida de los vientos y -oh maravilla- estaba limpia. Yo sabía que el agua no servía para bañarse; no porque estuviera sucia sino porque estaba muy fría para quienes están acostumbrados al agua deliciosamente tibia del Caribe. Los niños corrieron para bañarse, pero regresaron más rápido de lo que habían entrado. La playa -si bien es cierto que no resultó apropiada para bañarse- servía para correr, jugar, remar en botes y divertirse. Y siempre había un montón de niños acompañando a los nuestros, de manera que las vacaciones en casa de los abuelos alemanes constituían para mis hijos acontecimientos inolvidables.

Lo más llamativo para ellos, sin embargo, fue la comida alemana. En mi casa había -gracias a una serie de invernaderos y de plantaciones de frutales- todos los vegetales y frutas habidos y por haber: manzanas, moras, ciruelas, peras, cerezas, fresas, tomates, pepinos y hasta uvas. La casa estaba repleta de invitados, pues además de nosotros tres, se encontraban de visita veraniega un tío, una tía y casi siempre alguna que otra prima y sobrinos. Para las comidas se servía una mesa enorme. Los platos se prepararon -en honor y para placer de mis hijos- de acuerdo con los deseos de ellos, porque "pobrecitos, son tan pocas las veces que pueden comer lo que les gusta". Mi mamá llegó al extremo de buscar en un diccionario alemán-español las palabras de los diferentes

alimentos y platos, para poder entender a Dani y prepararle los manjares solicitados. El muy sinvergüenza se negaba a aprender alemán y bombardeaba a mis padres y a todos los demás con su verborrea en español. Él le corregía la pronunciación del español a su abuela y se reía de ella si no lograba decir las palabras correctamente.

En la mesa de mi casa siempre reinó una disciplina férrea. Hablar o reírse estaba prohibido. Mi padre era la autoridad suprema. Bastaba una mirada suya para llamarnos al orden si nos habíamos atrevido a llegar al límite de tolerancia. Mis hijos lograron echar al pique todas las normas establecidas. A Dictys le encantaban las papas fritas. Durante las vacaciones, en las cenas nunca faltaban. Mi madre preparaba siempre una cantidad tan enorme de este plato que cualquier ajeno hubiese creído que ella tenía que alimentar un batallón de gente. Si antes eran los adultos los que se servían la comida y despúés les tocaba a los niños, estando los míos en la mesa, se viró el orden. Dictys, viendo la macro-fuente llena de papas fritas humeantes, oliendo a gloria, no pudo contenerse y la abrazó como si fuera un tesoro, exclamando extasiado, en un alemán lleno de faltas: "todo esto es mío, mío". Una carcajada de los presentes fue la respuesta a esta manifestación de gula. Dani, por supuesto, no se iba a quedar atrás. Cuatro años más joven que su hermano, no pretendía comerse tantas papas, pero el grandísimo tarro de barro repleto de pepinos en curtido, que se encontraba en el centro de la mesa, ejercía sobre él una atracción imposible de reprimir. Dani saltó sobre la mesa como un gato. Metió el brazo en el tarro hasta el fondo, mojándose la camisa hasta el hombro, sacando un pepino hermoso, el cual desapareció por entero en su boca, pasando de allí al estómago casi sin haber sido masticado.

Mis hijos contribuían continuamente a divertir a todo el familión reunido. Alegres, espontáneos, hablando y cantando ininterrumpidamente en una mezcla de inglés, español, sazonada con una pizquita de alemán recién aprendido, eran la sensación y atracción también del vecindario.

A mis padres y a los invitados les encantaba ver a mis hijos comiendo como los bárbaros en tiempos remotos. Daba gusto cocinar para ellos y conseguirles bocados ricos. Se lo comían todo -sin tener que pedírselo-. Todo lo contrario que sus primas, las cuales estaban muy quisquillosas, hacían muecas y dejaban más de la mitad en sus platos. Habría que haberlas mandado una temporada a Cuba para saber lo que significa querer comer y no tener nada más que arroz y frijoles. Y ni siquiera esto.

Las tres semanas pasaron en un santiamén.

Un día antes de tener que partir, mi padre nos sorprendió con un regalo extraordinario: en la cámara de humo del carnicero, amigo de la familia, habían madurado -por encargo de mi padre- dos jamones exquisitos. Con estas piezas empaquetadas en mi maletín de mano, tuvimos la esperanza de poder burlar la aduana cubana. ¡Ay, qué ilusión! Los jamones olían tan fuertemente que a todos los pasajeros y funcionarios aduanales, la boca se les hizo agua. El olor nos traicionó. Nos quitaron los jamones en menos de un

abrir y cerrar de ojos. Y tuvimos suerte por no tener que pagar una multa, pues estaba terminantemente prohibido traer alimentos desde afuera. Estoy segura que los jamones terminaron en la barriga de los funcionarios y no -como estaba orientado y prescrito por la ley- en el crematorio.

El efecto balsámico de nuestras vacaciones se esfumó con este recibimiento en el aeropuerto habanero.

Exámenes de admisión en la escuela de natación

Quedaba un corto respiro en La Habana para comenzar las clases -Dictys en la escuela primaria y yo en la Universidad-.

Pero antes de continuar su vida escolar, a Dictys le aguardaba todavía una prueba especial. Todos los niños que iban a una escuela con sistema de internado o del "Plan Ana Betancourt" tuvieron que someterse a un examen diagnóstico para determinar su aptitud para estar en una institución de estas características.

Una psicóloga recién graduada, muy resuelta, con la cabeza llena de sabiduría, pero sin experiencia vital, bombardeó a Dictys con preguntas.

"¿Qué cosa es un quilo?" (un centavo), quiso saber la especialista.

Dictys la miró, me miró a mí, sacudió los hombros como para expresar que la persona que estaba frente a él era tonta y respondió la pregunta con otra pregunta. Obviamente no sabía qué era un quilo. La joven le enseñó un centavo cubano. "Ah, esto..., esto es un penny".

"¿Qué está diciendo? Pero esto no hay quien lo entienda", se quejó la psicóloga.

A Dictys comenzó a fastidiarle el repetido "el niño no sabe expresarse, no puede comunicarse, está confundido", etc.

Terminando el examen, la psicóloga le enseñó una serie de tarjetas con dibujos en color, y el niño, ya con ganas de irse a la casa, le dio a conocer su interpretación tan rápida y apuradamente, utilizando todo su vocabulario de políglota, que la jovencita se quedó mareada, frustrada e indignada.

"Si quieren evitar que el pequeño se vuelva loco, no deben hablarle en ningún otro idioma que no sea el español", sentenció. "Deben pasar, por lo menos ocho años, antes de que puedan empezar con otra lengua. Tiene que consolidar su español".

¡Qué día tan tedioso! ¡Qué pérdida de tiempo!

Esta joven especialista no había conocido, hasta ese día, un fenómeno tan terrible. Sintió mucha lástima por el niño "desgraciado", cuyos padres lo habían expuesto a semejantes atropellos. El niño, recién regresado de Alemania, donde refrescó un poco sus conocimientos de idioma alemán, había llegado otra vez a un nivel similar a cuando era más pequeño, cuando hablaba su propio idioma. Esta vez, sin embargo, no se trataba de una lengua inventada, sino de una mezcla anglo-alemañola. Y en esta mezcla había tratado de comunicarse con su inquisidora, la cual, al no saber absolutamente ningún idioma extranjero, no podía concebir que el muchacho se sintiera feliz y contento con este estado de cosas.

"Ustedes han traumatizado a este pobre niño. No sabe expresar sus sentimientos, sus pensamientos, le falta vocabulario. ¡Qué barbaridad! ¡Esto es criminal!", me regañaba la joven.

"Al niño no le cuesta ningún trabajo expresar sus sentimientos y pensamientos", le repliqué, "sólo lo está haciendo en tres idiomas. Cuando no sabe una palabra en español, la sustituye por la correspondiente en inglés o alemán".

"Allí precisamente está el problema: nadie lo entiende", volvió a la carga la psicóloga.

"Un niño de su edad aprende un idioma en corto tiempo, de manera que no dudo que dentro de unas semanas, su español estará a la altura de los requerimientos", di a entender a la obstinada mi criterio al respecto.

Dictys nos había planteado muy categóricamente, cuando estaba en discusión la continuación de su vida de alumno de la primaria, que no iría a ninguna escuela que no tuviera piscina. La única escuela cubana que reunía esta condición, era la escuela de natación. Le explicamos a nuestro hijo las características de esta institución, sabiendo que era demasiado pequeño como para poder evaluar sus posibilidades y percatarse de las consecuencias de su exigencia y decisión. Todos nuestros intentos de quitarle de la cabeza la idea de aprender a leer y escribir en una piscina, terminaron sin resultado positivo. Dictys quería ir a la escuela de natación. O ésta o ninguna.

Nos presentamos a los exámenes de ingreso. Cada niño tuvo que hacer demostración cabal de sus aptitudes de nadador en potencia. Especialistas formados debidamente, a la altura de los niveles más actualizados del desarrollo de la natación, debían realizar la selección de los futuros campeones. Un montón de chiquillos, acompañados de sus padres, los cuales estaban sufriendo las mil y una tensiones inaguantables por querer ver contra viento y marea a sus tesoros entre los seleccionados, se tiraban al agua, luchando contra el elemento como Don Quijote contra los molinos.

Dictys fue definitivamente uno de los seleccionados. Quedaban algunos días antes de su mudada a la escuela y aprovechamos el tiempo para depurar su técnica del estilo "pecho", porque sabía que su "patada" distaba de ser perfecta (yo misma había

practicado activamente este deporte y conocía los movimientos correctos al dedillo), aunque este defecto no impidiera que él fuera admitido en la escuela de natación.

Dani nos saca de quicio

Viviendo a menos de una cuadra de la costa, en Miramar, era lo más normal y natural que los niños pasaran la mayor parte del día en el agua. Yo me llevaba a Dictys al agua profunda, mientras Dani se quedaba sentado en el muro de la playa "Patricio Lumumba". A su lado tenía una palangana con arena y un cubo y una palita para jugar. Como medida de precaución le había colocado por la cintura un cinto con una pequeña boya plástica que servía de salvavidas en caso de que accidentalmente se cayera del muro al agua. Dictys y yo nos alejamos unos quince metros del muro para practicar los movimientos de piernas y brazos. De vez en cuando le echaba una mirada a Dani, el cual nos observaba desde el muro.

Parece que a Dani le dio un ataque de celos, por no ser él el centro de la atención. Vi cómo estaba zafándose el cinto, tirándolo sobre el muro, con un gesto de desprecio y odio. Después se acercó al borde, tanto que los dedos de sus pies se pegaron a la pared del muro, levantó los brazos y como un maestro del trampolín se tiró al agua.

Me quedé hecha una pieza de espanto y susto. ¡Qué niño tan atrevido, intrépido y testarudo! Ya esto sobrepasaba cualquier maldad que yo hiciera en mi infancia.

No había tiempo para estar pensando en nada más que en llegar rápidamente al lugar, donde Dani se había zambullido. Todavía él no sabía nadar, de manera que debía sacarlo lo antes posible. Dictys estaba espantado, porque había visto a su hermano desaparecer en el agua. Tuve que dejarlo solo para salvar a su hermano. Me temía que Dictys se pusiera nervioso y tragara demasiada agua, pero su hermano estaba más necesitado de una bocanada de aire que él por llevar ya un rato debajo del agua, sin poder respirar. Nunca, ni en mis mejores tiempos de nadadora, nadé tan rápido. Había oleaje que impedía ver claramente. Buceé y encontré al niño a aproximadamente un metro de profundidad. Lo subí, lo remolqué hasta la escalera y lo puse sobre el muro. Tuve que vaciarlo como un cubo. Escupió una cantidad bárbara de agua y se quedó fláccido, blanco como la cera, listo para recibir -por quinta vez en sus ahora dos años y medio de vida- la ayuda indispensable de su mamá que ya se había hecho especialista aplicando con su hijo diversas técnicas de reanimación.

Cuando estaba restablecida la normalidad, me senté con Dani en el muro. Le hablé largamente, calmándolo, pensando que el pequeño debía estar más asustado que nosotros.

Dani me miraba con odio, no me contestaba. Yo le daba la palita y el cubito. Los tiró al agua. Le coloqué nuevamente el cinturón-salva vidas. Caminé un rato con él en el muro,

enseñándole los pececitos que se veían desde allí. Dani estaba bravo, o tan asustado todavía que no hablaba conmigo.

Afortunadamente, Dictys logró salir del agua sin ayuda y sin inconveniente. Estaba muy asustado. Él no podía entender por qué su hermano se había tirado al agua, sin saber nadar, quitándose previamente el salvavidas. Obviamente quiso llamar la atención, se sintió abandonado, pero quitarse el salvavidas y tirarse después, ¡qué locura!

Estaba convencida de que Dani nunca aprendería a nadar, que esta experiencia desagradable de tragar tanta agua y de sentir ahogarse lo convertiría en enemigo eterno del agua, de que se acobardaría, como tal vez le hubiese sucedido a un niño caído accidentalmente al agua. Pero mis presagios no se cumplieron; es más, el mismo día, sólo unos minutos después de casi haberse ahogado, Dani nos presentó una copia exacta de su demostración de niño abandonado que pide a gritos que le presten atención.

Segura de que de ahora en adelante habría que emplear miles de trucos para lograr que Dani fuera voluntariamente al agua, nuevamente había salido nadando con Dictys para continuar nuestra clase de natación.

Otra vez nos encontramos a unos quince metros de distancia del muro, cuando Dani volvió a quitarse el cinturón-salvavidas y, aunque le gritara desesperadamente que no lo hiciera, se tiró al agua profunda con la misma expresión de desprecio y odio.

"Dictys, ¡quédate tranquilo nadando aquí, tengo que sacar a tu hermano!".

Repetí todo el procedimiento ya recién practicado, que incluía vaciar al niño de agua tragada, reanimarlo, aunque esta vez se recuperó mucho más rápido que la vez anterior, y darle una sesión de psicoterapia. Acto seguido le ajusté el cinturón-salvavidas y me llevé al niño al agua junto con Dictys. Allí, Dani estaba feliz, prestando atención para ver si lograba imitar los movimientos de brazos y piernas que estaba practicando su hermano.

De allí en adelante, Dani se bañaba regularmente en el agua profunda, aprendió a nadar en menos de una semana y se deleitaba tirándose de todos los trampolines a su alcance, demostrando fehacientemente ser campeón aguantando aire. Después de cada tirada de un trampolín buceaba por lo menos siete metros antes de volver a respirar. Obviamente, las hasta ese día seis veces de estar aparentemente muerto le habían servido de práctica. Estaba entrenado para poder mantenerse vivo, sin respirar, por lo menos durante dos minutos. ¡Un buen récord para un niño de menos de tres años de edad!

Capítulo IX

Continúo mis estudios. Los ninos van creciendo. Al fin termino la carrera. El "Anio de los diez millones". Un trabajo fijo

La continuación de mis estudios quedó garantizada no antes de haber tenido discusiones muy polémicas con la dirección de mi facultad. Habían cambiado todo el programa, de manera que no sabían cómo y dónde ubicarme. Se pretendía -como si esto fuera lo más natural del mundo- que empezara de nuevo, faltándome sólo algunos exámenes para terminar. Tuve que tomar en mis manos la solución de este problema. Propuse participar en dos cursos, en el horario de la mañana asistir a uno, en el de la tarde a otro, para finalizar mis estudios en menos de un año.

Así sucedió que tuve la suerte de vérmelas con un grupo de estudiantes chinos, en pleno proceso desquiciante de la "Revolución cultural". Esta situación, afortunadamente, no duró mucho, pues mis compañeros chinos desaparecieron un buen día, sin aviso previo. Ya las últimas semanas de su presencia resultaron tediosas y cargadas de tensión debido a las órdenes ambiguas y muchas veces absurdas que estaban recibiendo de su Gobierno a través de la Embajada en La Habana. Se les había prohibido participar en las conferencias de literatura, historia, filosofía, sociología y arte. Sólo se les permitió asistir a las clases de idioma, gramática, fonética, y sintaxis, quedando limitada la acción de los profesores de tal manera que aquello no merecía el calificativo de "estudios universitarios". En las clases de "redacción y composición" no se podía hablar, ni escribir, ni debatir sobre los clásicos de la literatura española o de cualquier otro país. Los profesores ya no sabían qué contenido darle a su trabajo, pues continuamente las autoridades chinas amenazaban con prohibiciones y la retirada de los estudiantes de la Universidad de La Habana, cosa que definitivamente sucedió. Un día de clases en el grupo de los chinos era un espectáculo divertido. Antes de comenzar el profesor su conferencia, rezaban con sus "Cartillas rojas de Mao", como si necesitaran entrar en calor, masajear las células grises y poder así soportar las sesiones de clases. En cada receso reanudaban sus rezos, meneándose al compás de sus letanías monótonas, con los ojos en blanco y gestos extasiados. Los cinco estudiantes no chinos éramos aire. No existíamos. El profesor de "redacción y composición" estaba al borde del colapso. No soportaba las limitaciones impuestas.

"Estos estudiantes ya llevan cuatro años en el país y cuando les mando a leer sus composiciones, no sé en qué idioma lo están haciendo, porque español no es", exclamaba desesperadamente.

Cuando habían quedado seleccionados para estudiar lengua y literatura hispánicas en La Habana, las autoridades chinas no habían tenido en consideración criterios de talento o de aptitud, sino lo importante era cumplir el plan: una cantidad x tenía que estudiar esta

carrera. El deber de los asignados era asistir con disciplina a las clases y terminar los estudios en el tiempo previsto para, a continuación, ser enviados "adonde la Revolución los reclamaba". Esta misma frase se utilizaba constantemente en Cuba. Mis alumnos de idioma alemán ¿no habían pasado ellos por un proceso de selección casi idéntico?

Los profesores nuestros decidieron tolerar la presencia de los chinos ignorándolos al igual que ellos ignoraban sus conferencias, exigiéndoles que no interrumpieran sus clases, que no molestaran, que leyeran su cartilla, si éste era su deber, incluso durante las conferencias, pero que lo hicieran, por favor, en silencio, y concentraron sus esfuerzos en favor de los cinco no chinos que estábamos ansiosos por avanzar en nuestros estudios. El día que nos encontramos el aula sin nuestros compañeros chinos, todos nos sentimos aliviados. La vida normal quedó restablecida y en poco tiempo estuvimos al día con nuestro programa de estudios.

Los chinos fueron sustituidos por vietnamitas, jóvenes sumamente disciplinados y aplicados. Les sucedió algo similar que a los chinos. Les resultó extremadamente difícil aprender el idioma español. Aun años después de haberlo iniciado no lograban asimilar la fonética que debe haberles parecido algo imposible de captar y por ende de imitar.

El profesor de literatura me pidió ayuda. Estábamos analizando el "Romancero" y nuestros compañeros vietnamitas declamaban con verdadero fervor revolucionario los poemas medievales convirtiéndolos en algo totalmente ininteligible y cómico a la vez, provocando en nosotros un coro de risas. Nuestras risotadas los irritaban. No entendían por qué nos estábamos divirtiendo.

En un receso, el profesor me dijo: "Mónica, ¿podría usted practicar con los vietnamitas la lectura del 'Romancero'? Usted tiene capacidades didácticas y tiene nervios, yo no resisto más estas torturas, primero los chinos, ahora los vietnamitas. Mire, ellos no están hablando en español, ellos lo pronuncian como si fuera su idioma. Lo cantan, y en vez de la ERRE aparece una ELE. No sé qué hacer para corregir estos defectos. ¡Por favor, ayúdeme!".

Con mucho entusiasmo inicié mis clases. ¿No había logrado enseñarles alemán a mis alumnos cubanos aunque al comienzo pareciera que nunca lo aprenderían?

"Mo-lo de la mo-le-l-ia" cantaban.

"No, se dice: Moro de la Morería. ¡Repitan: Moro de la Morería!". De nuevo rezaban: "Mo-lo de la mo-le-lia", separando cada sílaba como si la estuviesen cortando con un cuchillo.

Traté de encontrar una lectura menos complicada y cargada de "erres" que el "Lo-man-celo". Les presenté anécdotas de Samuel Feijoo, verdaderas joyas del folclore cubano. La dificultad ahora era otra. No entendían el vocabulario de los guajiros cubanos. Tuve que explicarles el sentido de cada cuento, traducírselo al español que ellos conocían,

iniciándose discusiones interminables sobre el porqué de la utilización de una palabra, cambiándole totalmente el sentido original. Estaban por ejemplo las frases: "no me jeringues más" o "¡Qué jeringa!", las que Feijoo utilizaba frecuentemente y que chocaban con la lógica de mis compañeros vietnamitas. No podían concebir que una sola palabra sirviera para expresar situaciones y cosas totalmente diferentes y querían saber cuál era el código para poder darse cuenta cuándo una palabra significaba lo uno y cuándo lo otro. Les di una breve clase sobre el desarrollo del idioma, sobre la asociación, la comparación, la semejanza, sobre todos estos recursos que desempeñan un papel importante en el desarrollo de una lengua viva. No me entendían. No pude imaginarme que en su idioma propio no sucediera algo similar, pero como desconozco el vietnamita, no tuve elementos de comparación.

"Compañela Mónica, ‘la je-lin-ga' es un ob-je-to que se usa pa-la

in-yec-tal. ¿Qué tiene que vel entonces la 'je"lin-ga' con el fas-ti-di-o?,

¿cuándo significa 'je-lin-ga', 'je-lin-ga' y cuándo significa 'fas-ti-di-o'?".

Hay que saber que estas preguntas y otras similares se repetían una y otra vez y siempre requería su presentación una enorme cantidad de tiempo, pues tenían que buscar palabras de su vocabulario español muy parco, intercalando mucho ripio. Me condenaban a hacer acopio de mis últimas reservas de paciencia.

Mi consabida capacidad de aguante pronto llegó a su límite, "¡SIEMPRE!", les contesté, "¡Y NO ME JERINGUEN MÁS! ¡ESTA CLASE ES UNA ETERNA JERINGA!".

Los dejé plantados. No había llegado ni siquiera a la quinta clase de ejercicios fonéticos, cuando tiré la toalla. Solicitamos a los dos alumnos vietnamitas excepcionales que casi no tenían problemas con la fonética española a que se hicieran cargo de los ejercicios de ortología, considerándolos los más adecuados por ser conocedores cabales del idioma vietnamita, que debían saber dónde radicaban las dificultades de sus compañeros para poder abrirles los oídos a los sonidos del castellano.

Los niños van creciendo

Dictys, en su escuela de natación tan vehemente y decididamente anhelada y solicitada por él, aprendió muy rápidamente que la vida es diferente a lo que uno sueña. Teníamos que dejarlo en el "Punto" de recogida, la Ciudad deportiva, los domingos a las cinco de la tarde, desde donde se recogía a los alumnos en guaguas prehistóricas para llevárselos a la escuela en Guanabo. Regresaban a casa los sábados por la tarde, o sea, se quedaban con sus familias sólo un día a la semana, el resto lo pasaban en el internado, bajo un régimen similar al establecido en escuelas militares.

Pronto también nosotros nos dimos cuenta que la adaptación del niño a esta vida no resultó tan rápida y fácil como lo hubiésemos deseado. Dictys volvió a chuparse el dedo, después de haber dejado de usar, hace años, su trapito terapéutico y el dedo, sustituto de cariño, señal ésta más que suficiente para señalarnos que le faltaba el calor del hogar, que extrañaba el entorno de protección y de amor. Cuando llegaba su guagua al punto de recogida y nos veía esperándolo, sus ojos se iluminaban, pero durante el viaje en auto a la casa, se acurrucaba en el asiento trasero y se chupaba el dedo. Parece que estaba preparándose ya desde la llegada para la despedida del día posterior. Horas antes de tener que irse los domingos a la ciudad deportiva, se sentaba en un rincón, parecía estar meditando.. Calladito y con mirada triste, ensimismado y desinteresado se preparaba para el momento de tener que partir. En el viaje al punto no hablaba, volvía a chuparse el dedo, haciéndonos sentirnos culpables de condenarlo a soportar castigos sin haber él cometido faltas. Cuando la guagua a Guanabo arrancaba, todos los niños comenzaban un concierto terrible de llanto y gritos, sacando las manos por las ventanillas, suplicando con sus gestos que los dejaran salir para regresar a sus casas. Todos los padres se quedaban atrás tristes, algunos con risas nerviosas, digiriendo con dificultad el espectáculo tragicómico que presentaban los chiquillos cada domingo. Afortunadamente, a los dos meses de haber iniciado el curso, la mayoría de los niños comenzaron a aceptar el régimen de vida en internado y se aplacaban las emociones. También Dictys se adaptó, ayudado de su fiel y siempre presente pulgar que utilizaba para dormirse y para los viajes en auto. No lo chupaba en presencia de otros que no fueran de su familia. Sabía que esta "debilidad" podía llevar a sus compañeritos a burlarse de él.

Ya para finales de 1969 no se podía comprar en Cuba juguetes salvo para el día de Reyes o, más tarde, cuando por razones ideológicas el día de Reyes quedó anulado y se declaró el 26 de julio también día de los niños, se trasladó la venta de los artículos ansiados por todos los niños, para el mes de julio.

Para ese día y sólo para ése, los juguetes (cada niño tenía derecho a recibir uno básico y dos adicionales) se importaban casi exclusivamente de China y cuando las relaciones con los "Narras" habían quedado a nivel de insultos, se traían de la Unión Soviética y de la RDA.

La cantidad de juguetes nunca alcanzaba. Por cada mil niños había una bicicleta, un par de patines, una carriola. Días antes de iniciarse la venta, los tesoros quedaban expuestos en las vidrieras de las tiendas habilitadas expresamente para su venta. Enjambres de niños con sus padres, abuelos, tíos y demás familiares se apretaban las narices contra las vidrieras, "escogiendo" su juguete "básico" -que en definitiva era el que valía la pena, porque los "adicionales" eran de poca importancia- una pelotita de goma o un saquito con bolitas chinas o una maraquita plástica que se rompía a la tercera vez de haberle dado vueltas.

Dada la poquísima cantidad y la demanda exorbitante, hubo necesidad de distribuir los juguetes, siguiendo sistemas muy particulares. El juego a la lotería estaba prohibido, pero la venta de estos artículos tan codiciados resultó ser un juego a la lotería diabólico, bien encubierto. Un año se trató de organizar la distribución, siguiendo el orden numérico de las libretas de abastecimiento, otro año se procedió a venderlos después de que la gente hiciera colas en horario de la noche y madrugada, durante días seguidos. En ningún caso se logró satisfacer a la población, no hubo forma de lograr una distribución someramente justa y equilibrada. Tal empeño resultó totalmente irracional. No se contaba con la ayuda de Jesucristo, el cual sí había sido capaz de reproducir unos pocos panes y pescados para alimentar a las masas. Los pocos juguetes importados no se reproducían ni por arte de magia ni por los discursos de Fidel.

Un sistema de distribución le puso la tapa al pomo. No recuerdo si fue en 1969 o en el "Año de los diez millones", en definitiva, la fecha no tiene importancia. Pero la "idea genial", el engendro del sistema de venta, creo que va a inscribirse en los libros de historia de Cuba.

Al entonces Ministro de la Industria Ligera se le había ocurrido "empollar" el sistema de venta de los juguetes del día de los Reyes por turnos que se conseguían llamando por teléfono, dejando casi paralizado el sistema telefónico nacional. Ya el día después de la venta de los juguetes, en toda Cuba no quedaba teléfono público que funcionara. El maltrato, el uso indiscriminado -sin costo alguno para los usuarios-, la imposibilidad del personal de las tiendas de juguetes de atender miles y miles de llamadas para coordinar los turnos, dieron al traste con los equipos ya de por sí anacrónicos, necesitados de renovación, que habían aguantado ya demasiado en el transcurso del primer decenio de la Revolución. Los teléfonos japoneses que años más tarde sustituyeron estos viejísimos aparatos norteamericanos no resistieron ni remotamente los maltratos que aguantaron los del Norte.

Al ingenioso Ministro, creador del sistema de reservar turnos por teléfono, la ocurrencia le costó su cargo, teniendo el pobre que aguantar, además, el nombrete de "Serafín-rin-rin".

Tampoco había a la venta libros infantiles que sirvieran para ayudar a un chiquillo a aprender a leer y escribir. Para hacerle a mi hijo apetecible la lectura, despertar su curiosidad por desentrañar el significado de las letras compuestas, decidí escribirle una cartilla, utilizando los cuentos de los hermanos Grimm, que todavía me sabía de memoria desde mis tiempos de alumna del abecedario.

Su maestra me informaba cada fin de semana del adelanto de los niños, indicándome qué letras habían aprendido en el transcurso de la semana en cuestión. Y para reforzar la labor de la maestra, utilizaba en cada cuento semanal las nuevas letras que los niños habían aprendido. Una libreta de colegio, unos mochitos de lápices de colores guardados desde nuestro regreso de Nueva York y las ilustracíones de una enciclopedia

me sirvieron de instrumentos de trabajo. De la enciclopedia calcaba, en lo posible, los animales, figuras principales de los cuentos, de forma que el niño reconociera sin tener que adivinar, cuándo el cuento trataba de un chivito o del lobo o de conejitos, perros, gansos, pollos u otros animales. Yo era incapaz de dibujar las figuras requeridas por mi cuenta. En mis "creaciones", un caballo se parece a un ratón y viceversa.

La cartilla nos ayudó enormemente: no sólo para incrementar paulatinamente el vocabulario en castellano del niño, sino también para que aprendiera a leer con interés y considerara, desde el inicio, la lectura una necesidad vital. Cada vez que llegaba a casa para pasarse con nosotros el merecido fin de semana, me pedía la libreta para leerse el cuento nuevo que le había escrito. Luego se lo contaba a su hermano y en la escuela a sus compañeritos. De paso contagiaba a su hermano con el afán de querer leer y con el amor a los cuentos fantásticos.

Los efectos del entrenamiento intensivo en la escuela de natación se hicieron sentir muy pronto. Y los esfuerzos del niño fueron premiados con alguna que otra competencia ganada. Dictys adquirió un cuerpo de verdadero atleta, su piel quedaba bronceada del sol tropical intenso. Ya no se enfermaba tan frecuentemente como en años anteriores. A todos los muchachos los pelaban "a la malanguita". Este pelado se parecía a la motita de pelos que tienen en la cabeza los perros chinos que había visto con espanto y asombro el día de mi llegada a Cuba. En sus tiempos de nadador, Dictys se parecía mucho a su papá cuando éste era cadete de la Academia Naval y lucía un pelado idéntico, copia exacta de los adornos craneales de los marines de los Estados Unidos, parte también del uniforme obligatorio de los cadetes cubanos.

Conseguimos una plaza en un círculo infantil para Dani, después de mover un montón de "Palancas". Era la época de la falta crónica de personal calificado. Las "educadoras" venían a cumplir su turno de trabajo de vez en cuando. Cualquier dificultad les hacía olvidar su obligación. El día que iba a dejar a mi hijo en el círculo por primera vez, me llené de espanto. Una "educadora", en medio de un montón de por lo menos cuarenta niños de alrededor de dos años de edad, estaba sentada tranquilamente como si en vez de educadora cumpliera la función de espantapájaros. No le molestaban la gritería ni el mal olor de pañales repletos de orina y caca, ni las narices, de las cuales colgaban mocos amarillos espesos; nada la hacía levantar el fondillo de la silla. La llamé varias veces hasta que, al fin, me hizo caso.

"Pero qué se ha creído, compañera, no se puede hacer nada. ¿No ve que estoy sola con todos estos niños? Las demás compañeras están enfermas o tienen que resolver algún problema o se les rompió la guagua o tienen alguna otra dificultad. Los niños tienen muchos juguetes, pueden jugar. Si no quieren, no es mi problema, gritó, enseñándome una tonga de muñecas ya medio desarticuladas, varias subametralladoras de hojalata y carritos del mismo metal, todos juguetes del contingente del día de los "Reyes" que se habían distribuido a los niños cubanos como juguetes básicos. Entre los muchos no vi

ninguno que pudiera utilizarse con fines didácticos para los pequeños de la edad al cuidado de la "educadora".

Yo estaba francamente horrorizada y muy preocupada. Debía dejar a mi hijo en esta institución para poder terminar mis estudios y trabajar, pero el estado desolado en que se encontraban los niños en este círculo, la falta de responsabilidad del personal, la falta de higiene y el desorden provocaron en mí reacciones de rabia, impotencia, protesta e indignación. Al mismo tiempo era consciente de no poder hacer absolutamente nada. Me llené nuevamente de complejos de culpa. El conflicto entre querer compaginar la vida profesional con la condición de madre estaba mermando mis energías. Y Dani me dio a entender muy claramente que con él no podía contar, que él no era como su hermano, manso y obediente que se conformaba con su destino de tener que ser alumno en una escuela con internado. No, Dani desarrolló un sistema muy eficiente de resistencia y de protesta. Después de haber recibido -ya el primer día de estadía en el círculo- una mordida descomunalmente grande en el brazo que le propinó un compañerito agresivo, Dani se negó a participar en las actividades de su grupo. Se colocaba ostentosamente en un rincón y no se movía de allí. A la hora de las comidas se negaba rotundamente a probar bocado alguno. No tocaba su bandeja, provocando la ira y desesperación de la "educadora". Cada mañana, cuando lo levantaba para prepararnos para salir al círculo, comenzaba el mismo teatro: el vaso de leche quedaba tumbado en la mesa, inundando el mantel del preciado líquido. Ni regañinas ni amenazas de castigo cambiaban este estado de cosas. Cuando finalmente le decía: "Dani, ven, tenemos que salir" se le ocurría tener que ir al baño. "¿Dani, estás listo?", le preguntaba. "Todavía, mami, espérate, estoy terminando". Y se demoraba y demoraba hasta que al fin tenía que sacarlo del baño, dándome el chiquillo patadas y agarrándose de mi pierna para impedirme la marcha. Otras veces se metía debajo de la mesa y cuando trataba de sacarlo de allí, se abrazaba de una de las patas del mueble, dando gritos que se oían en todo el vecindario.

En aquellos tiempos, no estaba permitido recoger al niño antes de las cinco de la tarde. La regla decía: entrada hasta las ocho a.m., recogida a partir de las cinco p.m. Y si se llegaba tarde por la mañana, no se permitía la entrada. Lo de la hora de entrada se convirtió en arma eficaz del niño, pues con sus maniobras de demorar la salida sabía perfectamente que se ahorraba el castigo de tener que pasarse el día en el círculo. Yo no quise aceptar que mi hijo dictara las leyes y, reprimiendo mis sentimientos, lo obligaba a tomarse la leche del desayuno, a salir del baño a tiempo y continuar conmigo camino al círculo, por lo que él se vio estimulado a cambiar de táctica. De ahora en adelante se enfermaba con una frecuencia totalmente desacostumbrada, pues contrario a su hermano, antes de la "circulitis" había gozado de una salud envidiable. Y tuvo éxito, porque lo suspendieron continuamente del círculo. Parasitismo se llamaba la solución. Y se la procuraba comiendo tierra. No sabemos cómo supo que la rica tierra cubana no sólo sirve para ali mentar plantas sino también para darle cobijo a parásitos patógenos de las más variadas especies. Y curarlo de una clase de parásitos demoraba a veces

semanas. A continuación se pasaba en el círculo una semana a lo sumo para tener que quedarse en casa otra temporada prolongada. Un verdadero desastre para mí; para él la solución de su problema de rechazo al círculo.

Cada vez que quedaba suspendido de la institución, lo cuidaba su tía Pilar, hermana de su papá.

A Pilar hay que erigirle un monumento. Se convirtió en la madre sustituta de mi hijo. Lo adoraba, lo llamaba "vida mía", lo malcriaba, le hacía cuentos, lo trataba como si fuera su propio hijo.

Esta solución se hizo realizable gracias a la mudada de Pilar y Gonzalo a un apartamento que quedaba a una cuadra de nosotros, a menos de cincuenta metros de la costa. Sólo así fue posible que Pilar se encargara de recogerme a Dani del círculo y de quedarse con él hasta mi regreso de la universidad o del trabajo o de cuidármelo si estaba en casa, liberándose de los parásitos recogidos en la institución odiada.

Cada día, Pilar me contaba -con lujo de detalles- cómo había encontrado a su tesoro en el círculo, el cual -según ella- convertía a los pequeños en eternos llorones desgraciados. "Mira, Mónica, este niño se va a morir de tristeza y de enfermedades si sigues metiéndolo en 'la guardería'. No hay niño que pueda sentirse bien allí. Todos están con las caras llenas de mocos, los pañales sucios y mojados, llorando y gritando, mordiéndose mutuamente. ¡Qué va, esto no puede seguir así. Lo tienes que sacar del círculo. Yo te lo atiendo. No quiero permitir que mi sobrinito sufra y el círculo es un castigo. Allí no se educa, se castiga. Pobrecito de mi sobrino!".

Tanta lata dio que finalmente quedé convencida que mi cuñada tenía la razón. A sus argumentos se sumaban, además, los de nuestro pediatra, padrino de Dani, que me aconsejó dejarlo al cuidado de su tía y no seguir exponiéndolo a enfermedades que no sólo le estaban afectando física sino también psíquicamente.

Pilar, que había perdido a su único hijo durante la Guerra Civil en España y que había jurado no atender nunca más a un niño, después de que su sobrina madrileña dejó la casa para estudiar fuera, aquella chiquita encantadora criada por Pilar con amor, paciencia y atenciones esmeradas desde la etapa de los pañales hasta los primeros granos de acné de la pubertad, dejó de lado su vieja y firme decisión y se hizo cargo de Dani. Éste se sintió tan enormemente bien con la solución encontrada, que su comportamiento, su estado de salud nuevamente excelente, sus iniciativas múltiples para "empollar" actividades creativas, su adoración por la tía, a ésta le hicieron olvidar muy pronto sus penas pasadas con el cuidado de "niños que la dejan a una plantada como si nunca hubiese existido".

Un sábado libre de círculo y de trabajo estaba cumpliendo mi programa de rigor de limpieza de la casa. Yo daba por seguro que Dani se encontraba jugando en su cuarto,

donde lo había dejado con un montón de bloquecitos de madera para construir, ordenándole que no se moviera de allí.

De repente oí a nuestra vecina Ela hablando con Dani. Su voz denotaba ansiedad y terror.

"¡Dani, bájate de ahí ahora mismo. Mira, muchacho, te vas a matar!".

Y le siguió un grito estridente: "Mónica, quite al niño de ahí, se quiere tirar para abajo!".

Corrí al balcón y vi a Dani encaramado en el muro, listo para tirarse. Lo agarré por un brazo y lo bajé al piso. Me temblaron las piernas y se me nubló la vista y el estómago me dio vueltas cuando sentí que el niño estaba en terreno seguro.

Dani comenzó una gritería histérica: "¡Déjame subir al muro. Yo soy 'Mighty mouse'!" (un ratoncito poderoso, protagonista de la TV norteamericana, que ayudaba a todas las criaturas en apuros, saltando desde rascacielos, rompiendo paredes, subiendo al cielo, realizando sus hazañas gracias a un manto mágico que lo protegía de sufrir daños en sus saltos espectaculares). Dani estaba seguro de haberse convertido en "Mighty mouse", después de haberse colgado por los hombros un pañal viejo, su "manto mágico".

"¿Tú no te acuerdas del ratoncito poderoso que es amigo de todos los niños y los ayuda y los libera y no le pasa nada cuando se tira abajo? A mí no me va a pasar nada, mami, tú verás, no me va a pasar nada.

¿Tú has visto alguna vez a 'Mighty mouse' rompiéndose un hueso cuando se tira de un edificio? Nunca, ¿verdad? Y ¡yo soy 'Mighty mouse'! ¿No ves mi manto mágico?".

"Dani, tu manto mágico no es el que llevaba 'Mighty mouse'. El que tú llevas puesto no te protege".

"¡Mentira, es igual, y no me va a pasar nada!".

"Bueno, Dani, si crees que no te va a pasar nada, sube a la silla y tírate de allí al piso, de rodillas, déjate caer de rodillas. Si esto no te duele, entonces es verdad que eres 'Mighty mouse'".

Dani se encaramó en la silla y se tiró al piso como un saco lleno de piedras. Por supuesto que le dolió, le dolió mucho. Y se sintió traicionado de su ídolo "Mighty mouse". Lloró como una criatura que ha perdido algo muy valioso. Me costó mucho trabajo consolarlo y hacerle olvidar a su amigo -que ya no lo era- "Mighty mouse".

Dictys y Dani se pasaban la mayor parte de su tiempo libre en la costa, nadando, tirándose del muro al Golfo de México, buceando, gastando las energías para llegar al

hogar extenuados, sin ganas de fastidiar. Pero cuando se encontraban en casa, su creatividad se desbordaba.

Un día se les ocurrió construir un cohete. Les quitaron las cabezas a un mazo de fósforos. Añadieron a esta colección un poco de pólvora sacada de cartuchos de pistola, conseguida sabrá Dios de dónde. Prepararon un dispositivo conteniendo toda esta mezcla de material explosivo. Le prendieron candela. El "cohete" reventó con tremendo chispazo. Una verdadera lluvia de llamitas cubrió la tendedera llena de ropa de nuestra vecina. La ropa -toda de tela sintética- se convirtió en ceniza, en cuestión de segundos, despidiendo un olor nauseabundo. Ela se quedó sin ropa interior y el marido de Ela sin camisas. El papá de los "pirómanos" tuvo que pagar el daño, comprando en uno de sus viajes al extranjero sustitutos de las prendas quemadas, gastando los escasos ahorros reservados para cosas más útiles.

Los fines de semana y durante las vacaciones, los dos muchachos solicitaban de su madre un máximo de genio inventivo. Querían escuchar cuentos, y siempre más cuentos.

Después de haber leído una historia, Dani sabía exactamente dónde se encontraba cada párrafo. Yo trataba de acortar la lectura, saltando media cuartilla, pero Dani se daba cuenta inmediatamente: "Mami, así no es", gritaba indignado. "Falta un pedazo! ¡Mami, léelo otra vez, pero completo, m'oiste!", ordenaba. Cuando en el cuento había algún verso, me obligaba a inventarle alguna melodía. El verso hablado no le bastaba, había que cantarlo. Esto era lo más fácil del mundo, pero el muchacho quería que días después de haber inventado una melodía, se la repitiera exactamente igual que como la había cantado la primera vez y me regañaba cuando no lograba reproducirla fiel al original. No era fácil satisfacer la necesidad de entretenimiento de mis hijos. Eran insaciables. Por suerte, mis padres nos consiguieron las ediciones completas de los cuentos de los hermanos Grimm, Hauff y Andersen; unos libros maravillosos, con ilustraciones que hacían volar la fantasía de los muchachos. Yo les tenía que traducir los cuentos. Dani, con uno de los libros de tamaño y peso enormes en el regazo, controlaba la exactitud de mi traducción, guiándose de las ilustraciones y de su memoria fantástica, pues desde la primera vez de haber escuchado un cuento se lo sabía de memoria y no perdonaba alteración alguna.

Llegó el tiempo en que ya no se conformaban con los cuentos de los libros. Me exigían inventar historias. Cada uno debía dar su aporte, para terminar un cuento comenzado, pero la idea inicial me tocaba a mí.

A la hora de los cuentos yo pretendía imponer una disciplina -a mi parecer- necesaria. Cumplía con mi deber de inventar, cantar y leer a solicitud de los niños. A cambio acordamos que se quedaran tranqilos a dormir después de la historia. Dani saboteaba permanentemente el acuerdo. De dormilón se había convertido en "ojo duro". A los dos años dejó de dormir la siesta, y por la noche le costó mucho trabajo poder dormirse

antes de la medianoche (todavía hoy tiene la costumbre de acostarse en la madrugada y por la mañana se levanta con un mal genio de mil demonios; sólo al mediodía se normaliza su carácter afable de bonachón). Dictys y yo ya estábamos rendidos cuando Dani todavía daba saltos como un trompo en la cama. Ni regañinas ni amenazas lo hacían cambiar. Toda esta etapa se convirtió para mí en entrenamiento intensivo y sistemático para acumular paciencia, que duró algunos años, hasta que Dani sustituyó las sesiones de los cuentos leídos o inventados por mí por la lectura propia que llegó a convertirse para él en alimento cerebral tan importante como la comida diaria.

Con la cabeza despejada, libre de preocupaciones mayores -Dictys adaptándose paulatinamente al régimen imperante en la escuela de natación, convirtiéndose en deportista de altos quilates y Dani gozando de su infancia gracias a la atención esmerada y amorosa de su tía-, pude dedicarme a terminar mi carrera en la Universidad de La Habana. Me presenté para los exámenes finales, sacando "sobresaliente" en todos menos en uno.

Al fin termino la carrera

Comenzaba ahora para mí una de las etapas más felices en Cuba, la de preparar mi trabajo de diploma. Volví a encontrarme muy a menudo con Paco, el cual -por algunos meses- ostentaba el cargo de director de la Biblioteca Nacional, rodeado de la flor y nata de las letras y artes cubanas.

Mis profesores me habían permitido que propusiera yo misma el tema de mi trabajo de diploma. Mientras otros estudiantes trataban de descubrir la rueda nuevamente, estrujándose los sesos y complicándose la existencia con la búsqueda de algo original, me dediqué a hacer un trabajo que sirviera realmente a estudiantes de idiomas, que pudiera utilizarse como instrumento de trabajo en la labor compleja de la traducción y que no existió hasta ese momento: una colección de proverbios, dichos y refranes alemanes y su contrapartida en español. Hubo diccionarios de refranes en varios idiomas, agrupando miles de refranes y de proverbios, pero no aparecían los proverbios correspondientes en los otros idiomas, sino simplemente su traducción.

Resultó muy laboriosa la búsqueda de la "tapa para cada cazuela" y definitivamente tuve que eliminar de mi colección de varios miles una gran cantidad, para la cual no logré encontrar la contrapartida en castellano.

En este proceso intensivo de búsqueda de refranes y proverbios cubano-españoles conocí -por mediación de Paco- a muchos escritores, poetas y folcloristas cubanos. Todos estaban dispuestos a dar su aporte a la colección.

Paco me llevó a casa de Eliseo Diego, donde la familia completa se puso para el asunto: Blanca desde la cocina, Fefita y sus hermanos -cuando se encontraban- correteando por

la casa, desviaban su atención de sus tareas del momento para ayudarme. Era como un juego. Yo les traducía "mi" refrán o dicho alemán al castellano y ellos hacían una verdadera competencia para encontrar la contrapartida en español.

"La manzana no cae lejos del manzano", les decía. "De tal palo, tal astilla", me replicaban.

Y así, poco a poco, con los aportes principalmente de la familia de Elíseo, de Paco, incluso de Samuel Feijoe -desde Santa Clara, por correspondencia- llenamos mi rompecabezas, que al final quedó compuesto de más de seiscientos dichos, refranes y proverbios alemanes con su correspondiente en castellano. Me causó verdadero asombro conocer, a lo largo de este trabajo, cuántas similitudes existen entre ambos idiomas, pero también observé, por primera vez conscientemente, que muchos proverbios tienen "contra-dichos", que expresan totalmente lo contrario de los primeros, como sucede, por ejemplo, con el famoso dicho universal que elogia a la gente que se levanta temprano, mientras el mensaje contrario dice "no por mucho madrugar amanece más temprano". Encontramos ejemplos innumerables que confirman la existencia de proverbios para todo tipo de filosofía, situación, ética, moral y necesidad de aconsejar o de enseñar, de acuerdo con el dicho popular cubano: "Aquí hay de todo, como en botica".

Sumamente difícil fue la tarea de escribir la obra y confeccionar los ejemplares requeridos para el jurado y la biblioteca de la Universidad. No había papel. Solicité "regalos" a todos los amigos y conocidos que pudieran desviar algunas hojas de papel, de papel carbón y de copia de sus centros de trabajo, pues en ningún establecimiento comercial estos materiales podían comprarse. Como una ardillita que está recopilando la comida para el almacén de invierno estaba ocupada semanas enteras para acumular las cantidades necesarias.

Afortunadamente sabía escribir a máquina y confeccioné mi libro yo misma. No hubiese encontrado a nadie dispuesto a escribir un trabajo bilingüe, y menos teniendo en cuenta que las máquinas en Cuba no estaban equipadas con teclado alemán que tiene una serie de letras que no existen en español.

Cuando ahora estoy trabajando con mi computadora, me acuerdo a menudo de la locura, de los problemas infinitos que tuve que resolver para poder entregar los ejemplares exigidos en tiempo y forma. Mi vieja máquina de escribir portátil, que no estaba hecha para soportar tantas copias como las que tenía que confeccionar de un tirón, estaba a punto de negarme sus servicios. Mis dedos tenían que ejercer tanta fuerza y presión que se me acalambraban. Y los muchos borrones que inevitablemente producía, afeaban mi obra. Por suerte, al jurado no le interesó que mi libro estuviese lindo; su curiosidad fue estimulada por el contenido.

Para la defensa, la Universidad había buscado una filóloga, conocedora del idioma alemán, la cual había estudiado mi libro cuidadosamente y con mucha antelación, de manera que antes de iniciarse la discusión final -un verdadero interrogatorio de rigor- supe que no había encontrado errores en el texto alemán ni interpretación equivocada al proveer cada dicho con su media naranja. Yo lo sabía, pero parece que el jurado se vio en la necesidad de demostrar que se habían aplicado, con todas las de la ley, las normas de control de la calidad científica de un trabajo de grado.

Debatimos largamente, los miembros del jurado, otros profesores y yo de manera muy amena sobre los refranes, dichos y proverbios, desde sus orígenes hasta el presente, dedicándosele el merecido reconocimiento y respeto a la Biblia, a Cervantes, a Goethe y, por supuesto, a la sabiduría popular universal. Así, el debate final de mi trabajo de diploma fue una verdadera sesión de charla como en un club social.

Terminé con broche de oro mi etapa de estudiante de la Universidad de La Habana. Y comenzó la vida profesional regular. Ya antes, durante semanas, había estado trabajando a solicitud de diferentes instituciones. Casi siempre se trataba de labores de traducción e interpretación, atención a delegaciones de las más diversas características. No pasó un congreso político o científico en que no participara cumpliendo estas funciones.

1970, el "Año de los 10 Millones"

El "Año de los 10 millones" pasó, observándose en el país entero un deterioro constante de los servicios. Creo recordar que éste fue el año en el cual los últimos servicios rudimentarios todavía existentes se fueron a pique por completo. Todos los hombres con dos manos sanas se fueron a cortar caña, desde peluqueros hasta cirujanos de altos quilates, todos se incorporaron al ejército de macheteros que batalló por los diez millones. Las barberías, los timbiriches de zapateros remendones, las escasas lavanderías chinas aún existentes, los talleres de sastrería, todo quedó paralizado. Tuve que cortarle el pelo a Dani, a Dictys le procuraban su pelado a la malanga en la escuela. Por suerte siempre, desde mi infancia, tuve un corte de pelo muy práctico. Esto me vino bien en la etapa del "acabóse", pues yo también tuve que cortar y arreglarme el pelo yo misma. No había champú, ni jabón, ni pasta, ni cepillos de dientes. No había zapatos -ni siquiera los que se garantizaban por la libreta-. Nunca llegué a comprender cabalmente el sistema de distribución de la ropa, tela y calzado. Daba la casualidad de que cada vez que la venta correspondía a la letra de nuestro núcleo, no había nada o no había mi talla.

Los niños calzaban zapatos ortopédicos. Les tocaba un par por año -teóricamente-. Con un empeine incompatible con la horma "estándar" cubana no había forma de poder conseguirles los zapatos necesarios aunque les "tocara" comprarlos. Mis padres nos sacaron de apuros más de una vez, consiguiéndonos los artículos que en Cuba sólo

estaban en la libreta, pero no en los anaqueles. Dictys logró mantener la integridad de sus zapatos ortopédicos durante tres años seguidos y los usaba hasta que le dolían los pies porque el calzado le quedaba corto y los dedos apretados no podían crecer. Por estar más tiempo en el agua que caminando en la tierra, esta calamidad, por suerte, no llegó a afectarle el esqueleto.

A Dani, un par le duraba dos o tres meses a lo sumo. Los usaba para jugar al fútbol, pero en vez de pelota de fútbol que no se encontraba en su radio de acción, utilizaba piedras.

No había ni hay zapato que resista estos embates. Durante meses llevaba en los pies los restos ripiados y tristes de sus zapatos ortopédicos. Les faltaban las puntas por completo. Los dedos se le salían de estos huecos inmensos. El calzado de este tipo, del poco tiempo de haberlo estrenado, ya no podía cumplir su función de corregir los metatarsos caídos, pero al menos servía para proteger las plantas de los pies de cortes u otras lesiones.

Cada sábado de espera en el punto de recogida de los alumnos de la escuela de natación, los padres nos reuníamos para "matar" el tiempo, discutiendo sobre los acontecimientos más recientes. Tema global y permanente: la zafra de los 10 millones. "¡De que van, van!". "¡Los 10 Millones van!", oíamos todos los días -mañana, tarde y noche- en la radio y la TV. Lo leíamos en "Granma", en "Bohemia", en "Mujeres" y en cuanta publicación se produjera en Cuba en aquel tiempo. Nadie se creía el cuento de los 10 millones, al menos todos aquéllos que tenían elementos de juicio por estar trabajando en posiciones claves de la economía nacional y tener acceso a los informes regulares del avance o, mejor dicho, del atraso de la zafra le daban crédito a la eterna y constantemente repetida aseveración de la victoria. Sin embargo, nadie se atrevía a expresar públicamente sus dudas, su falta de optimismo. Se oía comentar que fulano o mengano había quedado suspendido de sus cargos, que a éste o aquél lo habían metido preso o le habían asignado su nueva morada en la península de Guanahacabibes, el "éxodo" infernal, situado en territorio nacional inhabitado e inhóspito que quedaba reservado, durante muchos años, a funcionarios de alto nivel que habían cometido "faltas" graves.

Durante este "Año de los 10 Millones" comenzamos también a apretarnos aún más los cinturones, pues la situación de distribución de alimentos, de viandas o de productos cárnicos había llegado a niveles tan pobres que el conocido espíritu de inventar de los cubanos quedó cojo. Ya no se podía inventar más. Nuestra cuota de carne de res -si lográbamos hacernos con ella- constaba de pellejos y tendones hechos picadillo mezclado más de la mitad con agua congelada. A esta "carne" le añadíamos mucho pan molido, quedando la plasta con una proporción de carne y cuatro de pan. Le echábamos cebolla -si había-, ajo -si había-, sal y pimienta -si había- y metíamos esta mezcla en un saquito hecho de un pedazo de sábana vieja, convirtiéndose el producto en tremenda

salchicha, después de haber pasado por un proceso de cocción en la olla de presión, con el cual se lograba ablandar el pellejo más duro del mundo. Así también se protegían las dentaduras de daños considerables. La salchicha tenía que durar todo el tiempo que pasaba hasta que nos tocaba la próxima ración de "carne". A los niños, este invento horroroso les supo a gloria. No cuestionaban la composición ni el origen de este "manjar" ni echaban de menos ingredientes más nutritivos. Simplemente se comían aquello con gusto al igual que habían llegado a aceptar tener que llenarse la panza con la nueva comida nacional cubana: arroz con chícharos y viceversa.

El histórico "Año de los 10 Millones" culminó con el igualmente histórico discurso de Fidel. La primera hora de su presentación estaba repleta de "Mea culpa". Y -milagro de los milagros- Fidel rescató -aunque sólo para este discurso- el "YO" que hacía tiempo había quedado proscrito, sustituido por el "NOSOTROS". Pues esta vez Fidel asumió la responsabilidad del fracaso, hablando en primera persona del singular, diciendo: "¡YO soy el responsable!". Con voz dramática, trágica, grave, tal como si tuviera que anunciar duelo nacional, le dijo "la verdad" al pueblo cubano: que los 10 millones no eran 10 sino escasos 7.

Pero la realidad demostró que el pueblo entero tuvo que aguantar las consecuencias de la responsabilidad de su jefe. Los funcionarios y especialistas presos o desterrados a Guanahacabibes no quedaron absueltos.

El discurso de Fidel nos procuró otro lema, un verdadero Diazepam fideliano que de allí en adelante sirviera de fórmula mágica para consolarnos, tranquilizarnos, darnos nuevas esperanzas: "Convertiremos el revés en victoria". En vallas, pancartas, afiches, en programas de radio, de TV, en periódicos y revistas no dejamos pasar oportunidad alguna para convertir el revés en victoria; hasta el día de hoy. Revés y victoria llegaron a ser sinónimos.

Un trabajo fijo

Mi primer puesto de trabajo oficial después de graduarme en la Universidad, me lo consiguieron amigos de mi marido en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Antes había servido de intérprete y traductora un sinfín de veces, aprendiendo y conociendo cosas de cuya existencia ni siquiera había escuchado anteriormente. Muchas veces me correspondió traducir temas que no entendía en absoluto. Y los especialistas cuyos discursos debían interpretarse, muy pocas veces lograban reunir el mínimo de consideración y comprensión requerido para permitir al intérprete traducir correctamente. Casi todos hablaban a una velocidad tan bárbara que no quedaba tiempo para convertir la verborrea en algo inteligible a otro idioma. Una verdadera catástrofe significaba tener que traducir textos leídos sin tenerlos a la vista. Y escuchar luego las quejas de los señores porque "los intérpretes estúpidos" no sabían traducir al pie de la

letra. No gastaban un minuto para tratar de ponerse en el lugar del desgraciado intérprete para el cual escuchar, comprender, traducir, encontrando de inmediato las palabras correspondientes del otro idioma, significaba un proceso simultáneo que requería un máximo de esfuerzos. A veces, cuando el tema resultaba aburrido, monótono, tedioso, me sorprendía a mí misma traduciendo mecánicamente, sin que el discurso tocara mis células grises. Detesto este tipo de traducción que me hace sentir como una máquina, un autómata anencefálico.

Agilidad, rapidez, buena memoria, capacidad para resumir y, por supuesto, conocimientos cabales de ambos idiomas, son los requisitos indispensables que debe reunir un buen intérprete. Con estos criterios en mente comencé pues mi trabajo en el ICAP, después de que la dirección de este centro aprobara mi proposición de desarrollar un programa de formación de intérpretes/traductores para el idioma alemán.

Pasaron los primeros días, pasaron las primeras semanas y “mi" programa de formación, al parecer, ya no le interesaba a nadie. La consabida manera de los cubanos de decir "SÍ", pensando un rotundo “NO", yo debía haberla asimilado hacía tiempo, pero siendo terca, rebelde, demasiado marcada con el cuño de la condición alemana, no me conformaba con la situación imperante. No acepto fácilmente pretextos y explicaciones evasivas. Habíamos acordado la realización de un programa e insistía en su cumplimiento. Esta era la razón de estar emplantillada en este Instituto. Una serie de entrevistas con el Presidente de la institución, el cual aseguraba la vigencia del programa, me daba "cordel" para seguir esperando. Sin embargo, no veía movimiento alguno que indicara que la instalación de los laboratorios y demás preparativos hubiesen empezado. Y para "matar" el tiempo me dieron tareas tontas, tales como escribir una monografía que ya estaba escrita o revisar traducciones cuyo contenido correcto ya estaba comprobado.

"Si quieren que invente algo que ya está inventado, que traduzca textos que ya están traducidos y que a nadie le interesan, vayan a buscarse a otra. Conmigo no cuenten para perder el tiempo en tonterías y que no me vengan con que la Revolución me necesita para eso. No se lo acepto".

Sabía que caía mal, que mi testarudez les molestaba, pero no por eso dejaba de reclamar constantemente que lo acordado tenía que realizarse.

Un buen día me anunciaron que el curso de "traducción e interpretación" se iniciaría sin más demora.

"Mañana te presentaremos a tus futuros estudiantes. Nos costó mucho trabajo encontrar candidatos idóneos, pero tu insistencia nos obligó a ponernos para la cosa", me informaron.

Contenta, entusiasmada, satisfecha y llena de optimismo, el día señalado me presenté en el Instituto, dispuesta a iniciar mi nueva labor sin otra demora. La dirección había citado

a un grupo de jóvenes seleccionados para formar el futuro equipo de intérpretes y traductores de idioma alemán. Los saludé y empecé a hablar con ellos en alemán. Sólo uno me entendía y respondía correctamente, los demás me miraban con asombro, manteniendo sus bocas cerradas. Parecían carneros en el prado, observando a los niños que empinan papalotes. Los pobres, no comprendían ni jota, porque nunca habían estado en un curso de alemán ni habían escuchado ese idioma. ¡Una selección similar a la de los estudiantes chinos! ¡Qué paquete, qué falta de respeto, qué monstruosidad!

"En 'mi' programa queda claramente definido que los estudiantes seleccionados deben haber aprobado como mínimo el curso de alemán para avanzados. Estos muchachos, salvo uno, no saben alemán. ¿Cómo creen ustedes que debe realizarse el entrenamiento, si lo más importante, la base, no existe? No basta con el deseo de ser intérprete. ¿Qué se han creído? Se están burlando de mí y de los muchachos".

Definitivamente había llegado al límite de mi capacidad de tolerancia. Les dije barbaridades.

"Conmigo no cuenten más. Acaban de ponerle la tapa al pomo. Pueden ahorrarse sus esfuerzos. Aquí no me quedo. ¡Renuncio!".

Se quedaron atónitos. No estaban acostumbrados a que alguien renunciara a una plaza segura por un asunto de "tan poca importancia". Lo normal era que lo destronaran a uno, pero ¿que la iniciativa partiera de una misma para destronarse voluntariamente?, inconcebible. Me calificaron de inmadura, impaciente que no comprendía las dificultades de la Revolución, etc., etc., blá-blá-blá. Sólo atiné a pensar: esta Revolución, ¿puede haber en ella cabida para tantas fallas, irresponsabilidades, deficiencias y autosuficiencias infundadas que continuamente le echan?

Ya desde el inicio de mi "labor" desquiciante en el ICAP estaba discutiendo con mi capitán sobre mis dudas de que las muchas promesas se cumplieran. Y cuando le anuncié que acababa de renunciar, tuve su apoyo irrestricto. Se comprobó la vigencia de "quien tiene un amigo, tiene un central", pues por mediación de amigos suyos recibí varias ofertas de trabajo: para impartir clases de alemán -"no, gracias"-, para traducir folletos sobre teorías pedagógicas -"no, gracias"-. Pero la oferta de la Presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, quien buscaba a una persona políglota para apoyar el trabajo del departamento de Relaciones Exteriores de la organización, me pareció lo suficientemente atractiva como para aceptarla. Ya en el año 1970, la FMC mantenía relaciones con organizaciones de mujeres de todos los continentes. Mis nuevas compañeras de trabajo me acogieron muy cordialmente. Mis conocimientos de alemán, francés, inglés y español me sirvieron enormemente y se utilizaban a diario. Poco a poco fui avanzando, desde intérprete y traductora hasta responsable de la atención a organizaciones de mujeres en diferentes áreas geográficas. Este trabajo cotidiano se interrumpía frecuentemente con el de atender a delegaciones extranjeras invitadas a Cuba por las más diversas instituciones políticas, científicas o económicas del país. Así,

desde mi puesto de trabajo en la FMC, no sólo llegué a conocer el desarrollo del movimiento femenino en el mundo entero, sino también los más diversos procesos del acontecer político, económico, social, cultural y científico mundial, lo cual me abrió horizontes que no estuvieron al alcance de cualquiera.

Capítulo X

Chile

Cuando en 1970 en Chile se produjo el cambio de Gobierno, después de triunfar Salvador Allende en las elecciones, mi capitán participó en la ceremonia de toma de posesión. Muchos amigos nuestros estaban ocupando puestos de importancia en el nuevo Gobierno. Nos sentimos muy contentos cuando supimos que mi marido había sido nombrado para trabajar como economista (su segunda carrera) en este país andino.

Este cambio que significó trasladar nuestros matules a Santiago de Chile e interrumpir nuestro trabajo regular, me encantó y me llenó de expectación. Estaba curiosa, llena de optimismo, deseosa de conocer un proceso revolucionario que se había iniciado a raíz de elecciones oficiales, democráticas, sin derramamiento de sangre.

Conocimos en Chile el desarrollo desde la efervescencia de lo nuevo, la euforia, el entusiasmo, las contradicciones, el afán de buscar y encontrar soluciones a los miles de problemas, hasta el caos y el fracaso.

Afortunadamente, no todo fue trabajo y tensiones, miedo a los contrincantes cada día más agresivos y violentos, lo que caracterizó nuestra estadía en Chile. Nos tomamos el tiempo necesario para conocer las bellezas de Chile. Por lo general, los domingos había toque de queda o estado de emergencia, lo cual significaba que debíamos estar en casa antes de una hora específica, o quedaba prohibido del todo salir. Con permiso o sin él, mapa en manos, salíamos a explorar las montañas. No logramos ni una sola vez entusiasmar a nuestros compañeros de trabajo a acompañarnos en nuestras excursiones. Preferían quedarse en sus casas ante el televisor o, si salían a algún lugar, iban a la playa, donde se achicharraban la piel, sin poder disfrutar de un baño refrescante en el agua. Las temperaturas máximas del Pacífico, en esta región, aún en el verano más caluroso, no llegaban ni a los veinte grados. Los más valientes llegaban a mojarse los pies, los cuales respondían con calambres descomunales y persistentes por no estar acostumbrados al agua fría.

Mi marido y yo, hechos una pareja solitaria, con una canasta llena de pan con salchichas y botellas de refrescos en el maletero, subimos a los Andes, sólo deteniendo la marcha y dejando el auto parado, cuando el camino quedaba tan estrecho que no se podía continuar en vehículo. Estábamos solos en este mundo divino de las montañas. Nos acompañaba la música majestuosa producida por el viento, el ruido de alguna que otra cascada y el murmullo del agua de la nieve derretida devenida riachuelos. El olor de los prados, de las flores alpinas, las actividades incansables de las abejas colectando néctar, las cumbres nevadas, las piedras talladas y pulidas en miles de años por la fuerza del agua..., cada detalle me transformaba, me llenaba de energías y de alegría como nunca

antes la había sentido. No pasaba un domingo en las montañas, sin que regresara con una colección de piedras, entre ellas algunos fósiles de incalculable valor para mí, una carga estúpida para mi marido que finalmente se negó a ayudarme a cargar "las rocas" que estaban "llenando nuestra casa hasta el tope".

Nos habíamos ganado una semana de vacaciones después del "apoteósico" viaje de Fidel a Chile, durante el cual tuvimos que trabajar mañana, tarde y noche ininterrumpidamente, siempre en "estado de alerta", dispuestos a resolver cuanta tarea se nos asignara.

Decidimos, dos colegas, mi marido y yo, viajar hasta el extremo Sur, hasta donde podía llegarse en auto. Habíamos reservado cuartos en un motel en un lugar llamado Pucón, situado a orillas de un lago muy hondo, cuya profundidad verdadera se desconoce, que se formó al llenarse de agua el cráter del volcán del mismo nombre. Hicimos escala en varias provincias antes de llegar a Pucón, guiándonos de las orientaciones que nos habían procurado amigos conocedores de los lugares dignos de ver. En uno de los descansos para estirar las piernas y merendar, habíamos detenido el auto cerca de un campo repleto de zarzamoras. Nunca en mi vida había visto arbustos de esta especie tan enormemente altos y voluminosos y con tantas moras grandísimas. Loca de contenta corrí a uno de los arbustos y empecé a comer moras.

Nuestro colega -que se las daba de gran conocedor de la flora y la fauna de América del Sur- espantado me gritó: "Mónica, te vas a envenenar. Estas bolas negras no pueden comerse, estás loca. No sigas comiendo esto. No sabes lo que estás haciendo. Aquí no conocemos a nadie, no tenemos ningún médico a mano que pueda salvarte!".

"Mira, muchacho, están riquísimas, pruébalas, son moras, frutas típicas de los países 'fríos'. Las conozco muy bien y te aseguro que no son venenosas. Si tienes miedo, espera un rato. Si no me muero, puedes tranquilamente comer de ellas".

Sólo comenzó a probar las frutas que tanta desconfianza y miedo le daban, cuando mi marido se las estaba metiendo en la boca gustosamente, sin que le produjeran ni vómitos ni convulsiones. Más tarde tuvo varias oportunidades para comer de las "bolas negras venenosas", pues en esta región, donde crecían tan abundantemente, se utilizaban para hacer confitura, mermelada y relleno de pasteles, de manera que las encontrábamos en el desayuno para los panecillos, de postre en el almuerzo y para acompañar -en forma de torta adornada con moras negras- el café de la tarde.

Cerca de Pucón se encuentra el volcán Villarrica, el cual había estado en pleno proceso de erupción algunos días antes de llegar nosotros a la zona. Se podía reconocer fácilmente dónde la lava había cambiado por completo el paisaje original. Quedaban puentes sobre ríos que ya no existían, cauces sin gota de agua, repletos de piedras limadas y pulidas del agua ahora desaparecida que durante milenios las había trabajado. Y encontramos ríos nuevos para los cuales aún faltaban los puentes necesarios para

poder cruzarlos. Nosotros, los cuatro aven tureros, caminamos por las áreas cubiertas de lava enfriada, sintiéndonos como si estuviésemos caminando en la luna. Estábamos pisando paisajes totalmente nuevos, vírgenes. Había árboles hechos ceniza, que mantenían su forma de árboles gracias a una capa de lava muy fina. Con un dedo se podía perforar la cáscara de un árbol, viéndose detrás de la corteza de lava dura cómo la ceniza hecha polvo negro muy fino, similar a arena, corría hacia el fondo del tronco.

Los moradores de la zona nos declararon locos de remate.

"El volcán va a empezar a escupir lava en cualquier momento. Váyanse a territorio seguro. ¿Quieren morirse achicharrados? La semana pasada acabó con todo un pueblo. No quedó uno vivo y las casas todas están destruidas. ¡Váyanse!", nos alertaban. Al ver que no les hacíamos caso, nos abandonaron, no sin antes expresar su desaprobación y condena por nuestra conducta irracional.

En bote de remos paseamos por el lago Pucón. Durante este paseo estaba en la Gloria a la vez que aterrada, casi loca de pánico, pero feliz, sintiéndome como una seguidora de Humboldt. Mi fantasía producía imágenes locas que me pusieron los pelos de punta. Tuve miedo, un miedo terrible de la profundidad incalculable. El agua estaba limpia y, sin embargo, se veía negra como azabache. Así debe ser la entrada al infierno. El deseo irresistible de estar en medio del lago, en un cráter de kilómetros de profundidad, relleno de agua, opacaba el terror ante lo misterioso y majestuoso de este fenómeno de la naturaleza. Me resultó totalmente necesario haber estado en el centro. Y cuando habíamos llegado allí, como si temiera que una fuerza de imán pudiera tragarse el bote en el momento menos pensado, junto con mi marido remé desesperadamente, reuniendo todas mis fuerzas, huyendo, impulsada de un instinto de animal, con el único afán de llegar otra vez a la orilla segura.

Amarramos el bote y probamos el agua. Estaba tibia, rica, invitaba a bañarse. Subí a una roca y me tiré de cabeza al agua profunda. Mi corazón dio un salto tan brusco y fuerte que tuve la sensación de que se me iba a salir de la boca. El agua estaba helada. Se me acalambraron todos los músculos. Grité como una demente, golpeando el agua para salir de allí lo más rápido posible. Cuando llegué a la orilla, parecía un camarón caldeado, estaba colorada, cubierta de piel de gallina, pero contenta y satisfecha conmigo misma. Mi capitán se llevó tremendo susto al escuchar mis gritos locos y verme dándole golpes al agua como si estuviese tratando de espantar un fantasma. Cuando supo que mi reacción se debía al frío intenso del agua, quiso demostrar su valentía y se tiró también. Le sucedió lo mismo, sólo que se dominó y no gritó, pero sus brazadas apuradas y los resoplidos de animal en apuros, eran señal segura de que el frío lo había sorprendido igual que a mí.

Durante las vacaciones de verano, las autoridades cubanas nos permitieron traer a los muchachos a Chile. En América del Sur, el invierno estaba en plena efervescencia. Los niños hicieron el viaje solos, cuidando Dictys a su hermano chico. El día de su llegada a

Santiago de Chile, unas horas antes de aterrizar el avión, había caído nieve que no se mantuvo en la ciudad, pero sí el aeropuerto estaba cubierto de una capa delgada de agua-nieve. Dictys y Dani se bajaron del avión, vistiendo pantaloncitos cortos y camisitas de mangas cortas. Calzaban zapatillas de tela. Al salir de La Habana, el termómetro marcaba 35 grados; en Santiago: un grado sobre cero. No se nos permitió recogerlos de la pista. Tuvieron que caminar el tramo largo hasta el edificio de la terminal aérea sin poder recibir abrigo alguno. Cuando pudimos finalmente abrazar a nuestros hijos, éstos estaban morados, parecían dos paletas de helado acabado de ser sacado del congelador. A Dani le temblaban las quijadas incontrolablemente. El dolor terrible en sus pies y manos, causado por el frío intenso, lo tenía al borde de perder los estribos. Dictys apretaba los dientes para no llorar, el frío lo sacudía desde las puntas de los pies hasta la coronilla. En casa los metí en la bañadera con agua bien caliente para descongelados y pusimos a funcionar la calefacción para crearles rápidamente un ambiente humanamente aceptable.

Días después tuvimos que comprarles ropa de invierno, zapatos y materiales escolares diversos.

Se sintieron felices con sus trajes de colegio, sus maletines, sus zapatos lustrosos, de cuero, sin huecos y con espacio suficiente para los dedos. Sus tesoros nuevos les parecían la obra mágica de un ángel desconocido, pero muy amigo de los niños. Les gustó la casa -tipo chalet suizo, con balcones y jardín-. Les fascinaba la chimenea que encendíamos cada noche. Su espíritu pirómano recibió estímulos descomunales. Naturalmente tuvimos que vigilarlos cuando la chimenea estaba produciendo un mar de llamas. Sentados alrededor del fuego, repasando los acontecimientos del día, inventando historias, cantando acurrucados todos juntos, pasamos las noches más felices en Santiago de Chile.

Para que Dictys no perdiera su condición de atleta de altura, le buscamos enseguida la posibilidad de continuar su entrenamiento intensivo. Había varios clubes deportivos que se dedicaban a la natación. El "Manquéhue" nos fue recomendado, y efectivamente dimos en el clavo, pues los niños del grupo de Dictys tenían la suerte de contar con un entrenador que sabía motivar a sus alumnos, que los trataba con amor y dedicación. Y lo más fascinante de todo: Dictys pudo quedarse a dormir en su casa, no lo obligaban a estar internado. Yo lo llevaba a las clases de natación en auto, acompañado de Dani, quien se mezclaba con el coro de familiares de los atletas, que se desgañitaban con su gritería cuando "su" atleta estaba de turno tratando de alcanzar tiempos fabulosos. Dictys participó en muchas competiciones. A menudo ganaba algún primero o segundo o tercer lugar, sintiéndose rey cuando en "El Mercurio", periódico más importante de Chile, encontraba también su nombre junto con los resultados de las competiciones.

Un día, el entrenador me informó que Dictys había quedado seleccionado para participar en una competición internacional en Argentina. Tuve que solicitar permiso de

nuestro Embajador para autorizar la salida a nuestro hijo. El entrenador me aseguró que asumiría la responsabilidad en lo referente a la seguridad del niño. "Señora, lo voy a atender y vigilar como a mi propio hijo. Sólo estaremos en Argentina tres días. Dictys es uno de los mejores de nuestro club, lo necesitamos en esta competición", me decía.

Al Embajador casi le dio un ataque cuando le hablé del asunto: "Mónica, ¡cómo se te ocurre querer enviar al niño a Argentina! Es imposible. ¿Si se enteran que es cubano y lo secuestran, si lo desaparecen? No puedo autorizar esta salida. Lo siento. Es un asunto político muy delicado. Sé lo que significa para el muchacho no poder ir, pero confío en tu habilidad de madre para quitarle esto de la cabeza". Punto. Naturalmente, Dictys no comprendió por qué no lo dejaban viajar junto con sus amigos. El entrenador tampoco. El niño lloró y estaba desesperado. Para él se trataba de una cuestión de honor que los viejos majaderos que le prohibían salir no entendían. Con su mirada expresando desprecio y odio nos castigó durante días. Y fue el entrenador quien definitivamente logró aplacar su ira y motivarlo a continuar nadando con ahínco para contribuir a mantener el nivel destacado de su "club.

Para garantizarles a los niños una atención razonable durante los días de vacaciones, decidimos solicitar plazas para ellos en la escuela de la Embajada de la RDA (República Democrática Alemana). En actividades diplomáticas había conocido al Embajador personalmente. Me pareció menos "cuadrado" que su colega en La Habana, que años atrás había vetado la entrada de Dictys en el círculo infantil, lo cual había llevado al rompimiento de mis relaciones con la Embajada de la RDA en Cuba.

Pero desde entonces había llovido mucho. Por parte de la Embajada no hubo obstáculos. Y los niños se adaptaron muy rápidamente a su nuevo ambiente. De paso, ambos volvieron a aprender un poco de alemán. A Dani, por no tener aún la edad requerida para ser admitido en la escuela, lo ubicaron en el círculo infantil. ¡Con la obligación de dormir la siesta! ¡Qué insulto para nuestro "ojo duro"! Ésta fue la única cosa que le desagradaba de su círculo. Cada mañana los dejábamos en su escuela, y por las tardes los recogía María, nuestra empleada, que se había convertido en la socia-cómplice querida y estimada de mis hijos. María era incapaz de negarles a los muchachos la realización de sus deseos y solicitudes más descabellados. Yo les había prohibido terminantemente comprar "helado italiano" -agua congelada mezclada con guachipupa química de colores chillones- un producto muy peligroso por ser manipulado en condiciones higiénicas catastróficas y por esta razón tenía fama de causar muy frecuentemente enfermedades gastrointestinales infecciosas. Se comían toneladas de este "granizao" delicioso.

María los acompañaba para comprarlo y también para comérselo.

Cada vez que llegaba a casa a una hora no esperada, descubría nuevas violaciones de las normas acordadas. Siempre contaban con el contubernio de María, que parecía un muchacho más. Antes del baño obligatorio, sudados, sucios, vestidos aún con ropa de

calle, estaban tirados en la cama, viendo un programa de la televisión espantosamente cursi, mal hecho, que vanagloriaba el misterio y la violencia. Claro que estaba prohibido ver este churre. Allí estaban los tres, con los pelos de punta, gritando y chillando al ver los monstruos y fantasmas que les ofuscaban tanto las mentes que no sintieron que yo estaba presenciando la escena hacía rato.

Otro día los agarré cuando estaban dando rienda suelta a su afán pirómano, encendiendo fósforos y más fósforos, no en la chimenea, no, lo hacían en la repisa de la ventana, con las cortinas sintéticas altamente inflamables a pocos centímetros de distancia de las llamas. Yo los veía, en mi fantasía exaltada, convertirse en montoncitos carbonizados. Cada vez a los sermones míos les seguían promesas de no volver a cometer faltas de esta índole, para luego continuar por el mismo camino. Francamente, estaban felices.

El Embajador me citó para reprocharme haber ubicado a nuestros hijos en la escuela de la Embajada de la RDA. Calificó esta decisión un acto egoísta e inaceptable. "No te importaron los demás niños cubanos. Sólo pensaste en los tuyos", me dijo.

"¿Y qué hizo usted para encontrarles una escuela apropiada? ¿No es la educación un asunto estatal? ¿No es usted el responsable, el representante del Estado cubano aquí en Chile? La Embajada cubana no ha dicho ni esta boca es mía. Mis hijos aprenden alemán y se someten al régimen de disciplina de la escuela alemana. Ningún cubano ha querido aceptar estas condiciones. Ellos encontraron lógico que mis hijos se inscribieran en esta escuela, pero a sus hijos no los quieren tener allí".

La veta diplomática ganó terreno y el reproche se convirtió en solicitud de ayuda: "Mónica, usted sabe de asuntos de educación. ¿Podría, por favor, buscar información para ver si existe alguna escuela chilena que reúna las condiciones indispensables, que se avenga a las exigencias nuestras?", me pidió.

"Claro que puedo. Lo mantendré al tanto de mis indagaciones".

No había que perder el tiempo buscando, pues conocíamos suficiente gente que podía darnos la información solicitada. Encontramos una escuela modesta, cuyos principios pedagógicos nos convencieron. Con el beneplácito del Embajador matriculamos a los muchachos en su nueva escuela. El programa correspondía al segundo semestre, pues de septiembre a noviembre, comienzo del verano del Sur, nos quedaban justamente cuatro meses de trabajo para terminar el año escolar que en Cuba iba a empezar el primero de septiembre. A los niños les faltó el primer semestre. Las maestras de esta escuela se esmeraban para recuperar, en tiempo récord, las materias que les faltaban a los niños cubanos y, al mismo tiempo, continuar con el programa normal. Organizaban sesiones de trabajo en horario extra-clases, y los niños lograban, poco a poco, ponerse al día.

Dani se vio de repente, con el cambio del círculo infantil a la escuela, terminando el primer grado sin haberlo comenzado. Los niños de su aula ya sabían leer y escribir. Su maestra se impuso la meta de enseñarle en un mes lo que los demás niños habían

aprendido en un semestre. "Si alcanzamos el objetivo sin que el niño se sienta sobreexigido, si él asimila este proceso intensivo, habremos ganado; si le resulta demasiado complicado, tendrá que empezar el primer grado el año que viene. Creo que al niño no le va a causar daño que intentemos dejarlo en el grupo en que se encuentra. Él es muy sociable, tiene ya muchos amigos y participa de todas las actividades. Claro, sin la ayuda suya no podremos realizar el plan. Le doy una lista de materiales que debe comprarle. Lo más importante por el momento es el "Silabario latinoamericano". Cómpreselo hoy mismo. Mañana le explicaré detalladamente cómo puede usted trabajar con este material para ayudar a su hijo a aprender a leer. Lo que yo no pueda hacer durante la clase -porque tengo que ocuparme de todos- lo tendrá que hacer usted con él cada día después en su casa. Estoy segura que formaremos un buen equipo. Y, por supuesto, holga decir que estaré a su disposición en cualquier momento".

Efectivamente, el plan tuvo éxito. Los libros nuevos, ricamente ilustrados, algunos con cuentos ya conocidos, otros con historias totalmente nuevas para Dani, exacerbaban su curiosidad. Saber leer era lo más importante, una cuestión de orgullo, de honor. Hacía progresos increíbles. Trataba de descifrar los titulares del periódico. Cuando íbamos por la ciudad en auto, se dedicaba a deletrear los letreros de las tiendas, sintiéndose el ser más feliz cuando desentrañaba su significado.

"Mami, mira, allí dice CO-CA-CO-LA. ¡Vaya pal'diablo, donde quiera hay anuncios de Cocacola! Fa-Fa-Fan-ta. ¡Mami, allí fabrican Fanta! Mami, no vayas tan rápido, no pude leer el letrero, ahora no sé qué dice", me reprochaba.

Con el auto detenido a la espera de la luz verde del semáforo, a Dani le dio tiempo a descifrar el nombre de una fábrica de productos textiles que se llamaba "Singal".

"¡A ver cómo se llama... Si-Sin-Singa-Sin-gal!". Con cada sílaba aumentaba el volumen de voz, riéndose y dándose golpes en los muslos. "Maami, ¿has visto lo que dice allí? Qué barbaridad, ¿lo has visto?".

"¡Qué, Dani! Allí dice el nombre de la fábrica. SINGAL se llama la fábrica. ¿No viste que tiene pintado debajo del nombre un abrigo? Es una fábrica que produce ropa", traté de desviarle la atención de su descubrimiento.

"No, mami, no es el nombre de la fábrica. Es una mala palabra. Allí dice 'singal' y así no se llama ninguna fábrica. Papi, ¿tú viste lo que decía allí, verdad? Dile a mami que esa es una mala palabra ¡y con letras tan grandes..!.".

"Mira, Dani, mami te dijo que ése es el nombre...". Dani no lo dejó terminar la frase porque después de haber aguantado ya demasiado las maniobras de sus padres de desviar sus neuronas de un asunto que le resultó muy importante, le dio una charla a su hermano:

"Oye, Dictys, ¿tú viste el letrero?".

"Ay, Dani, no chives más, no oíste lo que dijo mami?".

"Claro que lo oí, pero lo que dice mami no es. Le da pena, porque es una mala palabra. ¿Tú sabes lo que es 'singal'? Cuando el hombre le pone la picha en un hueco que tiene la mujer entre las piernas, esto se llama 'singal' y así se hacen los niños, con la picha en el hueco, ¿m'oiste? ¡SINGAL! ¡Y en ese letrero lo decía claramente!".

Dani estaba fuera de sí de contentura, se sintió como un rey, como el hermano pequeño que sabía más que su hermano grande y que supo darles una lección a sus padres que se habían comportado como viejos mojigatos.

Nunca antes de estar en Chile había conocido un terremoto. En Chile se me brindó la oportunidad más de una vez. El primer temblor me sorprendió en el décimo y último piso de un edificio de apartamentos, a la hora del baño. Estaba cepillándome los dientes, cuando el edificio comenzó a menearse. Las puertas se abrieron y cerraron de golpe, quedando otra vez abiertas. Me veía tres veces en el mismo espejo y me estaba quedando fuera de balance, como si estuviera borracha. Cuando salí corriendo hacia la sala para llamar a mi marido, el espectáculo fantasmal ya había pasado. A la hora del noticiero informaron del fenómeno, de su intensidad y de los daños que causó.

La segunda vez estábamos sentados en el patio de una casona, bajo una mata de albaricoques, tomando café y comiendo pastelitos. De repente, como si un relámpago hubiese abierto un surco, el camino se abrió, levantando las losas. No se oía nada, cundió un silencio ensordecedor -como una película sin banda sonora-, sólo que lo que vimos no era una película, era la realidad. Acto seguido, el árbol empezó a moverse, bailando con frenesí, botando a la tierra su carga de cientos de albaricoques maduros, esparciendo un perfume delicioso a su alrededor. Parecía que estaba lloviendo frutas. La mesa daba saltos, las sillas con su carga humana en ellas, brincaban. Mi butaca se había convertido en un tío vivo y yo, apretando el fondillo contra el asiento y agarrándome del respaldar como el macao de su concha, mantenía los ojos que se desorbitaban clavados en el espectáculo caótico. La cafetera, las tazas, los pedazos de pastel se dieron un abrazo fatal; el resultado -café derramado, mezclado con pastel y pedacitos de porcelana rota sólo sirvió para botado a la basura. Las losas del piso, en el cual se encontraban la mesa y las sillas, se habían rajado; algunas salían de su lugar como si quisieran trepar. Me quedé fascinada de esta función de movimientos locos, frenéticos de objetos inanimados. Había visto bailes terribles de árboles en Cuba, cuando la fuerza de un huracán los desplazaba, imponiéndoles un ritmo infernal, pero aquí no había viento, no se sintió ni siquiera un airecito. El impulso vino del piso, sin que se pudiera ver nada, oler nada, oír nada. Sin que alguien supiera cuánto tiempo duraría, cuántos destrozos produciría.

Otras veces me di cuenta de algún que otro terremoto, en medio de la noche, durmiendo. Sentía cómo la cama daba brincos, cómo saltaba, al compás de la musiquita, el tintineo producido por un candelabro de lágrimas de cristal de roca, que se encontraba

colgando del techo. "Si se desprende, me va a caer aquí mismo en la cabeza", atiné a pensar. "¡Levántate y despierta a los muchachos! ¡Hay que colocarlos bajo el marco de la puerta!". Pero el sueño no me permitió tener acceso cabal a mis entendederas. Los movimientos de la cama, el tintineo de la lámpara, el crujido del piso de madera sólo aflojaron un poco el sueño profundo. Más dormida que despierta continuaba tejiendo mi telaraña: estaba en un barco en medio del Atlántico, el movimiento de la cama, sus brincos se debían al movimiento del barco; los ruidos que escuchaba, eran los sonidos típicos del interior de un camarote en alta mar. Siempre cuando en la noche se produjo un terremoto de corta duración y de intensidad moderada, soñaba el mismo sueño. Parece que tengo en mi cerebro un disco rayado que cuando le ponen la aguja en "terremoto", se repite, se repite y se repite la misma canción, la de mi viaje en barco, de Alemania a Cuba.

La situación en Chile se fue complicando día a día. Una crisis política terminaba para dar origen a otra más seria. Los mercados se estaban quedando vacíos. Ante la imposibilidad del mercado estatal de garantizar la distribución de los productos requeridos para la vida diaria, se estaba organizando el comercio de trueque. Las estaciones de gasolina se negaban a vender combustible. Justamente en el momento en que más se necesitaba luz brillante para la calefacción, no había forma de empatarse con el preciado líquido. Cundió el descontento y se multiplicaron las manifestaciones de la oposición, entre las que se destacaban las protestas de las amas de casa del Barrio Alto, que iban a la calle, golpeando sus cazuelas en reclamo de productos para la cocina. Las confrontaciones adquirieron un matiz violento. "Patria y libertad", una agrupación derechista, estaba "colectando" armas para arremeter contra grupos de la juventud comunista o socialista. Casi a diario veíamos en el noticiero de la televisión cómo se habían dado verdaderas batallas entre los adversarios políticos. A los niños los tuvimos que mandar de regreso a Cuba. Las tensiones, la inseguridad, el eterno "estado de emergencia" no permitían que siguieran con nosotros.

Antes de que se produjera, con el golpe de Pinochet, la caída del Gobierno de Allende, habíamos retornado a La Habana. Llegué con una terrible pulmonía, "regalo" recibido tres días antes de regresar a Cuba. Estaba en el centro de Santiago, donde tenía que entregar unos documentos. No encontraba lugar para dejar el auto aparcado. Lo tuve que estacionar a dos cuadras de distancia. Hacía frío. No llevaba ni abrigo ni capa de agua. Había una muchedumbre cerca del edificio, en el cual tenía que dejar los papeles. Corrí para allí, subí las escaleras y busqué la oficina. La encontré finalmente, entregué el encargo y salí corriendo. Cuando llegué otra vez a la calle, alguien cerró la puerta del edificio detrás de mí. Ya no se podía caminar en la calle. Un "guanaco" escupía agua helada a diestra y siniestra. Cientos de jóvenes comunistas y socialistas de un lado y de "Patria y Libertad" del otro se estaban peleando, librándose en la calle una verdadera batalla. Gritos, insultos, agua fría, gases lacrimógenos, disparos, gente tambaleándose, otros agachándose, tratando de escapar..., la guerra.

Quise entrar en el edificio. Estaba empapada, temblaba de frío y de miedo. Nos habían alertado una y otra vez que no nos metiéramos en situaciones como ésta. Nadie iba a creer que me encontraba en el escenario bélico de pura casualidad. La puerta se mantenía cerrada. Nadie oía o quería oír los golpes que daba en la puerta. No me quedaba otro remedio que tratar de correr agachada para alcanzar la calle donde se encontraba estacionado mi auto. El rayo de agua helada del "guanaco" me alcanzó dos veces más. Los gases lacrimógenos me estaban ahogando. Casi había llegado a "mi" calle, cuando un joven de tal vez 15 años de edad se desplomó al lado mío. Un grupo de amigos lo levantó y como él no pudo incorporarse, se lo llevaron arrastrando los pies como un saco mojado. Un hilillo de sangre le salía de detrás de la oreja.

Cuando por la noche encendí el televisor para ver el noticiero, informaron que en la manifestación violenta de la tarde resultó muerto el joven que se había desplomado al lado mío. Las cámaras lo estaban enfocando cuando ya estaba tirado en el suelo y cuando sus compañeros se lo estaban llevando.

Arribé en México para continuar, unos días después, viaje rumbo a La Habana, volada en fiebre y con los pulmones en muy malas condiciones. En lugar de visitar museos y galerías de arte tuve que guardar cama, en lugar de comida rica me llenaba la panza con cápsulas de antibióticos potentísimos que me mataban el apetito y me daban mareos y ganas de vomitar. Flaca, débil, cansada, triste y muy preocupada de la suerte que correrían nuestros amigos que se quedaron en Chile, donde el final fatal se estaba vislumbrando hacía tiempo, llegué a La Habana.

El golpe de Estado del General Pinochet no nos sorprendió. Sí nos sorprendió la violencia, la brutalidad con que los militares golpistas arremetieron contra los destronados. Supimos del asesinato de varios compañeros nuestros, con los cuales habíamos compartido los últimos meses en Chile. El destino de otros -desterrados o presos en el estadio nacional y luego en campos de concentración- lo conocimos meses más tarde; de algunos no supimos nunca más. Con el golpe en Chile enterré muchas ilusiones y sueños cuya realización quedaba truncada. Irremediablemente llevaban implícito el fracaso.

Capítulo XI

Una experiencia terrible. Trabajo en la FM C (Federación de Mujeres Cubanas)

Después del recibimiento de cientos de refugiados chilenos se organizaron en Cuba, y también en el extranjero, incontables actividades de solidaridad con Chile. Como funcionaria de la Federación de Mujeres Cubanas participé principalmente en la atención de delegaciones, actuando de intérprete, traduciendo como una cotorra los discursos de los políticos al alemán, inglés, francés o español.

Había perdido el contacto con Paco y su tertulia. Ni siquiera sabía si Paco continuaba reuniéndose con sus amigos, dedicando regularmente un minuto de odio a aquéllos que se habían convertido en sus enemigos.

"Paco y Chomin están en Villa Marista, presos, por estar metidos en actividades contrarrevolucionarias", nos informó uno de los integrantes de los "círculos de estudio" de Paco. El informante estaba con los nervios destrozados, desesperado y con un miedo atroz de que se lo llevaran también al lugar temible.

Durante semanas no tuvimos más noticias de Paco y Chomin.

De Paco sabía que se dedicaba -desde que lo conocí- a hablar mal de la gente que en su opinión se merecía quedar descalificada. No le importaba un bledo "echarle con todos los hierros" discursos de desprecio también a personalidades de la "estratosfera" y debe haber habido más de un denunciante entre los que lo escuchaban.

Pero Chomin, oficial de la Seguridad, el guerrillero profesional, revolucionario más consecuente que el mismo Fidel, él que se pasaba la vida defendiendo a la Revolución de los enemigos internos y externos, él que no faltaba a ninguna movilización, él que siempre andaba vestido de verde olivo, con una subametralladora checa como parte integrante de su anatomía, Chomin, el que más tarde, cuando la checa fue sustituida por una "Walther P38" auténtica que era lo que más quería en el mundo, sólo se quitaba el arma y el uniforme en la playa y para acostarse; Chomin, el que me llamó "revisionista", alemana de mentalidad pequeño-burguesa cuando lo califiqué de inmaduro por haber dejado la carrera universitaria a medias por cumplir tareas de la Revolución, ¿este mismo Chomin preso por actividades contrarrevolucionarias? Imposible, absurdo. Simplemente, no podía ser.

Y sin embargo era cierto. Estaba preso. Se lo habían llevado junto con Paco a ese lugar tenebroso, terrible, que espantaba a la gente más firme y valiente.

Y conocimos un buen día la razón: los dos eran una pareja.

No pude creerlo. Era la cosa más descabellada del mundo. Chomin, padre de tres hijos, mujeriego, la encarnación del macho, el super hombre, el tipazo atlético y fuerte, el que nunca vacilaba, el que nunca dejaba pasar ocasión alguna para hablar horrores de los "maricas", "chernas", "yeguas", "pargos", "flojos" como si éstos fueran la peste que contaminaba la Revolución. Él que le entraba a piñazos a su hijito cuando el pequeño, flaquito y tímido, lloraba por haberse dado un golpe o manifestaba tener miedo o asustarse de algo que asustaba a cualquier niño, gritándole: "¡no seas cobarde, no seas maricón, te voy a matar!". No podía ser que este mismo era homosexual. Simplemente era ridículo. Chomin era cualquier cosa menos esto, pensaba yo.

Que Paco fuera homosexual, no me extrañaba. Ahora entendía por qué los noviazgos le duraban tan poco, por qué las muchachas que anudaban relaciones con él disolvían el vínculo muy pronto y desaparecían del tapete, por qué los proyectos repetidos de casarse se esfumaban sin ton ni son. Pero lo de Chomin no me cabía en la cabeza. Era la situación más esquizofrenizante que hasta ese momento había conocido. Y finalmente tuve que creerme la historia, porque supe de fuente fidedigna que la historia era cierta.

En aquel tiempo no sabía absolutamente nada de la problemática homosexual ni me interesaba el tema. No tenía ningún motivo para ocuparme de ello. No conocí a nadie en mi entorno que tuviera problemas de esta índole. No me había percatado de la existencia de la UMAP, no estaba al tanto del "Primer Congreso de Educación y Cultura" y de la nefasta Resolución aprobada en el mismo, que definía la homosexualidad como una condición incompatible con la de ser revolucionario, militante, persona digna de confianza.

En los momentos de quedar presos Paco y Chomin, repito, no estaba todavía en condiciones de pensar y, por ende de actuar libre de prejuicios y con conocimiento de causa. Actuaba como mi entorno. Me sentí engañada, decepcionada porque amigos nuestros hubieran cometido "fechorías" tan espantosas. Entonces no se me ocurrió pensar que debía haber razones para esconder su verdadera condición, que debía haber motivos para que gente inteligente, de valor comprobado -Paco fue dirigente del "Movimiento 26 de Julio", que más de una vez se jugó la vida, burlando la persecución nada menos que de Ventura, el esbirro de los esbirros, y Chomin también con un historial respetable de luchador en la clandestinidad, era un combatiente cuya osadía había quedado demostrada incontables veces- tuviera que tener doble personalidad.

Sabía que Paco idolatraba a Lezama Lima, que se conocía de memoria párrafos enteros de su Paradiso que trataban del tema y que nos citaba entusiasmado, que andaba constantemente con el libraco bajo el brazo como para demostrar a todos los demás: ¡vean que comparto con el maestro su condición excepcional de pertenecer a una minoría repudiada! Pero no, no me percaté de nada, no supe interpretar las muchas señales que partían de Paco. Sólo años más tarde cuando -por razones profesionales- había adquirido los conocimientos requeridos, cuando había cambiado radicalmente mi

actitud indiferente, intolerante y llena de prejuicios, sólo entonces pude imaginarme qué carga tuvo que ser para Paco y Chomin el haber tenido que engañar a sus familiares y amigos, el no haber tenido posibilidad alguna de vivir una vida normal, el haberse vistos privados de un derecho elemental humano: el de amar a quien hayan elegido como pareja, sin que nadie de afuera se inmiscuya.

Nosotros los condenamos. Y lo más triste de todo fue que ellos mismos se condenaran, considerándose seres despreciables. Nosotros no gastamos ni neuronas, ni energías, ni tiempo para tratar de evitar que se destruyera la reputación y con ello la vida de nuestros amigos. Físicamente seguían vivos, pero psíquicamente estaban destrozados. Los dejamos caer como papas podridas, incapaces de superar las limitaciones impuestas por una sociedad tradicionalmente intolerante cuando de la orientación sexual se trata.

Una tristeza profunda, una decepción terrible y también -tengo que confesarlo- una furia gigantesca reprimían mis sentimientos de aprecio a Paco, a este amigo entrañable, cariñoso, caballeroso, el que me había acogido como a una hermana, el que me había introducido en el mundo de las letras y del arte cubanos.

El motor impulsor de mis esfuerzos posteriores, desplegados en mi quehacer profesional durante años, día a día, en mi labor docente, a través de los medios, de manera clandestina, encubierta, arriesgando mi cargo y también mi reputación, contra viento y marea, contra barreras casi infranqueables existentes en las mentalidades opacadas por los prejuicios y esquemas anacrónicos y totalitarios, contra la ignorancia y la intolerancia que caracterizaban y siguen caracterizando a la sociedad cubana como a una de las más homofóbicas del mundo, se alimentaba -entre otros- de la triste, la terrible historia de Paco y Chomin. Con mi trabajo en Cuba en el campo de la educación sexual también he tratado de dar mi aporte -aunque fuera ínfimo- a sensibilizar y humanizar a la sociedad, a reparar la injusticia cometida contra los muchos Pacos y Chomins, contra las muchas Elviras y Olgas y contra tantos otros cuyos nombres no conozco, que fueron víctimas de su entorno agresivo e intolerante.

Trabajo en la FMC

Hecha una funcionaria reconocida de la Federación de Mujeres Cubanas, conocedora del proceso de desarrollo de la mujer en Cuba y también en aquellos países con los cuales mantenía relaciones la organización, participaba en incontables actividades nacionales e internacionales.

Los resultados de la emulación, de las asambleas de balance, de análisis de los logros y problemas de los municipios, provincias y del nivel nacional se debatían regularmente, cada año, en sesiones plenarias, con la participación de representantes de cada provincia.

La incorporación de la mujer a la vida laboral, la situación de la educación y atención de los niños, los problemas con los círculos infantiles, con las escuelas-internados, la salud, específicamente la salud reproductiva de la mujer, el desarrollo cultural, fueron temas de permanente importancia que constituían parte integrante de los planes de trabajo. En toda Cuba pudo observarse que el nivel cultural y político de la mujer fue adquiriendo dimensiones nunca antes conocidas. Mujeres -ayer analfabetas- debatían sobre problemas de la agricultura, de la producción, de su posición en la sociedad, de la igualdad y los conflictos que se presentaban para realizarla.

Naturalmente subsistían baches culturales enormes y no se podía ni se puede hablar de igualdad en la vida real, aunque -según la misma Constitución- hombres y mujeres tengan garantizados un desarrollo basado en la igualdad de condiciones. Los resultados de siglos de falta de educación y de inaccesibilidad a la cultura y al arte para las masas, no pueden eliminarse en pocos años. Sin embargo, es un hecho comprobado que para miles y miles de mujeres, antes en desventaja, se produjeron cambios sustanciales de conciencia y de toma de posición, aunque para otras tantas la Revolución no llegó a significar nada. Ni siquiera se enteraron de que en Cuba hubo una Revolución.

Tuve la suerte de conocer y participar directamente en este proceso de capacitación de la mujer para las más diversas tareas en la sociedad.

En la dirección nacional recibíamos regularmente información sobre el desenvolvimiento del cumplimiento del trabajo y funcionarias de la dirección nacional viajaban periódicamente por todas las provincias para cumplir sus tareas de "control y ayuda". Se estableció un mecanismo de retroalimentación muy eficaz que permitió estar constantemente al tanto de lo que acontecía en cada municipio o provincia.

La seriedad y sistematicidad de los análisis se interrumpían, de vez en cuando, con acontecimientos que -estoy convencida- sólo pueden producirse en Cuba.

En el marco del programa de emulación cultural, un municipio había preparado un encuentro con el poeta y escritor Félix Pita Rodríguez, muy en boga y considerado por los dirigentes apto para estimular la educación cultural de las masas. Las federadas al cargo de acondicionar el escenario habían pintado una banderola enorme que colgaba sobre la entrada del patio, en la que decía "BIENVENIDA FELIPITA". Podrá imaginarse el asombro de las mujeres cuando en vez de la poetisa FELIPITA apareció un viejo, el viejo Félix Pita, presentándose como el invitado de honor para la actividad cultural.

En una de las provincias orientales, el acápite "arte culinario" produjo problemas. Formaba parte del plan de trabajo cultural y se daban puntos importantes si se cumplía cabalmente. La dificultad radicaba en no saber a ciencia cierta qué debían hacer las federadas para ganar la emulación en lo tocante al "arte culinario". Los tiempos de medir la calidad de la mujer basándose en sus dimensiones y proporciones anatómicas

habían pasado; sin embargo, el programa decía claramente: "seleccionar a las mejores compañeras".

A la representación del nivel central que debía controlar y evaluar el estado de la emulación, las compañeras de la montaña les decían: "Bueno, miren, lo de la emulación respecto al 'arte culinario', bueno, es decir, vaya, no sabemos si lo que hicimos es correcto. Preguntamos a la maestra, a la compañera directora del círculo infantil, pero nadie supo decirnos qué significa esto exactamente, qué debíamos hacer para cumplir los requisitos. Y para decir la verdad, imagínense, las instrucciones de ustedes no son claras. Para no fallar, vaya, por si acaso, y para que después no digan que no cumplimos, bueno, miren, seleccionamos a las compañeras que nos parecen tener las dimensiones más apropiadas para poder ganar la emulación. Y, por favor, ustedes deben ayudarnos a escoger de este grupo preseleccionado a la mejor aspirante". Y presentaron a la comisión evaluadora del nivel central a las mulatas portadoras de los culos más monumentales de su región.

Pero no sólo en el ámbito del trabajo con la mujer encontrábamos sorpresas divertidas que rompían la monotonía cotidiana. También en mi labor con los diversos niveles del sector de la salud hubo incontables ocasiones.

El análisis de la situación de la mortalidad infantil -una de las tareas más importantes del sistema de salud- realizado regularmente con rigor a todos los niveles, que contaba con la participación de jefes de departamento, vice-ministros y del ministro en persona, se iba a transmitir por la televisión nacional, por lo que todos los involucrados en la preparación del escenario estaban esmerándose para garantizar el éxito de la actividad. Había un ambiente de euforia y entusiasmo. Los funcionarios podían sentirse orgullosos de los resultados: la mortalidad infantil registraba índices que podían contarse entre los más bajos del mundo. Delante del hospital provincial, escenario de la celebración del acto solemne, se había erigido una tribuna. De un extremo al otro estaba tendida una banderola de tela blanca y con enormes letras rojas se había escrito el lema de la actividad: "VIVA LA MORTALIDAD INFANTIL”.

Huelgan comentarios.

La FMC celebraba regularmente, cada año, una sesión plenaria, en la que participaban representantes de todas las provincias, para analizar el cumplimiento de los planes de trabajo de la organización.

En una de estas Plenarias recibimos la visita de un miembro del Buró Político de un "país amigo".

Fui designada para cumplir la función de intérprete, es decir, "cordón umbilical" de tan distinguida visitante que no hablaba ni pizca de español. Las "Plenarias" eran actividades verdaderamente folclóricas. Entre discurso serio, debate acalorado y análisis de los índices de la emulación se intercalaban cantos y bailes espontáneos, destacándose

siempre de nuevo las mujeres orientales por sus ritmos y por la originalidad de los textos de sus canciones. Las que "ni cantaban ni comían frutas" eran invariablemente las de Pinar del Río y de Matanzas, pisándoles los talones las de La Habana y Sancti Spíritus.

¡Qué difícil era traducir los debates de las Federadas! La invitada, acostumbrada a la rigidez del proceder en asambleas de análisis de su país, no cabía en sí de asombro al ver y escuchar que la muchedumbre de mujeres hablaba, discutía, intervenía y -horror- interrumpía sin reconocerse un orden interno, sin que pareciera existir disciplina establecida que regulara el desenvolvimiento de la actividad. Muchas veces me sentía incapaz de poder traducir la jerigonza particular de las Federadas, y cuando la visitante me exigía traducirle el sigÍlificado de los cantos, tenía ganas de mandarla al diablo.

Para el receso largo de la tarde -Fidel estaba ya en el anfiteatro para presenciar la sesión y dar sus "aportes certeros" (él no se perdía una para participar en las actividades centrales de la FMC, era el Federado número uno)- se habían solicitado los servicios de un combo profesional. Normalmente, los "amenizadores" se escogían siguiendo las orientaciones de la jefatura. Parece que el combo solicitado por ésta no se encontraba disponible, por lo que tuvieron que conformarse con el que apareció para "crear ambiente" con música de más caché del que eran capaces de producir las Federadas.

Estábamos todos sentados -en la primera fila Fidel y la Presidenta de la organización, a su lado la invitada conmigo de apéndice y miembros de la jerarquía por orden de importancia- en el gran anfiteatro, esperando el comienzo del programa cultural.

¡Aquello no tenía desperdicio! Los integrantes del combo entraron disfrazados de saltimbanquis de circo, armados de trompeta, trombón, tumbadoras y tremendo equipo de amplificación de sonido. Comenzaron a producir una bulla tan espantosa que tuvimos que taparnos los oídos para protegerlos de daños seguros. Rogaba al cielo porque nos enviara un apagón, pero no hubo apagón. El equipo de altavoces funcionaba perfectamente. Los "músicos" daban brincos, chillaban, gritaban, en fin, dieron un espectáculo horroroso. ¡Una pesadilla!

No pude dejar de echarle miradas a Fidel. El líder máximo, con los ojos semicerrados, estaba retorciendo los pelos de su barba -señal ésta muy conocida cuando se le sabía disgustado-. La Presidenta estaba moviendo la cabeza en señal de desaprobación y la distinguida visitante, sentada al lado mío, rígida, frunciendo el ceño, fulminándome con su mirada como si yo fuera la productora de este ruido infernal, gritándome al oído: "¡Mónica, tradúceme qué están cantando!".

"Esto no puede traducirse", le repliqué.

"¡En qué quedamos, ¿sabes español o no lo sabes? ¡Traduce lo que están cantando!".

Su orden no permitió escapatoria. Le tuve que decir la verdad y la verdad era que el combo repetía una y otra vez hasta quedar extenuado la misma frase: "¿Quién le saca la punta al lápiz?, ¿quién, a ver, a ver, a ver, le saca la punta al lápiz? ¿Quién, quién, quién le saca la punta, a ver, la punta al lápiz?". Se contorsionaban y desgañitaban y echaban el bofe soplando las trompetas y trombones que parecía que se les iba a subir el santo en cualquier momento. La visitante no quiso creer lo que le traducía. Para ella resultaba absolutamente inconcebible que en una actividad política se cantara algo que no hiciera alusión al evento. "¿No hay aquí canciones de lucha, de combate que reflejen el trabajo arduo de las masas? ¡Pero qué es esto!".

Fue para mí el programa cultural más ridículo jamás conocido. La responsable, la que había contratado a "los artistas", tuvo que aguantar por largo rato nuestros comentarios y burlas por habernos presentado tamaño espectáculo.

Comenzó para mí una etapa de asistencia frecuente a congresos internacionales y nacionales celebrados en la URSS, en Yemen, en Polonia, Checoslovaquia, RDA, Rumanía, Hungría y diversos países de América Latina, entrenándome en el arte de escuchar y metabolizar, es decir traducir a otra lengua, discursos interminables, horas y horas, día por día, sin quedarme dormida aunque el sueño me estuviera matando. Se repetía en cada "evento" la competencia tortuosa entre los delegados de todos los continentes de quién lograba hablar más tiempo, más rápido, a menudo haciendo gala de una oratoria francamente indigerible. Muchos participantes consideraban sus discursos lo más importante del congreso en cuestión. Y como nadie daba su brazo a torcer, las sesiones se prolongaban hasta las madrugadas. Cada congreso significaba para mí agotar las células grises casi hasta dejarlas quemadas.

Con todo lo tortuoso de este trabajo, aprendí muchísimo, principalmente en los pasillos, entre las sesiones, discutiendo con hombres y mujeres de los más diversos países, que representaban, presentaban y defendían sus ideologías y filosofías. Se me fue abriendo el horizonte, poco a poco, apenas sin darme cuenta. Mi cuadradura isleña se modificó, permitiendo la entrada de otras ideas, de otras concepciones y proyecciones. Flexibilidad y tolerancia comenzaron a modificar y desplazar la rigidez y mi posición de poseedora de la "verdad absoluta" que me habían inoculado y que se reforzaba permanentemente a través de los medios, de las actividades políticas en las que tenía que participar obligatoriamente y, por supuesto, en mi vida profesional.

Paulatinamente estructuré un sistema de protección interno, de defensa y de impermeabilidad. En este ambiente esquizofrenizante no cabía el desarrollo normal de la personalidad. Si bien es cierto que se discutía, analizaba, evaluaba y criticaba, todo tenía que desembocar obligatoriamente en una posición de apoyo irrestricto al "Máximo líder". Discrepancias u opiniones divergentes no se permitían. La voluntad propia, el poder de análisis individual quedaban reprimidos y se atrofiaban.

Tenía doble personalidad. No se trata del resultado de algo premeditado, de algo hecho a propósito, no, no era siquiera consciente de tener doble personalidad. Es un fenómeno que va desarrollándose poco a poco y las circunstancias y el ambiente la va formando -o mejor dicho- deformando a una (moldear es tal vez la palabra más idónea para describir este proceso de metamorfosis), hasta que un buen día una se da cuenta: ¡caracoles!, ¿qué es esto? ¿Soy yo la que dice, la que hace, la que aprueba, la que levanta la mano, la que no osa protestar, la que se somete al "nosotros" colectivo?

En el trabajo funcionaba como un títere, de acuerdo con el programa oficial impuesto y grabado en mi cerebro. Desempeñaba correctamente y con ahínco, incluso -aunque parezca absurdo- con lealtad mi papel de funcionaria de la Dirección Nacional de la Federación de Mujeres Cubanas. Pasé sin problemas el proceso de admisión al Partido, previa investigación exhaustiva de mi pasado. Creo que fui la única alemana que, con el carnet rojo como pasaporte, formó parte del exclusivo círculo selecto del PCC. El único obstáculo para oficializar este paso fue mi ciudadanía alemana. Este escollo quedó igualmente eliminado al otorgárseme la condición de ciudadana cubana, con la entrega, en un acto solemne, de la carta de ciudadanía. Estaba "aplatanada". Me sentía cubana, con todas las responsabilidades, deberes y obligaciones que llevaba implícita esta condición. Al mismo tiempo no renuncié a mi ciudadanía alemana. Fueron los funcionarios de la Embajada alemana oriental los que solicitaron insistentemente mi carta de renuncia. No les hice caso. Cada vez, cuando me llamaban para darme otro plazo para liquidar este asunto, les daba cuerda, les hacía algún cuento y finalmente les pedía que dejaran mi fichero congelado en alguna gaveta, donde no estorbara a nadie, porque voluntariamente no iba a renunciar a ser alemana.

En mi vida no oficial le echaba abono a las neuronas para así darle atención al otro lado de mi personalidad reprimida. Metida hasta el cuello en el agua cálida del Golfo de México, a sólo una cuadra de nuestra casa, en Miramar, nadando mar adentro para no tener testigos, allí, combinando el ejercicio físico con el espiritual, di rienda suelta a mi necesidad de descargar, de hablar, de comunicarme con aquellas personas en quienes podía confiar, que igualmente se encontraban en una situación de metamorfosis, de ambivalencia permanentes. Si el Golfo de México tuviera oídos y grabadoras instaladas, podríamos sacarle mi historia llena de contradicciones, de conflictos, de dudas, de desesperación, de esperanza, de miedo y también de atrevimiento y de enfrentamiento.

Capítulo XII

La escuela sata de Dani. Los dos muchachos siguen practicando deportes

Después de nuestro regreso de Chile -faltaban cuatro meses para terminar el curso escolar- los niños tuvieron que continuar sus clases en escuelas diferentes. Dictys pudo retornar a su escuela de natación y a Dani no le quedó más remedio que conformarse con una escuela de nivel pre-escolar, pues al no haber cumplido aún los cinco años, no tenía edad para terminar el primer grado que -dicho sea de paso- no había iniciado ni en Cuba ni en Chile, de forma que nos pareció más apropiado dejarlo terminar el pre-escolar para después seguir el curso normal de su vida escolar. Bastante tiempo iba a tener por delante para convertirse en adulto. No había motivo para estropearle la infancia.

Le encantó su ambiente pre-escolar. Le gustó la maestra y no le molestó en lo más mínimo la falta constante de agua, de luz, el persistente déficit de materiales, confirmándose una vez más mi criterio de que se pueden dar clases maravillosas bajo un flamboyán al igual que se pueden dar clases pésimas en el local más lujoso.

Cada mañana, antes de irme al trabajo, tenía que dejar a Dani en su escuela que quedaba a mitad del camino. La parada de la ruta 132 se encontraba muy cerca, pero no había quien se empatara con la guagua. A partir de las siete de la mañana no paraba hasta llegar al túnel del Almendares. Teníamos que viajar primero al paradero (en la rotonda, cerca de "Conney Island"), hacer la cola y -con suerte- lográbamos montarnos en la segunda o tercera guagua. Cada mañana se repetía el show de gritería, de angustia manifiesta de los pasajeros que querían bajarse y el chófer no paraba por estar la parada en cuestión repleta de gente esperando poder montar al vehículo que reventaba, lleno hasta el tope.

Dani llevaba en una mano su libreta y con la otra se agarraba de mí. Con mala gana, el conductor detuvo la marcha a una cuadra de la parada de la escuela. Teníamos que bajarnos, pero era imposible. Nos encontramos atrapados. No se podía dar ni un paso para adelante ni para atrás.

"¡Déjennos salir, por favor, tenemos que bajarnos aquí!", suplicamos a la masa indiferente que no se movía ni un ápice. Dani comenzó a gritar y a llorar. El guagüero arrancó. Los gritos furiosos de aquéllos que querían bajarse y no lo lograban le hicieron parar el trasto otra vez. Empujando, remando con una mano a diestra y siniestra, pisando pies y dando codazos, alcanzamos la puerta. Tuvimos que saltar de la guagua al piso, tratando de evitar enredarnos con las piernas y brazos de los pasajeros, pues incluso en los escalones había gente agarrándose de la puerta, que con el miedo de quedarse en la calle, no se movían de allí. Con los pies ya en terreno seguro, Dani se

negó a caminar. Su libreta se había quedado en la guagua. Alguien se la había arrancado de la mano cuando luchamos por bajarnos. Sin esta libreta, Dani estaba seguro que no podía aparecer en la escuela. La libreta recogía sus trabajos más importantes del curso escolar, era la demostración única en su opinión- de sus esfuerzos, de su asiduidad.

"Mami, mi libreta, no puedo ir a la escuela sin mi libreta, mami, se perdió la libreta...", el llanto, los sollozos no le permitieron seguir hablando. El niño estaba francamente desesperado. Se le había caído el cielo, su mundo estaba destrozado, se sintió aplastado. A duras penas logré arrastrarlo a la escuela. La maestra, asustada y extrañada viendo al pequeño en este estado desolado, se imaginó que algo terrible debía haberle sucedido a su alumno más querido. Con mucha habilidad alcanzó a calmar a Dani, mostrándole incluso su libreta de registro de las notas de todos los niños. "Mira, Dani, aquí dice que sacaste sobresaliente, aquí que tienes 100 puntos. Todo lo tengo anotado. Yo sé que hiciste unos trabajos muy bonitos y de calidad. No te preocupes más por la libreta perdida".

Claro, al niño le siguió doliendo mucho que la demostración palpable de sus logros, de los que se sentía tan orgulloso, hubiese sucumbido, víctima del sistema de transporte público. Unos días después fuimos invitados a participar en el acto de clausura del curso escolar que se celebró en el cine de Miramar. El anfiteatro estaba lleno. ¡Qué bulla!, ¡qué gritería de niños y adultos!, ¡qué corre-corre!, y ¡qué aire tan viciado en este salón gigantesco sin ventana alguna y con el aire acondicionado roto! El ambiente típico de una actividad de estas características.

Un representante del MINED leyó su discurso de análisis de los resultados, un discurso tan abarcador como aburrido. Le siguió la directora, dando a conocer los resultados de la emulación y los nombres de los alumnos destacados, los "vanguardia" de su centro.

Todos los niños nombrados tuvieron que subir al escenario para recibir los aplausos frenéticos de sus compañeritos. Cada chiquillo condecorado recibió un "diploma" y una estrellita de cartón que se le fijaba con un alfiler en la camisa del uniforme escolar. Dani estaba entre los alumnos premiados, un niño feliz que no cabía en sí de alegría, orgullo y contentura.

En casa Dani informó a todo el resto de la familia de la actividad -hasta ahora tal vez la más importante de su vida-. Y les decía a su querida tía Pilar y a su igualmente querido tío Gonzalo: "¿Se enteraron?, ¡me hicieron "guanguardia y todos los niños y padres y maestras me aplausaron!".

Los dos muchachos siguen practicando deportes

El primero de septiembre próximo, Dani y Dictys juntos formaban parte del alumnado de la escuela de natación. Dani, después de haberse pasado las vacaciones, junto con su

hermano, más tiempo nadando que caminando, no tuvo problema para aprobar los exámenes de admisión, demostrando habilidades excepcionales de nadador.

Dictys ayudó mucho a su hermano a adaptarse al nuevo régimen. Los dos tuvieron la suerte de tener maestras extraordinarias, muy cariñosas y preocupadas, para quienes el magisterio significaba vocación. Y ¡qué casualidad! Una de las maestras egresadas del curso de dirección coral que me tocó traducir diez años antes estaba ubicada en la escuela de natación, trabajando como maestra de música en horario facultativo, con aquellos niños a quienes les gustaba cantar y que estaban dispuestos a sacrificar su tiempo libre para asistir a las clases de música. No quise creer a Dani cuando me contó de su directora del coro, porque se trataba de la mejor alumna del curso impartido a los directores de coros más destacados de Cuba. No me cabía en la cabeza que esta profesional de conocimientos, habilidades y experiencia excepcionales estuviera trabajando en la escuela de natación, donde lo único que interesaba eran los rendimientos deportivos de los alumnos. Pero ella misma confirmó, cuando pude hablar con ella personalmente, que Dani no había inventado nada, que se trataba verdaderamente de una y la misma persona.

¡Qué desperdicio, qué falta de respeto, qué derroche de capacidades! A los niños que querían participar en sus clases, los entrenadores les hacían la vida imposible, porque cantar era bobería, nadar en tiempo récord era lo que contaba. El director de la escuela, un pedagogo de altos quilates, sabía bien lo que vale la formación integral de los niños; fue él quien le había procurado el puesto a la maestra de música quien -por razones políticas- no era admitida en un centro de formación acorde con su capacitación. Él conocía el valor verdadero de la maestra, pero no estaba en sus manos evitar que los entrenadores sabotearan la educación musical.

El nivel cultural de los entrenadores no llegaba ni remotamente al de los cavernícolas. Eran brutales y brutos. Sólo faltaba que rompieran las cabezas de sus alumnos, con un mazo en los puños. El maltrato formaba parte del programa de entrenamiento. Parecía que la escuela estaba dividida en dos instituciones, una para cumplir el plan de enseñanza primaria y otra para el desarrollo del plan de rendimiento deportivo. El primero se llevaba a cabo en condiciones muy buenas, mientras que el segundo todavía hoy me produce escalofríos.

Prácticamente no había niño que no tuviera un nombrete. Los entrenadores no los llamaban por sus nombres. Utilizaban apodos, de forma que a menudo no conocían siquiera los nombres verdaderos de sus educandos. A Dictys su entrenador lo había bautizado "pichón de Hitler", a otros alumnos los llamaban "patiplano", "llorón" u "oreja de elefante". Sus gritos e insultos, que se escuchaban a leguas de distancia de la piscina, no contribuían a incrementar la autoestima de los pequeños. Más bien se sentían aterrados -así deben sentirse los animales de circo amenazados constantemente con el látigo de su domador- cuando oían a su entrenador desgañitándose como un demente:

"maricones de mierda si no nadan más rápido voy a cortarles la picha". Hubo niños que volvieron a orinarse en la cama o que se trastornaron porque no pudieron soportar las pesadillas que en la noche adquirían dimensiones mayúsculas.

Cuando nos quejábamos de estos métodos antipedagógicos y denigrantes, nos replicaban que nos dejáramos de blandenguería y flojera, que había que sacarles hasta la última gota de energía a los muchachos para convertirlos en campeones y si no nos gustaban sus métodos podíamos retirar a nuestros hijos de la escuela, que miles de niños se sentirían felices si pudieran entrar en este plantel. Evidentemente, para niños flojos, tímidos y débiles, en fin, para niños normales no había lugar en esta escuela.

Cuando Dictys apareció un fin de semana con una otitis tan severa que la infección amenazó con dejarlo sordo, el médico se quedó espantado y mandó a suspender la natación. "Si ustedes quieren que logremos controlar la infección, tienen que sacarlo de la escuela. Tengo que curarlo todos los días aquí en el hospital y sólo aquí tenemos el antibiótico que necesita". El entrenador vociferó, estaba indignado, porque quería que Dictys participara en una competición. No le importó gran cosa que el niño estuviese enfermo. Nosotros liberamos a Dictys de su carga de conciencia. Le aseguramos que su salud era más importante que el título de campeón. Dictys estaba soportando unos dolores de oído y de cabeza tan espantosos que aceptó muy rápido nuestra decisión de retirarlo de la escuela.

Poco tiempo después de este incidente, Dani presentó un cuadro similar. Estando con fiebre alta, con "paperas" que le habían deformado la cara que se parecía a un castor, el entrenador lo había obligado a tirarse al agua, que a las siete de la mañana del invierno cubano estaba muy fría. Dani le hizo caso al entrenador porque no quiso que lo humillara. Sus compañeritos, señalando al niño, le dijeron al entrenador: "mírele la cara a Dani, la tiene hinchada, el cuello está gordo como la mejilla, tiene como una pelota en el cuello. Está enfermo". "¡Qué enfermo ni qué de pelota! ¡Que se tire al agua, nadando se le va pasando!", fue la réplica del "domador". El médico prohibió a Dani que continuara nadando mientras no estuviera totalmente curado de la enfermedad. Así sucedió que también Dani se despidió definitivamente de la escuela de natación que -a excepción de las clases en el aula y con la profesora de música que adoraba- nunca había llegado a gustarle.

Y de nuevo nos pusimos a buscar, mejor dicho a tratar de encontrar la mejor escuela del barrio para matricular a los dos. Esto no era fácil. A cada niño le tocaba la escuela que las instancias regionales del MINED le asignaban -el mismo sistema que aquél que se aplicaba con la libreta de racionamiento: ¡a ti te toca aquí, a ti allá!-. Todo esto acompañado de un lío burocrático desesperante, de días de colas, de discusiones tontas e inútiles y de zozobra e indignación para los padres que luchaban contra la cuadradura de las cabezas lunáticas de los funcionarios. Dictys quedó inscrito en una escuela de las "Makarenko", es decir, las maestras eran guajiras orientales convertidas en maestras de

primaria. Sus características destacadas: mucha voluntad y poca capacidad. El primer año en esta escuela fue un desastre. Las clases de historia -si uno no lo ha presenciado, no puede creerlo- se impartían a base del libro de historia de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). La maestra escribía en el pizarrón párrafos enteros del libro y obligaba a los niños a copiarlos en sus libretas para aprendérselos de memoria. El niño que variaba el texto, que no era capaz de repetirlo en la prueba, al pie de la letra o que le hacía algún aporte propio, recibía la calificación de "deficiente". Así le pasó al grupo completo: suspendidos todos. Hubo que repetir el examen. Todos tuvieron que aprenderse de memoria los textos y ¡cuidado con olvidarse una palabra! En el transcurso de una entrevista con la maestra me di cuenta que ni ella sabía ni entendía la materia ni los niños la comprendían. Como si ambos hablaran en otro idioma.

No pudimos tolerar esta situación. A duras penas conseguimos el traslado de Dictys a un centro que tenía profesores formados, capaces de desarrollar el programa correspondiente. Y en muy corto tiempo el niño recuperó lo perdido.

La escuela de Dani quedaba muy cerca de la casa. Su aula -un garaje de una casona en Miramar- llegó a convertirse en su mundo predilecto durante los cuatro años que recibió clases en este centro. Nuevamente le tocó la suerte de tener una maestra dedicada a su profesión en cuerpo y alma. Creo que fue ella la que le inculcó el amor a los números, a las matemáticas. El se convirtió en su ayudante fiel, "monitor" de todas las asignaturas, dándoles repasos a los alumnos a quienes "las matemáticas modernas" y la gramática española les producían dolores de barriga.

Fue esta maestra la que me contó orgullosa y contenta que Dani le había encontrado un error de cálculo en su clase de matemáticas. Lejos de censurarlo -como tal vez hubiese hecho un maestro dogmático y autosuficiente- ella lo elogió delante de sus compañeros de aula, exhortando a los demás a prestar atención igualmente y a vigilar y controlar su trabajo. "Diez ojos ven más que dos" y "todos nos equivocamos, lo importante es darnos cuenta y si no nos damos cuenta, agradecérselo a los que nos lo señalan", fue su divisa que algunos de sus alumnos más destacados hicieron suya.

En medio de los descalabros, de las dificultades y problemas que -en su mayoría- se debían a que el personal de educación tuviera una formación deficiente, sin mencionar el contenido distorsionante de los libros de textos, esta maestra era un hada, capaz de crear un ambiente de plena satisfacción a la vez que educaba y enseñaba para la vida.

Los niños sabían que su maestra tenía dos hijos, el último todavía en pañales y que no había podido conseguirle un corral al bebito. Dani vació su alcancía y -habiendo encontrado en el vecindario una familia dispuesta a venderle un corral que ya no le hacía falta- lo pagó y con la ayuda de un compañerito de aula, los dos cargaron el corral en sus hombros y se aparecieron en casa de la maestra. Ella me llamó por teléfono de inmediato: "¿Usted le dio permiso a Dani para gastar su dinero en comprar un corral que junto con un amigo acaba de dejar en mi casa?". Dani no me había contado ni una

palabra de su proyecto, pero lo encontré maravilloso. Pilar me contó más tarde que le había dado unos pesos, porque los quilos en la alcancía no habían alcanzado para poder pagar el corral.

A la maestra le repliqué que el niño podía administrar su alcancía a su libre albedrío y que hiciera el favor de aceptar este gesto de aprecio, de verdadero amor de un chiquillo a su maestra adorada.

En nuestro barrio, a menos de una cuadra de la "Casa Central de las FAR", un grupo de casas se estaban convirtiendo en ruinas. Desocupadas después de haberles dado cobijo a cientos de guajiras orientales, las cuales habían regresado a sus aldeas o estaban trabajando en la "Textilera de Ariguanabo" o habían logrado conseguir una plaza en una de las escuelas del "Plan Makarenko", cerradas, sin que nadie les diera atención, se estaban llenando de ratas y de moho. Un mundo fantástico para Dani y su tropa de amigos. Hacían competencias de quién saltaba más de azotea a azotea, sin caerse, de quién se atrevía a colgarse de una rama de flamboyán para tirarse de allí a la azotea de una de las casas y practicaban otros números de circo que requerían destreza, agilidad y valor. Por suerte yo no sabía nada de este tipo de pasatiempo.

A las cucarachas de todos los tamaños, a las lagartijas, arañas peludas, a los millones de mosquitos y gusarapos que brotaban de los charcos después de cada aguacero tropical, les hicieron competencia verdaderas invasiones de ratas y de ratones. Al menos esto era así en calles como la nuestra, en las cuales había casas desocupadas, en estado de putrefacción. Parece que la proliferación de ratas y ratones estimuló la igualmente enorme proliferación de gatos. Cientos de estos felinos poblaban nuestro barrio.

Muchos vecinos emprendieron una lucha sin cuartel contra los gatos, no porque les molestaran los conciertos de música estridente, chillona y escalofriante que producían durante sus juegos de apareamiento y que exacerbaban la fantasía de los muchachos, no, no era ésta la razón, sino más bien lo hacían porque las escasas raciones de carne o de pescado eran presa constante de los animales, tan hambrientos como los inquilinos humanos.

Así sucedió que con mucha frecuencia los vecinos metían en cartuchos las crías recién nacidas de gatos y los tiraban a los latones de basura. Las criaturas desgraciadas, encerradas, sin apenas poder respirar, ni hablar de encontrar algo de comer, no podían escaparse de allí, estaban condenadas a morir de una forma lenta y tortuosa. Los maullidos de los gatitos medio muertos eran desgarradores.

Dani se convirtió en el salvador de estos animales expósitos. Con mucha habilidad, sin que nosotros nos diéramos cuenta, cada mañana antes de irse a la escuela, separaba un buchito de leche de su vaso del desayuno para llevárselo a los gatitos de turno que lo estaban esperando en una de las casas deshabitadas. El botiquín de la casa quedó ripiado porque Dani sacaba todas las medicinas que le parecían útiles para curar a sus gatos de

las enfermedades más asquerosas adquiridas en el ambiente antihigiénico de los latones de basura, de donde los había sacado para criarlos. Su tía Pilar fue la única confidente que le ayudaba a encontrar alimentos para los animales. Lo único que no le permitió explícitamente era darles leche, porque la poquita que recibíamos la debíamos reservar para consumirla nosotros. Pero todos los restos de pescado, los huesitos y pellejitos de pollo, Dani se los llevaba a sus gatos. Y para garantizarles también una cuota minúscula de leche, llenaba un frasquito de medicina del líquido precioso, a escondidas de Pilar. Yo estoy segura que ella sabía que "vida mía" violaba regularmente su prohibición.

Supe de toda esta labor de benefactor y protector de gatos de mi hijo cuando Dani ya llevaba meses ocupándose de su cría. Y, sinceramente, quedé impresionada viendo cómo los animales corrían hacia el niño, dándole un concierto de maullidos de contentura, ronroneando cuando devoraban cabezas y espinazos de merluza y patitas de pollo. Dani me enseñó un gato negro con manchas en gris, rojo y amarillo -el bicho más feo que pueda haber- al cual le faltaba un ojo. "Mami, el ojo le colgaba afuera, estaba podrido. Le limpié y curé la cavidad con gotas de cloramfenicol. Estaba que daba espanto. Supuraba. Debe haberle dolido mucho, pero nunca trató de morderme cuando lo curaba. Ahora -como ves- está vivito, curado y alegre. Creo que no echa de menos el ojo perdido, porque ve lo suficiente con uno. Es tuerto pero sano".

Otro día me enseñó henchido de orgullo una familia de gatos bellos, eran de ojos azules y pelo blanco, de raza pura. Poco tiempo después, cuando ya estaban lo suficientemente grandes y fuertes para poder valerse por sí mismos, habían desaparecido. Robados. Dani estaba fuera de sí de indignación. Y triste, muy triste por haber perdido sus gatos que con tanto esmero y dedicación había salvado de una muerte horrorosa.

Además de atender a docenas de gatos, de mataperrear por las casonas, en las azoteas y en el "Monte Barreto" -área selvática de diente de perro, llena de cachivaches y trastos herrumbrosos abandonados en estado de desintegración- mi hijo se dedicaba a adiestrarse para lo que -estaba seguro- más tarde sería su profesión: médico veterinario. Asistido de dos muchachos, hijos de cirujano, cazaba lagartijas y arañas peludas y otros animales dignos de su interés. Muchas de las lagartijas fueron víctimas de su afán por conocer la anatomía de estos bichos. Con bisturíes, pinzas, tijeras y sabrá Dios cuántos otros instrumentos quirúrgicos que le "conseguían" sus amigos, los hijos del médico, operó un sinfín de animales y cuando éstos expiraban, les hacía la autopsia, explicando a los espectadores fascinados los detalles de las articulaciones, órganos internos y estructuras encontrados.

Dictys y Dani se empataron con un sustituto digno de sus entrenadores de la escuela de natación. En uno de los "Círculos Sociales" cercanos, dos veces a la semana se impartían clases de natación a todos aquellos muchachos que tuvieran aptitudes comprobadas y que estuvieran dispuestos a trabajar por lograr tiempos a la altura de aquéllos que valían la pena para ser presentados en competiciones a los más diversos

niveles. Ni la intensidad ni el rigor de este entrenamiento podían compararse con los de la escuela de natación, pero los niños se sintieron contentos. No más "¡pichón de Hitler, al agua!", no más "¡te voy a matar si no llegas primero!", no más "¡no seas maricón, tírate al agua, so cobarde!". Iban a las clases de natación voluntariamente y con ganas. Y nosotros, los padres, los acompañábamos durante las clases y también durante las competiciones, ayudando en la organización, asistiendo a los profesores para convertir cada competencia en una actividad exitosa. Muchas veces, las clases tuvieron que suspenderse porque no había agua en la piscina o porque no había forma de conseguir un poco de cloro para desinfectar el agua o porque alguna tubería estaba rota y no se encontraba la pieza de repuesto. Aquello se convirtió realmente en un saco de calamidades que mermaba el entusiasmo tanto de los niños como de sus padres y profesores, pero a pesar de las dificultades, a pesar de las muchas decepciones continuábamos, con persistencia, paciencia y una elevada dosis de estoicismo, llevando adelante esta tarea.

Nos sentimos felices cuando supimos que a menos de una cuadra, en el "Patricio Lumumba" (más tarde la Casa Central de las FAR) se abriría una "Escuela de vela". Del montón de muchachos que aspiraban a una plaza, los nuestros llegaron a ser finalistas y cada uno recibió un bote de vela de verdad para aprender este deporte fascinante. Al fin podrían demostrarle a su padre que eran dignos seguidores de la tradición marina.

El "profesor", para poder llegar a la playa, debía hacer regularmente un viaje en guagas que era más complicado y accidentado que la vuelta al mundo. Vivía en Santiago de las Vegas y el trayecto le tomaba por lo menos tres horas si alcanzaba a coger las guaguas correspondientes. Si perdía una, los muchachos tenían que arreglárselas sin entrenador. De hecho, los pequeños se pasaban más tiempo sin profesor que con él, lo cual mermó enormemente su disciplina y su voluntad de asistir a las clases. El profesor -si había llegado puntualmente- estaba extenuado, cansado, sin muchas ganas de ocuparse de los niños. Muchas veces les permitió que tomaran sus botes y se fueran a mar abierto a practicar. Los niños más grandes trataban de vigilar y orientar a los más pequeños, pero el curso completo adquirió -poco a poco- características catastróficas.

En Cuba entera, por donde quiera se estaba generalizando este estado de indiferencia, de "no me importa", de falta de sentido de la responsabilidad, trátese del personal de los círculos infantiles, de las escuelas, de los establecimientos públicos como también de los centros asistenciales. Se había producido un círculo vicioso: los problemas, las dificultades desesperantes que perseguían a todo el mundo se convertían en rebote, en "boomerang", en una reacción en cadena. La enfermera que había encontrado el círculo infantil de sus hijos cerrado y que llegó tarde al trabajo, por lo que le quitaron puntos en la emulación, descargaba su indignación y su frustración contra los pacientes, porque la tensión acumulada, la rabia, la imposibilidad de encontrar una solución satisfactoria a sus problemas, la hacían agresiva. Y así todos y cada uno tenían sus problemas, cuya solución requería tantas energías que la distorsión, el desplazamiento de la labor

principal hacia el final de la escala de valores resultó, a mi entender, una cuestión lógica de este proceso de deterioro. El lema "Tengo que resolver un problema" se había convertido en plataforma programática de los cubanos comunes y corrientes. Podían contarse con los dedos de las manos a aquellas personas que consideraban su trabajo una vocación, una tarea vital y que tenían condiciones para actuar consecuentemente.

El curso de vela terminó -no se podía esperar otra cosa- como la fiesta del "guatao". Un desastre que no tuvo mayores consecuencias, porque los niños involucrados tuvieron una suerte increíble, inusitada: Pedro Pablo, el entrenador, más dormido que despierto, repartió los botes y les dijo a los niños que se fueran a dar vueltas alrededor de la boya. Al poco rato, el mar empezó a ponerse bravo. Aquellos que aún no habían llegado a la boya, regresaron antes de que las olas y la corriente les complicaran el retorno. Pedro Pablo ni cuenta se dio; estaba totalmente ajeno a lo que sucedía a unos doscientos metros de distancia.

No recuerdo por qué Dictys ese día no se encontraba en el lugar de los hechos. Quedaban tres niños luchando contra las olas tratando de mantener sus botes a flote. Uno logró alcanzar la costa, los otros dos se viraron: Dani y Edel, un amigo suyo. La soga del bote de Edel se le escapó de las manos. El bote se independizó. Las olas lo impulsaron y -con la vela boca abajo- se fue alejando de la costa hasta desaparecer por completo. A Edel no le quedó más remedio que salvar el pellejo nadando a la orilla. Dani se había quedado solo. No quiso aparecer ante Pedro Pablo sin su bote. Su papá le había inculcado que un marinero no abandona su barco. Esta sentencia, para Dani, era una ley inviolable.

Remolcó el bote nadando de espaldas, agarrando firmemente la soga, con las piernas dando patadas fuertes, moviéndose hacia la costa. La corriente lo desvió. Sintió suelo firme bajo los pies a medio kilómetro de "su" playa. En la orilla se había agrupado el público, aplaudiendo y gritándole vítores. Después de un breve receso para reponerse de los esfuerzos recién desplegados, pidió a los espectadores que lo ayudaran a cargar el bote y entregárselo al entrenador. Aquélla fue una manifestación de triunfo. Dani como un gladiador victorioso encabezaba el desfile y extenuado, pero feliz, devolvió el bote y regresó a la casa. Lo insólito de todo esto fue que el entrenador no se preocupó ni un segundo de sus educandos. Los muchachos habían estado en peligro de ahogarse y él estaba ajeno a lo que pasaba. Le reprochó a Edel haber perdido su bote, sin gastar un gramo de sesos en pensar que los niños estaban vivos de milagro y que él era el responsable de este accidente.

Como sucedía con frecuencia, también de este acontecimiento nos enteramos por terceros, porque Dani no nos dijo ni esta boca es mía.

El curso de vela feneció sin ton ni son. A Pedro Pablo lo trasladaron a otro centro -no por lo sucedido en la playa, no, a él no le exigieron responsabilidad alguna, en definitiva no había pasado nada, sólo se perdieron unos botes de vela y los muchachos pasaron un

buen susto que si no los mató los fortaleció- porque el INDER (la institución nacional que fomentaba el desarrollo del deporte) tenía otros proyectos. El curso de vela requería muchos recursos que no estaban a la disposición. Así se continuaba el proceso lento pero sistemático de causar frustraciones y decepciones, de enterrar sueños, pero también de entrenar a los niños a asimilar el desengaño, a conformarse con lo que hay, a mantener en jaque sus anhelos. Al mismo tiempo se estaban capacitando para distinguir entre las dificultades reales y aquéllas que se debían a la falta de voluntad, a la indiferencia e irresponsabilidad de muchas personas y se rebelaban contra este estado de cosas, sabiendo en sus padres y tíos puntos firmes de apoyo.

No recuerdo quién le dio a Dani la noticia de que en la "Casa Central de las FAR" se podía aprender a tocar la guitarra. Debe haber sido algún amigo, hijo de militar, que había muchos en el barrio. Dani se inscribió, aunque oficialmente no tuviera acceso a la institución. Lo aceptaron gustosamente, después de haberlo sometido a una prueba de aptitud. El niño cantaba bastante bien, sabía interpretar un pentagrama con notas simples, en fin resultó un candidato óptimo para aprender rápido y formar parte del elenco de "artistas pequeños" que debían darle el marco cultural a las actividades políticas que recibían los oficiales en este centro.

Las clases de guitarra afortunadamente se llevaban a cabo con rigor, con disciplina y en un ambiente muy estimulante y la maestra supo ejercer su oficio maravillosamente. Dani nos "deleitaba" pronto con sus primeras piezas musicales y un buen día le correspondió tocar y cantar una pieza a él solo en una actividad a sala repleta. Para desempeñar adecuadamente su papel de solista practicó horas y horas, sin cansarse. Había una dificultad: sus manos eran demasiado pequeñas como para poder agarrar todas las cuerdas que debían apretarse para poder producir un acorde limpio. En medio de la función, cuando debía producir el susodicho acorde, paró su canto y acompañamiento con la guitarra, le hizo una señal al público, diciéndole: "espérense un momento, enseguida continúo" y ayudando la mano izquierda con la derecha para colocar los dedos en la posición requerida, continuó cantando y tocando. Entre los espectadores había quienes pasaron trabajo para no orinarse de la risa.

Cuando no teníamos auto -las más de las veces- para salir los fines de semana a la playa de Santa María, nos dábamos un brinquito para nadar en la costa de la "Casa Central de las FAR" (ex "Patricio Lumumba", ex "Miramar-Yacht-Club"). Los domingos, cuando un burujón de gente llenaba las áreas arenosas y el muro quedaba tan repleto que no se podía dar un paso sin tropezar con cuerpos embadurnados con aceite bronceador, acostados uno al lado del otro asándose a fuego lento, nos metíamos en el agua, nadando hacia el mar abierto durante horas, hijos y padres juntos con amigos en quienes se podía confiar, para platicar, discutir y enderezar el mundo a nuestro antojo.

¡Cómo extraño esos momentos de felicidad, de libertad, de paz espiritual!

Nos pasamos la mayor parte de las vacaciones de verano en la "costa nuestra". Cuando no estábamos nadando, los niños hacían competiciones con sus amiguitos tirándose del muro, produciendo saltos dignos de artistas de circo o pescaban, tratando de sacar del agua algún que otro escribano para enriquecer el menú de los gatos. Las doncellas se utilizaban como cebo. Si pescaban un barbero, lo tiraban al agua otra vez, porque no servía. Había que tener mucho cuidado porque estos peces podían fácilmente producir heridas peligrosas con sus aletas dorsales que se convertían en cuchillas de afeitar cuando los animales se sentían en peligro. De vez en cuando y para alegría inmensa de la tía Pilar, sacaban alguna rabirrubia que terminaba en la sartén, convertida en manjar excepcional. Una vez, tío Gonzalo pescó un pez-loro. Antes de convertirlo en masa frita con ajo y cebolla, consultamos a un especialista para estar seguros de que no se trataba de un bicho venenoso, pues sus colores chillones que podían competir perfectamente con el arco iris más escandaloso, nos hicieron dudar y reprimir el hambre, optando por ser cautelosos. ¡Qué banquete nos dimos con el pez-loro! Sabía a pargo, o al menos nos lo imaginamos.

Una mañana en el mes de julio, estando nadando, descargando con Dani y Dictys, haciéndonos cuentos de esto, lo otro y aquello, oímos de repente unos gritos espantosos: "¡tiburón, salgan rápido, hay un tiburón! ¡Muchachos, apúrense, salgan, corran!". Y siempre de nuevo la palabra de "tiburón" gritada al aire como una sirena antiaérea.

"¡Qué manera más antipedagógica de apurar a los muchachos para que naden más rápido!", comenté. Seguimos nadando y conversando. De nuevo estos gritos frenéticos y ahora veíamos a un burujón de gente gesticulando, con bates de pelota en las manos, sacando del agua a los últimos niños rezagados.

"Parece que es cierto que hay, que hay..., parece que... ¡vamos, rápido afuera!, ¡un tiburón de verdad!". Como cohetes nadamos hacia la escalera y corrimos a la orilla.

Un tiburón enorme, enloquecido, estaba dando los últimos coletazos. Llevaba en el lomo varios arpones que le habían clavado los soldados guardafronteras llamados en auxilio de los bañistas. Todavía le quedaba fuerza suficiente como para enfilar el rumbo hacia la salida a mar abierto, pero un grupo de soldados montados en una lanchita se lo impidió, dándole machetazos y pinchándolo con arpones. Alguien logró amarrar un lazo del grueso de un pulgar alrededor de la cola del tiburón. Ya no había posibilidad de que se les escapara a sus captores. El agua estaba roja de sangre. ¡Qué espectáculo tan horripilante ver con qué saña, con qué brutalidad estaban arremetiendo los jóvenes soldados contra el tiburón moribundo! Seguían dándole golpes a diestra y siniestra cuando el animal ya no daba señal de vida. Grandes pedazos de tiburón flotaban en el agua y lo que quedó del animal lo remolcaron para dejarlo depositado en la orilla. Fue ésta la única ocasión durante mis casi treinta años en la isla que un tiburón se atrevió a acercarse a la orilla. ¿A lo mejor se equivocó? ¿O lo impulsó la curiosidad? Vaya a saberse el motivo de su atrevimiento. El hecho es que murió a machetazos, golpes de

bates y arponazos, estimulando a la gente a contar las historias más inverosímiles, enriquecidas de su fantasía sin límite, que ayudó a muchos padres a que sus hijos "respetaran" el mar y no osaran salir nadando mar afuera.

A Dictys y Dani no les impresionó la visita del tiburón en nuestra playa. Sólo los espantó la muerte cruel que tuvo que sufrir el animal y la brutalidad de sus captores. Nosotros teníamos la costumbre de nadar en el área fuera del muro, pero siempre éramos un grupo, allí nunca nadábamos solos.

A unos doscientos metros de distancia del muro una draga sacaba toneladas de arena, cargándola en chalupas que se la llevaban a la costa para ser esparcida por la orilla para cubrir las rocas de diente de perro. Así, la orilla se convirtió en playa arenosa, para el deleite de los niños y adultos que no sabían nadar.

Las dragas removían el suelo marino. Alrededor de los barcos y de la draga el paisaje submarino revuelto se llenaba de peces que encontraban alimentos exquisitos sacados de sus escondrijos. Los peces que más aprovechaban este festín eran los tiburones. Y - horror, espanto, pesadilla atroz- Dictys y Dani, por supuesto sin pedirle permiso a nadie, se fueron nadando a este escenario sumamente interesante, donde había tantas, pero tantísimas cosas que ver. Nos enteramos cuando un domingo el salvavidas de la playa nos preguntó si éramos los padres de los dos muchachos, para reprocharnos nuestra falta de vigilancia, nuestra indiferencia a las barbaridades que cometían estos niños, nadando a la zona infestada de tiburones.

"Sólo había cazones y éstos no le hacen nada a la gente", comentaron nuestros hijos. "El salvavidas quiere impresionarlos, quiere darse importancia, ¡qué exagerado es!".

Con el decursar del tiempo se nos fue haciendo cada vez más difícil poder tener acceso a la "Casa Central de las FAR". Dani tenía permiso para asistir a las clases de guitarra, pero nos faltaba el "pase" oficial que permitía la entrada a la playa. Algunas veces me lo conseguía mi jefa, la Presidenta, pero llegó el día en que esta "palanca" quedó fuera de nuestro alcance. ¡Qué barbaridad, vivir en la playa, pero prohibido entrar!

A dos cuadras quedaba el hotel "Comodoro" que ofrecía áreas apropiadas para nadar. No estaba abierto al público cubano. Se encontraba en pleno proceso de acondicionamiento para convertirse en hotel y playa para el turismo internacional. Los trabajos de reconstrucción y ampliación demoraban años, se paraban, se continuaban, se modificaban, se intensificaban de acuerdo con los lineamientos que daba la jefatura de turno. La transformación del "Comodoro" podía tomarse como el medidor del desarrollo o subdesarrollo económico del país. Se erigió una cerca gigantesca de alambre a cientos de metros alrededor del área, en la cual se planificó construir cabañas con piscinas y jardines. En rastras y camiones llegaban toneladas de materiales de construcción de todos los confines del mundo, que desaparecían poco a poco, por lo que tenían que sustituirse permanentemente. ¡Sabrá el diablo cuántas casas se repararon,

cuántas viviendas se construyeron con los materiales extraídos clandestinamente del "Comodoro"!

Nosotros, vecinos del "Comodoro", aprovechamos las demoras e irregularidades en la reconstrucción y ampliación de la instalación. Los vigilantes en la puerta de entrada nos dejaban pasar, echándole una ojeada fugaz a un pase caduco hacía meses que había conseguido empleando trucos y los mecanismos conocidos del "sociolismo". Pero también llegó el día en que no nos dejaron entrar, en que se dieron cuenta que el pase no era válido. Un amigo de mi marido, oriundo del Brasil, vivía -antes de que la zona también se convirtiera en "área de dólar"- en una cabaña de la "Marina Hemingway". Nos invitó a bañarnos en la costa de diente de perro, donde no había nadie que estuviera interesado en ocupar el espacio. Los pocos extranjeros residentes preferían la piscina. El amigo regresó a Brasil. Se acabó la felicidad de la playa. No nos dejaron bañar más entre erizos, diente de perro y desperdicios acumulados, porque el programa de ampliación y conversión en fuente de divisas de esta zona no permitió la presencia de plebeyos cubanos.

Nos habían echado de la "Casa Central de las FAR", nos habían echado del "Comodoro" y nos echaron también de la "Marina Hemingway", porque éramos cubanos y no podíamos pagar la entrada en billetes verdes; es más, si teníamos "fulas" éramos criminales porque estaba prohibido a los cubanos poseer dinero extranjero. Nuestros hijos, siendo aún niños, eran muy conscientes de que ser cubanos en Cuba significaba nada más que desventajas, significaba montones de escollos y de limitaciones, de prohibiciones permanentes; equivalía a "ser la última carta de la baraja".

Capítulo XIII

Comienza la educación sexual. Mi capitán desaparece. La casa se inunda.Un accidente que me permite encauzar mi vida profesional

El II Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas se celebró a finales de 1974, doce años después de su Primer Congreso.

Participé activamente en la elaboración de los documentos que servían como base de los debates en las asambleas municipales y provinciales llevados a cabo durante meses antes de comenzar el Congreso Nacional.

Por primera vez, el Congreso de la FMC iba a discutir temas de educación sexual. Yo estaba dando mis primeros pasos en este campo de trabajo virgen que algunos años más tarde sería mi profesión, mi vocación, la ocupación a la que me dedicaría con toda mi alma.

En el país entero -tanto en las provincias como en las grandes ciudades- se estaba observando una situación de relajamiento de la responsabilidad, de indiferencia -sobre todo por parte de los jóvenes, de los maestros y también hay que decirlo, por parte de muchos padres-, frente a un problema que había adquirido dimensiones intolerables: el libertinaje sexual, mal llamado "amor libre" que se acompañaba de consecuencias, si bien es cierto lógicas, pero no menos funestas, que se traducían en un aumento vertiginoso de los índices de embarazo en edad temprana, del problema de las niñas-madres, del aborto inducido al que recurrían cada vez más frecuentemente muchachitas de colegio; del abandono de los estudios, del aumento del número de madres solteras, del matrimonio en edades muy tempranas y del divorcio de demasiados matrimonios que no debían haberse formalizado por no reunir sus contrayentes un mínimo de madurez y sentido de la responsabilidad como para casarse.

Sin exagerar podía hablarse de un problema social incompatible por completo con los proyectos de formar "al hombre nuevo".

Desde todos los rincones del país recibíamos el reclamo de impartir "educación para la familia" (el término de "sexual" o "sexualidad" pocos se atrevían a pronunciarlo sin sonrojo, aún se evitaba; el hechizo que se relacionaba con estas palabras tabús ejercía un poder paralizante), la exigencia de poner freno a la situación de disloque y de preparar a las nuevas generaciones para poder establecer relaciones de pareja estables y responsables. Mientras más me ocupaba del tema, más cuenta me daba de que las contradicciones, los cientos de miles de criterios sobre qué es amor, qué es sexualidad, qué es deseable, qué debe propiciarse, qué rechazarse, iban a dificultar enormemente la labor de preparar líneas de trabajo apropiadas.

En el pequeño grupo de "expertas" responsabilizado con la elaboración de los documentos (por encargo de la Presidenta de la FMC yo debía emplear gran parte de mi fondo de tiempo para el estudio de numerosos libros y folletos en diferentes idiomas sobre salud reproductiva de la mujer y cuestiones de educación y orientación sexuales, que llenaban la biblioteca de la FMC, y que hasta la fecha no se habían revisado. No solamente debía elaborar resúmenes, sino también propuestas de programas y de estrategias de trabajo) libramos debates casi interminables, en los que se manifestaban igualmente las más diversas corrientes filosóficas, ideológicas, creencias, mitos y posiciones de poseedoras de la verdad absoluta, todo vestido con el manto, con la terminología del marxismo-leninismo, el cual, al escarbarse un poquito, nos demostraba que todas éramos presas, que éramos esclavas de nuestro pasado, de la tradición, de nuestras creencias y conocimientos deficientes, plagados de errores, prejuicios y anacronismo.

Lograr consenso en el grupo de expertas, en las cuestiones de principio más elementales, fue, pues, el inicio y la condición sine qua non de nuestro empeño.

Trabajamos arduamente. El resultado de nuestra labor fueron unos documentos que podían considerarse -si se les liberaba del ripio obligatorio, de los muchos adornos rimbombantes, característicos del lenguaje oficial- la columna vertebral de nuestra acción futura. Y, lo más importante: estos documentos, una vez aprobados en el Congreso Nacional, constituían un programa de trabajo de obligatorio cumplimiento.

Quedaban comprometidos en lo que a la realización del programa de educación sexual aprobado por el II Congreso de la FMC se refiere, en primer lugar los Ministerios de Educación (MINED), de Salud Pública (MINSAP) y los medios masivos de comunicación.

Hay que tener presente que a partir de 1971 el Ministerio de Educación institucionalizó el sistema de escuelas-internados en todo el país. Más de la mitad de los adolescentes cubanos -muchachas y varones de 12 a 18 años de edad- se estaban formando en escuelas en el campo. Permanecían en su escuela-internado toda la semana, regresando a sus casas los sábados para retornar a la escuela los domingos. En las escuelas en lucares recónditos, como las que se construyeron en la Isla de la Juventud (Isla de Pinos), los alumnos recibían pase sólo cada seis semanas. .

El concepto de la escuela-internado no era nada nuevo. Se basaba en el sistema de la escuela elitista en la cual habían sido educados los hermanos Fidel y Raúl Castro. Al copiar y generalizar el sistema de los jesuitas, a los funcionarios del MINED que empollaron la "nueva escuela" se les escaparon algunos detalles de importancia esencial: en la escuela de Fidel y de Raúl los profesores formados con todas las de la ley eran curas cuya tarea vital consistía en educar a los alumnos a su cuidado. Ejercían su profesión con dedicación absoluta. Vigilaban a sus educandos, los tenían controlados y les propiciaban actividades que los mantenían "en jaque". No los exponían -como pasó

en la "nueva escuela"- a la tentación permanente, no les propiciaban condiciones que estimularan la sexualidad. No mezclaban -como también sucede en la "nueva escuela"- la dinamita y el fuego (muchachas y varones), pues en el plantel de los religiosos sólo había varones.

Las ESBEC (Escuela Secundaria Básica en el Campo) y los IPUEC (Instituto Pre-Universitario en el Campo) crecieron, se multiplicaron, salieron de la tierra como los hongos después de un buen aguacero. En medio de la campiña, lejos de la civilización, sin infraestructura existente. Impagable e inoperable. El conflicto, la catástrofe estaban programados desde el inicio. El sistema se basaba en condiciones, en criterios y convicciones que sólo podían terminar con el fracaso. El MINED no aceptaba críticas de ningún tipo. Mucho menos el autor intelectual: el Comandante en Jefe. El sistema de educación de Cuba era el "mejor del mundo". Punto. La formación de los maestros requeridos para los planteles nuevos quedó rezagada y era totalmente insuficiente. Sabían impartir clases, pero no estaban capacitados para atender a adolescentes en internados, teniendo que sustituir a los padres de los alumnos. La mayoría de los maestros eran jóvenes, hechos "pedagogos" a machetazo; les llevaban unos pocos años a sus educandos. Muchos otros, casados, no pudieron soportar la permanente separación de sus familias, sobre todo si estaban trabajando en zonas de difícil acceso que les imposibilitaba regresar a sus casas diariamente. Nunca antes hubo en Cuba tantos maestros con problemas psíquicos que requerían su traslado de un plantel-internado a una escuela "normal". Para mí, la "nueva escuela" era el taller perfecto para destruir la familia, para aumentar los problemas ya existentes de embarazos en adolescentes, de la deserción escolar, de los excesos sexuales de los alumnos entre sí como también de los maestros entre sí y entre ellos y los alumnos.

No servían para nada las prohibiciones y los muchos reglamentos emanados del MINED para controlar y dominar las situaciones complejas, contradictorias y a menudo verdaderamente catastróficas que se estaban desarrollando en las escuelas-internados. Creer en la eficacia de estas prohibiciones y de las incontables regulaciones que se colocaban en los murales de las escuelas, a la vista de todo el mundo, o que se depositaban en las gavetas de la dirección, equivalía a creer que una torta gigantesca colocada en el patio de la escuela con un letrero diciendo: "¡prohibido terminantemente probarla!, ¡si te atreves a tocarla, te envenenas, te mueres!", iba a frenar a los alumnos a devorar el manjar. Muchos, demasiados alumnos se desgraciaron comiendo la torta prohibida y recibieron el castigo no merecido pero anunciado y conocido, por violar el reglamento.

Todos -excepto los funcionarios del MINED- (el peor ciego es el que no quiere ver) sabían que los alumnos de una escuela con internado se escapaban a las plantaciones de cítricos para darle rienda suelta al impulso, para experimentar y desahogar sus deseos incontrolables que por la acción exuberante de las hormonas, exacerbados además por las condiciones climáticas fantásticas (¿qué adulto -ni hablar de adolescente- es capaz

de frenarse cuando lo embriaga el perfume de los azahares, cuando la luna llena, testigo silente, le alumbra el escenario y la hermosura imponente y apacible del paisaje inmenso le hacen perder los estribos?), se convertían en seres anencefálicos. Profundizaba este conflicto la orientación de los padres a los varones de demostrar su hombría, aunque el reglamento de la escuela prohibiera terminantemente tal demostración. El muchacho que a los catorce años de edad no supiera reportar a su padre sus experiencias, conquistas y desempeño sexual exitoso con muchachas -mientras más, mejor- se consideraba un flojo, un mariquita.

Los alumnos y los maestros eran ignorantes en lo tocante a la sexualidad. No había a su alcance ni libros, ni revistas, ni material fílmico, nada que pudiera servirles de fuente objetiva de información, de guía para orientar su conducta. En lugar de acumular conocimientos, sus cabezas estaban llenas de confusión, de verdades a medias, de mitos y prejuicios. Los maestros no estaban capacitados para atender adecuadamente su propia sexualidad, ni hablar de la de sus educandos. Los padres se encontraban en la misma situación. Sin embargo, cuando en un plantel surgía algún problema relacionado con la sexualidad (trátese de embarazos de alumnas, de muchachos "cogidos con las manos en la masa", violando el reglamento), la culpa -invariablemente- se la echaban a los alumnos y a sus padres. ¡Qué medida más antipedagógica! Los padres eran los últimos en poder ejercer alguna influencia sobre sus hijos. No les estaba permitido visitar a los muchachos en la escuela, salvo excepciones, cuando, por ejemplo, asistían a una reunión de padres o cuando se les citaba para recibir un "lavado de cabeza" por las trasgresiones cometidas por un hijo.

No los veían durante días, semanas. Los ratos escasos que compartían con sus hijos, se limitaban a comer juntos. Los padres se desvivían acopiando comida para matar el hambre crónica de sus hijos becados. Las madres se dedicaban a cocinar y a lavarles la ropa sucia a sus "hijitos del alma", pobrecitos, porque después de estar toda la semana en la beca, no debían pasar más trabajo. Y los muchachos, después de haberse llenado las panzas, se esfumaban de sus casas para reunirse con sus amigos, desahogándose, divirtiéndose, tratando de pasar un rato agradable, sin la presión constante de maestros y padres.

Se fue formando una generación de jóvenes que no sabían lavar un calzoncillo, que no sabían cocinarse un plato de arroz, no sabían ni siquiera de dónde venían los frijoles y el arroz, que no sabían dónde se conseguía una hoja de papel, que no aprendían a tomar decisiones propias. Simple y llanamente formaban parte de una maquinaria gigantesca. Cada uno era un piñoncito del engranaje. Todo estaba programado, planificado, obedecía a las orientaciones recibidas de "los organismos superiores". Y no obstante, cuando las orientaciones, las normas, las disposiciones se mostraban ineficaces, no se buscaba la culpa en el organismo superior, no, las ovejas negras eran invariablemente los muchachos y sus padres.

En el MINSAP (Ministerio de Salud Pública), estando sus funcionarios y especialistas igualmente contaminados con pseudo-verdades y conducta machista, encontramos una actitud muy diferente a la del MINED en cuanto a la solución de los problemas terribles que resultaban de la deficiente educación sexual de la población.

Mientras que el MINED expulsaba de la escuela a las muchachas embarazadas por dar "malos ejemplos" a sus compañeros y por no tener la escuela condiciones para atender alumnas en estado de gestación, el MINSAP no podía expulsar del hospital a una adolescente embarazada, a un joven contagiado con gonorrea (una directora de una ESBEC me dijo -cuando le pregunté cuáles eran los problemas sexuales más frecuentes de sus alumnos- "¡compañera, ésta es una escuela; aquí la sexualidad no tiene cabida!").

Los funcionarios del MINSAP, a todos los niveles, estaban en la obligación de realizar análisis exhaustivos y rigurosos de los casos de mortalidad infantil, de la situación de mortalidad y morbilidad relacionada con el aborto u otros problemas tocantes a la salud reproductiva. Los índices de mortalidad infantil que correspondían a los más bajos del mundo, no se obtenían por arte de magia ni porque se hubiese encontrado una fórmula cubana especial; obedecían a una labor sistemática tanto de educación de la población como -y sobre todo- a los esfuerzos, a la dedicación y al sacrificio de los profesionales de la salud. A un médico al que -por negligencia o por incompetencia- se le podía atribuir la culpa de un caso de mortalidad infantil, se le cobraba la responsabilidad; a un director de escuela o a un maestro que no supo evitar la deserción escolar de una alumna que abandonó el plantel por dedicarse a criar un niño, nunca se les ocurrió a las autoridades del MINED exigirles responsabilidad alguna, es más, el MINED, como autoridad máxima, tenía como norma orientar la expulsión de la escuela de una alumna embarazada, sin ocuparse del porvenir de la joven en cuestión, pues una muchacha embarazada constituía un estorbo, un elemento desequilibrador del orden y de la moral. Su estado demostraba que había cometido un pecado imperdonable. Como si el embarazo hubiese sido obra de arte y magia del demonio y no de un compañerito o de algún maestro. Los "sementales" quedaban fuera de los cánones que regían la conducta inapropiada.

El índice de mortalidad infantil es un medidor muy significativo -no el único, pero sí de importancia- cuando del nivel de salud de un país se trata. Y Cuba -"potencia médica mundial"- exhibía cifras, con sobrada razón para sentirse orgullosa, que otros países con más recursos y posibilidades observaban con envidias y recelo.

Los resultados de la labor de salud se informaban regularmente a la OMS (Organización Mundial de la Salud). Ésta y otras organizaciones especializadas de las Naciones Unidas mantenían con Cuba una serie de programas de desarrollo que no sólo significaban una ayuda material sustancial sino también requerían de los funcionarios cubanos encargados de realizar los programas una seriedad y un rigor absolutos en la ejecución del trabajo. No existía la más mínima posibilidad de desviar recursos o de robarse el

dinero. El control que ejercían las organizaciones especializadas de la ONU junto con los coordinadores de la parte cubana sobre la puesta en práctica de los proyectos aprobados puede considerarse fiable. Durante los últimos años de mi estancia en Cuba dirigía uno de los programas del Fondo de Población de Naciones Unidas, cuyo objetivo era bajar los altos índices de embarazos en adolescentes.

La FMC estaba a cargo de la preparación de la delegación cubana que iba a participar en la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas en el "Año Internacional de la Mujer", que tuvo lugar en verano de 1975 en México.

De las Naciones Unidas habíamos recibido con antelación los documentos del proyecto del Plan de Acción Mundial, en los cuales se reflejaba la visión de un mundo en el que hombres y mujeres gozarían de los mismos derechos y tendrían los mismos deberes, en el que se garantizaría la igualdad. Este Plan de Acción Mundial llegó a convertirse en mi faro, en mi guía de trabajo. Sólo había que especificar tareas, detallar aspectos particulares, pero el documento en sí, tal como fue aprobado también por Cuba en la Conferencia Mundial celebrada en México, podía considerarse un instrumento de trabajo conciso, nuestra columna vertebral. Poder participar directamente en la Conferencia Mundial fue para mí un acontecimiento de distinción. Estaba eufórica, discutía con delegadas del mundo entero. Era miembro oficial de la delegación cubana. Me sentía "realizada" y tomaba muy en serio todos los debates y discusiones. Registraba -como en ninguna ocasión anterior-las discrepancias, las enormes contradicciones y los conflictos que tenían representantes de los diferentes continentes con el Plan de Acción Mundial. Se libraban verdaderas luchas por modificar, quitar o enmendar algún párrafo. Durante semanas estuvimos trabajando representantes del mundo entero para lograr un Plan de Acción digno de ser aprobado y realizado. Hay que tener presente que la aprobación del plan significaba para cada país firmante el compromiso y la obligación -al menos en teoría- de llevarlo a la práctica.

En saludo al 8 de Marzo, Día Internacional de la Mujer, se aprobó el Código de Familia, después de haberse estudiado y debatido el proyecto en toda Cuba, desde la Punta de Maisí hasta el Cabo de San Antonio. Creo que nunca antes ni nunca después se ha debatido en Cuba con tanta participación el proyecto de un Código. Miles y miles de cartas con sugerencias, con proposiciones y manifestaciones de acuerdo o desacuerdo se recibían en la comisión preparatoria. Las discrepancias más abiertas se observaban en lo tocante a la igualdad en la familia, cuando se hablaba de que el hombre y la mujer juntos deben asumir la responsabilidad de atender a los niños y de realizar las tareas del hogar. Igualdad en cuestiones de acceso a la formación, en lo tocante a igual salario por igual trabajo esto se aceptaba, no por unanimidad, pero por la mayoría de los que opinaban al respecto. Pero lo de la igualdad en la familia era otra cuestión. ¡Quién había visto a un hombre con delantal, cocinando, fregando, limpiando y cambiándole los pañales llenos de caca y quitándole los mocos a su hijo! ¡Qué va!, ¡un hombre que aceptaba esto dejaba de ser hombre! Otro aspecto que generó montones de opiniones

contradictorias fue el relacionado con la edad para poder casarse. La mayoría de los participantes en la discusión pública opinaba que la edad para permitir el casamiento a la muchacha debía fijarse en los doce años, basándose este criterio en la opinión muy difundida, pero de consecuencias fatales, de que a partir de la menarquia una muchacha está lista para casarse. Finalmente, no se aceptó esta exigencia. Se estableció que "Están autorizados para formalizar el matrimonio la hembra y el varón mayores de 18 años de edad. En consecuencia no están autorizados para formalizar el matrimonio los menores de 18 años de edad (artículo 3 del Código de Familia)". Sin embargo, se dejó abierta una puerta para aquellas situaciones que yo llamaba "concesiones al pasado, a la tradición": se permitía a las muchachas casarse a los 14 años y a los varones a los 16 si contaban con el permiso de los padres o tribunales. Esta licencia llegó a constituir más bien la regla y no la excepción.

Miles y miles de niñas abandonaban la escuela, se casaban o las obligaban a casarse para "salvar el honor de la familia", para "descasarse" unas semanas más tarde. No reunían ni las más mínimas condiciones para tamaña empresa; se desgraciaban la vida antes de empezarla y se unían al gigantesco ejército de niñas-madres, que para desdicha propia y la de sus hijos, tenían que arreglárselas sin el apoyo material y espiritual de los padres de las criaturas. Otras tantas tuvieron que dejar sus hijos al cuidado de los abuelos, quedando relegadas las niñas-madres a desempeñar la función de hermanas de sus propios hijos. Esta situación se estaba generalizando en todo el país, en el campo y en las ciudades. Durante varios años seguidos, en lo referente a los nacimientos, registramos muchas más madres de 16 años que madres de 26. Y no era excepcional que niñas de 13 años tuvieran hijos. Niñas de 11 y 12 años, embarazadas, las había cada año, aunque su número no llegara a tener "importancia estadística", pero el simple hecho de que este fenómeno existiera, exigía medidas efectivas, porque este estado de cosas era intolerable aunque muchos, demasiados funcionarios de altísimo nivel, no le dieran importancia, quitando el tema del orden del día con el comentario de que "esto siempre ha sido así, es una característica de los trópicos, las niñas maduran muy temprano, es lógico que tengan hijos".

Yo estaba convencida de que sólo un trabajo mancomunado de educación -no de instrucción que no cambia automáticamente conductas- podía modificar sustancialmente la situación imperante.

Mi capitán desaparece y la casa se inunda

Mi capitán se había esfumado del escenario, aunque esta vez no le dieron chance para dar su opinión. Estaba cumpliendo "misión internacionalista" en Angola. Fue uno de los primeros que se embarcaron a ese lejano país africano. Lo recogieron de su trabajo, por la noche, sin aviso previo, le dieron un uniforme verde olivo, le quitaron todas sus pertenencias personales, metiéndolas en una bolsa de plástico negro. Le entregaron una

chapa metálica con su número de identificación grabado, lo metieron en una guagua y se lo llevaron al puerto, donde el buque que los llevaría a Angola estaba listo para zarpar. Siendo él capitán de barco se fue a Angola metido en la barriga del buque, en una de las grandes bodegas convertidas en alojamiento para cientos de combatientes. Sólo durante las noches les permitían subir a cubierta para respirar un poco de aire fresco. Llegado a tierra angoleña, cumplió funciones de explorador, confeccionando mapas de los terrenos ocupados por tropas sudafricanas. Después sirvió de artillero, oficio bélico para el cual nunca se había formado, pero después de haberlo puesto a observar el manejo del cañón, a la cuarta vez ya lo consideraron apto para cumplir tal función.

Mientras, el Primer Congreso del PCC, celebrado a finales de 1975, me sacó nuevamente de mis quehaceres acostumbrados. Trabajé de intérprete durante todo el Congreso, día, tarde y noche, hecha una verdadera máquina, un robot que transformaba un discurso en español a otro en alemán.

Con los padres ausentes, los niños se trasladaron a casa de sus tíos.

El Congreso del PCC estaba en plena efervescencia -sesiones de discursos casi interminables que se prolongaban hasta más allá de la medianoche- cuando en mi casa se produjo una catástrofe de dimensiones nunca antes conocidas: un vecino ilegal que se había instalado en la azotea de nuestro edificio, botaba desde hacía meses toneladas de desechos en los respiraderos de la canalización, provocando una tupición que produjo una inundación desastrosa en nuestro apartamento. De todas las tuberías y aperturas de conductos -lavamanos, bañadera, inodoro- fluían ríos de lodo, de masa fecal, de basura y de todo tipo de inmundicias producidas en el edificio entero.

Regresando a casa a las tres de la madrugada, después de haber cumplido mi jornada de intérprete en el Congreso, me encontré el apartamento convertido en una fosa gigantesca. El olor nauseabundo me provocó ataques de asco y me entraron ganas de vomitar. Tal cantidad de porquería, tal concentración de olores pestilentes nunca los había experimentado. Estaba francamente espantada, desesperada, impotente ante un fenómeno al cual no podía ponerle freno. Cada vez que la vecina del piso de arriba tiraba de la cadena de su inodoro, el contenido arribaba segundos más tarde en mi bañadera, lavamanos e inodoro, desbordándose para fluir por el piso. Casi enloquecida salí en busca de tío Gonzalo, nuestro eterno salvador. Como de costumbre, con mi capitán no podía contar: estaba luchando en una guerra surrealista de caribeños en África. Los pobres instrumentos de trabajo de Gonzalo resultaron insuficientes para destupir la tubería desde la azotea hasta la conexión con la fosa. Tuvimos que esperar un día entero para poder recibir la ayuda profesional adecuada, pues antes de la clausura del Congreso del PCC ni yo podía dedicarme a otras tareas que no fueran las de traducir ni posibilidades existían de empatarse con un plomero de verdad. Todo estaba en función del Congreso. Gonzalo, desde su trabajo, se puso en contacto con especialistas

conocedores de su oficio de destupir cañerías como las nuestras. ¡Qué mundo tan loco! Fidel hablando, hablando, hablando, yo repitiendo en alemán la misma verborrea, mecánicamente, pensando todo el tiempo en la porquería que había convertido nuestra casa en una lata repleta de mierda. ¡Qué contradicción el mundo de Fidel y el mundo mío!

No existen palabras para describir lo que sacaron los plomeros de los canales obstruidos. Hubiésemos podido abonar con las masas apestosas por lo menos una caballería de terreno de un campo de caña.

Armada de cantidades industriales de detergente, cloro, salfumante y no sé cuántas otras sustancias necesarias para hacer nuevamente habitable nuestro apartamento, me puse a limpiarlo con desesperación, rabia y verdadera agresividad potencial. Protegida la nariz y la boca con una mascarilla, esparciendo sustancias desinfectantes por todas partes, eliminé la porquería. Los muchachos estaban esperando a que terminara mi labor frenética, para ellos sólo comparable con la de un exorcista. Asustados me estaban mirando con recelo. Nunca me habían visto así. Pero cundió el pánico entre ellos cuando destapé una botella llena de alcohol, esparciendo todo su contenido por el baño - lavamanos, bañadera, inodoro, piso, también por el pasillo y el piso de la sala- en fin, por todas las áreas que habían estado en contacto con la porquería, prendiéndole candela.

"¡Mami, noooooo, no sigas, la casa va a reventar! ¡Dictys, tenemos que llamar a los bomberos! ¡Se está quemando nuestra casa! ¡Mami, te volviste loca!", gritaba Dani. Y ambos muchachos, como pollos sin cabeza, corrían a buscar agua para apagar las llamas.

"¡No se muevan de allí! En seguida se acaban las llamas. ¿No ven que sólo se está quemando el alcohol? Esto no alcanza para quemar la casa. Sólo sirve para desinfectar todo el baño y el piso que estaba cubierto de inmundicias".

Paralizados de miedo y de espanto se quedaron mirando el espectáculo. Y efectivamente, las llamas se apagaron una vez consumido el alcohol. Claro, fue una verdadera locura mía, un acto de irresponsabilidad lo de desinfectar el piso de la casa encendiendo alcohol. Mis hijos tenían razón al llamarme loca, pero quien no había visto las cantidades monumentales de mierda que poco antes habían fluido por la casa, no podría nunca jamás entender mi ataque de locura. El asco, la repugnancia fueron más fuertes que el raciocinio. Afortunadamente, la casa quedó íntegra, limpia, sin residuo alguno del horror pasado.

Tres meses después de la desaparición de mi esposo y sin haber recibido durante todo ese tiempo ningún aviso de institución oficial alguna sobre su paradero, recibí la visita de un teniente de las Fuerzas Armadas. Si no me hubiese enterado de la salida de mi marido en la misma noche de su viaje a África (estaba prohibido terminantemente avisar

a los familiares, pero me enteré de la verdad, porque en Cuba nunca se logra guardar un secreto) creo que la aparición del oficial que llevaba en sus manos un cartucho negro me hubiese provocado un ataque de histeria. Recitó el buen hombre un discurso y me entregó ceremoniosamente el cartucho conteniendo un pantalón, una camisa, un par de medias y de zapatos, un calzoncillo, un reloj, el carnet de identidad de mi capitán, el de su centro de trabajo, su licencia de conducción, la propiedad de nuestro "escarabajo VW" y un pañuelo. Y me dio un cartucho que contenía el dinero correspondiente a tres meses de salario. Me informó además que durante la misión de mi marido en Angola iba a recibir regularmente su salario que él mismo, el oficial amable, me entregaría de ahora en adelante cada mes, pues lo habían encargado de atender a los familiares de los combatientes internacionalistas.

Un accidente que me permite encauzar mi vida profesional

Dictys estaba cumpliendo su primera etapa de "escuela al campo"; seis semanas de trabajo agrícola en una cooperativa situada a unos 60 km de La Habana, alojado en un barracón construido al lado de la plantación. Dani seguía en la que él llamaba "escuela sata", a diferencia de la de su hermano, que era una escuela vocacional.

Yo tuve que hacer una gira por Oriente, visitando a mujeres en diferentes municipios de la Provincia de Santiago de Cuba, en compañía de una delegación extranjera. En el aeropuerto de Santiago nos estaban esperando el secretario del PCC y miembros del Comité Provincial de la FMC. Tres carros "Peugeot" nuevecitos de paquete, todavía embadurnados con grasa para proteger la carrocería contra el agua salada que los salpicaba durante la travesía de Argentina a Cuba, estaban colocados en fila india para llevarnos a Mayarí, primera estación de nuestra gira. Los chóferes de los autos, contentos como niños pequeños exhibiendo regalos preciosos del día de los Reyes estaban ansiosos por poder arrancar para enseñarnos que estos carros sí tenían derecho a llamarse así. Funcionaban al quilo, tenían frenos que frenaban, los motores no se apagaban en cada loma; en fin, eran unos carros formidables. Daba gusto manejarlos. Cuando les dije: "Pero no tienen chapa todavía. Si chocamos nadie va a saber de dónde son los carros", se estaban dando golpes en los muslos de los ataques de risa que les provocó este comentario tonto. "¿No ve que son carros nuevos? Hoy los vamos a estrenar. ¿Cómo pensar siquiera en un choque, si estos vehículos funcionan perfectamente?". Efectivamente, desde hacía años no había viajado en un auto que estuviera en condiciones tan perfectas como éste en el cual me encontraba.

Estaba previsto viajar hasta Pinares de Mayarí para conocer un plan especial de cultivo de frutos menores -fresas principalmente- que se habían adaptado al clima, ayudados por la altura del terreno. ¡Y los europeos -nuestra delegación extranjera- debían conocer y comprobar con sus propios ojos que en Cuba también hay fresas!

Los chóferes, eufóricos con sus juguetes, corriendo mucho más rápido de lo permitido, no estaban prestando la atención debida al camino, por lo que se les pasó doblar donde se les había indicado. "Se pasaron de camino, debían haber tomado el camino a la derecha", le reprochó el secretario del PCC a nuestro chófer.

Como para salvar a alguien de quedar atropellado, el hombre puso el pie en el freno. El carro se detuvo, recibiendo un golpe violento del que nos seguía. El chófer de este último se asustó tanto que en vez de frenar aceleró, dándonos otros dos impactos fuertes. Al tercer auto móvil, por suerte, lograron detenerlo a unos pocos metros de distancia, por lo que fue el único que no se desbarató.

Mi cabeza, como pelota bateada, voló de atrás a delante, de delante a atrás. Sentí un dolor agudo en la nuca, como si me hubiesen clavado un punzón entre las vértebras. Pero esta sensación duró tan poco que después apenas me acordaba de ello. Perdí el conocimiento, sólo un breve instante, y cuando lo recuperé vi a mi vecino, el que estaba sentado al lado de la ventana de la puerta trasera, bañado en sangre que le manaba de un corte muy grande de la sien. Él sangraba y yo sentí el sabor a sangre. Pensé que debido al choque, al ruido estruendoso recién pasado y viendo tanta sangre, me estaba sugestionando la idea de saborearla. Obviamente, mis células grises no estaban funcionando bien; con la sacudida violenta debía haberse producido cierto desorden en la caja sellada, pues esta idea era totalmente absurda. También sentí que las fuerzas me estaban abandonando, quedaba floja, me costaba trabajo mover los brazos, las piernas. "Es el susto", me decía. Y traté de ayudar al hombre que estaba a mi lado. Le apreté un pañuelo sobre la herida, le hice colocar la cabeza hacia atrás y me bajé del auto, a velocidad de una tortuga vieja, con las piernas temblando y el cuerpo tedioso como si tuviera pesas de plomo en los pies.

Nuestro chófer tenía fracturada una tibia, la secretaria de la FMC el pie derecho lesionado, el chófer del carro que nos chocó, la tibia machucada. Metimos a los heridos en el carro ileso y se los llevaron al hospital más cercano.

Yo sabía que tenía alguna lesión en la columna cervical. Lo sabía por mis experiencias anteriores, de cuando me había tirado al agua de la botella de la Concha. No quise que un mediquito cualquiera me estropeara el cuello aún más de lo necesario. Les dije a los heridos que se fueran al hospital sin mí, que lo mío no era de importancia.

La delegación extranjera quedó ilesa por haber estado en el último carro. Nuestro grupo -ahora reducido a la mitad- se fue caminando hacia la plantación de fresas. Un jeep soviético, sin amortiguadores, pero con un motor fuerte, nos dio botella hasta la granja. Allí nos enseñaron las fresas milagrosas, de hojas del tamaño de tapas de inodoro y frutas requetechiquitas, por cada dos metros cuadrados encontramos una fresita. ¡Qué locura, qué pérdida del sentido común: hacer un viaje en avión y de horas en auto -y arriesgar la vida- para ver unas fresas raquíticas!

Así estaban sucediendo las cosas en el país: nos pasábamos el tiempo alabando, admirando, celebrando nuestros milagros, nuestras maravillas, nuestros logros, nuestras hazañas. Cuba: potencia médica mundial; potencia deportiva mundial; poseedora del palacio de helados más grande del mundo; de Ubre Blanca, la vaca lechera más productiva del mundo; de la producción de níquel más elevada del mundo; de la biotecnología más avanzada del mundo. Terminada la visita al "plan especial", despidiéndonos de las fresas milagrosas y de las demás plantas que con verdadero fervor revolucionario crecían contra sol, humedad, lluvias torrenciales, vientos de ciclón y tierra rocosa y árida, demostrando a todos los extranjeros que tuvieron el privilegio de admirar semejantes logros, que Cuba estaba en el camino correcto de vencer todos los obstáculos que se le impusieran, hicimos un breve receso en un restaurante campestre de los Pinares de Mayarí.

Mi nuca estaba rígida, dolorida, la cabeza me daba vueltas y zumbaba y seguía saboreando sangre sin poder explicarme este fenómeno.

Nos sirvieron una rica ensalada de tomate y como plato principal un exquisito chilindrón de carnero, todo preparado con productos de la región.

Los comensales no se quejaron de la abundancia de picante ni de la acidez del tomate, yo era la única que encontraba molesto el aparente exceso de especias. Después del almuerzo, mirándome la lengua en el espejo del baño, recibí la explicación: por el choque las mandíbulas deben haberse cerrado violentamente, estampando las muelas traseras dos huecos en la lengua. De ahí el sabor a sangre que no era imaginario sino real, pues la lengua sangraba, y también la sensibilidad excesiva al ácido del tomate y al picante de la salsa no requerían más aclaración. Estos huecos tenían que doler y era lógico que sangraran.

Quedaban aún horas tortuosas por delante antes de poder acostarnos. Viajamos en auto por calles llenas de baches. Para evitar sacudidas dañinas trataba de proteger la nuca aguantándola con una mano, mientras con la otra me agarraba del marco de la puerta. No sabía -por suerte- que estaba poniendo en peligro mi vida con cada paso que dimos en auto, con cada sacudida, con cada brinco del vehículo.

Terminada finalmente la actividad política -un balance del trabajo de las mujeres de Mayarí- fuimos a un motel. Sus camas eran un verdadero desastre. Mi colchón no merecía este nombre; era una miserable hamaca con cantidades incontables de hendiduras. Era imposible poder acomodarse en ese trasto. Mi compañera de cuarto me ayudó a colocar el colchón en el piso y así traté de dormir. Como suele suceder en tales circunstancias, con la oscuridad y la tranquilidad de la noche, el dolor de la nuca y la cabeza arreciaron de tal manera que aun con varias aspirinas tragadas no lograba conciliar el sueño. Fue una noche terrible. "Esto se resuelve con una ducha fría", sentencié. El hilito de agua que salía del tubo no estaba lo suficientemente fría como para espabilarme. Seguía atolondrada, como un zombi, con dolor, náuseas y pocas

ganas de continuar el peregrinaje con la delegación extranjera. Finalmente, a las cuatro de la tarde, emprendimos el viaje de regreso a La Habana, en avión. El vuelo resultó para mí un suplicio. Las vibraciones de las hélices exacerbaron la sensibilidad de mi cuello lesionado. Las dos horas en el avión me parecieron interminables, una verdadera tortura china.

De vuelta en casa, después de una ducha que no tuvo el efecto esperado, me acosté. Pasé una noche con pesadillas en cadena, interrumpidas por varias tomas de aspirinas. Me levanté por la mañana sintiéndome como una perra después de haber recibido una paliza. Era domingo. Haciendo acopio de mis últimas reservas de voluntad y fuerza, preparé los matules, recogí a Dani, a Pilar y a Gonzalo para salir al campo a visitar a Dictys, quien estaba esperándonos ansiosamente. En el transcurso de la primera semana de trabajo en el campo había acumulado un hambre feroz. En el campamento sólo servían arroz con chícharos y a la inversa. El abastecimiento compuesto de latas de leche condensada trapicheadas en el mercado negro, de pan con asado de puerco, conseguido igualmente de fuente ilegal, que traían los familiares de los muchachos, era esencial, significaba un salvavidas que los capacitaba a seguir mechando otra semana. Y los manjares preparados por tía Pilar desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Barriga llena, corazón contento. Dictys y Dani se fueron a jugar un rato a campo abierto para facilitar la digestión y Pilar, Gonzalo y yo nos quedamos descansando, acostados en la hierba. Los alrededores de la granja parecían un campo gigantesco de refugiados. Cientos de familiares de los muchachos estaban sacando de los bolsos la materia prima acopiada penosamente para la supervivencia de los jóvenes. ¿Se habrá hecho alguna vez un cálculo de los recursos gastados en Cuba durante cada "Etapa de la escuela al campo"? Creo que es imposible saber a ciencia cierta cuánto se gastó en gasolina, en vehículos desviados de su función verdadera, utilizados ilegalmente para transportar al campo a familiares de alumnos y en comida conseguida en el mercado negro a precios exorbitantes. Estoy segura de que no guardaban relación los resultados productivos de los muchachos con los derroches para poder hacerles la vida someramente soportable en los campamentos.

Ya habían pasado tres días desde el choque en Mayarí. Todavía no había visto a un médico. El lunes por la mañana me presenté en la oficina. Me sentía muy mal. Fue la Presidenta en persona quien solicitó un turno con el médico ortopédico más conocido del país para que me viera. Salí al hospital manejando yo misma mi auto. Tuve que esperar horas antes de que me atendieran. Sacaron placas de la columna cervical. Cuando estaban secas, volví con ellas en la mano al despacho del director. Les echó una mirada y vi que puso cara de asombro. Llamó a todos sus asistentes y ayudantes, echándoles un discurso en su jerigonza china. Dicho sea de paso que en el accidente parece que se me estropeó también el oído, pues desde aquella fecha oigo mal. Finalmente, todos me miraron como si tuvieran delante un fantasma. Me mandaron otra vez al departamento de radiología. Esta vez me acompañó una joven especialista que repetía constantemente: "Mónica, camina con cuidado. No vayas a tropezar".

Regresamos con la placa y el grupo se concentró nuevamente en el estudio del fenómeno en sus manos. Oía de lejos comentarios de asombro, de incredulidad, pero no estaba en condiciones de encontrar la relación entre estos comentarios y mi problema. Estaba demasiado atolondrada y dolorida. Sólo se me grabó en la mente la frase: "Aquí se ve nítidamente, en esta placa con la boca abierta. Y ella está de pie, camina, se mueve como si nada".

No me interesaba mucho su discusión. Quería irme de allí, acostarme y descansar.

"Tenemos que enyesarte", me dijo el jefe.

"¿Cómo se imagina esto? ¿Con el calor que está haciendo quiere enyesarme desde el tórax hasta la cabeza? ¡Ni loca!".

"Bueno, tenemos que inmovilizarte. No debes mover el cuello por nada del mundo. Total, si ya esperaste tanto tiempo no importa que esperes una hora más y te pondremos un aparato, un tipo de 'Minerva' que cumplirá la misma función". Dicho esto tomó el teléfono, dio instrucciones a los técnicos del taller ortopédico para que tomaran mis medidas y me prepararan el andamio.

Con la "Minerva" colocada no pude manejar el auto. Sin manejar el auto no podía regresar. Me quité pues el aparato, lo puse en el asiento de al lado y regresé al trabajo. Llegada a la oficina, nuevamente me coloqué la cerca, terminé la jornada de trabajo sin haber hecho absolutamente nada que sirviera. De regreso en la casa, en vez de echarle comida llené el estómago de aspirina, porque las molestias continuaban y me tenían muy irritada. Al otro día, mis compañeras de trabajo decidieron llevarme otra vez al médico para que hiciera algo y -sobre todo- para que explicara qué me habían encontrado, porque yo no supe decir cuál había sido el diagnóstico, no me lo habían dicho.

Ahora sí, con mi compañera de trabajo como custodia, nos hablaron claro. "Tiene fracturada la primera vértebra, el atlas. Se fracturó la nuca. Es un caso insólito. Con esta fractura debería estar muerta o paralítica desde el cuello para abajo. Uno entre un millón con una fractura como ésta sobrevive y sigue caminando. Tuvo una suerte descomunal. Debe estar acostada sobre una tabla y tiene que tener puesto permanentemente el aparato para mantener el cuello inmóvil. Y cuidado que no vaya a tropezar, que no vaya a sufrir alguna sacudida, porque su vida pende de un hilo", fue la explicación exhaustiva de la especialista, asistente del director. Mi compañera y yo la miramos con caras de asombro. Yo no pude creer lo que acababa de decir la médica, por lo que pregunté: "¿Está segura de que se trata de mi cuello? ¿Yo con la nuca fracturada? Desde el accidente he viajado en jeep, en avión, he manejado el auto al campamento de mi hijo y al trabajo. Si tuviera fracturada la nuca no podría haber hecho todo esto".

"¡Pero esta mujer está loca de remate! ¿Cómo ha hecho todas estas barbaridades? ¡Está jugando con su vida!", exclamó incrédula la médica.

"Ustedes no me dijeron absolutamente nada concreto. Mandaron a hacerme unos andamios para apuntalarme como si fuera una casa en La Habana vieja, pero de fractura no se dijo ni una sola palabra". "Pues que lo vaya sabiendo ahora: para no provocar la desgracia de la que se salvó milagrosamente, tiene que estar acostada en una tabla, tiene que evadir todo tipo de movimiento que pueda desplazar los extremos fracturados y prepárese mentalmente para interrumpir durante varios meses todas las actividades acostumbradas, porque esto es para largo". Llamó al director para que éste confirmara su arenga.

"Bueno, ya sabes, a cumplir todas las orientaciones. Consíguete la tabla hoy mismo. Es muy importante. Y no se te ocurra cargarla tú misma. Después de lo que hemos visto, me imagino que serías capaz de hacer otra barbaridad. Además, tendrás que presentarte en el hospital una vez a la semana para controlar el crecimiento de masa callosa que debe cerrar la fractura".

Mi compañera de trabajo me dejó en casa. En el camino no paraba de regañarme, llamándome irresponsable, terca, cabeza dura por todos los disparates cometidos en los días después del accidente. A mí me resbalaba su discurso. Estaba bastante molesta porque los médicos no me habían hablado claro. ¿Cómo iba a actuar responsablemente si no sabía que estaba en peligro? A todas éstas no dejaba de cavilar sobre la posibilidad de conseguir una tabla. Porque el médico había dado la orden de utilizarla sin más demora, pero no me había dicho dónde conseguirla. En ningún lugar de Cuba entera se podía comprar una tabla. En Cuba no había nada y había de todo. Lo importante para tener acceso a recursos que oficialmente no existían, era tener amigos, tener relaciones de "sociolismo". Y nosotros teníamos un central. Llamé a Tomás, amigo número uno de mi marido, piloto de Cubana de Aviación, el cual se había declarado padrino de la familia desde la desaparición de mi capitán. "¡Cualquier problema que tengas con los niños, con la casa, lo que sea, tú no dejes de llamarme!".

"Tomás, tengo la nuca partida y debo acostarme en una tabla. El problema es que no tengo tabla ni forma de conseguirla".

Tomás pegó el grito en el cielo, escuchando mi relato. "¡No te muevas de allí! En media hora estoy en tu casa con la tabla y otras cosas que seguramente necesitarás. Por suerte, hoy no tengo vuelo y el pisicorre está recién reparado. ¡No vayas a hacer ningún disparate! ¡Espera mi llegada!".

Efectivamente, en menos de media hora llegó la comitiva: Tomás y su mujer y un ayudante que llevaba cargado sobre el hombro un bastidor de madera -la tabla que a partir de ese día sería mi lecho terapéutico-. De ahora en adelante, la familia de Tomás se hizo cargo de mi atención. Los domingos siguientes recogían a Pilar, a Gonzalo y a Dani para salir a la granja para llevarle comida a Dictys y me llevaban regularmente al control médico. Un amigo de la familia, ex-profesor de ciencias médicas, ya jubilado, se declaró protector mío e insistía en tener que acompañarme al especialista para que no se

produjera ningún tipo de descuido o de déficit en la información sobre el proceso de recuperación o sobre los pasos terapéuticos requeridos. Así pasaban semanas, meses y la fractura no se estaba cerrando. Se vio la necesidad de intervenir quirúrgicamente para reparar el daño. Durante las semanas de estadía en el hospital tuve tiempo suficiente para estudiar las tongas de libros que la Presidenta tenía acumulados en la biblioteca de la FMC. Me llevaban al lecho de reconvaleciente los materiales que solicitaba y mataba el tiempo de reposo obligado leyendo, tomando notas, resumiendo y "empollando" proyectos.

Una vez más pude comprobar fehacientemente que "no hay mal que por bien no venga" aunque un problema menos grave hubiese sido suficiente. Pero gracias a la fractura de la nuca pude liberarme de un mundo de obligaciones laborales tediosas que no me satisfacían y encaminar mi vida profesional hacia la educación, orientación y terapia sexuales. Todo lo que antes del accidente tenía que desplazarse para las escasas horas de la noche, lo podía hacer ahora utilizando todo el tiempo que quería. Yo misma podía determinar para qué tipo de actividades empleaba mi tiempo. ¡A pesar de todo: qué suerte la mía! Ya con el permiso de los galenos de reiniciar paulatina y cuidadosamente mi labor en la oficina, la Presidenta decidió que me dedicara por entero a mi nuevo perfil. Se inició una etapa intensiva de búsqueda de información sobre programas análogos en otros países, de discusiones con los especialistas cubanos que habían sido seleccionados para formar el núcleo multidisciplinario que se encargaría de la elaboración de la plataforma programática; de contactos con organismos internacionales para preparar cursos a impartir por sexólogos extranjeros, con los cuales queríamos capacitar a los futuros multiplicadores de ciencias médicas, de la pedagogía, psicología y ciencias sociales del país.

Después de haber ubicado y entrevistado a los especialistas extranjeros más idóneos y de haber recibido la aprobación de éstos por organismos internacionales que financiaban la capacitación de los especialistas cubanos, iniciamos una serie de cursos intensivos, en los cuales yo actuaba de intérprete y al mismo tiempo de alumna. Y llegó el momento en que junto con mi tutor, uno de los ginecólogos más conocidos de Cuba y de América Latina, que participaba igualmente en los cursos, adquirí la capacitación de especialista, impartiendo yo misma cursos en todas las facultades de medicina y psicología del país, en centros de formación pedagógica, en la escuela de cuadros de la FMC, en numerosas escuelas-internados, en centros del INDER (Instituto Nacional de Deporte, Educación Física y Recreación), en seminarios a brigadistas sanitarias, en actividades con periodistas -para mencionar los más importantes- desempeñando un papel relevante en la formación de los multiplicadores tan urgentemente necesarios para garantizar a lo largo y ancho de Cuba la capacitación profesional en educación, orientación y terapia sexuales y planificación familiar. Las inmensas dificultades, las maniobras desquiciantes de los detractores, las trabas más diabólicas que se pusieron en el camino de mi labor, tuvieron un efecto estimulante; constituían un reto que estaba dispuesta a enfrentar con todas las energías a mi alcance. Esta nueva tarea se convirtió en mi

caballo de Troya. Con cada denuncia (y había muchas), con cada carta o panfleto insultantes, con cada acusación de estar atentando contra la moral, de estar corrompiendo a los menores, de estar echando a perder a las mujeres que de repente exigían a sus maridos una conducta y unas habilidades sexuales de cuya existencia antes ni siquiera sabían, me estaba echando agua sobre los molinos. Y cada carta de agradecimiento -mi oficina estaba llena de ellas-, cada solicitud para impartir una conferencia, para dar una charla en la televisión o en la radio, cada plática con personas totalmente desconocidas que me paraban en la calle pidiéndome consejos sobre sus problemas más íntimos que nunca antes habían comunicado a nadie, ni a su propia pareja, me sirvieron de comprobación de que había encontrado mi vocación, me estimularon para seguir, incluso para incrementar mi "cruzada".

Mi capitán, después de año y medio de estadía en África, un buen día, sin anuncio previo, se apareció en casa, vestido de uniforme verde olivo, la piel curtida, los ojos hundidos, flaco, taciturno. Parecía un alma en pena. Debe haber tenido experiencias espantosamente traumatizantes aún no asimiladas. Muchos de los compañeros que habían ido a Angola junto con él estaban muertos, otros gravemente enfermos. Él estaba vivo, no se le veía lesión física alguna, pero ¿quién podría saber la índole de sus lesiones psíquicas?

Nos distanciamos cada día más. Los fines de semana, las noches después del horario de trabajo, él se empeñó en dirigir todas sus energías hacia la terminación de una segunda carrera universitaria, interrumpida cuando lo mandaron a Angola. Al mismo tiempo ocupaba cargos de importancia ascendente que exigían cada vez más su ausencia del hogar. Pero el problema más serio, el que definitivamente llevó al resquebrajamiento de nuestra relación, fue su imposibilidad de aceptar mi trabajo. En aquellos momentos yo no entendía sus conflictos, su posición y conducta agresivas, sus burlas, comentarios avinagrados e incluso hirientes cuando me veía en un programa de la televisión o cuando encontraba en mi escritorio las tongas de pliegos de libros en proceso de ser editados. Algunas veces, cuando coincidíamos en recepciones, yo oía cuchicheos morbosos e hirientes de: "¡Miren quién llegó allí: Mónica, la mujer de Jesús!". No decían: "¡Miren, llegó Jesús con su mujer!". Conocí que algunos funcionarios de alto nivel le estaban echando en cara que ningún hombre debía aceptar que su mujer dijera tantas barbaridades en público. El conflicto estalló cuando orgullosa y contenta le presenté el libro todavía caliente de la imprenta “El hombre y la mujer en la intimidad”, del psicólogo alemán Siegfried Schnabl. Yo era la responsable de esta publicación; yo había encontrado al autor y solicitado de éste el visto bueno de utilizar sus obras para publicarlas en Cuba. Yo había realizado el trabajo de revisión técnica, la corrección de la traducción -junto con mi tutor había redactado la versión final, burlando incluso la censura- y consideraba que este libro era un material de valor incalculable para la formación de profesionales pero también para la información e instrucción del lector común y corriente. Y mi marido lo tiró al suelo, con un gesto de desprecio y odio,

gritando que él no necesitaba aprender nada de un libro, que él sabía lo que tenía que hacer.

Seguíamos casados, pero el trabajo comenzó a desempeñar para los dos el papel de droga, de válvula de escape y se estaba convirtiendo en la razón de nuestra existencia. A mí no me extrañaban estas locuras, estos escapes, esta imposibilidad de llevar una vida normal, porque la normalidad era esto. En Cuba, el país del al revés.

En Cuba entera se veían situaciones muy similares. La vida normal significaba movilizaciones constantes a los cañaverales, al "trabajo voluntario", a las "microbrigadas de construcción", a entrenamientos de las "Milicias de Tropas Territoriales". Miles de parejas de profesionales estaban separadas porque uno de los dos o los dos en diferentes lugares cumplían misión internacionalista o porque su centro de trabajo requería una permanencia prolongada fuera de casa. Pienso, por ejemplo, en los muchos maestros en las escuelas con sistema de internado. La mayoría no podía regresar a sus casas todos los días. Los desgraciados cuyas escuelas se encontraban en la Isla de la Juventud llevaban vida de cuartel, incomunicados, en medio de la sabana, sin su familia, sin privacidad ni condiciones de ningún tipo para cultivar su relación. El relajamiento, la irresponsabilidad, el aprovechamiento de "la ocasión (que) hace al ladrón", ganaron terreno, acompañados de promiscuidad, daños físicos y psíquicos a menudo irreparables. En las estadísticas este estado se reflejaba con números cada vez mayores de embarazos en adolescentes, madres solteras, aumento vertiginoso de enfermedades de transmisión sexual, abortos inducidos, divorcios, deserción escolar y otras catástrofes. La brecha entre el discurso, entre la "línea" trazada en los documentos relevantes, aprobados en congresos del PCC o de la FMC; entre la Constitución de la República; entre el Código de Familia y la vida real se abría más y más. Barrancos por donde quiera, contradicciones antagónicas sin fin.

Nuestro mundo fue adquiriendo rasgos netamente esquizofrénicos. Como seres anencefálicos repetíamos los lemas de la familia socialista, del "hombre nuevo", de la pareja responsable que se desarrolla en condiciones de igualdad. Pero ¿dónde, diantres, se encontraba una familia, un hombre o una mujer, una pareja de estas características? En el papel ¡que todo lo aguanta! Al mismo tiempo, como para justificar los resultados desastrosos, la falta de concordancia entre el discurso y la realidad, desde la mañana hasta la noche oíamos, leíamos, recibíamos las instrucciones de nuestro "Comandante en Jefe" de dar nuestro aporte, de estar dispuestos a sacrificarnos, de no dejarnos tentar por el "facilismo". Socialismo y sacrificio, socialismo y carencia permanente, socialismo y racionamiento, socialismo y escasez, socialismo y movilización, socialismo y renuncia, con el decursar de los años fueron significando la misma cosa. Es admirable la paciencia, la resistencia y la capacidad de aguante de la población cubana, incluyendo la mía.

Mis hijos, que están enterándose de muchas vivencias y de muchos acontecimientos de nuestra vida en Cuba leyendo estas cuartillas, me preguntan a menudo: "Mami, ¿cómo pudiste aguantar todo esto por tanto tiempo?". Y yo no sé qué contestarles. Parece que se me fue alterando el sentido común, que el sueño de una sociedad diferente y las dificultades reales que lo estropeaban, opacaban mi raciocinio. No tenía medidor. No sabía hasta dónde era necesario darle tiempo al cambio; hasta qué punto eran aceptables el poder de las tradiciones nefastas, los rezagos, las dificultades reales y artificialmente creadas. Durante muchos años, el optimismo, la esperanza de poder contribuir al cambio, la confianza que me daban miles y miles de cubanos a través de sus cartas de agradecimiento y a través de sus llamadas al programa de radio, amortiguaban los reveses y las dificultades, me seguían impulsando, me daban fuerzas renovadas. "Te estás matando como chacumbele", me decían algunos. No les hacía caso. Todavía.

Capítulo XIV

Un plan piloto en las becas. Se publicn los primeros libros sobre sexualidad. Un programa radial muy popular. La visita inesperada de un macho herido. Las desventuras de Dani en la escuela vocacional

Pasamos por una etapa de vacas gordas y por muchas etapas de vacas flacas. La de las vacas gordas significó -además de la formación sistemática de profesionales ya mencionada, la utilización permanente de todos los medios de difusión masiva y la preparación de literatura especializada y también científico-popular para toda la población- el despliegue de habilidades y esfuerzos con el intento de ablandar los muros impermeables de Educación. La de las vacas flacas significó un corte constante de los recursos. La fábrica de pastillas anticonceptivas, después de haberse inaugurado la construcción civil con la participación de la representación más distinguida de Naciones Unidas, demoró años en poder comenzar la producción de las pastillas tan necesarias. El aumento constante de los precios de la maquinaria requerida, de la materia prima, del material de terminación de la construcción impidieron la marcha regular de la obra. El presupuesto no alcanzó para terminar lo que se había planificado.

Después de haber logrado que la población solicitara preservativos -los que logré conseguir y distribuir causaron reacciones tan inesperadamente positivas porque se trató de productos de muy buena calidad y se hizo el requerido trabajo de divulgación- el Ministerio de Salud Pública decidió importar cantidades razonables, de manera que en toda Cuba, de repente, podían adquirirse en las farmacias. Este estado de cosas se mantuvo sólo por unos meses, pues a partir del momento en que el presupuesto se redujo, los precios de compra aumentaron y la importación de preservativos se tachó de la lista. Total, había cosas más importantes que sí tenían que conseguirse.

Volvimos a fabricar anillos de nailon de pescar para utilizarlos como dispositivos intrauterinos, pues las T con cobre, de muy buena calidad, resultaban demasiado caras. El subdesarrollo en contubernio con el disloque de la economía socialista nos comía por todos los costados. Éramos testigos impotentes de un proceso de retroceso ostensible que nos tenía al borde de la desesperación. Me sentía como quien ara en el mar.

Nuestra pequeña producción de películas didácticas casi se paralizó por falta de materiales y de piezas de repuesto para los equipos existentes. Nos cortaron la cuota de gasolina. No conseguimos piezas de repuesto para los dos vehículos que transportaban al equipo docente y a los investigadores a sus respectivos lugares de acción, que dando cortados los programas de investigación y de docencia a lo largo y ancho del país. Las máquinas fotocopiadoras, la computadora -verdadero tesoro que se cuidaba como a un recién nacido- estaban más tiempo paradas que trabajando, por problemas de falta de tinta o de piezas de repuesto.

No pudimos seguir cumpliendo nuestro compromiso con los especialistas en provincias de suministrarles folletos, afiches, material de información diverso, porque la falta crónica de papel y de posibilidades de impresión no nos permitió trabajar regularmente. Amigos de afuera me regalaban bolígrafos, lápices, libretas y hojas de papel. Cada uno de los integrantes de mi equipo recibió algo de estos materiales, pero éstos no alcanzaban para satisfacer también las necesidades más elementales de nuestros colegas en provincias. Cuando salía al extranjero para participar en algún que otro congreso científico me dedicaba a "acopiar" materiales de oficina que los auspiciadores dejaban a veces en las mesas regados.

Viajé a congresos sin tener siquiera recursos para poder pagar un almuerzo o la estadía en un hotel decente. Siendo también directora de un programa del Fondo de Naciones Unidas de Actividades en Población, esta institución financió casi todos los viajes de trabajo que tuve que hacer. No pude utilizar el presupuesto que me entregaban en la oficina de Naciones Unidas, el MINSAP se quedaba con el grueso y me permitía gastar una suma tan ridículamente limitada, que había que convertirse en mago para poder pagar todos los impuestos, los gastos de inscripción y todo lo más imprescindible que debe pagarse en un congreso internacional. Como desde los tiempos de la posguerra (siendo aún una niña pequeña) recibía todo racionado -desde comida hasta la ropa y materiales de escuela-; adquirí habilidades magistrales para manejar recursos muy escasos para resolver un sinfín de problemas. En mis incontables viajes de trabajo aplicaba estas experiencias.

Llegaba, por ejemplo, al hotelucho del lugar en que me tocaba trabajar. De la maleta grande sacaba un maletín de tamaño discreto para ir de compras al supermercado más barato y próximo. Compraba pan integral o galletas enlatadas, salchichón ahumado y queso envasado herméticamente (que no sabía a nada, pero me hacía la idea de que alimentaba), productos que no se echaban a perder fácilmente; café instantáneo, leche condensada, mantequilla enlatada y frutas que podían almacenarse a la intemperie durante cierto tiempo. En mi equipaje llevaba siempre un minúsculo calentador eléctrico de agua para poder hervir este líquido preciado. Nunca me atreví a tomar agua sin hervirla. Ni en México ni en Nicaragua ni en la estepa o el desierto africano, en los tiempos peores de calor espantoso, de falta de higiene y falta de agua limpia tuve problemas intestinales que acababan con la salud de mucha gente. Cuando los representantes de países "normales" se reunían en los restaurantes para almorzar o para cenar, yo me quedaba en mi cuartito para preparar mis escasos alimentos -que dicho sea de paso comparados con la dieta monótona y rudimentaria de Cuba, constituían verdaderos festines- y seguir asistiendo a las sesiones de trabajo. Mi fantasía prodigiosa me ayudaba siempre a soportar la humillación que significó muchas veces esta terrible limitación.

Hay que pensar que ni siquiera podía invitar a tomar un café a colegas de otros países, ni hablar entonces de convidarlos a comer. Me perdía ocasiones valiosísimas de platicar

con ellos, de actualizarme. La consabida hospitalidad cubana de la que me había asociado desde el comienzo de mi vida en Cuba sufrió penalidades permanentemente. Pasé mucha vergüenza, pero me dije que los frailes mendicantes se pasaban la vida pidiendo limosnas para realizar sus obras de caridad cristiana. Sólo que a diferencia de aquellos frailes yo actuaba por encargo de Naciones Unidas y del MINSAP y ninguno de mis colegas extranjeros podía imaginarse o sospechar que el dinero que el organismo internacional me pagaba tenía que devolverse en gran parte al MINSAP. Seguro que deben haber pensado muchas veces que esta cubano-alemana era la persona más tacaña del mundo.

Y cuando paseaba por las calles céntricas de Caracas, Buenos Aires, Sao Paulo, Río de Janeiro, Madrid, Frankfort, México, San Juan, Berlín, San José, Heidelberg y tantas otras urbes, sin un quilo en el bolsillo, viendo las vidrieras repletas de mercancía, de cosas lindas, de artículos que hacen la vida más agradable a los seres humanos, muchos también totalmente inútiles, a menudo realmente grotescos y descabellados, me imaginaba ganar en la lotería y poder comprar pintura para las paredes descascaradas de mi casa, pilas de agua para sustituir las que estaban rotas hacía tiempo, un fogón y un calentador de agua que funcionaran, forro para los muebles y alguna ropa para la familia y comida rica para saciar el hambre vieja de decenios. Pero lo que realmente me hacía sufrir como estar pasando por torturas chinas eran las librerías. La fantasía, la imaginación de que nada de lo que veía me era necesario, no lograban cumplir su función de remedio contra tentaciones y deseos vehementes. Me pasaba horas enteras hojeando libros, anotando títulos -¡qué trabajo más inútil!-, para soñar con ellos y hacerme la idea de poder adquirirlos algún día.

¡Pero dejemos de lado las "vacas flacas" y volvamos a las "vacas gordas”! Con un "programa piloto" de educación sexual en centros seleccionados de la enseñanza secundaria y pre-universitaria -todas escuelas con sistema de internado (becas)- queríamos demostrar la necesidad de realizar este tipo de enseñanza y, sobre todo, evidenciar que con los alumnos se puede hablar sobre el sexo, siempre y cuando se les diga la verdad, si se les toma en serio, y si satisfacemos su ansia de saber y su necesidad de encauzar la solución de sus problemas. Una montaña de obstáculos se interpuso a nuestro empeño. Mi "padrino", el ya mencionado ginecólogo, y yo elaboramos los textos de la serie de conferencias a impartir en las escuelas escogidas. Una comisión de expertos cuidadosamente seleccionados por la máxima dirección del MINED debía analizar el contenido de estas conferencias y garantizar que estuvieran impregnadas de la política establecida. La actitud de los representantes del MINED puede resumirse en tres palabras: miedo, ignorancia y mojigatería. Hubiesen dado cualquier cosa con tal de lograr congelar la sexualidad de todos los alumnos del sistema nacional de educación. Nos hubiesen otorgado la medalla de honor de la República de Cuba (que no existe, pero la hubiesen creado para estos menesteres) si hubiéramos inventado una vacuna contra la sexualidad.

La jefa del equipo pedagógico, madre de dos hijos -nos preguntábamos cómo llegó a tenerlos, pues tanta gazmoñería no cabe en una sola persona (entre nosotros la llamábamos "Sor Margarita" o "La Monja")-, destruía nuestras conferencias. Y elaboraba ella misma sus textos, en los cuales no se encontraba orientación alguna, la palabra "sexualidad" quedaba marginada. Sus "conferencias" llenaban cuartillas y más cuartillas, un catecismo con términos del lenguaje oficial marxista-leninista, en fin: puro teque. Píldoras para dormir. Nos leía sus obras con voz angelical, suave, dulce.

Yo, sin tener que recurrir a mi fantasía espectacular, le veía la aureola de nuestra Santa Margarita, impartiendo su conferencia de educación sexual sin sexualidad, dirigiendo miradas suplicantes hacia el cielo como si de arriba le llegara la ayuda requerida para realizar su misión evangélica de exterminar los demonios que estaban instalados en cada uno de los muchachos y en cada una de las niñas a lo largo y ancho del país. Sor Margarita gastó tiempo y energías, convencida de enderezar con sus sermones las mentes de las ovejas descarriadas. Mi “padrino" y yo tuvimos que hacer acopio de paciencia y llamarnos a nosotros mismos a portarnos como gente educada, a no reírnos o a no quedarnos dormidos durante estas conferencias tediosas, por demás totalmente ineficientes.

Nunca pude aceptar la actitud y la posición de "Sor Margarita", pero tengo que admitir que la pobre se encontraba en un callejón sin salida. El Ministerio de Educación le impuso las condiciones. Su mojigatería, su aceptación del machismo y su condición de mujer obediente, sin criterio propio, la ayudaban a sobrellevar esta carga. A lo mejor ni siquiera sintió como una carga su "misión imposible".

Después de meses de debates, elaboración de nuevos textos, correcciones de éstos y aprobación de las versiones finales, comenzamos a impartir el primer ciclo de conferencias en una escuela vocacional, en una escuela de formación de maestros, una de educadoras para círculos infantiles y en un centro pre-universitario, todos situados en la Provincia Habana. Invariablemente, los alumnos nos esperaban con gran expectativa y los maestros con tremendo recelo. Varones y muchachas de onceno grado y los de tercer año de formación pedagógica habían sido designados a participar. En cada una de estas escuelas quedó instalado un buzón para que los alumnos depositaran en él sus preguntas. El día de la conferencia de turno yo debía abrir el buzón y sacar las cartas para contestarlas en el transcurso del debate. Este sistema nunca llegó a funcionar bien. Nos dimos cuenta que en varias ocasiones los profesores, para saciar su curiosidad y no perder el control, sacaban las cartas del buzón para leerlas y entregárnoslas después, lo cual constituyó una violación del acuerdo y, por supuesto, no fue aceptado por los alumnos, con sobrada razón. Gustosamente aceptaron mi propuesta de anotar sus inquietudes en papelitos que les entregaba antes de comenzar la actividad formal, sin tener que revelarnos su identidad. Para ahorrar tiempo y facilitar a los especialistas/conferenciantes la contestación de las numerosas preguntas escritas, las clasificaba por temas, pues muchas se repetían con otras palabras.

La primera conferencia trataba sobre aspectos éticos y morales de la sexualidad, sobre la preparación para el matrimonio y la familia, la igualdad, la responsabilidad de la pareja, etc. El MINED había depositado la responsabilidad de impartir este tema en un profesor de marxismo-leninismo. En toda mi vida no me he tropezado otra vez con un hombre laico tan inhibido, tímido y dogmático como éste. Incluso "Sor Margarita" estaba preocupada porque su colega no despegaba la-nariz del papel que leía monótonamente. El pobre se convirtió en víctima de los muchachos. Cómo abusaban de él. Le aguantaban su teque leído, intercalando de vez en cuando un chiste que hacía que los muchachos reventaran de la risa, obligando al lector a levantar la cabeza, pero en seguida los diablos se callaban, mirándole como para preguntarle por qué había interrumpido su discurso. Todas estas maniobras de sabotaje aumentaban la inseguridad del profesor. El sudor le corría por la cara, mojándole la camisa. La voz le fallaba. Francamente, nos llenaba de angustia ver este espectáculo penoso.

Terminada la lectura, anunciaba a los oyentes el inicio del debate. Y allí se desencadenaba la catástrofe. Especialmente los alumnos de la escuela vocacional, los sesudos, pequeños genios, algunos con una carga tremenda de picardía y con la espontaneidad y osadía de quienes se creen que saben, acorralaban al filósofo. Lo agujereaban con preguntas y él -como anguila enjabonada- se esforzaba por contestarlas sin ir al grano. Sus respuestas no satisfacían a nadie, porque eran colecciones de palabras huecas, una continuación aburrida de su teque leído. Los muchachos se daban banquete viéndolo cómo trataba de salir del callejón sin salida. La estocada se la dio un muchacho que le reprochó no haber sabido expresarse claramente. Dijo que sus compañeros -todos- estaban ansiosos por conocer reglas de juego concisas. "¡Díganos concretamente!: ¿podemos o no hacerlo?". El profesor de filosofía se puso colorado como un tomate maduro y tartamudeó: "Bueno, miren, ustedes deben saber que...".

"¡Sí o no!" lo interrumpió el joven.

Nos costó trabajo restablecer el orden porque las risas, los gritos, la lluvia de comentarios habían convertido la charla en un show teatral muy divertido para los muchachos, insoportable e indignante para el profesor.

El profesor de filosofía no participó más en las conferencias. Nos informó que lo sentía mucho pero que tenía que dedicarse a terminar un trabajo impostergable.

Menos mal que se decidió a desistir, porque estoy segura que la continuación de los enfrentamientos con los jóvenes lo hubiesen desquiciado. Esta experiencia nos demostró que personas inhibidas, para quienes la sexualidad es un tema prohibido, sinónimo de indecencia y de desenfreno, no sirven para hacer educación sexual, al contrario, pueden causar daño; nos demostró también que los profesionales al cargo de esta labor tenían que reunir una serie de características; que no se les podía señalar con el dedo para cumplir una meta o porque gozaran de la confianza del MINED. Ahora determinamos nosotros las normas a seguir. Sólo profesionales de prestigio cuya conducta personal no

estuviera en contradicción con los principios éticos y morales que formaban la base de nuestra línea de trabajo y que al mismo tiempo tuvieran una actitud positiva ante la sexualidad, libre de prejuicios, de inhibiciones, de tabúes, de hipocresía y de machismo, podían formar parte de nuestro equipo. Además, debían saber desde el inicio que esta tarea exigiría mucho sacrificio, que no permitiríamos pretensiones omnipoderosas, de exclusividad o de autosuficiencia y que no se podría esperar ni un centavo, ningún premio de recompensa, al contrario, que debían tener un nivel elevado de asimilar frustraciones y decepciones.

Algunos se convirtieron en verdaderos pilares de la educación sexual, otros definitivamente no pudieron superar sus limitaciones y nos dejaron. Y lamentablemente también tuvimos que excluir del equipo a más de uno porque no podíamos admitir ni tolerar sus actitudes y conductas de prepotencia y de oportunismo.

En el transcurso de un año escolar impartimos casi cien conferencias. En cada ocasión los participantes nos estaban esperando en el aula magna repleta. Numerosos alumnos, por falta de asientos libres, se sentaban en los escalones o se quedaban de pie. Jóvenes no autorizados se colaban porque no querían perderse esta oportunidad. Muchos se quejaron porque consideraron injusto que su aula no estuviera en la lista. "Si tienen tiempo libre ahora, pueden participar. Nosotros no queremos discriminar a nadie ni hicimos la selección, quien quiera participar que lo haga", les asegurábamos. Casi la totalidad de los maestros de todas las escuelas en las que actuábamos desertaban. Obviamente temían quedar mal parados. Ellos como educadores sexuales estaban contra la pared. El único recurso a su disposición, el reglamento con un sinnúmero de prohibiciones, no resolvía los problemas existentes. Estaban desarmados, como animales acorralados. Huían para no tener que dar la cara. Muertos de curiosidad por saber qué les contarían los conferenciantes a sus diablos, algunos se quedaban, con la mano en el picaporte para poder emprender la fuga en el momento requerido. A la hora del debate ya no encontrábamos a ninguno. Los muchachos, a su vez, no tenían reparos para descalificar a sus maestros. Quedó evidente que no les tenían confianza cuando de problemas sexuales se trataba.

Desde la primera conferencia me dediqué a anotar todos los datos que pudieran servir para poner al día a las autoridades de educación sobre la situación imperante en sus centros docentes; para -a través del contacto directo con adolescentes de todos los niveles- aprender a comunicarnos con ellos; para ganar su confianza y así poder corregir, completar e incluso mejorar las conferencias; para tener una visión somera de los conocimientos, actitudes y conductas sexuales de los alumnos. Mis actas redactadas, repletas de preguntas, problemas planteados, dudas, quejas, solicitudes y pedidos de ayuda, tanto colectiva como individual, constituyeron una fuente rica de información que nos permitió realizar nuestro trabajo de manera mucho más efectiva; nos sirvió para elaborar programas docentes con contenidos ajustados a las necesidades reales; para

realizar investigaciones sociológicas relevantes y preparar la base bibliográfica tan necesaria para profesionales como también para el ciudadano común y corriente.

Las autoridades máximas de educación no le dieron demasiada importancia a los resultados abrumadores, verdaderamente preocupantes que les presenté después de finalizado el "programa piloto".

En el resumen de mis consideraciones, dadas a conocer a los dirigentes del MINED, hacía énfasis en estos aspectos:

El principio pedagógico de la co-educación sólo se aplica en el aula y en el trabajo productivo en el campo. En todos los centros del MINED está establecido el auto-servicio, es decir, los alumnos -varones y muchachas- deben limpiar su unidad. En el mural están los nombres de los que durante la semana en curso tienen que baldear los pasillos, el comedor y otras áreas. Invariablemente encontramos que los varones delegaban en las muchachas las tareas de limpieza. Los varones cumplían su deber sólo en el papel. Y si del lavado de la ropa se trataba, las muchachas realizaban este trabajo, mientras que los varones descansaban o charlaban o se entretenían. Ellos ni siquiera les cargaban los cubos de agua requerida para poder lavar. Las muchachas nos aseguraban que ellas -por ser niñas- tenían que cumplir esta responsabilidad, que ellas tenían que estar a disposición de los varones, que se trataba de una cuestión de destino, de algo dado por la naturaleza, que la mujer nacía para servir al hombre. Para ellas, los discursos permanentes sobre la igualdad eran puro cuento o se limitaban al derecho a estar en el aula junto con los varones y a la formación profesional, a trabajar fuera de casa, nada más. Las muchachas nos confirmaron que los varones tienen necesidades sexuales. "Si no lo hacen, se enferman. Y las muchachas tienen que darles la prueba de su amor". "Una muchacha que se respeta y que desea entablar una relación con un varón que le gusta, le pregunta a éste: ¿Tu quieres que te lave la ropa? Así él sabe que ella está interesada en él. Si ella le gusta a él, él le entrega su bulto de ropa sucia y todo el mundo sabe: fulano y mengana son una pareja". Según nos referían las mismas muchachas, aquellas niñas que no se atenían a estas reglas de juego, "no sirven", "son malas, o -en el peor de los casos- son tortilleras" (término aplastante, utilizado para expresar el cúmulo de desprecio que se siente contra las lesbianas).

Cuando debatimos sobre el tema "Medios anticonceptivos-planificación familiar", los varones en bandada abandonaron el anfiteatro. Los llamábamos a regresar. Nos decían: "Esta conferencia no tiene nada que ver con nosotros. Los hombres no pueden quedar embarazados. Lo de los medios anticonceptivos es un asunto de ellas, de las hembras. Ellas tienen que cuidarse. Nosotros no vamos a tomar pastillas ni ponernos un asa ni nada de esto".

Y ¿qué decir de su actitud machista de considerarse no sólo autorizados sino obligados por maestros y padres a utilizar a la mujer como objeto para satisfacerse? Nos aseguraban que el varón tiene que demostrar su hombría, tiene que practicar para saber

qué hacer a la hora de la verdad. "La práctica es el criterio de la verdad, éste es un principio marxista-leninista, ¿es así o no?"; nos hablaban con ademanes de quienes son dueños de la verdad absoluta. "Yo necesito una diferente para cada día de la semana, pero cuando me case, mi mujer tiene que ser virgen, tiene que estar nueva, sacada de paquete, envuelta en papel de China". "¿Mi mujer usada?, no, hombre, ¿adónde llegamos si la aceptamos? Yo no me compro zapatos usados, me los compro nuevos. Es lo mismo".

Algunos pasajes de mis relatos les causaban gracia y risa a los altos funcionarios del MINED. Mi enojo e indignación manifiesta sobre la situación de sumisión, de aceptación de la discriminación de las muchachas, de considerar que constituía un deber de la mujer lavarle la ropa, "atender y cuidar" al hombre, que no sólo fue tolerada por los maestros de todas las escuelas visitadas, sino incluso fue estimulada por muchos, lo encontraban exagerado y lo comentaban con "pero Mónica, a las muchachas les gusta malcriar a los varones, les gusta lavarles la ropa, déjalas que lo hagan, así no están haciendo nada malo".

En momentos como éstos, francamente cuestionaba las verdaderas intenciones del MINED de educar para lograr la igualdad. Me sentía como quien se encuentra frente a un muro infranqueable. Y como un niño pequeño que se tapa los ojos para no ver las cosas espantosas, seguía tratando de ablandar el muro con la persistencia y la paciencia del optimista perdido que alberga la vana esperanza de que algún día las cosas cambiarán.

Se publican los primeros libros sobre sexualidad

La preparación de las publicaciones científicas y científico-populares se convirtió, durante meses, en mi actividad de mayor relieve. Adquirí la calificación de "multioficio" de la imprenta. Después de haber recibido la autorización para publicar en Cuba las obras que yo consideraba esenciales, imprescindibles para realizar el trabajo propuesto; después de haber participado en la traducción, de haber elaborado junto con mi “padrino”- la versión final de los textos, de haber asesorado a los dibujantes e ilustradores, nos tocó también la labor de vigilancia en las imprentas, donde un día desaparecían pliegos ya revisados, otro se extraviaban los primeros libros aún sin encuadernación, otro no encontramos los colores exigidos y tuvimos que ayudar a preparar las mezclas aceptables. Mi "padrino" y yo estábamos encaramados en una plataforma, frente al monstruo rugiente, la máquina impresora, envueltos en una nube de vapores corrosivos, gritándole al operador: "dale más tinta roja, un poco más de

amarillo, el verde no salió bien, levanta un poco el azul", hasta a la décima vez de haber variado las proporciones y contenidos, obtener un resultado someramente aceptable.

Los operarios al cargo de la impresión del texto nos consultaban hoja por hoja para no cometer errores. Supimos que después de haber terminado cada capítulo, se quedaban reunidos para hacer un "círculo de estudio" sobre el contenido. Al otro día, cuando reanudábamos el trabajo de revisión de los pliegos, nos consultaban sobre aspectos no comprendidos o que no encontraban su aprobación o que les causaban dudas. Estos "círculos de estudio" no aparecen en ningún "informe central" de ninguna "asamblea de balance", pero eran, sin lugar a dudas, unos de los más interesantes, estimulantes y provechosos que jamás se hayan dado en Cuba. En todas las imprentas, en todos los talleres, incluso en la dirección máxima del Instituto Cubano del Libro encontramos un ambiente y un clima de trabajo formidables. Daba gusto trabajar así. Las incontables dificultades -falta de papel, falta de tinta, máquinas antiquísimas incapaces de reproducir con la nitidez requerida, para mencionar las de mayor peso-, no mermaron nuestro optimismo y nuestro desempeño.

"Mónica, El hombre y la mujer en la intimidad se está vendiendo en el Parque Central, a diez pesos el ejemplar. Pero no vale la pena que salgas corriendo, porque ya se estaban acabando cuando pasé por allí hace media hora", me avisaron.

Las librerías del país habían recibido la instrucción de vender el libro por bonos que se estaban distribuyendo en todas las provincias y que autorizaban a médicos, psicólogos, pedagogos y sociólogos a adquirir un ejemplar. Este sistema de racionamiento era necesario porque teníamos que garantizar que los profesionales tuvieran a su alcance esta primera obra que les aportaba información detallada sobre todos los aspectos de la sexualidad sana y perturbada, que constituía realmente una guía que les debía facilitar su labor orientadora y terapéutica. Y cuando se decidió la distribución, sucedió algo comparable con la venta de los juguetes de Reyes: se impuso el mercado negro, el trapicheo, el regateo. Se retornó a la aplicación del comercio de trueque, igualito de como se procedía a lo ancho y largo del país para burlar los mecanismos oficiales establecidos y resolver así el eterno problema de la escasez. Muchos profesionales poseedores del bono no consiguieron el libro y las quejas llovían como aguacero tropical.

Por suerte, algunos años más tarde se produjo una segunda edición, alcanzándose un total de 150.000 ejemplares de un solo título. Con la última edición revisada y actualizada logramos, además, excluir totalmente la censura. Entregamos el manuscrito sin darles tiempo a los detractores de mutilarlo y así sucedió que por primera vez en Cuba vio la luz un libro tratando ampliamente y con un enfoque para Cuba escandalosamente moderno, incluso ofensivo y francamente inaceptable para muchos, el capítulo hasta entonces congelado sobre la homosexualidad, produciéndose una situación de contradicción, de desmoronamiento de la práctica oficialmente establecida

de discriminación y condena de los homosexuales. Habíamos dado un paso importante, aunque se mantuviera aún por espacio de varios años más la prohibición de publicar artículos o de debatir públicamente -en la radio o en la televisión- este enfoque verdaderamente humanista y civilizado sobre la homosexualidad. Paralelamente y fiel a la famosa resolución sobre el tratamiento a los homosexuales, aprobada en 1971 durante el Primer Congreso de Educación y Cultura, seguían celebrándose asambleas de depuración en las filas de la juventud y del partido para limpiarlas de estos "elementos antisociales, débiles y fácilmente corruptibles".

La elaboración de libros de educación sexual para adolescentes, para niños y sus padres y educadores nos ocupó largo rato. Y nuevamente nuestro empeño se vio extremadamente limitado por las maniobras entorpecedoras del Ministerio de Educación. Una vez más se formó una comisión encargada de revisar y -en caso necesario- modificar los textos, sin consideración de los derechos del autor de respeto a su original. La comisión, efectivamente, aplicó el método de la goma y tijera tan vehementemente que me resultó muy difícil reconocer algunos capítulos del libro ¿Piensas ya en el amor? Los habían mutilado fatalmente. Todos los intentos de persuadir a la comisión a mantenerse fiel al original resultaron inútiles, de manera que decidí imprimir una nota aclaratoria, de la cual se entiende que el Ministerio de Educación es el organismo responsable de las desviaciones y cambios del original -una concesión a la mojigatería, a la rigidez y a la incompetencia de esta institución.

Un programa de radio muy popular

Si bien es cierto que la mutilación mermó la calidad científica de la obra, el cúmulo de información muy útil y tremendamente necesaria que logramos mantener, contra viento y marea, salvándola de la censura implacable del Ministerio de Educación, justificó su publicación. La edición de -creo- cien mil ejemplares se agotó enseguida. Y -no era de extrañar- mi oficina se llenaba de cartas. La dirección de la televisión y de la radio, en las cuales daba programas regulares, recibía continuamente llamadas telefónicas y correspondencia de todos los rincones del país, solicitando orientación y ayuda. Mi tarea adicional -como si no tuviera ya suficientes- consistía en responder a todas estas inquietudes.

Surgió así un programa radial nuevo: "En vivo y directo respondiendo a preguntas sobre sexualidad". Una vez por semana, por espacio de dos horas seguidas, recibía llamadas telefónicas y las contestaba directamente. Hay que imaginarse lo que significa en Cuba un programa que no estuviera preparado, que no fuera aprobado previamente por una comisión de expertos, un programa improvisado de cabo a rabo. Y una vez más actué sin el permiso expreso de las instancias superiores. La tarea que se me había asignado fue realizar un programa de radio con textos preparados y ¿qué hice yo?, pues simplemente lo comencé leyendo algunas de las cartas recibidas, contestándolas

directamente desde el estudio. Ya en medio del primer programa empezaron a sonar los teléfonos. Los oyentes querían que les contestara sus inquietudes, sus preguntas, directamente. Y poco a poco, este programa fue adquiriendo una dinámica descomunal. A los pocos meses de haberlo iniciado fue declarado "Programa estelar de la Radio y TV Cubanas".

La Presidenta me llamó para lavarme la cabeza: "Mónica, es inadmisible que estés improvisando. No podemos arriesgar que a este programa le falte seriedad, que nos desprestigiemos. Tiene que estar preparado. Imagínate que te quedes con la mente en blanco, que te hagan alguna pregunta o comentario provocativos y no sepas qué responder. Sería un desastre, echarías a perder todo lo que hasta ahora ganamos", fueron las advertencias y hasta las órdenes de abandonar la improvisación.

"Puedo asegurarle que sabré manejar estos problemas. Siempre tengo a mi disposición la ayuda de los técnicos de sonido que -en el supuesto caso de no saber qué decir- podrán intercalar una pieza musical para darme tiempo a reaccionar, aunque hasta el momento nunca se me ha quedado la mente en blanco en ninguna participación en eventos internacionales enfrentándome a provocaciones incontables, en ninguna clase con participantes profesionales enemigos declarados de la educación sexual, nunca me he quedado sin saber qué decir. Y si no sé la respuesta cabal a alguna que otra pregunta, cosa por demás muy lógica, pues ¿quién es omnisapiente?, diré francamente que no sé, que la semana próxima la contestaré después de haber buscado la información requerida. Esto -lejos de desprestigiarnos- estoy convencida demostrará a los oyentes que los respetamos, que los tomamos en serio, que no tratamos a la ligera sus problemas y que deseamos ayudarlos. Pero leer a la gente un texto preparado me parece una falta de respeto, me parece la demostración de tenerles miedo a los comentarios y preguntas de la población. Además, un texto leído no permite absolutamente ningún intercambio directo, vivo; y este intercambio es precisamente lo que caracteriza mi programa y es lo que quiere la gente".

Seguía realizando mi programa aun sin el permiso explícito, que paulatinamente se fue convirtiendo en uno de los más escuchados en el país. La gente hacía cola en los teléfonos de los centros de trabajo, interrumpiendo su labor. Las dos horas pasaban volando y pude encaminar la solución de una cantidad extraordinaria de conflictos y de problemas que no hubiesen podido resolverse de otra manera. Tenía a mano una lista con los nombres, direcciones y números de teléfonos de especialistas médicos y psicólogos de todas las provincias que trabajaban en coordinación con el Centro Nacional de Educación Sexual. Nos reuníamos regularmente para analizar y evaluar entre múltiples aspectos también su trabajo de apoyo a los oyentes de la radio.

Muchas veces los oyentes me reportaban los resultados de sus gestiones para cuya solución les había propiciado las señas de especialistas, dándome las gracias o presentándome sus quejas -de acuerdo con los resultados obtenidos-. A través de mis

oyentes del programa de la radio me enteraba de dificultades en el suministro de medios anticonceptivos en las farmacias, de prácticas discriminatorias contra la mujer en hospitales o policlínicas, de problemas serios en torno a la población adolescente y muchos otros conflictos más. Al margen de mis actividades docentes en las facultades de medicina de de muchas provincias visitaba farmacias, chequeando el abastecimiento, verificando la información recibida de mis oyentes. En programas de la televisión regional trataba de actualizar a la gente, abordando específicamente las inquietudes y solicitudes de orientación de su región. De regreso en La Habana, elevaba al nivel central del Ministerio de Salud Pública las solicitudes recogidas en provincias.

Muy pronto supe que mi persistencia, mis exigencias constantes de solución a problemas molestos había inspirado a los funcionarios del MINSAP que tenían que aguantar mis peroratas, a darme el nombrete de "Mónica, la jejendilla" (esta palabrota no existe en ningún diccionario, es un híbrido, engendro del humor cubano, compuesto de jején y ladilla, dos bichos -¿cuál de los dos más molestos?-, que todo cubano sabe su significado). Para mí, un título de honor. A la Presidenta la llamaban "Mamá cumple cien años". Yo preferí mil veces ser llamada "jejendilla" o "reina del condón". Que también me dijeran "corruptora de menores" o "la temible" o "la obsesa sexual" o "la que echa a perder a las mujeres" ya era otra cosa, pero tenía que saber asimilar hasta insultos y ataques físicos como, por ejemplo, el que sucedió poco tiempo después de la publicación de En defensa del amor, un libro cuya aparición en Cuba se debe igualmente a mi intervención y que contiene información para mucha gente totalmente nueva sobre la sexualidad, particularmente sobre deficiencias, carencias, posibilidades y derechos de la mujer a la satisfacción sexual y que relata diversos ejemplos concretos de forma muy didáctica, fácilmente comprensible, que reflejan los conflictos más frecuentes.

La visita inesperada de un macho herido

Un joven esposo irrumpió en mi oficina, blandiendo en una mano el libro como si se tratara de un objeto asqueroso, por demás lacerante, con la otra tratando de golpearme. Con las quijadas apretadas de la ira me gritaba frases insultantes. Yo no tenía mucho espacio para esquivar los golpes. Con la espalda contra la pared y la mano agresiva del visitante casi rozándome la cara, logré detener al hombre. "Yo no puedo creer que usted piensa en serio golpear a una mujer. ¿No le parece mejor que hablemos como gente civilizada? Yo así contra la pared, huyendo de su puño, de verdad que se me tupen los sesos y usted no va a sentirse bien después de haberle entrado a piñazos a una mujer que pesa la mitad de usted y que no puede defenderse. ¿Puedo invitarlo a tomar un cafecito y a que me cuente todo lo que le produjo esta indignación, esta rabia?". El hombre me miró estupefacto, sacudió varias veces la cabeza y se sentó, el mentón tocando el esternón. Le serví café y lo dejé un ratito hasta que se recuperó de la crisis que le había hecho perder los estribos. Y como un torrente irrefrenable, con rabia contenida apenas,

el ceño fruncido y las quijadas apretadas del esfuerzo que hacía para no saltar nuevamente, le salió de la boca un discurso verdaderamente dramático:

"Mónica, tú eres culpable de los muchos divorcios, de la destrucción de tantas y tantas parejas; tú tienes la culpa de que las mujeres de repente nos exijan cosas de cuya existencia ni siquiera sabían antes de la aparición de este libro maldito. Mira, yo tengo mucha experiencia, he tenido muchas mujeres y ahora la mía está en huelga. Me echa en cara que yo soy como un gallo que monta la gallina, hace dos o tres movimientos y cuando suelta la leche se baja y se echa a dormir y que ella no siente nada y que ella tiene derecho a sentir placer, que esto lo dice este libro de mierda, que yo soy un egoísta, un macho chapucero, sí me dijo macho chapucero, y desde entonces no se me para más. Está muerta. No hay forma de que se me levante. Esto no lo aguanta nadie. Tú tienes la culpa de haberme convertido en un guiñapo impotente y que mi mujer me exija algo que no le puedo dar".

El hombre estaba destruido. Temblaba y le costaba trabajo retener las lágrimas. Conversé con él largo rato y -milagro de los milagros- me escuchó. Terminamos lo que empezó con un intento de darme una paliza con un acuerdo de acudir a la terapia de un colega mío, especialista de altos quilates en atender a machos heridos como el que estaba en mi oficina, sentado frente a mí. Por supuesto que esto de las capacidades excepcionales de mi colega no se lo dije a mi visitante. Mi colega me mantuvo al tanto de los avances verdaderamente alentadores de la terapia. Felizmente esta pareja pudo salvarse, aunque al principio parecía que todos los esfuerzos resultaran en vano. Desafortunadamente, no fueron muchos los hombres dispuestos a someterse a un proceso largo de terapia de pareja. La convicción de tener el hombre derechos sexuales y la mujer el deber y la obligación de satisfacer al hombre, en la mayoría de los casos resultaba más poderosa que todos los intentos de la terapia, la cual-con demasiada frecuencia- devino en empresa inútil, es más, en la mayoría de los casos ni siquiera se llegó a aceptar la terapia como una posibilidad real de ayudar a la pareja.

Muchas mujeres aceptaban, además, las exigencias sexuales de sus maridos o compañeros como una necesidad auténtica y se sentían en el deber de satisfacerlos a ellos, aun en detrimento de la propia satisfacción -en el supuesto caso de que conocieran de las posibilidades de disfrute sexual-. Recibí llamadas de mujeres, cartas de mujeres que me reprochaban haber inventado cosas que no existían, como lo de las necesidades sexuales iguales, del orgasmo, de las sensaciones fabulosas, que todo esto era cuento, pura fantasía morbosa. Algunas incluso llegaron a decirme que estos fenómenos tal vez existirían en Alemania, donde la gente no tenía vergüenza, donde hombres y mujeres juntos iban a la playa en cueros, en pelota ¡qué barbaridad!, pero que para las mujeres cubanas decentes que se respetaban a sí mismas todo esto resultaba inadmisible y que dejara de meterles el mono en el cuerpo. Otras, sin embargo, se sentían muy satisfechas, porque al fin no sólo había información escrita sobre todos los aspectos de la sexualidad, sino también se hablaba abiertamente sobre cuestiones que ellas no se

habían atrevido a mencionar por nada en la vida, porque sobre estas cosas no se hablaba. Agradecimiento hasta la sublimación y condena a un infierno más espantoso que el de Dante, éstos eran los extremos que tenía que asimilar, la miel y la hiel, el condimento diario de mi labor profesional durante años. No puedo quejarme de haber llevado en Cuba una vida aburrida y monótona, todo lo contrario.

Las desventuras de Dani en la escuela vocacional

Dani terminó la escuela primaria con el mejor expediente de todos los alumnos. Se ganó una plaza en la Escuela Vocacional "V. l. Lenin".

¡Qué niño tan feliz! Antes de comenzar su nueva vida ya no en su escuela sata en el garaje de Miramar, sino en la institución más codiciada por todos los cubanos que aspiraban a una formación excepcional para sus hijos, tuvo la suerte de pasar sus vacaciones en casa de los abuelos y tíos alemanes, donde durante tres semanas se llenaba la panza de tal forma que la ropa le quedaba estrecha. El día antes de tener que regresar a Cuba se luxó el codo derecho. En el hospital lo iban a ingresar para reponer la articulación, para lo cual debían aplicarle anestesia general. Cuando le dijimos a la especialista ortopédica que el niño tenía que montar un avión en menos de 24 horas para atravesar el Atlántico, nos respondió que nos olvidáramos del asunto a no ser que el niño aceptara que la intervención se hiciera sin anestesia, utilizando sólo un analgésico local. Dani estaba tan deseoso por salir de la tortura que ya lo tenía al borde de la desesperación, que le contestó: "Ahora mismo. Mucho más de lo que duele ahora no va a doler". Salió de este trance con el codo arreglado, el brazo enyesado y el permiso para volar de regreso a La Habana.

Comenzó luego su primer curso en la "Lenin" saliendo todos los días del encierro para realizar el programa de fisioterapia en el hospital ortopédico que quedaba al otro extremo de la ciudad. Así le era más fácil adaptarse al régimen militar imperante en su nueva escuela. Pero una vez recuperada totalmente la movilidad del brazo se acabó el estilo de vida informal. Como a todos los demás alumnos le tocó quedarse en el "cuartel" durante toda la semana, compartiendo con sus nuevos compañeros la falta total de privacidad, de cariño y de amor, desarrollando cada uno un sistema de defensa y de autoprotección muy efectivo para adquirir un barniz impermeable que les permitía soportar, de ser posible sin mayores daños, el proceder frecuentemente antipedagógico de maestros cuadrados que creían seriamente en la posibilidad de producir al hombre nuevo en estas fábricas monstruosas, guarderías de su "material humano" susceptible a sus métodos maquiavélicos que ellos empleaban con las mejores intenciones, demostrando fehacientemente que "el camino al infierno está empedrado de los mejores propósitos".

Para Dani la "Lenin" era un taller de tortura psíquica por excelencia. En cuestión de semanas bajó de peso tan espectacularmente que se parecía a un niño de un campo de concentración. Y esto que había obtenido dos tarjetas para el comedor que le permitían conseguir dos raciones en cada comida. Cuando la única maestra capaz de motivarlo, de hacerle sentirse bien, la de física, una joven muy bien preparada, cariñosa y sensible por demás, se trasladó a otro centro educacional por estar embarazada, la permanencia en la "Lenin" le resultó a Dani insoportable.

Coincidió la salida de la maestra venerada con acontecimientos nacionales que hoy día todavía nos causan escalofríos: el éxodo de miles y miles de cubanos por el Puerto de Mariel, en el año 1980.

Todos los días llegaban familiares de alumnos de la "Lenin" para sacarlos del plantel. Cuando se presentaban en la dirección para llevarse a sus hijos, sobrinos, primos... al puerto de Mariel para irse en bote, yate o barco a La Florida, los altavoces de todas las unidades de la "Lenin" sonaban a todo volumen para informar y avisar el hecho. Se interrumpían de golpe todas, absolutamente todas las actividades habituales de la escuela para realizar un acto de repudio que consistía en agrupar a los más de cuatro mil pupilos para que éstos, junto con sus maestros, le gritaran al "traidor, vendepatria, gusano, escoria, lumpen" las cosas más horripilantes y denigrantes imaginables, atacarlo físicamente, acorralar al "desertor", tirarse sobre el indefenso como una jauría de perros rabiosos, romperle el vehículo en que se lo iban a llevar los familiares, entrarles a golpes también a éstos -un circo romano a la cubana, un show ignominioso que dejaba cada vez heridos de cuerpo y alma por ambos lados-. Niños, adolescentes que hasta ayer eran alumnos excelentes, ejemplo de sus compañeros, amigos de corazón, hoy eran escoria despreciable, enemigos, basura. ¡Y esto en la Escuela Vocacional V. I. Lenin, la institución educacional de mayor prestigio del país!

¿Qué diferencia había entre la cacería de brujas, la quema pública de los herejes en tiempos de la Inquisición, los pogromos de los fascistas y estos actos de repudio, tanto de la "Lenin" como del país entero, de las "Marchas del pueblo combatiente" organizadas desde Oriente hasta Occidente para hostigar y perseguir a los que decidieron irse del país?¿Dónde estaban el humanismo, el respeto a la autodeterminación? ¿Dónde los valores declarados del sistema socialista? ¿Dónde los derechos humanos de los que tanto se vanagloria Fidel? Un fanatismo brutal cundió en Cuba, el raciocinio estaba congelado. La brutalidad no sólo permitida, sino organizada e instigada, la manifestación franca de desprecio a todo ser humano que osara pensar y actuar diferente dominaban el escenario cubano. Como saldo de estos vejámenes y desmanes quedaron grietas profundas en nuestra fe, en nuestra confianza en la justicia de la Revolución.

Y sin embargo, se aplacaba la histeria. La vida continuaba. Otras cuestiones empezaban a ocupar nuestras mentes. Tenemos una capacidad inusitada de relativizar las cosas -

creo que es éste un mecanismo de defensa muy efectivo, por lo menos para quienes viven en un sistema como el de Fidel Castro.

"Ayer se mató una muchacha de octavo grado", fue la noticia que nos contó Dani cuando lo recogimos del punto de concentración de los alumnos de la "Lenin", el sábado al mediodía. "Se tiró delante de un camión. La aplastaron, quedó muerta al instante. Ya llevaba meses tratando de quitarse la vida. Estaba deprimida, muy loca, con problemas familiares y en la escuela no le iba bien".

"Pero ¿qué hicieron los profesores cuando ella trató suicidarse otras veces, como tú dices? ¿No le propiciaron la ayuda de un psiquiatra?", indagué.

"Mami, ¡qué de psiquiatra ni de ayuda! Nuestra escuela no es un hospital. Y los profesores dan sus clases, más nada. Esta niña no es la primera ni será la última que no llega a adulta. Le resultó tan insoportable la vida que prefirió irse. Es triste, muy triste, pero es la realidad". El director de la unidad no dejaba pasar oportunidad alguna para humillar, degradar e insultar a los alumnos, destacándose por sentir predilección por nuestro hijo. Los niños lo llamaban "el gato con botas". A toda hora calzaba botas como si estuviera en el invierno siberiano y no en los trópicos. Consideraba a todos los niños unos elementos subversivos, mentirosos consuetudinarios y, fiel a su convicción, los castigaba sin gastar neuronas para averiguar si sus sospechas correspondían a la verdad o no.

El día que Dani se enteró que al "gato con botas" lo habían echado de la escuela porque lo sorprendieron montando a la secretaria en pleno día en su oficina y haciendo otras cosas más que denotaban una falta total de autocontrol, fue para él un día de fiesta, de júbilo, de verdadera satisfacción.

Nunca se me borrará de la mente el día que recibí una llamada de la "Lenin" para recoger al niño y llevarlo al hospital porque el médico sospechaba que tenía pulmonía y el hospitalito de la escuela no contaba con los recursos para atenderlo adecuadamente. En el camino al hospital donde trabajaba su gran amigo, el pediatra de la familia y su padrino, me decía: "Mami, necesito que se confirme el diagnóstico. Me hace falta una buena pulmonía para tener que quedarme fuera de la escuela por lo menos una semana. No soporto más tener que verle la cara al 'gato con botas'. Cada vez que lo veo me entran unas ganas tan irresistibles de matarlo que no sé cómo frenarme". No reconocí a mi hijo. ¿Este niño afable, alegre, amigo de todos sus compañeritos, de los gatos y de los bichos habidos y por haber, empollando un instinto asesino?

¿Qué estaba pasando en la escuela para que tales impulsos llegaran a desarrollarse? Estaba espantada. El fin de semana la casa se llenó de amigos de Dani. Se divertían muchísimo, haciendo cuentos, jugando con el tren eléctrico -juguete verdaderamente sensacional, regalo del abuelo alemán a mis hijos-. Les había preparado una modesta

merienda y a la hora de interrumpir el juego para que se la comieran (¡caballeros cuánto tiempo ha pasado desde entonces; todavía había pan por la libre!), conversé con ellos.

Con disimulo quise conocer la opinión de los amigos de Dani sobre el "gato con botas". Y sin ningún tipo de reserva se desahogaban, dando rienda suelta a sus sentimientos de odio: "Todos deseamos que lo parta un rayo, que se muera para el diablo, éste no es hombre, es el demonio en persona, es un elemento cínico, desalmado, es además el bicho más hipócrita que hay en la tierra. No existe castigo lo suficientemente severo y cruel para este hombre. No tiene nombre este fenómeno. Si sufriera un accidente terrible frente a nosotros, no levantaríamos un dedo para ayudarlo". Los que así se expresaron eran niños de trece años de edad, bien educados, inteligentes, cariñosos y muy solidarios y sin embargo eran capaces de manifestar un odio a ultranza, unos deseos tan irrefrenables de ver a su torturador muerto, despedazado de la forma más terrible imaginable. Este día tomé la decisión de proponer a Dani salir de esta institución deformadora de los valores humanos más nobles para continuar los estudios del nivel preuniversitario en una "escuela de la calle".

Dani aceptó gustosamente. Él mismo no nos había planteado este deseo por no querer pasar la vergüenza de confesar su desencanto, su total desilusión. A este niño, orgullo de su escuela sata, de su querida maestra y también de sus padres, demás familiares, vecinos y amigos, a este muchacho que se había sentido tan enormemente feliz quedando seleccionado para formar parte de la élite siendo alumno de la "Lenin", plantear que quería irse le pareció confesar un fracaso, una insuficiencia incompatible con las características de un buen alumno.

Antes de pasar a un centro preuniversitario de la calle (todavía existían unos pocos), se produjo otro incidente en la "Lenin" que echó a la basura nuestros últimos vestigios de confianza en el sistema de educación. Dani, en el camino a casa desde el punto de recogida, no hablaba. Con la vista clavada en la lejanía parecía perdido, en otro mundo. No participaba de nuestra conversación ni contestaba a nuestras preguntas. En casa, solo conmigo, me contó lo que había pasado: Rubén, un muchacho de su grupo, le estaba enseñando en el baño su pene a otro muchacho. Nadie sabe a ciencia cierta si los dos estaban involucrados en juegos eróticos homosexuales o si era verdad que Rubén le estaba enseñando una erupción que le había salido en el prepucio.

El hecho es que un tercer alumno entró en el baño y vio que los dos se estaban enseñando mutuamente los genitales. Dio un grito de horror, chillando por el pasillo: "¡Maricones, los cogí con las manos en la masa!". En cuestión de segundos, la unidad completa se reunió frente al baño, produciéndose un escándalo espeluznante. De puro milagro no lincharon a los dos muchachos sorprendidos "en plena función homosexual". Esa misma noche -era un viernes- la dirección de la escuela decidió la expulsión inmediata de Rubén y Aníbal de la escuela. Avisaron a sus padres para que recogieran a sus hijos el sábado por la mañana, del plantel, directamente antes de la salida de los

alumnos al punto de recogida. Cuando el padre de Rubén se estaba llevando a su hijo, el cual se movía como un zombi, como un reo condenado a morir ahorcado y camino al lugar de la ejecución, los alumnos de la famosa, de la elitista escuela "Lenin" y sus profesores formaron un coro de verdaderos animales enloquecidos que acorralaron a su presa, gritándole: "¡Maricón de mierda, vete de la escuela, maricón de mierda, vete de la escuela!", tocando con los puños, con cucharas, llaveros y otros objetos metálicos contra la carrocería de las guaguas, cual bestias frenéticas, al compás de su canto de guerra. Para Rubén y su padre, esta manifestación de odio ciego, de desprecio y de condena fue el evento más humillante que jamás hayan soportado en su vida. Padre e hijo estaban destrozados, liquidados, teniendo que pasar por este calvario.

Ya fuera de la "Lenin" Dani nos contó poco a poco algunas de las vivencias más impresionantes de su etapa de becado. Así nos enteramos que -al igual que en cualquier otra escuela con sistema de internado- los alumnos realizaban un programa regular de ejercicios sexuales, conociendo y negando al mismo tiempo las prohibiciones explícitas al re.specto. La diferencia entre las posibilidades de realizarlo en ésta u otra escuela radicaba tal vez en el hecho de que la "Lenin" era un cuartel con varios miles de alumnos, a campo abierto, sólo con una fábrica de equipos eléctricos en las cercanías, mientras una escuela-internado "normal" contaba con sólo seiscientos alumnos. La escuela "normal" se encontraba, además, en medio de plantaciones de cítricos u otros cultivos que ofrecían un paisaje verdaderamente acogedor y estimulante, con camuflaje y espacio suficiente para cada uno sin que se produjera interferencia alguna entre los actores.

Los alumnos de la "Lenin" practicaban sus "fiestas" ilegales en los pasillos del último piso, conscientes de que arriesgaban su futuro si se llegaran a descubrir sus delitos. A los alumnos del nivel inferior se les daba la tarea "honrosa" de hacer de vigilantes, teniendo la obligación de observar los movimientos de los profesores que hacían su recorrido de guardia. Que yo sepa, nunca se descubrió a los muchachos de la"Lenin" en sus funciones sexuales. Los alumnos que aún no tenían "materia prima" para poder participar de las fiestas cumplían con rigor, responsabilidad y un espíritu tremendo de solidaridad su papel de guardianes de sus compañeros mayores, sabiendo que algún día les tocaría a ellos desempeñar el papel de practicantes y usufructuarios de las sabrosísimas y muy excitantes "pachangas sexuales".

Capítulo XV

Dictys vive en carne propia las delicias del sistema de educación. La muerte de mi padre. La última visita de mi madre. De tal palo tal astilla: El machismo pervive en la juventud cubana. Los muchachos se están haciendo hombres. Se cierra el círculo

A Dictys le tocó la (mala) suerte de ser seleccionado para estudiar los últimos años del nivel preuniversitario en la Escuela Vocacional del Ministerio del Interior "J. C. Mariátegui", situada en la Isla de la Juventud. Los alumnos permanecían en el plantel durante seis semanas, para luego pasarse cuatro días en sus casas y regresar de nuevo al cuartel. La lejanía y las dificultades de poder viajar a la isla y luego encontrar la escuela que estaba situada en medio de una zona pantanosa, infestada de mosquitos, sin conexión de agua potable, sin camino construido ni línea de guagua o de tren, convertían los problemas ya de por sí existentes en verdaderas catástrofes. La escuela era el engendro de las mentes más cuadradas y antipedagógicas de los burócratas sentados en el último piso del MINED en contubernio con el MININT (Ministerio del Interior). Llamar a aquella institución "escuela vocacional" era una burla. Se trataba del centro con el índice más elevado de profesores con problemas de salud, salud mental. Ninguno aguantaba más de tres meses en aquel encierro antes de pedir el trasladado a una escuela en La Habana previa muestra de un certificado médico. A los alumnos que no resistían aquellas condiciones inhumanas se les descalificaba, se les ponía el cuño de "flojos" y "débiles", se les recordaba que los combatientes de la Sierra Maestra se habían sacrificado para que muchachos como ellos, los hombres nuevos de la Cuba socialista, pudieran tener escuelas maravillosas como ésta, que se dejaran de blandenguerías y no se quejaran tanto. Las autoridades del MINED negaban la existencia de los graves problemas cuantiosos, violando regularmente las normas más elementales del ciudadano de la salud física y mental de los educandos. Durante medio año la escuela estuvo sin agua. Ni recurriendo a la imaginación más abarcadora, nadie que no haya visto con sus propios ojos aquel desastre, es capaz de poder creer que unos seiscientos alumnos y sus profesores hayan vivido en ese infierno.

Un camión-cisterna llenaba el tanque de agua dos veces a la semana. Esos días los muchachos podían asearse un poco y se baldeaba el comedor que ya despedía un olor a chícharos fermentados y grasa rancia que daba ganas de vomitar. Los baños eran unas cloacas. En las tazas de los inodoros se asaban a fuego lento los más apestosos desechos humanos acumulados durante días, semanas, meses. En esta plasta asquerosa se daban banquetes miles de gordas moscas negras, de barriga verde brillante, que no se sentían molestas cuando algún muchacho apurado por la presión de las tripas se acuclillaba sobre la taza y dejaba caer otro mojón sobre la mierda acumulada. Las moscas, casi paralizadas del calor y de la llenura de sus panzas, se movían con paso lento, como

bichos drogados, para inmediatamente después de terminada la función de corregir del muchacho, continuar devorando la porquería.

Sarna, piojos y amebas prosperaban, encontrando el caldo de cultivo más idóneo en este centro inmundo. A las cinco de la tarde, religiosamente, las paredes de las aulas, dormitorio, comedor y demás locales se cubrían de capas gruesas de mosquitos. En el dormitorio, a la altura de las cabeceras de los muchachos, las paredes estaban pintadas de sangre mezclada con mosquitos machucados. ¿Mosquiteros? -no había-. ¿Jabón, detergente, desinfectante e insecticida? -no había, o, dicho con el vocabulario del MINED: "estaban en falta"-. Resultaba lógico que también el Dengue hiciera su entrada triunfal en la escuela. Los mosquitos del tipo aedes aegypti, transmisores de esta enfermedad, se sentían a sus anchas en aquel pantano sucio que ofrecía cantidades inusitadas de sangre humana para garantizar no sólo su supervivencia, sino un desarrollo verdaderamente próspero. Los mosquitos de la "Mariátegui" deben haber sido los bichos más felices del mundo.

A Dictys, el Dengue lo agarró duro. En la escuela no había médico y la enfermera no daba abasto para combatir -sin remedios efectivos- las múltiples lesiones cutáneas causadas por piojos, sarna y ladillas, de manera que no se percató de que el muchacho estaba seriamente enfermo. Durante días no había probado bocado; en lugar de ingerir alimentos, llenaba su estómago con aspirinas. El resultado fue una úlcera estomacal sangrante que le permitió a Dictys salir por una semana del "pequeño Macondo" para curarse en un hospital de La Habana. ¡Qué semana tan reconfortante!, tener agua a todas horas, ropa limpia, poder dormir sin batallar contra enjambres de mosquitos como Don Quijote contra los molinos, poder leer sin que nadie lo descalificara por preferir la lectura a los juegos brutos y a las fajazones por una "jeba", entretenimiento por excelencia de los alumnos que no pocas veces dejaba saldos considerables de muchachos seriamente lesionados, quienes, armados de palos y tirándose piedras, trataban de arrebatarles las muchachas más lindas a los alumnos de la escuela vecina, un pre-universitario común y corriente repleto de guajiras orientales, presas perfectas y predilectas de las ansias de experimentar de los alumnos elitarios.

Por desgracia, la semana de vacaciones extraoficiales pasó demasiado rápido y sin ganas, pero con el espíritu de teutón disciplinado, característico de nuestro primogénito, que se sometía a todas las pruebas, torturas y castigos que se repartían a montones en su escuela, retornó a ella convencido de que "no hay mal que dure cien años" ni siquiera este cáncer llamado "Escuela Vocacional J. C. Mariátegui".

Un buen día, la dirección de la escuela tuvo la ocurrencia de aplicar un test para medir los conocimientos políticos de sus alumnos. Escandalizada nos dio a conocer a los padres los resultados funestos de esta investigación. Un porcentaje ínfimo de los alumnos conocía los nombres de los miembros del Buró Político, ni hablar de los ministros y otros personajes importantes del Partido y del Estado cubanos. Se sabían los

integrantes de conjuntos musicales en boga en Estados Unidos y en Europa Occidental, pero les resbalaban los discursos permanentes sobre política nacional que se esparcían como llovizna perpetua mediante un sistema de audio que estaba funcionando el día entero y que se escuchaba en los pasillos, en el patio y en las demás áreas fuera de las aulas. Parece que esta llovizna no llegaba a tocar las células grises, les entraba a los muchachos por un oído y les salía por el otro.

La dirección de la escuela exigió a los padres tomar medidas efectivas para corregir este estado inaceptable de cosas, máxime tratándose de la escuela forjadora de futuros cuadros del MININT. No nos dieron la receta de cómo proceder para que nuestros hijos se interesaran más por la política nacional que por los productores de bulla y de "diversionismo ideológico" del extranjero que les ofuscaban las mentes. Si los alumnos estaban en su escuela durante seis semanas y en sus casas sólo durante cuatro días, ¿quién -nos preguntábamos- puede influir más y enseñarles mejor lo que debían saber?, ¿la escuela o nosotros, los padres ausentes? Como se nota, también en la "Mariátegui" se aplicaban las absurdas medidas antipedagógicas de responsabilizar a los padres y a los alumnos de los fracasos del sistema de educación.

Regularmente recibíamos cartas informativas del director de la escuela. Y no faltaba nunca la queja de que los alumnos tenían serias deficiencias en lo referente a la ortografía. Estas cartas eran un verdadero banquete. No leí una sola que no tuviera al menos diez faltas de ortografía. Los alumnos tenían que retornar a su beca con las cartas firmadas por los padres. ¡Qué desprestigio! Y ¿qué se suponía que íbamos a hacer nosotros? ¿Acaso podíamos devolverles las cartas, tachando con tinta roja todas las faltas para que se dieran cuenta de que quien enseña mal no puede cosechar resultados buenos? ¡Imposible! Seguíamos firmando las cartas famosas. Antes de colocar nuestra firma en el papel le decíamos a Dictys: "Oye, revisa la carta y dinos cuántas faltas encontraste, a ver si no se te escapó alguna" -un juego de lo más divertido-. Al menos para eso servían las cartas.

Dictys cursaba el onceno grado cuando lo convirtieron de hoy a mañana en profesor de dos asignaturas. La crónica falta de profesores había hecho crisis y para garantizar la continuación de las clases, la dirección del plantel se vio en la obligación de recurrir a esta solución. Así lo liberaban del trabajo productivo en la cosecha de la toronja. Cuando sus compañeros cumplían su jornada en el campo, él impartía clases de matemáticas y biología a los alumnos de décimo grado. Para poder realizar este trabajo con un mínimo de calidad, le dieron un barniz, un "mínimo técnico" de algunas horas de duración y listo. Se pasaba muchas madrugadas corrigiendo y calificando los trabajos escritos de sus alumnos y preparándose para dominar la lección del próximo día. Fue un año muy duro, pero tuvo la satisfacción de sentirse útil y reconocido no sólo por sus alumnos, sino también por sus colegas.

Llegaron los días de los exámenes del primer semestre del último año. Se trataba de las pruebas más importantes, incluso tenían más peso que los exámenes finales de bachillerato, pues los resultados servían de base para distribuir las plazas disponibles en las universidades del país y del extranjero.

Faltando tres exámenes escritos, se descubrió que un grupo de alumnos había cometido fraude, copiando las preguntas después de haber sacado de la oficina del director los sobres sellados que contenían estos datos tan importantes, enviados por el MINED. Lo extraño fue que los profesores no se percataron de ninguna irregularidad cuando calificaban los exámenes encontrándose con la sorpresa de que precisamente los peores alumnos, los "ñames" conocidos, los "barcos" desde el primer año, que habían aprobado los cursos anteriores tirados por un cabello y que en estos exámenes decisivos no tenían ni la más mínima posibilidad de aprobarlos, habían respondido sin cometer falta alguna, sacando las mejores notas. Fueron alumnos quienes manifestaron sus dudas al respecto y los que llamaron a los compañeros fraudulentos a confesar su delito. Con lujo de detalles, los cabecillas contaron cómo se habían apropiado de los sobres. A decir la verdad no sabían mucho de matemáticas, física, química y astronomía pero conocían al dedillo las técnicas de hurtar, de violar una cerradura sin dejar huellas, de abrir y cerrar y dejar como nuevos los sobres violados. ¿No se trataba de la cantera forjadora de futuros agentes del aparato de seguridad cubano?

El Ministerio de Educación mandó a la isla una comisión especial para investigar el caso. Los resultados fueron terribles. La mayoría de los alumnos del último año, gustosamente y agradecidos, habían utilizado los servicios de los jóvenes "especialistas en técnicas de hurto", copiando los exámenes. Como no pudieron botar de la escuela a todos los involucrados -el último año se hubiese quedado con menos de la mitad de los alumnos- se limitaron a expulsar a los cabecillas. Anularon la totalidad de los exámenes ya terminados. Elaboraron pruebas especiales, más difíciles, y todos -los que habían participado y los que no sabían nada del fraude- tuvieron que someterse al castigo de soportar nuevamente la tensión y el miedo que genera cualquier prueba -más una que tiene antecedentes tan nefastos- para que a los fraudulentos como también a los inocentes se les quitaran las ganas de estarse jugando con candela. ¡Una aplicación muy conocida del espíritu y concepto colectivista comunista! ¡Qué difícil se lo ponían a los muchachos para poder adquirir un concepto correcto de la justicia y de la responsabilidad! Hablando con Dictys poco tiempo después del descubrimiento del engaño, triste y decepcionado, con una expresión de desilusión terrible me dijo: "Mami, no sólo esta escuela es un gran fraude, no, Cuba entera, desde el Cabo de San Antonio hasta la Punta de Maisí, es un gigantesco fraude".

Logró terminar el "pre" con broche de oro. Los resultados fantásticos no levantaron su estado anímico pesimista. La decepción y la frustración llegaron a la cúspide cuando le informaron que le "dieron" la carrera de periodismo internacional en Moscú -como si se tratara de una rifa-. Al igual que su hermano, su deseo era estudiar matemáticas y ahora

le "tocaba por la libreta", a punta de dedo índice, una carrera por la cual no sintió jamás interés alguno. Si no aceptaba, corría peligro de quedarse limpiando pisos o cortando caña. Si aceptaba lo hacía sabiendo que tenía que mecharse hasta el final porque no se podía cambiar la carrera por otra. ¡A lo hecho, pecho! Después de dos semestres estudiando el idioma ruso en la facultad preparatoria, se marchó a Moscú, donde aguantó estoicamente cinco años de estudios tediosos.

¡Entre col y col, lechuga! No todo fue sufrimiento y tortura. También adquirió experiencias muy valiosas, encontró amigos entrañables y aprendió a vencer y hasta sacarle provecho a las circunstancias muchas veces difíciles y adversas, lo cual le sirvió en más de una ocasión en su vida profesional y personal.

La muerte de mi padre

Eran las tres de la madrugada del 26 de mayo de 1981. El sonido persistente del teléfono me despertó. Me levanté medio dormida. ¿A quién se le ocurre llamarme a las tres de la mañana? Escucho entre muchos ruidos e interrupciones la voz de mi hermano: "Mónica, nuestro padre acaba de morir". La voz desaparece. Me siento como si me hubiesen dado una bofetada. No puede ser, si hace unos pocos días recibí carta suya anunciándome su llegada a Cuba para el mes de septiembre. No había en su carta indicio alguno de enfermedad, de peligro. Lo habían operado, pero nos aseguraron que salió muy bien de la intervención quirúrgica. Claro, la carta llevaba fecha de marzo, demoró ocho semanas antes de llegar a mis manos. ¿Habré soñado? ¿Habré tenido una pesadilla? Seguía con el teléfono en la mano. Continuaba escuchando sonidos como si las olas del Atlántico se hubiesen metido en el auricular y de nuevo, desde muy lejos, la voz de mi hermano, repitiendo su mensaje funesto, ratificando la muerte de mi padre. Una transfusión de sangre contaminada con virus de hepatitis le causó una infección que le destrozó el hígado.

Ya estaba despierta y me di cuenta de que no se trataba de una pesadilla soñada sino real. No pude acompañar a mi padre en su último viaje al cementerio; no tuve derecho a adquirir un pasaje en avión, la última vez lo había hecho dos años antes. El tiempo mínimo que debía pasar entre uno y otro -pagando en pesos cubanos- eran tres años. Si hubiese tenido billetes verdes, no habría tenido problemas para adquirir un boleto, pero no los tuve y si los hubiese tenido me hubiesen metido en el calabozo, porque tener divisas era un delito. "¡Qué pena, papá! Tu hija predilecta no estaba contigo para despedirse de ti. Por suerte, nunca lo supiste".

Mi madre tuvo que pasar por un proceso largo y doloroso de aprendizaje para asimilar su estado repentino de viudez. A los casi setenta años de edad le tocó el derecho a independizarse, a disponer ella sola de su tiempo, a decidir qué hacer con sus ahorros, pero esta libertad, a la cual no estaba acostumbrada, no le produjo satisfacciones. Se

sintió sobreexigida, atormentada ante los obstáculos burocráticos que constituían el pan diario de mi padre y que nunca le habían interesado a ella. Cualquier formulario que tenía que llenar, cualquier instrucción del banco, de las oficinas de seguro la pusieron en apuros, porque el lenguaje empleado le era desconocido. Ella tardó mucho en adaptarse a la soledad, a la necesidad de reclamar ella sola sus derechos y a conocer sus nuevos deberes. A duras penas la convencí que debía desconectar y pasarse una temporada con nosotros. Un mes de descanso en Cuba -pensábamos- le vendría bien.

La última visita de mi madre

No habían pasado dos días desde su llegada, cuando, de repente, a las siete de la noche, se apagaron todas las luces, sonó la sirena antiaérea situada en la azotea de una casa contigua. Todos los autos de la calle apagaron los motores y se detuvieron al borde del contén. Mamá se quedó paralizada, blanca como la cera. No entendía ni jota de lo que estaba pasando. La pobre, no sabía que en Cuba, desde hacía tiempo, estábamos jugando a la guerra, practicando la evacuación, la defensa, los correspondientes contraataques y demás actividades bélicas contra el gran enemigo. "Mami, no te asustes, no es nada, sólo un ejercicio".

Mi madre se agarró de mi brazo. Sus manos temblaban. Ella se vio, súbitamente, en un escenario muy similar, sólo que ése no era un ejercicio, sino la realidad brutal de la guerra. La Primera Guerra Mundial -cuando empezó era aún una niña- le costó la estabilidad de la familia. En la Segunda Guerra Mundial perdió a varios familiares, vivió durante años el terror de los bombardeos y la escasez impuesta por la falta de alimentos, de ropa y de las cosas más imprescindibles para la vida; logró salvar el pellejo propio y el de sus hijos, pero perdió su casa con todas las pertenencias recién adquiridas; tuvo que aceptar que la convirtieran en subalterna ciode su suegra quien le dio alojamiento a ella y a sus hijos a cambio de la subordinación incondicional. Mamá, que en sus años juveniles se dedicaba al canto, a tocar piano, a aprender inglés y francés y a comportarse bien en sociedad, a disfrutar de las delicias de las bellas letras, de la ópera y de conciertos maravillosos, a la fuerza aprendió a cocinar, a lavar, a cepillar y encerar pisos, a acopiar e incluso a robar papas y briquetas de lignito de los vagones en camino al centro de acopio cerca de la casa. Afortunadamente había pasado el tiempo necesario para poder dejar atrás los horrores vividos. Y ahora, en casa de su hija en La Habana, ¿otra guerra?

Desde el ejercicio militar, mi madre contaba las horas que faltaban para cumplir el mes programado con nosotros y poder regresar a Alemania. ¡Saco de sal! Ya su primer viaje a Cuba, en 1963, resultó un desastre y ahora, más de veinte años después se repetían las calamidades. No se atrevía a dar un solo paso fuera de la casa. No hubo más ejercicio militar en nuestro barrio durante su estancia en Cuba pero sí hubo otros fenómenos para ella igualmente insoportables. Le echó a perder sus vacaciones una verdadera cadena de

tormentas con truenos y relámpagos estruendosos y aguaceros tropicales que le dieron la impresión de que el mundo se acababa. Desde niña, cuando aún no existían pararrayos, cuando una tormenta implicaba el peligro real de destruir la casa y de matar a todos sus inquilinos, le habían inculcado el pánico visceral a tal acontecimiento natural. A nosotros no nos molestaban más de la cuenta, estábamos acostumbrados a estos espectáculos hartamente frecuentes que a veces producían calamidades verdaderamente catastróficas contra las cuales no había técnica moderna eficaz.

Cada tormenta reventaba el transformador de corriente colocado a veinte metros de nuestra terraza, en un poste de madera. Explosiones intermitentes sacudían el transformador, el cual despedía un mar de chispas y olor a sustancias corrosivas. Los cables se quemaban y saltaban por la calle, despidiendo en sus extremos rabos de fuego. Por supuesto, cada tormenta significaba un apagón larguísimo, pues había que conseguir un transformador nuevo, quitar del poste el quemado, montar el nuevo y reparar los cables achicharrados. Nos pasábamos entonces varios días sin luz, sin agua, sin nevera. A todas éstas no pude tomar vacaciones para acompañar a mi madre y hacerle su estancia en Cuba más llevadera. Por el contrario, en preparación del IV Congreso Nacional de la FMC tuve que hacer varios viajes de trabajo a las provincias orientales, saliendo de madrugada y regresando tarde en la noche. Estos días de viajes míos significaban torturas descomunales para ella. Se sentía abandonada, indefensa ante peligros desconocidos que adquirieron dimensiones inimaginables. Su fantasía -tan rica como la mía- en vez de ayudarla a sobrellevar los problemas y la soledad, le proyectaba acontecimientos dramáticos de contenido horroroso. Mi madre era una maestra empollando desgracias y viviéndolas anticipadamente como para ejercitarse en el arte del masoquismo. "Mami, si viviste desastres incontables a lo largo de tu vida, ¿por qué tienes que sufrir desventuras que no sucedieron? ¿No te basta con las que te tocaron de veras?". No hubo remedio, era alérgica a Cuba. El día de su despedida todos nos sentimos aliviados.

¿Yo, miembro del Comité Nacional de la FMC? La defensa del doctorado y los exámenes estatales para adquirir la categoría de profesora de ciencias médicas

Mi programa de trabajo fue en aumento continuamente. Asambleas de balance en las provincias, los fines de semana, luego la celebración del IV Congreso de la FMC, en el cual salí electa miembro del Comité Nacional.

Entre programas de radio, de la televisión, actividades docentes en las facultades de medicina, de psicología, en la escuela de cuadros de la FMC, en centros de educación continuada del Ministerio de Educación y en escuelas de Docencia Médica Media, entre la elaboración de los instrumentos requeridos para investigaciones -como la del

"Embarazo en la Adolescente"- el trabajo editorial y la asistencia a congresos internacionales, se me fue el tiempo.

En el ínterin había defendido mi tesis de doctorado en Alemania, después de medio año de trabajo muy intensivo de acopio de los materiales necesarios para la tesis, "quemándome" la vista con la luz mortecina de incontables velas conseguidas ¡no me pregunten cómo!, que gastaba en las madrugadas. No tenía otro tiempo a mi disposición y en esas horas abundaban los apagones. Aprobé los exámenes de rigor con la calificación de "summa cum laude" y regresé a Cuba, ahora con otro título más, el de doctora, para continuar derrochando energías y esfuerzos, siempre con la esperanza de que algún grano caería en tierra fértil.

Impartía seminarios, coloquios, cursos intensivos a los más diversos niveles a lo largo y ancho de Cuba que contaban con la participación como alumnos desde profesores de ciencias médicas, de psicología y pedagogía hasta brigadistas sanitarias de la FMC.

El Instituto Superior de Ciencias Médicas me dio un mes para presentarme ante la comisión examinadora para adquirir la categoría docente, un requisito exigido para poder seguir impartiendo clases a profesores y a profesionales recién graduados. Material para confeccionar otra tesis me sobraba. Lo que no me sobraba era el tiempo. Nuevamente empleaba las madrugadas para escribir la tesis y prepararme para impartir una "clase ejemplar".

El examen oral, en el cual el jurado desmenuzaba y analizaba la tesis, terminó en un debate acalorado, en el transcurso del cual se manifestaban discrepancias abismales entre mi posición y la de los cinco hombres, integrantes del jurado, sentados frente a mí. Se nos olvidó a todos, examinadores y examinando que estábamos realizando un examen estatal. Alzamos las voces, gesticulamos, nos defendimos y atacamos mutuamente al extremo de que a las tres horas de haber iniciado el examen que debía durar una hora a lo sumo, todavía estábamos riñéndonos sobre procederes, disposiciones y su realización práctica, deficiencias del sistema de salud, problemas y más problemas de nuestras correspondientes áreas de ocupación profesional, de tal forma que nos costó trabajo volver a la realidad del examen. Lo aprobé con creces.

La “clase ejemplar” resultó ser una trampa. Estoy casi segura que en las diez papeletas que estaban sobre la mesa, supuestamente con temas diferentes, todas tenían el mismo tema: "Homosexualidad".

Sabía que este asunto interesaba sobremanera al jurado; sabía que no iban a aceptar nunca mi posición ya hartamente conocida sobre la homosexualidad. Mis exigencias de tolerancia, de fin de la marginación, de la criminalización, del exorcismo y de la persecución que se seguían a lo largo y ancho del país contra homosexuales verdaderos y supuestos en cumplimiento de la ya mencionada resolución aprobada en 1971 y todavía vigente hasta finales del 90, chocaban especialmente contra las convicciones y

criterios del jurado a cargo de evaluar mi "clase ejemplar". Sabía también que estaban locos por verme luchando como un escarabajo caído de espaldas, dando patadas a diestra y siniestra, con argumentos y justificaciones que ellos, los omnisapientes, el jurado de la comisión examinadora, los dioses intachables, seguramente iban a desmentir en el transcurso del examen.

Ese día estaba de suerte. Para fundamentar mi posición me basé en trabajos científicos realizados por especialistas de instituciones de prestigio mundial de muy reciente publicación que el jurado todavía no conocía, pues sólo existían en inglés y en bibliotecas a las cuales no tenían acceso. Tuvieron mucho cuidado por no dejar ver su falta de actualización y su desconocimiento. Buscar el enfrentamiento hubiése significado contraponer datos y conocimientos muy actualizados y científicamente fundamentados a creencias, mitos, verdades a medias y criterios muy personales que no tenían cabida en este examen. Se portaron disciplinadamente durante mi presentación, haciendo acopio de toda su paciencia y autocontrol y yo no me dejé impresionar por sus miradas y gestos a menudo francamente hostiles. Terminé mi clase y me mandaron a esperar fuera del aula. El jurado debía reunirse para deliberar sobre la calificación de mi clase. Pasé mucho, demasiado tiempo esperando en el pasillo. Al cabo de dos horas, ya preocupada e intranquila, indignada además, porque con todo el respeto a la alta comisión examinadora, éstos no eran métodos para tratar a un candidato, quise tocar a la puerta para que me dieran la noticia de una vez por todas. Estaba convencida de que se habían olvidado de mí y que seguramente me habían descalificado. Vino a mi encuentro uno de los integrantes del jurado.

"No se preocupe. Aprobó el examen. Pero usted no se imagina la discusión que se armó cuando usted salió. Parecía un tumulto, una riña de solar. Usted les ha dicho un montón de cosas que cayeron como bombas. Hay quienes se sienten ofendidos y quienes querían descalificarla. Afortunadamente los detractores no ganaron. Puede irse tranquila, ya le otorgaron la condición de profesora. El documento oficial le será confeccionado y enviado por el Ministerio de Educación Superior. La felicito".

¡Qué alivio! ¡Y qué suerte! De ahora en adelante podía continuar mi trabajo sin tener que desviar esfuerzos y tiempo en adquirir algún título, algún diploma.

Participé -como invitada del Fondo de Naciones Unidas de Actividades en Población- en la Conferencia Mundial en el Decenio de la Mujer que se celebró en 1985 en Kenya. Durante un mes se discutieron y analizaron los trabajos realizados en el mundo entero en cumplimiento del Plan de Acción Mundial aprobado diez años antes en la Conferencia de México, durante el Año Internacional de la Mujer. La Conferencia de Nairobi terminó con la aprobación de un Plan de Acción actualizado que constituía la plataforma programática de obligatorio cumplimiento por parte de los gobiernos signatarios del Plan.

Una tajada enorme de este pastel llamado Plan de Acción nos atañía a mí y a mi equipo de especialistas, y emprendimos la realización de las múltiples tareas específicas con entusiasmo y dedicación. A más tareas, más obstáculos.

De tal palo tal astilla: el machismo pervive en la juventud cubana

La UJC, la organización de la juventud comunista de Cuba -altamente comprometida con la urgente, la impostergable labor de atajar los problemas relacionados con el embarazo en la adolescente, con la deserción escolar por maternidad en edad temprana; con las enfermedades de transmisión sexual, específicamente el SIDA- no asumió su responsabilidad. Formalmente se realizaban actividades docentes -seminarios regionales y provinciales- para capacitar a los cuadros de estos niveles a actuar con conocimiento de causa y conciencia de la responsabilidad, pero la "titimanía" (relación con una "titi", una muchacha jóven y apetecible, vulgarmente también llamado "programa bota a tu vieja") -un fenómeno desastroso que se propagaba como un cáncer por todos los niveles de la dirigencia política del país- y el machismo especialmente exacerbado entre los cuadros dirigentes de la juventud, convirtieron nuestros esfuerzos en intentos inútiles. Por todos los costados se fue abriendo cada día más la brecha entre lo programado, lo aprobado, y su realización práctica. Cerca del 30% de los niños que nacían cada año tuvieron madres adolescentes. Entre un treinta y el cuarenta por ciento de las mujeres que se sometían a la interrupción de un embarazo -intervención quirúrgica que llegó a practicarse más de 160.000 veces (contra 180.000 partos) por año, según las estadísticas oficiales- eran adolescentes. ¡Conocí a niñas que se vanagloriaban de haberse hecho un legrado cinco veces! "¡Pero doctora, si eso no es nada, más molesto es empastarse una muela!", me aseguraban. "¿Yo tomar pastillas?, ¿dónde las encuentro? En mi provincia hace mucho tiempo que no se hallan". "Doctora, ¿podría conseguirme la pastilla para mi hija? Ella no puede usar un asa, le hace daño, el médico le recomendó tomar la pastilla, pero éstas no se encuentran por ninguna parte". Todos los días, invariablemente, me llovían solicitudes de ayuda para conseguir los productos que debían estar a disposición de la población. Debían pero no estaban.

Los dispositivos intrauterinos actualmente en uso en el mundo se conseguían como se obtiene un premio en la lotería. Los condones de calidad hacía meses que se vieron los últimos de esta especie en extinción. ¿Para qué propagamos información sobre métodos de planificación familiar si no existían recursos para hacer uso responsable de estos conocimientos? La inestabilidad matrimonial y familiar llegó a constituir la regla, no la excepción. El aumento vertiginoso de las enfermedades de transmisión sexual ya no se podía justificar con métodos de diagnóstico, ahora más refinados. Cientos de miles de niños cubanos menores de edad, cuyas madres eran solteras o separadas, no recibían un centavo de apoyo material de sus padres, ni hablar de la ausencia total de la atención afectiva a que tiene derecho cada ser humano. Una investigación cuyos resultados no se

publicaron jamás arrojó datos tan inconcebiblemente catastróficos que éstos no podían enseñarse a la luz pública. ¿Cómo era posible que existiendo una ley que obliga a todo padre a pagar alimentos si se divorciaba o separaba de su compañera, dejando a sus hijos con la madre, esta ley no se cumplía? ¡Qué desprestigio para el Jefe de Estado tener que declarar en público que no existían los mecanismos apropiados para lograr el cumplimiento de la ley!

Una irresponsabilidad generalizada, desde los más altos niveles de la dirigencia política, donde el cambio de pareja se había convertido en un deporte practicado con ostentación, llegando hasta los rincones más intrincados del país, se propagaba por toda la isla como una plaga de langostas. La gente se casaba y descasaba como si se tratara de algo común y corriente. Por conseguir una reservación en un motelito, una caja de cerveza, una toalla, sábanas, cubiertos y vajilla la gente se casaba. Ni hotel para pasar unos días de vacaciones ni los objetos más imprescindibles para el hogar se conseguían de otra manera. Y el divorcio costaba cien pesos y se arreglaba en cuestión de pocos días. ¡Cuántas niñas casadas a la fuerza para salvar el honor de la familia! Y si el día después de la boda ya se planteaba el divorcio no importaba con tal de que la niña, cuando comenzó a tener relaciones con un hombre, estaba casada.

Principalmente en las áreas rurales, pero también en las ciudades, con mayor frecuencia en las provincias orientales, se seguía una práctica denigrante: el examen de virginidad. Padres recelosos llevaban a sus hijas al hospital, después de que éstas hubieran regresado tarde o por correrse el rumor de que la niña andaba con algún muchacho o porque el maestro solicitaba del padre la comprobación de la virginidad de su hija. No quería creer que tales prácticas se realizaran a diario. Varios casos de suicidio de niñas desesperadas por no tener ya los requisitos exigidos, nos llevaron a pedir que se investigara la situación. Y efectivamente se comprobó que en los hospitales, en las policlínicas se estaban haciendo exámenes de virginidad, a menudo bajo la amenaza de padres coléricos que obligaban al médico a examinar a la hija. El médico ante la alternativa de morir a machetazos o hacer el examen exigido, prefería salvar el pellejo, sabiendo que tal práctica debía tener consecuencias funestas para la niña ultrajada, además de constituir tal examen la violación de la ética profesional. De acuerdo con la ley sólo se justificaba cuando existía la sospecha de un delito sexual cometido contra la muchacha. En tal caso debía existir una acusación y la solicitud de una instancia judicial para realizar el examen. Y estos exámenes de virginidad ¿de qué servían? ¡Quién sabrá cuántas muchachas sufrieron daños psíquicos irreparables por tener que someterse a tal prueba denigrante! A menudo el médico o la médica diagnosticaban un "himen complaciente" intentando así proteger a la niña en cuestión y apaciguar al padre. Pocos se creían el cuento de este himen fantástico. El simple hecho de tener que inventar un "himen complaciente" me dio a entender el "tamaño de bola" de los problemas tradicionales que no se modificarían ni en cien años de lucha ardua.

La situación económica cada vez más caótica y desesperante venía francamente acompañada de un deterioro persistente de los valores éticos y morales de la gente. Cuando no hay perspectivas, cuando no se sabe qué otra desventura nos deparará el próximo día, parece que los mecanismos que guían el raciocinio y la conducta cívica dejan de funcionar. Un disloque, una anarquía sexual, un no me importan las consecuencias, caracterizaban nuestro entorno. Y lo más preocupante: los dirigentes de máximo nivel, practicantes inescrupulosos de la titimanía, daban los peores ejemplos. La envidia y las ganas de vivir bien, como los "mayimbes", estimulaban a jóvenes y a viejos a actuar con la misma irresponsabilidad.

Un renacer de la prostitución, sobre todo de adolescentes, adquirió dimensiones preocupantes. Con el aumento del turismo internacional este fenómeno recibió el abono requerido para poder prosperar.

El V Congreso Nacional de la FMC, celebrado en 1990, debido a la necesidad orientada desde arriba de concentrar los esfuerzos en la defensa y en la producción, desproporcionó totalmente los objetivos centrales del evento: el análisis y la búsqueda de soluciones a los problemas serios de la familia cubana. En las asambleas de balance de las provincias estos aspectos constituían el centro de la atención. En el Congreso Nacional, en el cual se me ratificó como miembro de su Comité Nacional, apartándome de los aspectos clave -la defensa y la producción- osé solicitar la palabra para llamar la atención sobre la situación que yo consideraba intolerable, catastrófica, un peligro para el sano desarrollo de las nuevas generaciones. Me permitieron hablar tres minutos sobre el tema. Ésta fue mi última intervención apasionada y llena de desesperación que presenté ante un público tan selecto -con Fidel presidiendo la sesión del Congreso-. "Granma", que informaba minuciosamente de los debates en el Congreso, no mencionó mi intervención. "Al jefe no le gustó nada lo que dijiste, ¿sabes?", me susurraron al oído quienes habían estado cerca del Máximo Líder. Sólo el periódico "Trabajadores" publicó el texto íntegro de mis tres minutos. ¿Por qué no se comprendía que una sociedad sana no puede desarrollarse con muchachos socialmente enfermos?, y esto es lo que son los cientos de miles que se crían sin padres, con madres sobreexigidas por la presión de sus obligaciones laborales, metidas durante meses en alguna microbrigada, en el cuartel, en la agricultura, divorciadas aunque manteniendo el status de mujeres casadas, sin el apoyo -ni hablar de participación equitativa- de sus esposos o compañeros, sin ver a sus hijos, sin poder darles la atención que éstos necesitan; mujeres que se pasan el día acopiando algo que comer para sus hijos, que no tienen una pastillita de jabón para lavar la ropa, para asearse, que no tienen agua, no tienen electricidad ni gas para cocinar, que se juegan la vida preparando el guiso con las peligrosísimas cocinas de luz brillante, verdaderos cócteles "Molotov" (¿qué estadística recoge los casos de muerte por quemaduras con luz brillante?). Hay que saber hasta qué extremos llegó la escasez de los productos más rudimentarios en Cuba -no hablo de lujos ni de extravagancias, no, se trata de los productos esenciales para subsistir- para darse cuenta de que las madres cubanas son heroínas, pero también son víctimas de un

círculo vicioso que lejos de quedar interrumpido, se afianzaba, crecía, alcanzando dimensiones insoportables. Se negaba la gravedad del problema, cerrando los ojos -porque lo feo, lo que no tiene cabida en un sistema basado en proclamas y sueños, debe esconderse- y estableciendo otras prioridades, se marginaba. Yo no le veía solución, me daba cuenta cada día más de que nuestras voces de alarma no encontraban eco. Nos cortaron las alas al limitar aún más los recursos imprescindibles para nuestro trabajo, ya de por sí reducidos a la mínima expresión. Así resultaba imposible continuar la labor docente sistemática, la elaboración de materiales informativos y el trabajo de investigación. Cada hoja de papel, cada lápiz, cada pieza de repuesto de nuestros vehículos, cada libro, cada litro de gasolina, cada seminario programado significaban luchar, luchar y otra vez luchar. ¡Qué derroche de energías en batallas inútiles! La ayuda ocasional de amigos de afuera -migajas, dadas con mucho amor y espíritu solidario- no era suficiente como para poder llevar a la práctica un programa nacional. Ni el apoyo de Naciones Unidas o de otras organizaciones internacionales que consideraban nuestro programa digno de multiplicar en países en desarrollo pudo cerrar los baches enormes. Las limitaciones nos aplastaban, no nos permitían ya poder actuar con eficiencia, rigor y regularidad.

Mi centro había adquirido fama internacional. Participamos en congresos, simposios y cursos en América Latina, en EE.UU., y en Europa. Se nos respetaba y admiraba. Me eligieron miembro del Consejo Científico y del Consejo de Asesores de la WAS (World Association for Sexology) y miembro de honor de la Academia de Ciencias Sexológicas de Polonia. Me entrevistaron para la televisión de Venezuela, de Brasil y de Argentina, publicaron artículos míos en la prensa de éstos y otros países, pero todos los honores, todas las satisfacciones que significaba este reconocimiento internacional no pudieron cargar las baterías con nuevas energías.

Los muchachos se están haciendo hombres

Dani, después de haberse trasladado a un instituto preuniversitario común y corriente en El Vedado -logró montar prácticamente el último tren, pues un año más tarde se determinó que todos los alumnos del nivel preuniversitario tenían que pasar a un centro con sistema de internado en el campo- recuperó muy rápido un estado de salud satisfactorio. Definitivamente, no tenía madera para estar en una escuela vocacional. Sólo se sentía bien en escuelas satas. Pronto ocupó el cargo de monitor, lo que significó que ayudando a los alumnos más débiles a entender las lecciones se las tenía que saber él primero. No gastó ni un solo minuto extra para estar a la altura de su nueva responsabilidad. No sé cómo se las agenció para poder enseñar a los demás si nunca se preparaba expresamente para ello. Parece que lograba aprovechar al máximo las clases recibidas, prestando la debida atención, aunque el aula estuviera repleta de muchachos -más de cincuenta alumnos en un espacio apropiado para veinte- pero sentado en la

primera fila y "poniéndose para la cosa", no tenía que aguzar los oídos para comprender a sus profesores. Tuvo la lucidez suficiente como para entender que prestando atención en el aula se ahorraba mucho tiempo. En casa, en lugar de hacer tareas se dedicaba a leer. Devoraba libros, entre los cuales ocupaban lugares de importancia la Enciclopedia Juvenil y las "Bellas Letras" del mundo entero, comenzando con los Premios Nobel hasta los autores contemporáneos cuyas obras no se editaban en Cuba y que le traíamos de nuestros viajes al extranjero. Nuestra casa se convirtió en biblioteca, en casa de cultura, en centro de debates y de tertulia. Y sus nuevos compañeros del instituto, a diferencia de los de la escuela vocacional, fueron amigos verdaderos con quienes mantiene aún hoy estrecho contacto, no importa a qué país han ido a parar.

Tres semanas antes de terminar el bachillerato le ofrecieron estudiar la carrera de matemáticas en Alemania. Su sueño, su anhelo más caro se iba a convertir en realidad ¡y esto habiendo terminado el pre en una escuela sata! ¡Qué fenómeno! ¡Qué suerte! Su alegría quedó casi deshecha cuando conoció que antes de recibir el boleto para montar el avión para Alemania debía someterse a exámenes de suficiencia del idioma alemán. Y no sabía alemán. Nunca había pisado una escuela alemana -a excepción de unas semanas en el círculo infantil de la Embajada alemana en Chile- pero de aquella época le quedaban tan sólo unas pocas palabras de insulto. Y con este vocabulario parco, por demás totalmente inapropiado para usarlo en la universidad, no podía presentarse a la prueba requerida. Él mismo, siendo un chiquillo de ocho años de edad, me había exigido que no le hablara nunca más en "ese idioma anacrónico" que es el alemán, que sólo servía para frustrar a la gente, que sonaba feo y que aunque se le estudiaba con ahínco nunca se lograba dominarlo, que lo que había que aprender era el inglés, que estudiando este idioma, a los seis meses uno podía perfectamente comunicarse, mientras que el alemán ¡olvídalo!, ni a los cinco años se lograba entender cabalmente un texto, ni pensar en dominarlo jamás; sólo aquéllos que nacían en el entorno alemán, oyendo nada más que ese idioma bárbaro, a la fuerza lo aprendían, "como tú, mami".

Frenéticamente buscamos en la facultad preparatoria los materiales de estudio para tratar de meter en la cabeza de Dani al menos los contenidos más elementales para que no perdiera esta oportunidad única en su vida de poder estudiar su carrera en Alemania. Así sucedió que asistiendo a los exámenes finales del bachillerato durante el día y aprendiéndose de memoria el glosario alemán-español de ciencias naturales, los textos completos de las composiciones y de los temas de historia, de ciencias sociales y de literatura que estaban en el programa de los exámenes de idioma, durante las madrugadas, se preparó y junto con el título de bachiller -primer expediente de su año-, recibió el certificado de suficiencia del idioma alemán. "Mami, no sé qué va a pasar, porque del alemán no sé ni jota", me dijo cuando le dieron los resultados de la prueba y la confirmación de poder comenzar sus estudios universitarios en Alemania. A los diecisiete años Dani se fue a Alemania. El primer semestre no sabía si las clases se estaban impartiendo en alemán o en chino. A partir del segundo semestre, su oído estaba captando los sonidos guturales de ese idioma que cuando niño llamara

"anacrónico" y "bárbaro", metabolizándolo de tal forma que logró ubicar la lengua alemana en su caja sellada. Hoy lo habla prácticamente sin acento.

Regresó a Cuba a los veintidós, con diploma de honor de estudiante extranjero sobresaliente en universidades alemanas, y con la oferta de una beca -con todos los gastos pagados por la universidad- para hacer el doctorado.

El ministro de Educación Superior, actuando por orden del Comandante en Jefe, le prohibió terminantemente la continuación de los estudios, alegando que los recién graduados debían ir a los puestos de trabajo que la Revolución les asignara; que "está bueno ya de majasear y de gozar de la dolce vita" -como si haber estudiado matemáticas en Alemania significara haber vivido una orgía permanente-. La prohibición de aceptar la oferta de la universidad y la orden de trabajar en la agricultura -que era el lugar que la Revolución (el Ministerio de Educación Superior) le asignó, rechazando rotundamente la solicitud de la facultad de matemáticas de la Universidad de La Habana de querer ubicarlo como integrante del equipo de especialistas en "inteligencia artificial"- desencadenaron en Dani las reservas de rebeldía e insubordinación hasta entonces mantenidas en jaque. Ya no estaba dispuesto a obedecer sin chistar y a respetar las órdenes de los organismos superiores sin análisis individual. Ya estaba "echado a perder", ya actuaba con conocimiento de causa y criterio propio, dándole la justa dimensión a su ego. La consecuencia natural fue que empollara la salida definitiva al extranjero. Cuba lo estaba ahogando.

Antes de tener listos los matules, los papeles, los permisos, todo lo que se necesita para poder hacer un viaje fuera de la isla, debía seguir acumulando paciencia a montones, porque cada paso hacia la realización de su plan significaba emplear tretas, trucos y astucia, y siempre corría el riesgo de que algún eslabón en la larga cadena de trámites se rompiera para convertir el proyecto en una grandísima pompa de jabón.

Y como para confirmar que el eterno cuento de que "trabajarás en el puesto que la Revolución te designe", es nada más que una consigna repetida por burócratas pegados a sus puestos como el macao de su concha, lo mandaron, durante un mes, a reparar el techo de yagua de un almacén en San Antonio de los Baños. Del Vedado en guagua a Santiago de las Vegas (de Hamburgo a Mallorca se llega en menos tiempo) donde quedaba su centro de trabajo, de Santiago de las Vegas a San Antonio todos los días de madrugada, en un camión SIL ruso, de los que consumen más combustible que un tanque SHERMAN, iba acompañado de un obrero a quien le habían encomendado la misma tarea: subirse en el techo casi podrido del almacén, y con una “pata de chiva” y espantando ratas y agarrado con todas las fuerzas de los troncos menos putrefactos, arrancar una por una las yaguas en estado de descomposición. Cumplida la jornada, regresaban montados en el camión gigantesco, sin otra carga que la de los dos "techadores": un matemático y un obrero, más el chofer al timón. Una demostración

fehaciente de los métodos utilizados por los "sesudos" funcionarios cubanos para derrochar, derrochar y no hacer otra cosa más que derrochar.

En el instituto había dos computadoras -donación de la FAO (Food and Agricultural Organization de las Naciones Unidas) para los trabajos científicos de la institución- pero le estaba negado el acceso a estos equipos. ¿La razón? Pues simplemente, una la tenía el jefe de personal que la usaba para saber cuántos pesos les tenía que pagar cada mes a los empleados. Y la otra estaba en un departamento diferente al de Dani y se les permitía usarla exclusivamente a los integrantes de ese departamento. Como si un departamento quedara separado del otro por una frontera estatal. En el Instituto de Botánica, situado a una distancia que requería un viaje en guagua de varias horas de duración, estaban depositadas tres computadoras que todavía no tenían usuarios fijos. La dirección de este centro permitió a Dani la utilización de uno de estos equipos. Así pudo dedicarse al trabajo científico utilizando ocasionalmente la técnica moderna. Los científicos cubanos del Instituto de Investigaciones de la Agricultura Tropical de Santiago de las Vegas, viejos botánicos enamorados de su prfesión, sin otros recursos que sus cerebros, muchos libros cuidadosamente preservados, un archivo de semillas autóctonas y una gran dosis de voluntad de transmitir sus conocimientos y experiencias a las nuevas generaciones, con la esperanza de que algún día se recuperará en Cuba el interés por las valiosas plantas alimentarias inmunes a todo tipo de indoctrinación y métodos de colectivización y monocultivo, lograron estimular las neuronas de Dani de tal forma que durante los meses que tuvo que aguantar antes de poder salir del país, se enamoró de la flora cubana, dedicándose con ahínco al estudio de la botánica, continuando el cultivo de este amor hasta el día de hoy.

Dictys también terminó la carrera iniciada cinco años atrás en el famoso Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú, fragua de la élite del servicio exterior de la Unión Soviética y de algunos países amigos, es decir, socialistas, cuidadosamente seleccionados. Le tocó vivir la primavera de "glasnost" y de la "perestroica". Conoció ideas nuevas, enfoques modernos en pugna con el sistema tradicional anquilosado; conflictos con los representantes del MES cubano perseguidores de todos aquellos que osaban manifestar pensamientos propios, veladores por la "integridad revolucionaria" y la "pureza" de sus estudiantes que debían mantenerse alejados de estas nuevas corrientes venenosas del "diversionismo ideológico" que había comenzado a roer la sustancia firme, intachable, de los futuros cuadros del servicio exterior cubano, para quienes esta ola nueva -así temían las autoridades cubanas- podía tener el efecto de un cáncer maligno.

De regreso en La Habana, la Agencia de Prensa PRELA (Prensa Latina) le dio un puesto fijo. Allí aprendió de veras el oficio de periodista. Dictys tuvo la increíble suerte de salvarse de tener que ir a Angola. Lo citaron para recibir las instrucciones y documentos requeridos para partir sin demora a ese país africano. Movilicé cielo y tierra para que se postergara la fecha de salida a Angola. En el ínterim PRELA lo ubicó en su

oficina regional en Nicaragua, donde debía desempeñar la función de corresponsal y observador del primer proceso electoral que se estaba iniciando bajo el gobierno sandinista. Viajando por toda Nicaragua, desde la costa del Atlántico hasta la del Océano Pacífico, por montañas y llanos, a pie, en helicóptero, montado en un camión, en auto o carreta de bueyes conoció este país de América Central. Sus reportajes encontraron una buena aceptación y se apreciaron en el mundo periodístico y Dictys tuvo la satisfacción de sentirse reconocido. A fin de cuentas, valió la pena haber aguantado los seis años durísimos de estudios de una carrera impuesta.

Se cierra el círculo

Nuestro matrimonio se había convertido en una relación tediosa. Cada uno tiraba para su lado. Ahogábamos el déficit de amor y de atenciones en actividades laborales. El trabajo en función de anestesia.

¡Qué paradoja! Miles de personas consultándome para recibir ayuda para mejorar sus relaciones de pareja y yo -en mi vida privada- no lograba encauzar el torrente de problemas y conflictos. No tenía sentido luchar por algo que ya no existía. El amor se había esfumado. Al comienzo el rencor ofuscaba nuestras cabezas. Fue un largo proceso tortuoso y doloroso que nos llevó irremediablemente a la disolución de nuestro matrimonio.

Afortunadamente los muchachos ya eran adultos, ya estaban listos para cortar definitivamente el cordón umbilical. De sus experiencias propias ya sabían que las cuestiones de las relaciones interpersonales constituyen uno de los capítulos más difíciles del desarrollo humano.

Lo que vivíamos en el círculo estrecho de nuestra familia se repetía cientos de miles de veces a lo largo y ancho del país, con la diferencia de que nosotros alcanzamos una separación civilizada, sin violencia, sin pretensiones de poderes ni intenciones de destruir el uno al otro. Desafortunadamente, esta forma de separarse es más bien la excepción y no la regla. Los "crímenes pasionales" (asesinato por razones de "amor" traicionado, engaño, celos, pretensiones de ser dueño de la pareja, machismo herido, los tarros no asimilados) continuaban ocurriendo invariablemente y con frecuencia. No se publicaban jamás estos hechos horrendos en el periódico, en la prensa oficial donde sólo caben noticias "positivas", pero los medios no oficiales de propagar noticias en Cuba, conocidos por "radio bemba", son mucho más eficaces que los oficiales. En cuestión de minutos se enteraba todo el país de los acontecimientos más llamativos.

Entre los que cometían tales crímenes había representantes de todas las capas sociales, tanto intelectuales como guajiros, obreros como altos funcionarios. Las armas utilizadas para exterminar al "traidor" o a la "traidora" seguían siendo las mismas de siempre:

rociar al "condenado" con luz brillante y prenderle candela (también para el suicidio este método sigue ocupando el primer lugar). Los que poseían -legal o ilegalmente- un arma de fuego, la utilizaban con mucha frecuencia. En el campo, a menudo el machete era el instrumento seleccionado para perpetrar el "ajusticiamiento". En el Congreso Latinoamericano de Medicina Legal, no recuerdo si se celebró en 1989 o en 1990, nuestros especialistas manifestaron a sus colegas latinoamericanos incomprensión y no aceptación del término jurídico de "violación en el matrimonio", puesto que "este delito no existe. La mujer cubana, cuando se casa sabe que le debe el 'acceso carnal' al esposo, es su obligación. Punto".

Pocas semanas antes de mi salida de Cuba, me visitó una mujer hecha un mar de lágrimas. Entre sollozos que casi le impedían hablar me pintó su vida miserable y me pidió ayuda. Llevaba quince años de casada. Siempre, día a día, incluso cuando se sentía indispuesta, hasta cuando estaba menstruando, cumplía con su deber matrimonial. Siempre estaba a disposición de las necesidades de su esposo. Nunca, hasta el día de ir a verme, nunca se cuestionaba el sentido de este proceder, el sentido de esta vida. Simple y llanamente hacía lo que le mandaba hacer su marido.

"Hace semanas que me siento enferma, pero mi marido está arriba de mí, exige mi entrega, no tiene consideración, es un abusador. Y no se puede hablar con él. Me monta como si yo fuera una bicicleta, regularmente, a la misma hora, haciendo siempre lo mismo, siempre lo mismo, siempre lo mismo. Si no fuera porque me estaba doliendo mucho hubiese seguido aguantándolo, pero ayer me negué por primera vez. Me llené de valor para decirle: '¡Hoy no, estoy enferma, me duele!'

Y ¿qué se imagina que me respondió?

¡Pues para que lo vayas sabiendo: ¡tienes que hacerlo conmigo, lo necesito! O ¿pretendes mandarme a la calle, para que me busque el SIDA? ¡No, mi'jita, de eso nada! Y ¿para qué te casaste conmigo?, ¿para que me vaya a la calle a buscarme el SIDA? ¡No, conmigo no va eso! De repente lo vi como un monstruo, como un animal. No pude decirle nada. Si nunca, nunca en estos quince años de matrimonio hablamos sobre esto. Tenía la garganta cerrada y al mismo tiempo una ira, una ira tan fuerte que me cegó, se apoderó de mí y salí corriendo de la casa y aquí me tiene. Y aunque me cueste el divorcio, no seguiré aceptando estas condiciones, no puedo más".

Hablamos largo rato. La mujer hizo catarsis. Me contó la vida espantosa de quince años de suplicio, de martirio, de sufrimiento. Y también me dijo que después de haber escuchado algunos programas sobre sexualidad en la radio, donde hablé en varias ocasiones de problemas similares a los de ella -aunque, a decir verdad, nunca se trataba de situaciones tan terribles como ésta-, ella anotó mi dirección y decidió hablar conmigo. Pude encaminar la atención de esta pobre mujer, solicitando la intervención de uno de nuestros mejores especialistas en terapia de la pareja. Mi colega hizo un milagro: logró que el esposo se presentara y participara en las muchas sesiones de

trabajo de "orientación y educación sexual" que fueron necesarias para mejorar las relaciones de esta pareja. Los dos, marido y mujer, tuvieron que aprender un mundo de cosas que no sabían ni concebían.

Llegada al final de mi carrera en Cuba, muchos me preguntaron y yo también me preguntaba: "¿Valió la pena? Si no hiciste más que echarle gotitas de agua al incendio. Quisiste apagar el sol con un dedo".

Y yo les respondo y me contesto a mí misma: “Sí, valió la pena. Y si sólo logré hacer pensar, hacer cuestionarse su actitud a una sola persona, valió la pena. Y si pude encauzar la solución de un solo problema, valió la pena. Y si logré evitar una sola catástrofe, un solo suicidio, valió la pena".

Atrás dejé un equipo de especialistas bien formado, entusiasta y lleno de juventud, con energías aún suficientes como para seguir luchando contra viento y marea, contra todas las adversidades y limitaciones que mermaron mis fuerzas.

¡Adiós, Cuba, infierno y paraíso! ¡Adiós!

Epílogo

Veinticinco años han pasado desde que regresé a Alemania.

Vivo desde 1995 con Harry. En 1999 nos casamos y nos mudamos a Glücksburg, una pequeña ciudad a orillas del Mar Báltico. Desde el balcón vemos el mar y Dinamarca. Es como estar de vacaciones todos los días, disfrutamos cada minuto de la vida.

Mis hijos viven sus vidas a plenitud. Dictys en Hamburgo, donde trabaja para la Agencia de Prensa Alemana (DPA) y Dani en Bruselas, funcionario de la Comisión Europea.

Jesús y Zeida, su segunda esposa, viven en La Habana en el apartamento del Nuevo Vedado donde viví mis últimos años en Cuba. Su hija Liz salió a los Estados Unidos a los 18 años, sacó un Máster en matemáticas, se casó con Brian en 2015 y ambos viven ahora en Santiago de Chile.

¿Qué ha cambiado en Cuba desde que me fui? Mucho y poco.

Las reformas de Raúl Castro no han sacado a los cubanos de la miseria material. Sí, los cubanos hoy pueden viajar… pero ¿qué cubano puede pagarse el pasaporte y el billete de avión con un salario mensual promedio de menos de 50 dólares? El abastecimiento con los productos más básicos sigue siendo insuficiente, y cuando hay –digamos papel sanitario– es en las tiendas en divisa. El cubano de a pié sigue inventando y "resolviendo" para sobrevivir. Resolver –y no se trata de matemáticas– es verbo y acción del día a día de la gran mayoría. "¡No es fácil!" (referido a la vida en general o a una situación concreta) es el lema cotidiano del cubano desde 1959.

Cuba se encuentra de nuevo en el punto de mira de la política mundial. Tras 54 años de frío polar, los Estados Unidos y Cuba están deshielando sus relaciones a la misma velocidad que se derrite el casco polar en estos tiempos de calentamiento global. Hasta embajadas han abierto; el Union Jack ondea en La Habana donde hasta hace muy poco se organizaban semanalmente "actos de repudio al imperio". Muy probable que el turismo dé un salto cuando los norteamericanos comiencen a viajar a Cuba, bajo la premisa de que se construya la infraestructura necesaria para soportar este aluvión.

Sin embargo, Cuba sigue siendo un país gobernado por un solo partido político, el mismo que gobierna desde 1959 (con diferentes nombres pero con los mismos longevos dirigentes), ése partido que deniega el derecho de existencia a cualquier otra forma de pensar, ése que garantiza el poder y bienestar exclusivamente a una minoría muy selecta.

¿Qué ha perdurado de mi trabajo?

El Centro Nacional de Educación Sexual sigue existiendo. Lo dirige Mariela Castro, hija de Raúl Castro y Vilma Espín. Gracias a su acción, constancia y cercanía al poder, la persecución y la criminalización gubernamental de la homosexualidad han desaparecido. Gran parte de la sociedad, sin embargo, aún sigue siendo tan homófoba como machista.

Muchos otros temas de mi lucha diaria contra molinos de viento no son atendidos como deberían por falta de recursos: el embarazo en la adolescencia, la inestabilidad familiar, la educación de los jóvenes para una sexualidad sana y responsable, la violencia de género y doméstica, la salud reproductiva de la mujer.

Es como arar en el mar.

Monika Krause-Fuchs, Glücksburg, enero de 2016

Biografía y publicaciones

Monika Krause-Fuchs nació en Alemania en 1941, pero desde muy joven marchó a Cuba, donde permaneció casi treinta años. Comenzó a estudiar la carrera de Estudios Latinoamericanos (Historia, Filosofía, Sociología, Literatura y Filología) en la Universidad de Rostock antes de irse para Cuba, graduándose en la Universidad de La Habana con el título de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas. Se doctoró en la Universidad de Rostock con la tesis "Preparación de la joven generación de la República de Cuba para el amor, el matrimonio y la familia", obteniendo el grado científico de Doctor en Filosofía (sociología).

La defensa de la mujer, la planificación y educación familiar y la orientación sexual han sido una constante a lo largo de su vida. En Cuba fue fundadora, en 1977, del Grupo Nacional de Trabajo de Educación Sexual, adjunto a la Comisión Permanente de la Asamblea Nacional del Poder Popular de Atención a la Infancia, la Juventud y la Igualdad de la Mujer, institución a la que, desde enero de 1989, se le otorgó status de "Centro Nacional de Educación Sexual".

Participó en la concepción y puesta en práctica de programas de Educación sexual para los sectores de Salud, Educación, Organizaciones Políticas y de Masas y los Medios Masivos de Difusión. Fue profesora del Instituto Superior de Ciencias Médicas, a cargo de la capacitación en sexología de profesionales de salud y de psicología médica. Ha realizado, además, series de Educación Sexual en la Televisión Cubana y el conocido programa de *Radio Rebelde* semanal "En vivo y en directo".

Fue miembro del Comité Nacional de la Federación de Mujeres Cubanas, Directora del Centro Nacional de Educación Sexual de la República de Cuba, Directora de un programa del Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA) con el Gobierno de Cuba, atendiendo la problemática del embarazo en la adolescencia. También ha sido miembro del Consejo Científico de la World Association for Sexology y Miembro de honor de la Academia de Ciencias Sexológicas de Polonia.

Tiene en su haber un gran número de publicaciones, entre las que destacan:

Bajo el nombre de Mónica Krause Peters:

El embarazo en la adolescente. Serie de artículos publicados en GRANMA y como folleto en Editorial Científico-Técnica, La Habana 1983.

Nosotros y el amor. Serie de documentales de la TV cubana, La Habana 1985 – 1986.

Planificación familiar en Cuba. Aspectos políticos y legales. En Cuba Internacional (1986) y versión alemana en Informationen (Academia de Ciencias Sociales, Berlín,1988).

Educación sexual. Selección de lecturas. Editorial Científico-Técnica*, La Habana 1988.*

Conocimientos y actitudes del médico de la familia sobre la sexualidad y la planificación familiar. Evaluación de una investigación. Versión alemana. En *Informationen* (Academia de Ciencias Sociales), Berlin 1989.

Educación sexual en Cuba. En Cuba Internacional, La Habana, 1987.

Bajo el nombre de Monika Krause-Fuchs*:*

Für mich ist eine Jungfrau wie ein neues Auto. Betrachtungen zur Sexualität in Kuba (Para mi una muchacha virgen es como un auto nuevo. Consideraciones sobre la sexualidad en Cuba). Jahrbuch 24 Lateinamerika, Geschlecht und Macht. Analysen und Berichte, Münster 2000, Alemania.

Die kubanische Sexualpolitik zwischen Anspruch und Wirklichkeit (La política cubana respecto a la sexualidad. Pretensión y realidad). Kuba Politik, Wirtschaft, Kultur heute. Frankfurt am Main 2001, Alemania.

¿Machismo? ¡No, gracias! Cuba: sexualidad en la revolución. En Ediciones Idea, La Laguna, Tenerife, Islas Canarias, 2007.

Revisión científica y técnica para las ediciones cubanas de clásicos alemanes de educación sexual:

Siegfried SCHNABL: *El hombre y la mujer en la intimidad*. Editorial Científico-Técnica, La Habana 1979 y varias ediciones subsiguientes.

Siegfried SCHNABL: En defensa del amor. Editorial Científico-Técnica, La Habana 1981 y varias ediciones subsiguientes.

Heinrich BRÜCKNER: *¿Piensas ya en el amor?* Editorial Gente Nueva, La Habana 1981 y varias ediciones subsiguientes.

Heinrich BRÜCKNER: *Mamá, papa y yo.* Editoria Gente Nueva, la Habana 1983 y varias ediciones subsiguientes.

Heinrich BRÜCKNER: *Antes de que nazca un niño*. Editoria Gente Nueva, la Habana 1979 y varias ediciones subsiguientes.

Anexo

Nombres de los años de la Revolución Cubana

1959 Año de la Liberación
1960 Año de la Reforma Agraria
1961 Año de la Educación
1962 Año de la Planificación
1963 Año de la Organización
1964 Año de la Economía
1965 Año de la Agricultura
1966 Año de la Solidaridad
1967 Año del Viet Nam Heroico
1968 Año del Guerrillero Heroico
1969 Año del Esfuerzo Decisivo
1970 Año de los Diez Millones
1971 Año de la Productividad
1972 Año de la Emulación Socialista
1973 Año del XX Aniversario
1974 Año del XV Aniversario
1975 Año del Primer Congreso
1976 Año del XX Aniversario del Granma
1977 Año de la Institucionalización
1978 Año del XI Festival
1979 Año XX de la Victoria
1980 Año del Segundo Congreso
1981 Año del XX Aniversario de Girón
1982 Año 24 de la Revolución
1983 Año del XXX Aniversario del Moncada
1984 Año del XXV Aniversario del Triunfo de la Revolución
1985 Año del Tercer Congreso
1986 Año del XXX Aniversario del Desembarco del Granma
1987 Año 29 de la Revolución
1988 Año del 30 Aniversario de la Revolución
1989 Año 31 de la Revolución

1990 Año 32 de la Revolución

1991 Año 33 de la Revolución

1992 Año 34 de la Revolución

1993 Año 35 de la Revolución

1994 Año 36 de la Revolución

1995 Año del Centenario de la Caída en Combate de José Martí

1996 Año del Centenario de la Caída en Combate de Antonio Maceo

1997 Año del 30 Aniversario de la Caída en Combate del Guerrillero Heroico y sus compañeros

1998 Año del Aniversario 40 de las Batallas Decisivas de la Guerra de Liberación

1999 Año del 40 Aniversario del Triunfo de la Revolución

2000 Año del 40 Aniversario de la Decisión de Patria o Muerte

2001 Año de la Revolución Victoriosa en el Nuevo Milenio

2002 Año de los Héroes Prisioneros del Imperio

2003 Año de Gloriosos Aniversarios de Martí y del Moncada

2004 Año del 45 Aniversario del Triunfo de la Revolución

2005 Año de la Alternativa Bolivariana para las Américas

2006 Año de la Revolución Energética en Cuba

2007 Año 49 de la Revolución

2008 Año 50 de la Revolución

2009 Año del 50 Aniversario del Triunfo de la Revolución

2010 Año 52 de la Revolución

2011 Año 53 de la Revolución

2012 Año 54 de la Revolución

2013 Año 55 de la Revolución

2014 Año 56 de la Revolución

2015 Año 57 de la Revolución

2016 Año 58 de la Revolución

Poner el nombre del año era obligatorio en todo documento oficial, y hasta para los niños día a día en las libretas de la escuela. Había que mencionarlo en cada reunión, se repetía diariamente en los noticieros de televisión, en la radio, en los periódicos.

Con el ocaso de la ideología a raíz del derrumbe del bloque oriental y el subsecuente Período Especial en Tiempos de Paz (¡vaya eufemismo!), mermó la fantasía de ponerle nombres originales a los años.

Fotos de familia

Foto 1: Sierra Maestra, el buque insignia de la Marina Mercante de Cuba, 1962

Foto 2: Jesús Jiménez Escobar, capitán del Sierra Maestra,
el capitán más jóven del mundo: "mi capitán", 1962

Foto 3: Nuestra boda en Warnemünde, abril de 1962

Foto 4: Un perro chino habanero tan horroroso como el que ví al llegar a Cuba.
© Michael Seebach (http://www.michaelseebach.de/Kubafotos.html)

Foto 5: Mi suegra

Foto 6: Mi protectora: Mary, hermana de mi capitán

Foto 7: Dictys con 6 meses, Vedado, 1963

Foto 8: Dictys en la nieve. Schwaan 1964

Foto 9: Jesús en Rotterdam 1964

Foto 10: Dani en Nueva York, Central Park, 1968

Foto 11: Dictys en Nueva York, Central Park 1968

Foto 12: Dictys y Dani en New York
20 diciembre 1968: Dani cumple dos años

Foto 13: Dani, Dictys y dos compañeritos de la escuela de natación. Ciudad Deportiva, La Habana 1970

Foto 14: Pilar y Gonzalo, 1976

Foto 15: 1976 con una fractura en la cervical y sin marido:
a mi capitán se lo llevaron a Angola

Foto 16: Dani a los 14 años poco antes de abandonar la escuela Lenin, 1980.
Nunca antes ni después estuvo tan flaco

Foto 17: Con los niños visitando a mis padres, Schwaan 1980.
Fue la última vez que vimos a Opi en vida.

Foto 18: Dictys y Dani de vacaciones en Turingia, RDA, 1985.
Dani estudiaba matemáticas en Dresden y Dictys, periodismo en Moscú

Foto 19: Con 50 años recién cumplidos, Hamburg 1991

Foto 20: Con Dictys y Omi en Travemünde 1992

Foto 21: 2015 con Harry en Turquía

Fotos de mi vida profesional

Foto 22: Al lado de Fidel Castro y Hertta Kuusinen en la inauguración de una Escuela Secundaria Básica en el Campo, a medianoche, 1972

Foto 23: Idem.

Foto 24: Junto a Hertta Kuusinen, presidenta de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, y Vilma Espín, presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, en la sede de la dirección nacional de la FMC, La Habana 1972

Foto 25: Varsovia 1975: encuentro internacional preparatorio
de la Conferencia Mundial de la ONU en el Año Internacional de la Mujer

Foto 26: Con Vilma Espín en la Conferencia Mundial de la ONU en el Año Internacional de la Mujer, México 1975

Foto 27: El Profesor Celestino Álvarez Lajonchere, mi mentor y maestro, dirige un seminario en Santiago de Cuba, 1981

Foto 28: En la oficina del Grupo de Trabajo de Educación Sexual en el Hospital Ginecológico González Coro, La Habana, 1981

Foto 29: Junto com Vilma Espín con una visitante extranjera, 1984

Foto 30: Venezuela 1986: Congreso latinoamericano de sexología.
Entrevista con la TV venezolana

Foto 31: Congreso de la Asociación Mundial de Sexología (WAS), Caracas 1986.
Los miembros del nuevo Consejo Científico de la WAS (2da a la izq. abajo)

Foto 32: Instantánea del programa de TV "Nosotros y el Amor" (1981-1985)
Anticonceptivos: diafragma

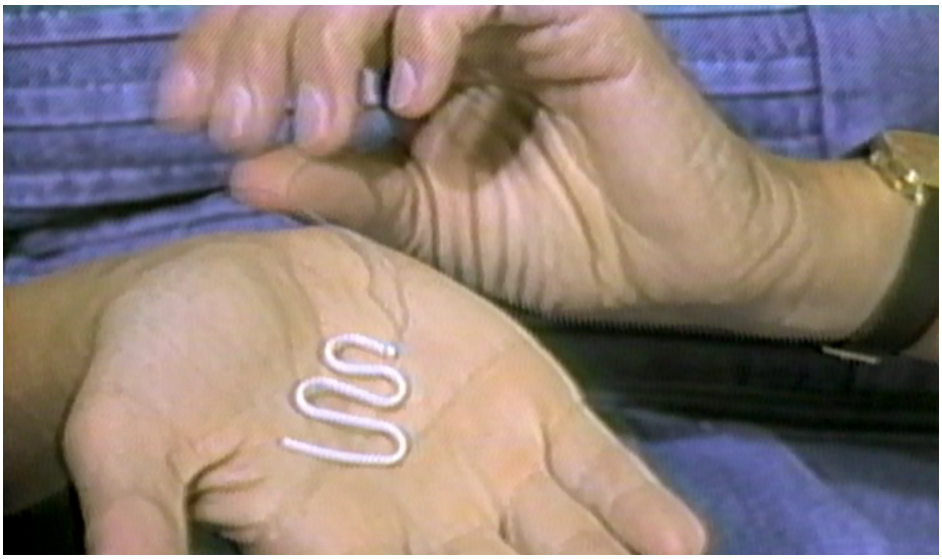


Foto 33: Instantánea del programa de TV "Nosotros y el Amor" (1981-1985)
Anticonceptivos: espiral

Foto 34. Instantánea del programa de TV "Nosotros y el Amor" (1981-1985)
Anticonceptivos: el condón

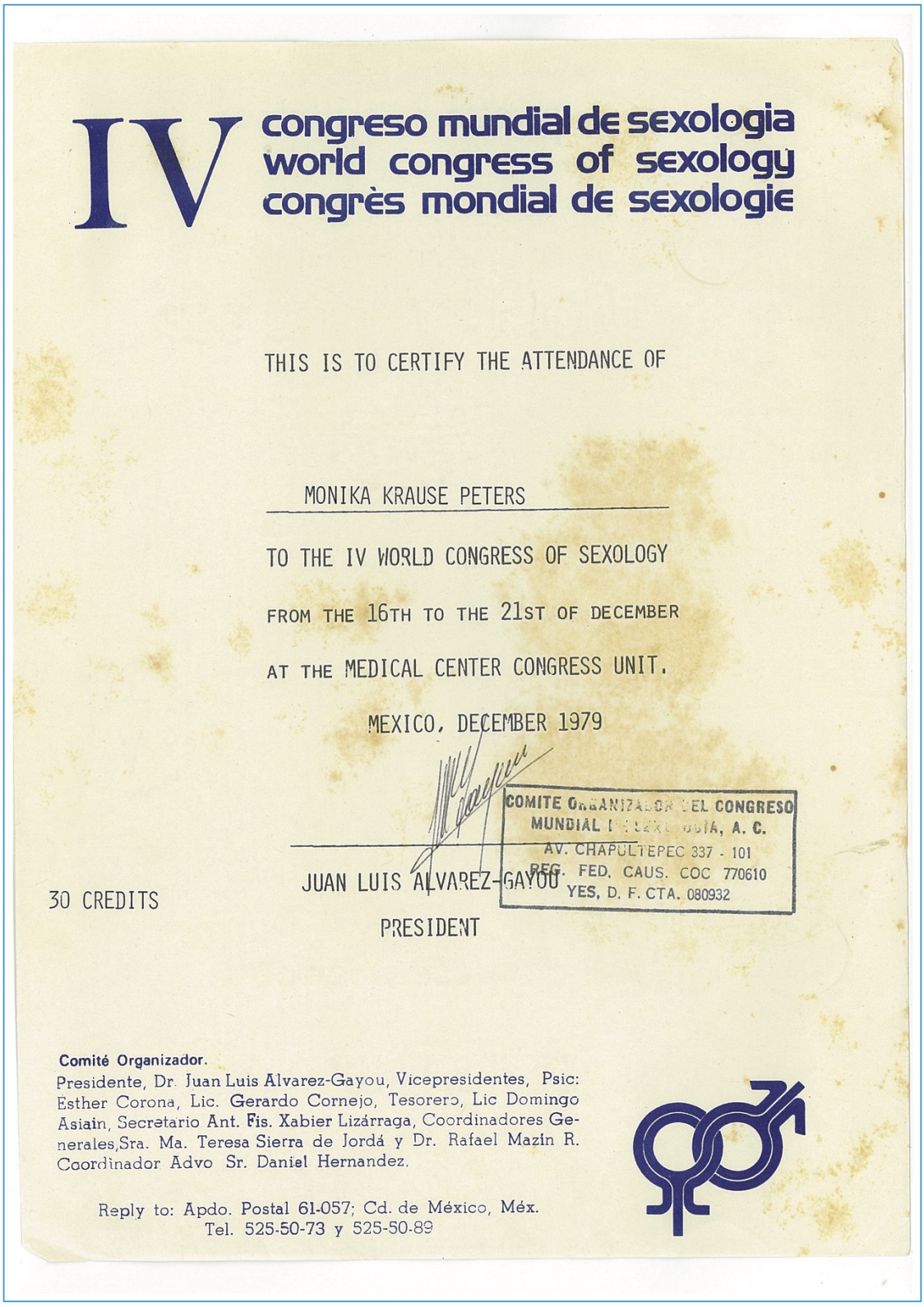
Foto 35: Idem.

Foto 36: Idem.

Foto 37: Entrevista con la TV suiza en occasión del estreno del film-documental "Mónika, la Reina del Condón". Festival Internacional de Cine de Locarno, 2007

Foto 38: Lectura de mi libro *¿Machismo? ¡No, gracias! Cuba: sexualidad en la revolución*. Munich 2011

Documentos



IV congreso mundial de sexologia
world congress of sexology
congrès mondial de sexologie

THIS IS TO CERTIFY THE ATTENDANCE OF

MONIKA KRAUSE PETERS

TO THE IV WORLD CONGRESS OF SEXOLOGY

FROM THE 16TH TO THE 21ST OF DECEMBER

AT THE MEDICAL CENTER CONGRESS UNIT.

MEXICO, DECEMBER 1979

COMITE ORGANIZADOR DEL CONGRESO MUNDIAL DE SEXOLOGIA, A. C.
AV. CHAPULTEPEC 337 - 101
REG. FED. CAUS. COC 770610
YES, D. F. CTA. 080932

30 CREDITS

JUAN LUIS ALVAREZ-GAYOU
PRESIDENT

Comité Organizador.
Presidente, Dr. Juan Luis Alvarez-Gayou, Vicepresidentes, Psic: Esther Corona, Lic. Gerardo Cornejo, Tesorero, Lic Domingo Asiain, Secretario Ant. Fis. Xabier Lizárraga, Coordinadores Generales,Sra. Ma. Teresa Sierra de Jordá y Dr. Rafael Mazin R. Coordinador Advo Sr. Daniel Hernandez.

Reply to: Apdo. Postal 61-057; Cd. de México, Méx.
Tel. 525-50-73 y 525-50-89

UNIÓN DE PERIODISTAS DE CUBA

Mónica Krausse

ha sido seleccionado

COLABORADOR DESTACADO

por la labor desarrollada en

Revista Muchacha

La Habana, 28 de Enero de 1981

SECRETARIO GENERAL

SECRETARIA CORRESPONSALES Y COLABORADORES

WILHELM-PIECK-UNIVERSITÄT ROSTOCK

Der Wissenschaftliche Rat
der Wilhelm-Pieck-Universität verleiht

Frau Dipl. phil. Monika Krause Peters

geb. am 8.4.1941 in Schwaan

den akademischen Grad

doctor philosophiae (Dr. phil.)

nachdem sie ihre wissenschaftliche Befähigung auf dem Gebiet

~ Sexualpädagogik und -psychologie ~

nachgewiesen hat und das Gesamturteil

„ summa cum laude "

erteilt wurde.

Rostock, den 18.11.1983

Der Rektor

Prof. Dr. sc. phil. Brauer

Der Dekan

Prof. Dr. sc. phil. Seemann

UNITED NATIONS
FUND FOR POPULATION ACTIVITIES

FONDS DES NATIONS UNIES
POUR LES ACTIVITES EN MATIERE DE POPULATION

220 EAST 42nd STREET
NEW YORK, N.Y. 10017

TELEPHONE: 754-1234

CABLE ADDRESS: UNDEVPRO • NEW YORK

REFERENCE: INT/85/P10
GLO/84/PO2

13 August 1985

Dear Ms. Peters,

Now that the Nairobi Conference has been successfully completed, I would like to thank you for having accepted UNFPA's invitation to attend.

Your contributions to the work of the Conference in general, and your efforts in implementing the Conference activities specifically dealing with population issues, were highly appreciated. I would, therefore, like to thank you on UNFPA's behalf for all your hard work and the spirit of co-operation which you showed in the conduct of the tasks involved.

In addition, I hope it will be possible for you to participate with the same interest in the implementation of the recommendations of the Conference to the utmost benefit of the women in your country. We would be very grateful if you would be kind enough to inform UNFPA of such national follow-up activities, particularly those related to population issues.

Within UNFPA, we are now in the process of reviewing the recommendations of the Conference. We hope to decide on the areas of priority for follow-up action, taking into account our policies and mandate concerning the full integration of women in all aspects of population and other development-related activities. We will keep you informed of the outcome.

With kind personal regards.

Yours sincerely

Nafis Sadik
Assistant Executive Director

Ms. Monika Kraus Peters
Federation of Cuban Women
c/o United Nations Development Programme
La Habana
Cuba

Federación Latinoamericana de Sociedades de Sexología y Educación Sexual

Tercer Congreso Latinoamericano de Sexolgía y Educación Sexual

Sociedad Venezolana de Sexología Médica

Segundo Congreso Venezolano de Sexología

CERTIFICADO

Que se otorga a: MONIKA KRAUSE PETERS

Por haber participado en Calidad de: PONENTE

CARACAS, VENEZUELA, JUNIO 1986

Dr. Fernando J. Blanco C.
Presidente
FLASSES

p/
Dr. Felipe Carrera Damas
Presidente
SVSM

II CONGRESSO BRASILEIRO DE ADOLESCÊNCIA

RIO DE JANEIRO – 6 a 10 de junho de 1987

CERTIFICADO

Certificamos que a DRA. MONIKA KRAUSE

participou deste Congresso como Conferencista com o Tema: "Educação Sexual: Mitos e Verdades".

Rio de Janeiro, 10 de Junho de 1987

Ricardo do Rego Barros
Secretário

Maria Helena Ruzany
Presidente

Schering
CONGRESSOS MÉDICOS

ENCUENTRO INTERNACIONAL
MUJER Y SALUD

5ème RENCONTRE INTERNATIONALE FEMMES ET SANTÉ
5th INTERNATIONAL WOMEN & HEALTH MEETING

CERTIFICADO DE PARTICIPACION

EXTENDIDO A

Monika Krause Peters

PAÍS CUBA

POR SU VALIOSA CONTRIBUCION AL EXITO DE ESTE ENCUENTRO REALIZADO EN SAN JOSE DE COSTA RICA, AMERICA CENTRAL LOS DIAS 23, 24, 25, 26, 27, 28 DE MAYO DE 1987.

MINISTERIO DE CULTURA JUVENTUD Y DEPORTES
Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia
DIRECCION

CEFEMINA
Centro Femenino de Investigacion y Acción
Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia
Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes

PSIQUIATRIA '87

I Seminario Internacional de Atención Primaria y Rehabilitación Psiquiátricas
IV Congreso Nacional de Psiquiatría

CERTIFICADO

A: DRA. MONIKA KRAUSE

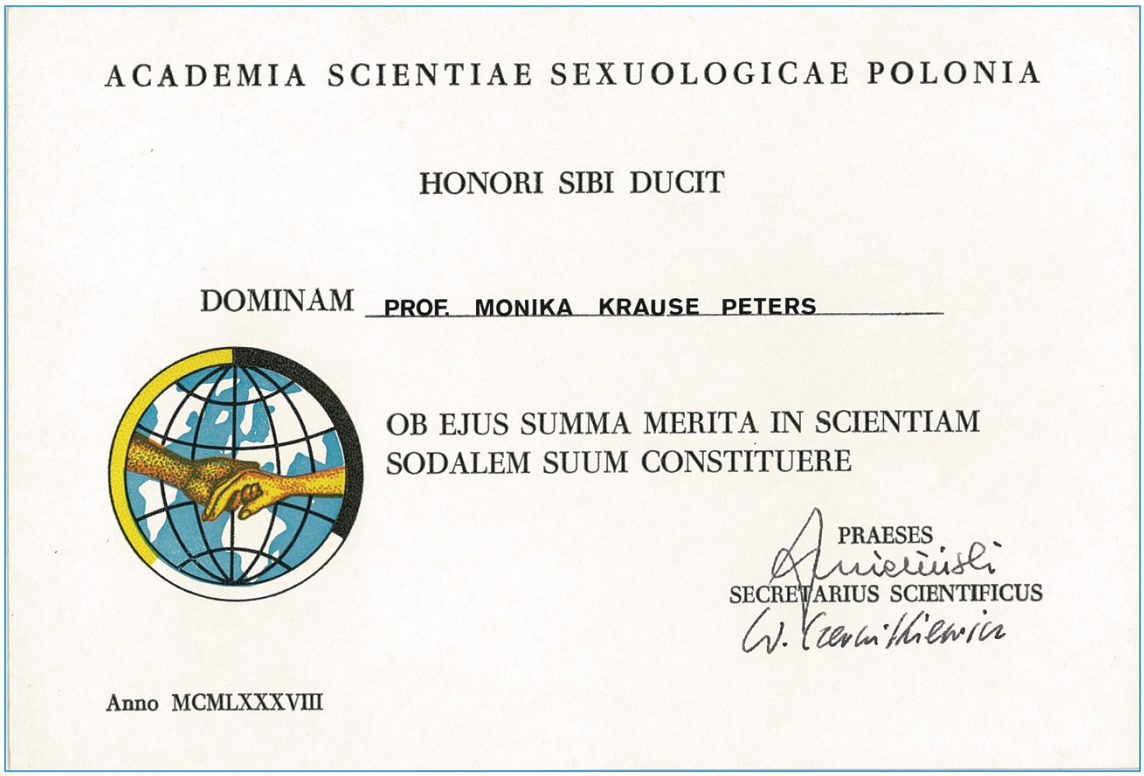
por su participación en el Congreso, efectuado en La Habana, Cuba, del 10 al 12 de septiembre de 1987

___Plenaria	___Curso	Secretario___ de Sesión
___Conferencia	___Tema Libre	Moderador___ de panel
___Simposio	___Asistencia	Profesor X de Curso
___Mesa Redonda	Presidente___Sesión	

TITULO: EDUCACION Y TERAPIA SEXUAL

PRESIDENTE
Prof. Dr. Ricardo González Menéndez

SECRETARIO
Prof. Dr. Angel Otero Ojeda



ACADEMIA SCIENTIAE SEXUOLOGICAE POLONIA

HONORI SIBI DUCIT

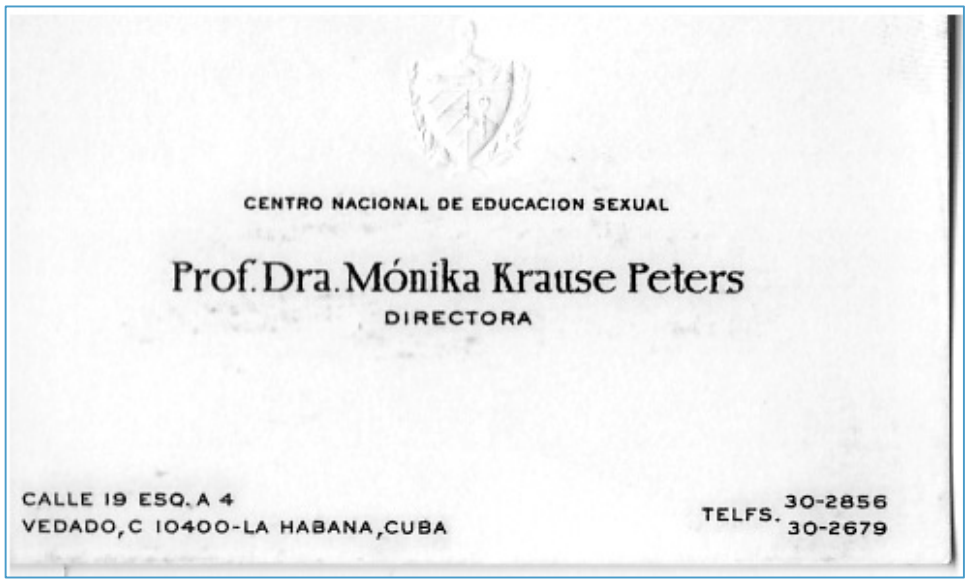
DOMINAM PROF. MONIKA KRAUSE PETERS

OB EJUS SUMMA MERITA IN SCIENTIAM
SODALEM SUUM CONSTITUERE

PRAESES

SECRETARIUS SCIENTIFICUS

Anno MCMLXXXVIII



CENTRO NACIONAL DE EDUCACION SEXUAL

Prof. Dra. Mónika Krause Peters

DIRECTORA

CALLE 19 ESQ. A 4
VEDADO, C 10400-LA HABANA, CUBA

TELFS. 30-2856
30-2679

II Congresso Latino Americano de Planejamento Familiar
I Congresso Brasileiro de Planejamento Familiar

Certificado

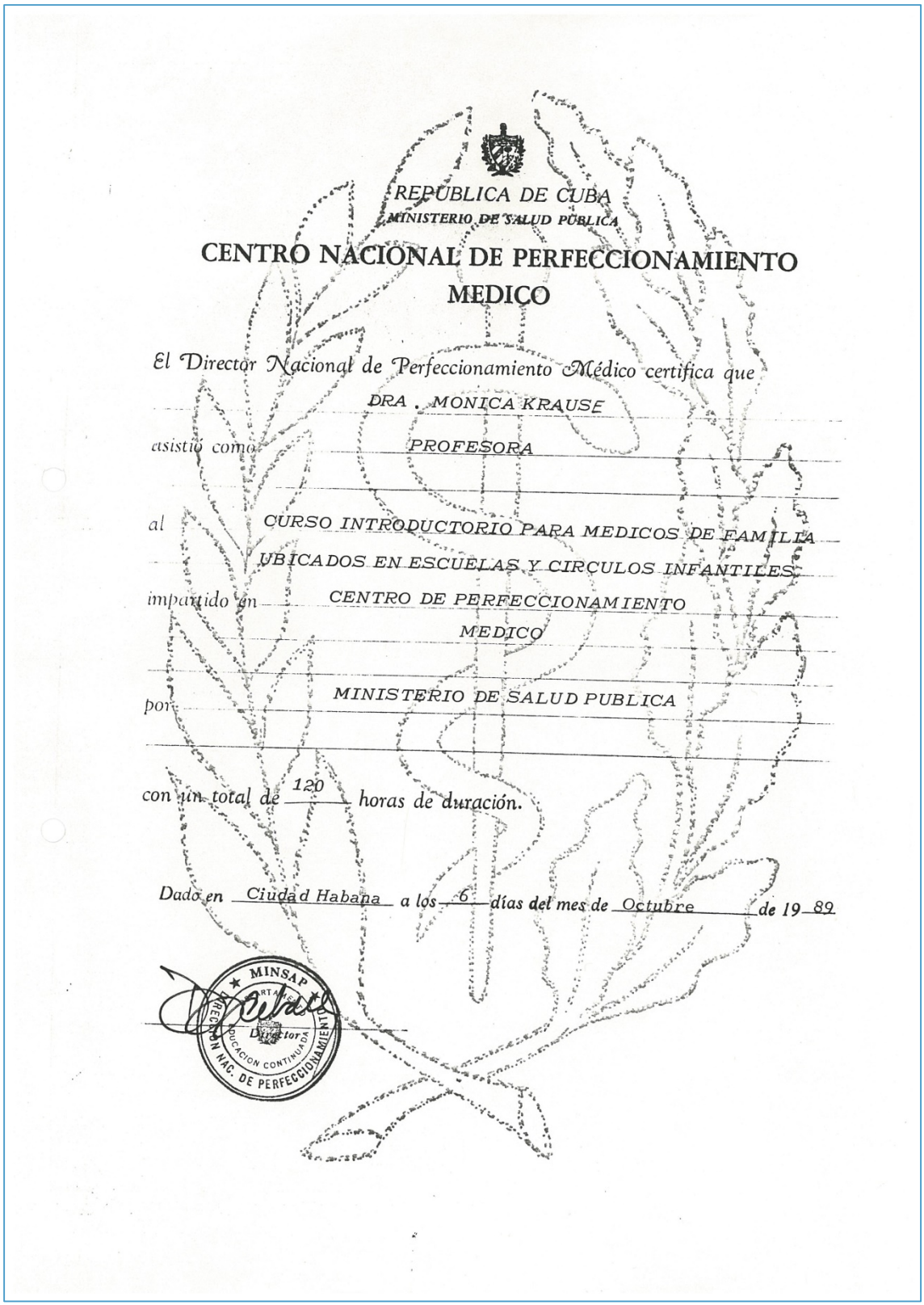
Certificamos que MONICA KRAUSE

participou do II CONGRESSO LATINO AMERICANO DE PLANEJAMENTO FAMILIAR e do I CONGRESSO BRASILEIRO DE PLANEJAMENTO FAMILIAR, realizados no período de 20 a 24 de agosto de 1989 Hotel Glória, Rio de Janeiro na qualidade de PRESIDENTE DO SIMPÓSIO "EDUCAÇÃO SEXUAL".

Rio de Janeiro, 24 de agosto de 1989

MARCIO RUIZ SCHIAVO
Presidente

ROBERTO ALCÂNTARA
Secretário Geral



REPUBLICA DE CUBA
MINISTERIO DE SALUD PUBLICA

CENTRO NACIONAL DE PERFECCIONAMIENTO MEDICO

El Director Nacional de Perfeccionamiento Médico certifica que

DRA. MONICA KRAUSE

asistió como PROFESORA

al CURSO INTRODUCTORIO PARA MEDICOS DE FAMILIA UBICADOS EN ESCUELAS Y CIRCULOS INFANTILES

impartido en CENTRO DE PERFECCIONAMIENTO MEDICO

por MINISTERIO DE SALUD PUBLICA

con un total de 120 horas de duración.

Dado en Ciudad Habana a los 6 días del mes de Octubre de 19 89

MINSAP
Director
EDUCACION CONTINUADA
CEN NAC. DE PERFECCIONAMIENTO

IX CONGRESO MUNDIAL SEXOLOGIA

LA FEDERACION MEDICA VENEZOLANA,
LA FEDERACION DE PSICOLOGOS DE VENEZUELA,
LA SOCIEDAD VENEZOLANA DE SEXOLOGIA MEDICA Y
LA SOCIEDAD VENEZOLANA DE PSICOLOGIA SEXOLOGICA

CERTIFICAN QUE

Dra. Monika Krause-Peters

(CONFERENCIA MAGISTRAL)

Asistió al IX Congreso Mundial de Sexología, efectuado en Caracas, durante los días 2 al 8 de diciembre de 1989.

Este Certificado otorga 40 horas de crédito de Educación Médica contínua.

IXth World Congress of Sexology Dec. 1989 W.A.S.

Dr. Rubén Hernández Serrano
Presidente

Dr. Fernando Bianco C.
Presidente Cómite Cientifico

Dra. Aminta Parra Colmenares
Secretaria General

RADIO REBELDE

Ciudad Habana,
16 Febrero de 1990.
"Año 32 de la Revolución"

A: Dra. Monica Krause.
Centro Nacional
Educación Sexual.

Estimada Dra:

Queremos por este medio hacerle llegar nuestra inmensa satisfacción por el trabajo de Educación Sexual que Ud. viene realizando los jueves dentro de la Revista "VISION" de nuestra Emisora.

A diario, por cartas, teléfono y personalmente recibimos elogiosos comentarios por su intervención, por la calidad de su exposición, por su disposición y amabilidad al atender a nuestros oyentes y por el interés que nuestra audiencia muestra cada jueves - en oirla.

Nos parece muy justo hacerle llegar el reconocimiento de nuestra Emisora, agradecerle mucho el esfuerzo que sabemos que hace, para, con su presencia, contribuir a la formación y educación de nuestro pueblo.

Gracias, muchas gracias por su desinteresada labor y sepa cuánto lo apreciamos.

Aprovechamos para saludarla y desearle continue por este camino de éxitos.

Saludos.

REBELDE
SUB-DIRECCION PROGRAMACION

Mario Martínez Valdés.
Sub-Director Programación.
Radio Rebelde.
I.C.R.T.

Vto. Bno. Pedro Rojas Lorenzo.
Director.
Radio Rebelde.
I.C.R.T.

Aptdo. Postal 6277
Cód. Postal 10600
Telf.: 32-7511
Telex.: 511777
y 511778
Calle 23 No. 258. Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba

HOSPITAL GENERAL DOCENTE "ENRIQUE CABRERA" (Nacional)

Otorga el presente

CERTIFICADO

A: Profesora MONIKA KRAUSSE PETERS

en RECONOCIMIENTO *por su destacada labor*

CURSO SEXUALIDAD HUMANA (23 al 27 de ABRIL de 1990)

La Habana, 27 *de* Abril *de* 1990

SECCI SINDICAL — Dr. José Luis González Din, DIRECTOR — UJC — PCC

ÍNDICE

PRÓLOGO DE JESÚS DÍAZ **1**

UNA HISTORIA DE AMOR 1

CAPÍTULO I **3**

EL RETORNO 3
A BERLÍN 10

CAPÍTULO II **22**

EL INICIO 22

CAPÍTULO III **34**

EN BARCO A LA HABANA 34
MIS PRIMERAS EXPERIENCIAS EN TIERRA CUBANA 38
OTRA BARBARIDAD 48

CAPÍTULO IV **50**

ENTREVISTA CON EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA.EL ASESINO VENTURA VISITA A MARY Y PACO Y YO VISITAMOS A VICTOR MANUEL 50
EL ASESINO VENTURA VISITA A MARY 51
PACO Y YO VISITAMOS A VÍCTOR MANUEL 54

CAPÍTULO V **58**

FILMACIÓN CON LA DEFA. LA CRISIS DE OCTUBRE DE 1962 58
LA CRISIS DE OCTUBRE DE 1962 61

CAPÍTULO VI **63**

NUESTRO HIJO VERÁ LA LUZ DE LA REALIDAD CUBANA 63

CAPÍTULO VII **79**

UN ACCIDENTE CASI FATAL. MIS PADRES EN LA HABANA. NOSOTROS PARTIMOS HACIA EL CONGELADOR EUROPEO 79
MIS PADRES EN LA HABANA 82
NOSOTROS PARTIMOS HACIA EL CONGELADOR EUROPEO 84

CAPÍTULO VIII **95**

DE NUEVO EN LA HABANA. DICTYS, LA PELOTA DE PIN-PON. SE COMPLETARÁ NUESTRA FAMILIA. NOS VAMOS A NUEVA YORK. DANI RESUCITA.VACACIONES CON LOS ABUELOS ALEMANES. EXÁMENES DE ADMISIÓNEN LA ESCUELA DE NATACION. DANI NOS SACA DE QUICIO. 95
DICTYS, LA PELOTA DE PIN-PON 98
SE COMPLETARÁ NUESTRA FAMILIA 101
NOS VAMOS A NUEVA YORK 106
DANI RESUCITA 114
VACACIONES CON LOS ABUELOS ALEMANES 118
EXÁMENES DE ADMISIÓN EN LA ESCUELA DE NATACIÓN 121
DANI NOS SACA DE QUICIO 123

CAPÍTULO IX **125**

Continúo mis estudios. Los ninos van creciendo. Al fin termino la carrera. El "Anio de los diez millones". Un trabajo fijo 125
Los niños van creciendo 127
Al fin termino la carrera 135
1970, el "Año de los 10 Millones" 137
Un trabajo fijo 139

CAPÍTULO X 143

Chile 143

CAPÍTULO XI 153

Una experiencia terrible. Trabajo en la FM C (Federación de Mujeres Cubanas) 153
Trabajo en la FMC 155

CAPÍTULO XII 161

La escuela sata de Dani. Los dos muchachos siguen practicando deportes 161
Los dos muchachos siguen practicando deportes 162

CAPÍTULO XIII 174

Comienza la educación sexual. Mi capitán desaparece. La casa se inunda.Un accidente que me permite encauzar mi vida profesional 174
Mi capitán desaparece y la casa se inunda 180
Un accidente que me permite encauzar mi vida profesional 183

CAPÍTULO XIV 193

Un plan piloto en las becas. Se publicn los primeros libros sobre sexualidad. Un programa radial muy popular. La visita inesperada de un macho herido. Las desventuras de Dani en la escuela vocacional 193
Se publican los primeros libros sobre sexualidad 200
Un programa de radio muy popular 202
La visita inesperada de un macho herido 204
Las desventuras de Dani en la escuela vocacional 206

CAPÍTULO XV 211

Dictys vive en carne propia las delicias del sistema de educación. La muerte de mi padre. La última visita de mi madre. De tal palo tal astilla: El machismo pervive en la juventud cubana. Los muchachos se están haciendo hombres. Se cierra el círculo 211
La muerte de mi padre 215
La última visita de mi madre 216
¿Yo, miembro del Comité Nacional de la FMC? La defensa del doctorado y los exámenes estatales para adquirir la categoría de profesora de ciencias médicas 217
De tal palo tal astilla: el machismo pervive en la juventud cubana 220
Los muchachos se están haciendo hombres 223
Se cierra el círculo 227

EPÍLOGO 230

BIOGRAFÍA Y PUBLICACIONES 232

ANEXO 234

Listado de los nombres de los años de la Revolución Cubana 234
Fotos de familia 236

FOTOS DE MI VIDA PROFESIONAL 248
DOCUMENTOS 256